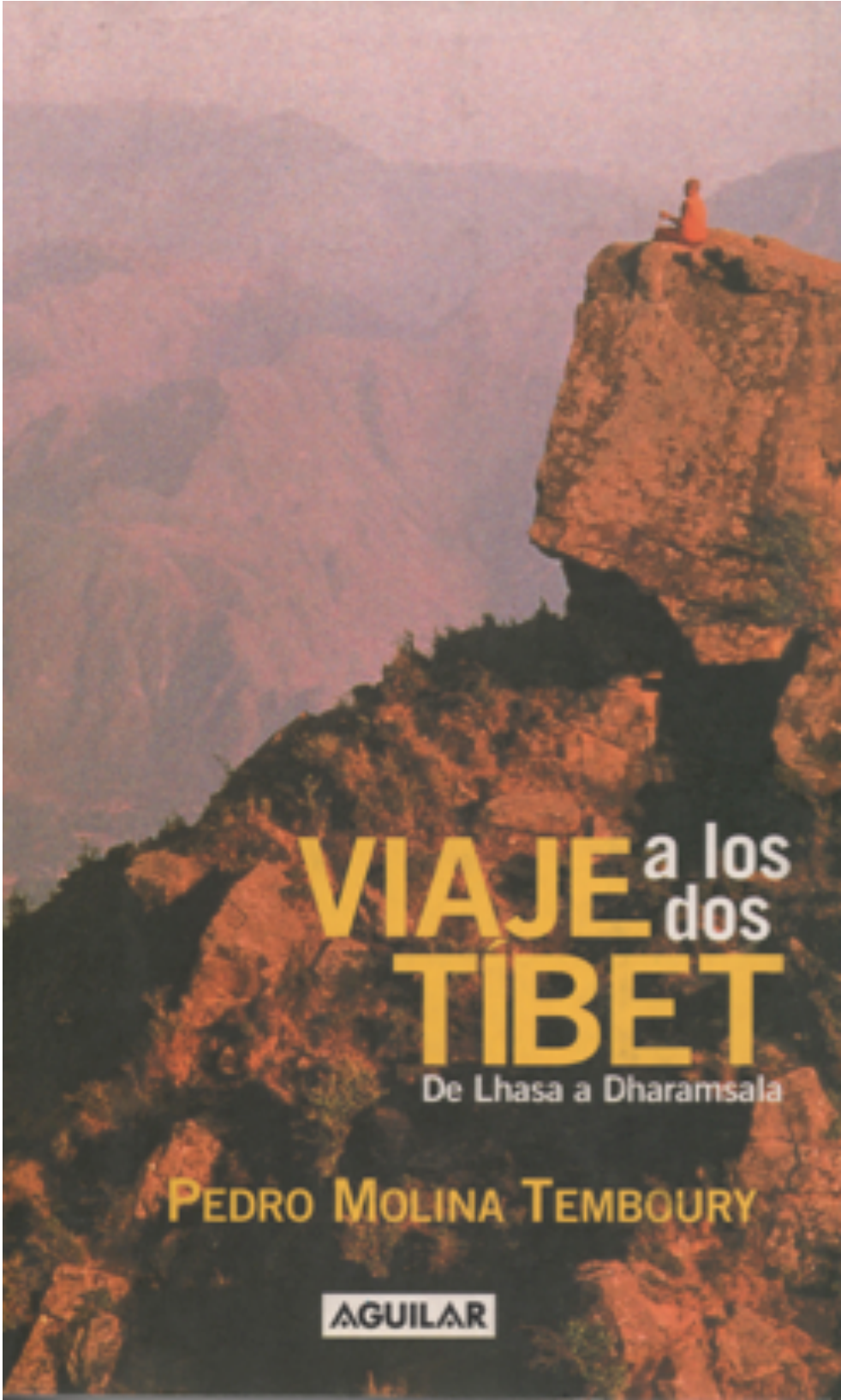




VIAJE a los dos TIBET

De Lhasa a Dharamsala

PEDRO MOLINA TEMBOURY

AGUILAR

Viaje a los dos Tibet

Pedro Molina Temboury

1ª y 2ª edición Ediciones AGUILAR, 2000

Edición digital 2017 www.pedromolinatemboury.es

VIAJE A LOS DOS TÍBET

INDICE

1ª Parte:

VIEJO Y NUEVO TÍBET.

I.- Locos por el Tíbet.....	9
II.- El Primer Pie en Lhasa.....	17
III.- Maravillas, Mercaderes, Mujeres.....	23
IV.- Una Nación de Monjes.....	33
V.- Diez Años de Cristales Rotos.....	43
VI.- Conversaciones en el Techo del Mundo.....	52
VII.- La Montaña de Buda.....	57
VIII.- Lhasa no es Katmandú.....	70
IX.- La Diablesa Sometida.....	86
X.- El Palacio del Dalai Lama.....	108
XI.- El Día de la Iluminación.....	120

2ª Parte:

UN PASEO POR EL TECHO DEL MUNDO

I.- Las Carreteras del Tíbet.....	134
II.- Dos Pequeños Budas.....	139
III.- Campesinos y Aristócratas.....	153
IV.- Ingleses en la Cima.....	165
V.- Nómadas, Lagos, Glaciares.....	177
VI.- Demonios y Ermitaños.....	193
VII.- El Monzón Llega.....	205

3ª Parte:

LA ASAMBLEA DE LOS LAMAS

I.- Shangri-La.....	212
II.- Larga Vida al Dalai Lama.....	219
III.- Príncipes del Dharma.....	232
IV.- En Busca del Sombrero Negro.....	246
V.- Lamas y Misioneros.....	256
VI.- Los Secretos del Tantra.....	264
VII.- El Oráculo del Estado.....	280
VIII.- Kundun.....	290

APÉNDICES

Bibliografía utilizada

Glosario

Para Soraya, veinte veces.

NOTA DEL AUTOR

Este libro es la crónica de dos viajes, el primero de ellos al Tíbet propiamente dicho, hoy Región Autónoma integrada en la República Popular China; el segundo, a Dharamsala, la pequeña población del norte de la India en donde tiene su sede el XIV Dalai Lama y la Administración tibetana en el exilio. Pero también, junto a la relación de mi propia experiencia, intenta ser un recorrido por los libros de los grandes escritores viajeros que a lo largo de varios siglos me precedieron en el propósito de fascinar a los lectores de Occidente con los paisajes, la Historia, las costumbres y la religión de los tibetanos. Aquellos que acuñaron el mito del Tíbet: desde los primeros misioneros del siglo XVII, a los aventureros de todas las nacionalidades que posteriormente siguieron sus pasos.

Los “dos Tíbet” que aparecen en el título de este libro no aluden a dos realidades políticas distintas, a una nación dividida en dos Estados como es el caso de Corea o lo fue de Vietnam. Sólo expresan mi deseo de presentar al lector un Tíbet completo, visto en su totalidad, algo muy difícil de lograr desde el lógico apasionamiento de un conflicto como el que desde hace cuarenta años desgarra al “País de las Nieves” y mantiene a 135.000 de sus habitantes en el exilio. A todos los interesados en saber cómo es y qué pasa en el Tíbet, este libro les ofrece la oportunidad de realizar un doble viaje como el que yo realicé, a una cara y a otra de la realidad tibetana: al Tíbet chino y comunista y también al Tíbet de los exiliados; al “Viejo Tíbet” legendario y secreto de los Dalai Lamas y al “Nuevo Tíbet”, como llaman las autoridades de la Región Autónoma al régimen implantado en los años cincuenta.

No está el lector ante un libro dirigido a especialistas, pero tampoco ante un simple diario de viaje. La discreción me ha llevado a silenciar siempre que ha sido necesario nombres y situaciones y la exigencia de amenidad literaria se ha impuesto muchas veces al puro y llano relato de los hechos, aliviando el exceso de erudición. Aquellos a quienes se les despierte el deseo de ir más allá, encontrarán al final los necesarios anexos y la bibliografía que yo utilicé para que puedan continuar por si solos su propio viaje.

VIAJE A LOS DOS TÍBET

1ª parte:

Viejo y Nuevo Tíbet

I

LOCOS POR EL TÍBET

En los años cincuenta, Vsevolod Ovchinnikov, el primer orientalista ruso en visitar el “Nuevo” Tíbet, tardó tres semanas en recorrer la recién terminada carretera de Chengdu a Lhasa. Durante el trayecto tuvo que atravesar catorce cadenas montañosas, puertos con una altitud media por encima de los cinco mil metros. Antes de que los soldados chinos construyeran la carretera, el viaje era mucho más largo y arriesgado. En 1624, el jesuita portugués Antonio de Andrade, el primer europeo que entró al Tíbet, lo hizo atravesando a pie los Himalayas desde la India. Buscaba el reino del Preste Juan, el reino mítico de Asia del que tantas fábulas corrían en Europa desde el tiempo de las cruzadas. Pero sobre todo le movían ansias evangelizadoras, una fe capaz de mover montañas... Su relato de la travesía del Himalaya, cuatro siglos después, todavía estremece:

“No podíamos tumbarnos a dormir, por miedo a ser sepultados por la nieve...” “Perdimos la sensibilidad en diferentes partes de nuestros cuerpos, sobre todo en pies, manos y cara... una vez queriendo coger algo, se me cayó un trozo de dedo; no lo sentí y sólo me di cuenta al ver la sangre correr por mi mano...” “Nuestros pies se inflaron tanto y se quedaron tan adormecidos que no hubiéramos sentido un hierro al rojo...”

Pasó tantas penalidades que cuando llegó el momento de mirar por primera vez la *terra incógnita* que aguardaba tras las montañas, había perdido la capacidad de verla:

“ allí estaba la inmensa meseta del Tíbet pero no podíamos distinguirla, ni siquiera podíamos reconocer el camino; nuestros ojos, cegados por la nieve, lo veían todo blanco...”

Dos siglos más tarde, los padres lazaristas franceses Huc y Gabet, empujados por el mismo celo misionero, se disfrazaron de comerciantes mongoles para unirse a la caravana anual que desde el lago Kokonor atravesaba Asia Central transportando mercancías chinas a Lhasa. Corría el año 1844 y el viaje duró tres meses. De las dificultades que pasaron durante el trayecto, dejó testimonio el padre Huc en su libro “Souvenirs d’un voyage dans le Thibet”. Allí puede leerse como, al atravesar los desiertos helados del Qinghai, hombres y bestias de carga iban siendo abandonados por el camino y quedaban, cuál siniestras estatuas, inmediatamente congelados. Pero quizás el más estremecedor de sus recuerdos – y el más poético también- sea el del cruce de la caravana sobre la superficie helada del río Amarillo. Sobresaliendo de los bloques de hielo, los cuernos de más de cincuenta yaks congelados - sorprendidos por el invierno al intentar vadear sus aguas- señalizaban de manera macabra el camino de los viajeros.

Los ejemplos son inagotables. Durante siglos, el misterioso reino budista del Tíbet, encerrado tras las más altas montañas, ha atraído como un imán los pasos, pero sobre todo la imaginación de los europeos. Mitos, leyendas, tantas veces la fantasía desbordando a la realidad. Un mito en gran medida alimentado por su inaccesibilidad, ya que el Tíbet, como ningún otro lugar del mundo, simboliza el perfecto aislamiento. Su territorio está constituido por una altiplanicie con una altura media que supera los cuatro mil metros y una superficie, sin salir de los límites de la actual Región Autónoma, de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados, igual a la de Alemania, España y Francia juntas. La mayor y más elevada zona de altura habitada de nuestro planeta. Por el oeste, el norte y el este, las cordilleras del Karakorum, el Kuenlun y las cadenas montañosas del Kham separan al Tíbet de las estepas del Asia Central y de las tierras bajas de China. Al sur, la impresionante barrera de los Himalayas, le aísla por completo de las cálidas llanuras del subcontinente indio. Allí se alza el Everest, el Qomologma del los tibetanos. Junto a él, otros cuatro “ocho miles”, justifican más que de sobra el

nombre mítico por el que el Tíbet es conocido en Occidente : “El Techo del Mundo”.

“La convulsión más prodigiosa de la superficie del planeta”, sentenció Sven Hedin, el incansable explorador sueco que, apenas comenzado el siglo veinte, se dedicó a recorrer y cartografiar las inmensas extensiones inexploradas del Tíbet, el mayor “espacio en blanco” en los mapas de entonces, junto con los desiertos de Arabia y los territorios polares. Según explican los geólogos, el proceso de formación del Himalaya comenzó hace sesenta millones de años, al chocar las placas tectónicas india y asiática. La altiplanicie tibetana alcanzó su altura actual hace unos dos millones de años y todavía sigue elevándose, en determinados lugares, a razón de unos diez centímetros anuales. KHAMS YUL “el País de las Nieves”, como llaman los tibetanos a su país; extraña paradoja ya que en el Tíbet, salvo en muy altas cimas, raramente nieva. El Himalaya es un formidable obstáculo natural para los vientos húmedos del monzón. De no ser por esa barrera, el altiplano tibetano estaría siempre helado y cubierto de nieve y glaciares... Sería como un enorme casquete polar... Pero aún sin nieve, debido a la altura, buena parte de su territorio está formado por uno de los medio ambientes más crueles del Globo y con temperaturas más extremas: El Chantang, “El Tercer Polo de la Tierra”.

En 1945, en su fuga desde la India, dos alemanes que escapaban de un campo de concentración británico eligieron atravesar a pie el desierto del Chantang para evitar ser interceptados por los soldados del Dalai Lama. En su libro “Siete Años en el Tíbet”, Heinrich Harrer escribió sus recuerdos de aquella travesía:

“Jamás podré olvidar las noches pasadas en las mesetas del Changtang, sin poder dormir en absoluto, envueltos en las mantas y arrimados el uno al otro para mejor resistir el frío... En cuánto empezábamos a calentarnos entraban en danza los piojos y no pudiendo desnudarnos, resultaba imposible librarnos de ellos. Empezaban a chuparnos la sangre y hasta que no se habían saciado no nos dejaban en paz. Pero bien pronto el frío del amanecer atravesando las mantas se encargaba de despertarnos...”

Temo que, a estas alturas, el abuso de citas haya logrado excitar la imaginación del lector mucho más de lo que pueda satisfacerla el relato de mi propio y modesto viaje. Pálida sombra de los mencionados, sin asomo de épica.

Para empezar un viaje sin piojos, hambrunas ni congelaciones, confortablemente sentado en un avión de las líneas aéreas chinas. Durante el trayecto, por más que me esforzara en alimentar la excitación de estar viajando a uno de los lugares más remotos e inaccesibles del planeta, a mi alrededor la vida a bordo me envolvía en un ambiente de decepcionante cotidianeidad. Ya en el aeropuerto de Chengdu, escala obligada de todos los viajeros que desde Pekín se dirigen a Lhasa, habían embarcado al avión con nosotros un par de monjes budistas con sus tradicionales cabezas rapadas, sus rosarios y sus túnicas azafranadas. Los primeros lamas que veía. Vestían igual que hace mil años pero, por más que hasta la segunda mitad del siglo veinte ningún avión hubiera aterrizado en el Tíbet, ellos ya habían incorporado con total naturalidad el nuevo medio de transporte a sus hábitos culturales. También el resto de los viajeros, chinos y tibetanos, tomaron posesión de la cabina con la familiaridad de quien se conoce hasta el aburrimiento el trayecto, de haberlo realizado ya varias decenas de veces. En el asiento de mi izquierda, una atractiva muchacha china vestida de vampiresa, con una larga y ceñida túnica negra, ni se molestaba en mirar por la ventanilla. Sus grandes ojos almendrados no parecían interesarse por otro paisaje que el vídeo de a bordo, una superviolenta película made in Hong Kong: “MEJOR MAÑANA II” de un tal John Wo, extraño y casi sacrílego modo de prepararse para desembarcar en el país más espiritual del planeta.

Los vuelos de Chengdu a Lhasa despegan siempre al amanecer, a primera hora de la mañana, para aprovechar las condiciones atmosféricas que suelen ser mejores al empezar el día. Durante las casi tres horas de viaje, a través de los cielos del Kham, el avión ha de remontar una tras otra distintas cadenas transversales, con picos que a menudo superan los seis mil metros, permanentemente nevados. Las famosas catorce cordilleras que se viera obligado a coronar Vsevolod Ovchinnikov durante su viaje por carretera a mediados de siglo. La misma ruta que, veinticinco años antes, emprendiera a pie Alexandra David-Néel, la primera mujer occidental que consiguió entrar en Lhasa en 1924. Había cumplido cincuenta y seis años y era la quinta vez que lo intentaba. Para engañar a los celosos monjes del Tíbet, viajó disfrazada de mendiga tibetana. Durante los cuatro meses de viaje, cada día tenía que oscurecer su piel y sus cabellos con tinta china. Se había preparado a fondo: hablaba tan perfectamente el tibetano como una lugareña. A la vuelta publicó un delicioso libro, “Viaje de una parisiense a Lhasa” que la catapultó inmediatamente

a la fama. De todas las incidencias que contara de aquella increíble epopeya, me quedo con su descripción de la Navidad que celebraron en la desolada región de PO, ella y su hijo adoptivo, Yongden, sin otra cosa que comer que la sopa que prepararon con las suelas de sus zapatos. ¿Qué tiene? ¿Por qué fascina tanto el Tíbet como para imponer a los viajeros los más extremos sacrificios? Alexandra David-Néel intentó responderse a la pregunta:

“Los hombres de hoy obligados a abandonar sus sueños, incompatibles con su existencia prosaica, se apresuran a trasladarlos a regiones ideales más en armonía con ellos. El Tíbet ofrece esa ocasión. Presenta todos los caracteres de las tierras maravillosas descritas en los cuentos”

y también escribió:

“¿Cómo explicar el poder magnético del Tíbet? Ninguna descripción puede dar idea de la serena majestad, de la grandeza astuta, del aspecto feroz y del encanto hechicero de los distintos paisajes tibetanos”

En mi caso, durante mi viaje, por más que intenté asomarme a la ventanilla alzando la cabeza por encima del hombro de mi indiferente vecina de asiento, no vi paisaje que contemplar: el Techo del Mundo había desaparecido, sumergido bajo un mar de nubes. Cuando por fin se abrieron y el horizonte fue llenándose de montañas pardas, completamente erosionadas y pequeños valles polvorientos, preludio de un cada vez más próximo aterrizaje, el vértigo ante lo desconocido, ante la incertidumbre de la aventura, también se apoderó de mí. Ahora se llegaba mucho más fácil, pero el Tíbet que yo iba a encontrarme era un Tíbet mucho más difícil que el que habían conocido los grandes viajeros del ayer. Ya no existía un Tíbet independiente, habían pasado cincuenta años desde que China se anexionase su territorio, cuarenta desde que el último de los Dalai Lamas hubiera tenido que exiliarse, treinta desde que durante la Revolución Cultural, la mayoría de los templos y monasterios del País de las Nieves fueran destruidos. Todo eso lo sabía yo ya; y pese a todo había aceptado el desafío de contarlo, de sumergirme en uno de los mayores mitos del siglo veinte, primero en la fascinación, más tarde en el horror. Sin duda, como en toda China, en las últimas décadas las cosas también

tenían que haber mejorado en el Tíbet, aunque la falta de libertad permaneciese. Ahora se permitía la entrada de turistas, normalmente constreñidos por un rígido programa de viaje dirigido a impedir que vieran otra cosa de lo que se quería mostrarles. Pero yo no viajaba de turista y ni siquiera tenía que pagarme de mi bolsillo tan astronómicamente caro viaje. Yo iba al Tíbet a trabajar. Un productor amigo que andaba planeando hacer un documental sobre el Techo del Mundo, me había ofrecido escribir el guión. Pese a lo atractivo de la oferta, no dejé de vislumbrar desde un primer momento los inquietantes nubarrones que podían cernirse sobre ella. Ni él ni yo sabíamos nada sobre la situación real del Tíbet; ¿y si era un puro campo de concentración? ¿y si en el Tíbet, aparte de paisajes, ya no quedaba nada qué filmar? “Viaja primero tú y lo compruebas”, fue la irrechazable propuesta, “de paso te servirá para documentarte”.

Ni siquiera hubo zumbidos en los oídos ni descompresión en la cabina. Ventajas de la altura. Para posarse sobre los cuatro mil doscientos metros de altitud del aeropuerto de Gongar, el avión no necesitó descender demasiado. Había llegado el momento de la verdad, el momento de abandonar la atmósfera presurizada de la cabina y respirar el aire libre. El enrarecido aire del Tíbet. Un momento de inevitable tensión, porque por muy cómodos y prosaicos que puedan resultar los viajes aéreos, en comparación con los ocho meses que medio siglo atrás empleaban las caravanas de Pekín a Lhasa, también han aportado peligros nuevos. En ninguna de los relatos de las míticas travesías del pasado, a pie o en caballería en su mayor parte, encontré la menor referencia a esa enfermedad singular de la que tanto hablan las guías turísticas de hoy. Sin duda porque la lentitud del viaje debía favorecer una aclimatación gradual de los viajeros.

Respirar lento, moverse lento, descender del avión con parsimonia y tranquilidad es la primera recomendación sanitaria para prevenir el mal de altura. Conforme a tales reglas, mientras yo terminaba de incorporarme para recoger el equipaje de mano, todavía más ralentizado por un *lexatin* de precaución ingerido, el resto del pasaje ya se amontonaba a empujones junto a las puertas de salida. Incluso mi vecina de asiento había saltado, sin que acertara a explicarme cómo, por encima de mi y participaba de la misma prisa frenética del resto de sus compatriotas. En aquel vuelo, a nadie parecían importarle lo más mínimo las precauciones contra el

mal de altura. Claro que yo era el único extranjero y probablemente también, el único que no había estado nunca en el Tíbet.

Por aquel entonces ni se me había pasado aún por la cabeza la idea de escribir este libro. Tal propósito me hubiera parecido una arrogante petulancia. Quizás no se haya escrito tanto sobre él como sobre el continente africano, pero me atrevo a asegurar que, de todos los rincones remotos del mundo, ninguno ha sido narrado tan maravillosamente. La lista de libros imprescindibles sobre el Tíbet, la inmensa mayoría sin traducir a nuestro idioma, podría empezar con los cartas del jesuita Hipólito Desideri, en misión pastoral en Lhasa en 1716 y prolongarse hasta la actualidad a través de más de un centenar de escritores viajeros, todos inolvidables. Entre ellos ningún español. Antes de mi viaje me había documentado a fondo. Seguía sin ser un experto en el tema, pero sabía muy bien hasta qué punto era inútil pretender competir con tan ilustres antecesores a la hora de describir la naturaleza, el paisaje, los cielos tibetanos. Por ejemplo, Heinrich Harrer, que en su “Reencuentro con el Tíbet” de 1982, describía así, visto desde el cielo, el añorado país en el que había vivido siete largos años:

“Vuelvo a ver esos colores tan increíblemente intensos, ese azul casi cegador y esa verde hierba, en la orilla del Kyichu, afluente del Brhamaputra. Claro que en estos colores influye la altura, dado que la atmósfera, tan transparente a los 4.000 metros, le confiere una pureza y una densidad fabulosas”

Los Colores del Tíbet... Charles Bell, el más curioso de los viajeros y plenipotenciario inglés en la corte del XIII Dalai Lama, ya había dejado constancia del efecto potenciador de la luz, provocado por la extrema pureza y la rarificación del aire a unas alturas tan elevadas. Un efecto que puede resultar muy dañino para los ojos, incluso ser causa de ceguera, si no se usan unas gafas de sol dotadas de una protección máxima. Pero habría de ser Perceval Landon, el periodista inglés que acompañara a los primeros hombres blancos que en 1904 entraron en Lhasa, quien mejor cantara sus colores:

“Los colores del Tíbet no tienen equivalente en el mundo. Ni en Egipto, ni en Africa del Sur, ni en Calcuta ni Atenas existe una luz tan bella, tan constante día y noche, como en estas vastas llanuras encajonadas en la espina dorsal del mundo. Hay aquí a la vez una calidad y una intensidad de luz y colores que la paleta más suntuosa no daría justa fe de ella...”

El periodista no disponía de imágenes, ni a principios de siglo existía todavía el cine en color y ni siquiera el cine hablado y ni por tanto casi la profesión de guionista, pero le bastaba con las palabras para transmitir lo que veía a sus lejanos lectores europeos. ¿Me bastarían a mi? Apenas descendí por la escalerilla del avión, la intensidad de la luz me hizo buscar a toda prisa las gafas de sol. Si esperaba ver nieve, entrado Junio, las altas cumbres que rodeaban el único aeropuerto del Tíbet no me ofrecieron de bienvenida más que un monótono ropaje ocre. Quizás fuera una impresión decepcionante, pero yo no había viajado tan lejos para descubrir paisajes ni colores. No es que no estuviese deseando verlos. Como todos los locos por el Tíbet del pasado, también yo había soñado desde la infancia con el mito del País de las Nieves, con sus montañas inaccesibles, su atmósfera de cuento y sus lamas místicos y misteriosos. ¿Quién no? Pero el mito del Tíbet de mi generación, el que yo me disponía a contrastar con la realidad, era también un cuento triste sobre un pequeño y remoto pueblo de Asia que había perdido su independencia y que, pese a ello, llevaba cincuenta años luchando por no perder, además, su identidad y su cultura.

II.-

EL PRIMER PIE EN LHASA

“Por muy hermosa que pueda ser, sin el Potala, Lhasa no valdría nada”, sentenció lacónicamente Alexandra David-Néel, tras su clandestina estancia en la capital, disfrazada de peregrina. También dejó constancia de que, apenas veían su enorme mole, los ojos de los peregrinos tibetanos se clavaban en él como ante un sueño hecho realidad. Había quien parpadeaba temiendo que se tratara de un espejismo, de algún efecto óptico producido por el enrarecimiento del aire. No sólo los budistas experimentaban el hechizo: “ El Potala ha sobrepasado todas nuestras expectativas. Sus tejados de oro resplandecen al sol como lenguas de fuego...” - cablegrafió inmediatamente a sus lectores, Edmund Candler, uno de los corresponsales de prensa que acompañó a la expedición Younghusband, apenas comenzado el siglo veinte. Entonces toda Inglaterra, Europa entera, estaban pendientes de saber cómo era el Potala. Hasta aquel momento, la capital del Tíbet había sido conocida en el extranjero por otro nombre: “La Ciudad Prohibida”. Desde la visita del padre Huc en 1846, todos los viajeros occidentales que habían intentado seguir sus pasos habían sido obligados, pacíficamente casi siempre, a emprender el regreso. La expedición Younghusband, en cambio, no tuvo nada de pacífica. Dispuestos a romper el aislamiento contumaz de los lamas del Tíbet, dos mil soldados del imperio británico cruzaron la frontera de la India en 1904 y se abrieron camino a sangre y fuego hasta convertirse, una vez derrotado el anacrónico ejército tibetano, en los primeros europeos que tras setenta años ponían un pie en Lhasa. Venían acompañados de corresponsales de prensa que gracias al telégrafo de campaña que las tropas británicas iban instalando a su paso, pudieron contar lo que veían a sus lejanos lectores con una rapidez desconocida entonces. A su regreso,

todos ellos escribieron libros sobre el Tíbet que alcanzaron un enorme éxito: Edmund Candler, el corresponsal del Daily Mail, Perceval Landon, el del Times... Incluso Austine Waddell, el médico militar, escribió un libro, igual que escribió el suyo el coronel Younghusband, jefe de la expedición ... La lectura de aquellos textos, hoy día valiosísimos documentos sobre la vida en el Viejo Tíbet, no deja de producir sonrojo: eran los tiempos del “Britain rules the World”, cuando la “misión civilizadora” de Occidente se entendía sin complejos y sus libros rezuman una actitud despreciativa frente al modo de vida de aquel pueblo de bárbaros que acababan de derrotar. Perceval Landon, por ejemplo, explicaba así a sus lectores la razón de la grandiosidad del Potala:

“ El poderoso orgullo de los monjes que ha hecho vivir y matará quizás un día al Tíbet, ha dejado su huella: en esta extraña y bella ciudad nada puede hacer sombra, romper el aislamiento del palacio del Dios-Rey...”

y también...

“La desproporción que reina entre el palacio y la ciudad en que habitan sus vecinos es de una profunda significación: expresan el abismo que separa al pueblo de los sacerdotes del Tíbet...”

“¡Al Potala!”, animé al conductor tibetano que había acudido a buscarme al aeropuerto, sin importarme que no me entendiera; “¡Al Potala!” gesticulé frenéticamente sin importarme retrasar la llegada al hotel, ni el mal de altura ni el cansancio del viaje. Ni siquiera el hecho de que todavía siguiese siendo invisible para mi pese a que ya llevásemos un buen rato adentrándonos en los suburbios de Lhasa, porque, curiosamente, por ese singular “efecto teatral” de su ubicación que describiera Austine Waddell, “se diría que la naturaleza ha querido tenerlo al abrigo de las miradas el mayor tiempo posible...” Durante días, durante meses, los peregrinos del pasado soñaban con el momento de contemplarlo; y sin embargo, debido a las montañas que rodean Lhasa, no podían avistarlo hasta estar casi encima... Hasta que de repente en el horizonte, como un faro, aparecía la silueta del palacio-montaña...

Todavía con el equipaje a bordo, nuestro automóvil se detuvo en la nueva plaza a los pies del Potala, la amplia explanada ceremonial construida por los chinos apenas tres años atrás, toda ella en lujoso granito. Desde entonces, se había convertido en el mejor mirador para contemplar el palacio con la necesaria distancia, en toda su majestuosidad. Toda arquitectura es simbólica y la enorme bandera china que presidía el centro de la plaza, copia a menor escala de la que preside Tiananmen, indudablemente lo era; como el pedestal sobre el que se alzaba, al estilo de la ciudad imperial de Pekín, ajeno por completo a los modos de construcción tibetana. Pero ambos símbolos resultaron demasiado pequeños, casi anecdóticos, se volvieron perfectamente invisibles, cuando al alzar la vista contemplé por primera vez el palacio de los Dioses-reyes del Tíbet, los tejados de oro, los grandes cortinajes de lana negra, los muros blancos y rojos del Potala.

Inexplicablemente, el hombre que me estaba esperando en Lhasa para servirme de intérprete y guía resultó ser un Han (Eso es algo que se aprende enseguida en el Tíbet: lo de decir “Han” en vez de chino es allí la manera “políticamente correcta” de expresarse, puesto que tanto los tibetanos como el resto de las minorías nacionales son todos ellos considerados chinos) *Nuestro hombre en Lhasa* andaba en los cuarenta, había venido a trabajar al Tíbet hacía unos nueve años y a pesar de trabajar para una agencia oficial del Gobierno autónomo sabía defenderse en inglés pero no hablaba una palabra de tibetano. En nuestro primer encuentro, tras un primer día de saludable reposo, sentados a la mesa de un restaurante chino en la parte nueva de la ciudad, yo no dejaba de preguntarme que hacía comiendo con un Han y cómo diablos iba a poder ayudarme a descifrar un país del que ni siquiera entendía el idioma. Todo el mundo me había advertido de las inevitables concesiones organizativas que implicaban los viajes al Tíbet, la mayor de las cuáles consistía en resignarse al acompañante que a uno le encasquetaran. Al fin y al cabo yo iba a necesitar un intérprete y el hecho de que no hablara tibetano no tenía por qué ser un obstáculo teniendo en cuenta que el chino era un idioma oficial en el Tíbet y todo el mundo estaba obligado a hablarlo. Pronto empezaría a comprobar lo poco que en el Techo del Mundo suele tener que ver la realidad con lo establecido, pero en aquella primera cita, conecté mi grabadora y me dispuse a entrar directamente en materia: “¿Cuántos funcionarios Han como usted trabajan hoy en el Tíbet?” - le pregunté. “Entre los empleados del Gobierno,

200.000 son tibetanos y 40.000 chinos. Pero el presidente y los vicepresidentes de la Región autónoma son todos tibetanos. Hay doce ministros de los cuáles nueve son tibetanos... Los otros tres Han que forman parte del Gobierno llevan más de treinta años residiendo aquí y hablan tibetano a la perfección...” Desde luego, aunque todavía le faltaran veintiún años, él no parecía ir por ese camino. “¿Podría facilitarme una cifra aproximada del número de Han y tibetanos que viven hoy en Tíbet?” “Los tibetanos son el 86% . En Tíbet viven hoy unos 1.800.000 tibetanos y 200.000 Han”. “¿Incluyendo soldados?” “No, sin incluir a los militares”, fue la escueta y previsible respuesta.

Mi interrogatorio no era gratuito. En la última década, tanto los tibetanos del exilio como algunos observadores occidentales habían pasado a denunciar un nuevo peligro, la “sinización” del Tíbet. Según tales fuentes, frustrados todos sus intentos de asimilar el “hecho diferencial” tibetano, los dirigentes chinos habrían optado recientemente por dejarse de sutilezas e invadir el país de inmigrantes de otras regiones de China, con el maquiavélico propósito de disolver la identidad tibetana en esas nuevas oleadas de inmigración. Una acusación que a un español como yo no podía dejar de recordarle denuncias similares de nuestros nacionalistas de casa, por más que el Tíbet no fuese comparable a Euskadi ni tampoco a Cataluña, y no sólo en niveles de libertad, porque al revés que tan desarrollados centros industriales, Tíbet aún seguía siendo la región más pobre de China. Y sin embargo, con tan sólo veinticuatro horas que llevaba en la ciudad, era evidente que Lhasa estaba llena de chinos que habían edificado nuevos barrios a su gusto y estilo y abierto multitud de pequeños comercios y restaurantes con especialidades de Pekín, Sichuán o Cantón, como aquel en el que, a elección de mi intérprete, estábamos almorzando.

- ¿A qué se dedican los Han que viven en Tíbet?- proseguí yo con mi cuestionario, entre plato y plato.

- La mayoría trabajan en los nuevos proyectos de desarrollo. El resto son comerciantes y agricultores....

- ¿Y en Lhasa? ¿Cuántos Han y cuántos tibetanos viven hoy en Lhasa?

- 100.000 tibetanos y 40.000 Han, la inmensa mayoría de los cuáles trabajan para el gobierno.

- ¿y el resto de los Han?, ¿en qué trabajan? Dónde están?

- En las aldeas y prefecturas locales. Son principalmente profesores, médicos y veterinarios...

El panorama parecía tan idílico, exposición de un altruismo gubernamental tan sólo preocupado por el bienestar de los tibetanos que me dieron ganas de volver a hurgar donde no debía.

- ¿Y los militares? Las cifras del personal militar en Tíbet deben de ser secretas, verdad? .

- Sí –respondió sin inmutarse- , yo no sé cuál es esa cifra.

Cuando le expuse las temores que circulaban en Occidente sobre los planes de Pekín de “sinizar” Tíbet, su expresión sí que se alteró:

- Eso es una tontería. En Tíbet falta oxígeno, todo el mundo lo sabe. Los tibetanos están acostumbrados, pero ningún Han puede sentirse a gusto aquí. Vienen para hacer un poco de dinero, pasan dos o tres años, pero todos terminan marchándose.

- Usted lleva aquí nueve años – respondí, pasando de lo general a lo personal.

- No tengo suerte. Mi familia ya ha regresado a Chengdu, pero a mi no me dan el traslado – contestó tristemente como si acabara de mencionarle la gran cruz de su vida.

Lo que me faltaba, tener que cargar con un intérprete que no sólo no hablaba el idioma sino que además estaba deseando salir del Tíbet.

Según la Constitución vigente, la República Popular China es un país multinacional integrado por habitantes de la etnia Han y cincuenta y cinco minorías étnicas diferentes. De sus 1.200 millones de habitantes, la inmensa mayoría, un 93,30% son de raza Han y el resto corresponde a las minorías nacionales entre las que se encuentran, además de los tibetanos, manchúes, mongoles, uygures, musulmanes Hui, Miaos y Bais, etc... Aparte de los lazos históricos que existan, el interés estratégico de los Han por mantenerse unidos a tan variopintos socios minoritarios tiene mucho que ver con el hecho de que el desigual reparto étnico de la población es, en China, inversamente proporcional al del territorio. Curiosamente, aunque representan sólo el 6,6% de la población, las minorías

nacionales ocupan el 60% del territorio de la actual República Popular, mientras que los Han habitan sólo el 40%, aunque se trate de las tierras más fértiles.

De las cincuenta y cinco etnias minoritarias de China tan sólo cinco tienen el rango de Regiones Autónomas: Mongolia Interior, la Región autónoma Hui de Ningxia, la Región autónoma uigur de Xingjiang, la Región autónoma Zhuang de Guangxi y la Región autónoma del Tíbet. Ninguna de ellas, excepto la última, gozó nunca de independencia. Aunque las tropas chinas entraron en el Techo del Mundo en 1950, la Región Autónoma del Tíbet no fue creada hasta 1965, cuando el Dalai Lama, su previsto primer presidente, llevaba ya seis años exiliado. Sobre el papel, las Regiones autónomas de la República Popular china tienen garantizada una amplia autonomía que busca garantizar la supervivencia de sus respectivas culturas frente a la dominante Han: derecho al bilingüismo y a la educación en la lengua y las tradiciones propias, reserva de los principales puestos directivos de la administración autonómica para los nacionales de cada etnia. Tan encomiables normas proteccionistas y descentralizadoras tropiezan en la práctica con el hecho de que el verdadero poder en la República Popular lo ostenta una organización fuertemente centralizada y unitaria y que no tiene nada de plurinacional. No existe un partido comunista uigur ni mongol ni tibetano, tan sólo y para todos, un único Partido Comunista chino.

De vuelta a la conversación, no pude dejar de plantearle a mi recién estrenado interlocutor la perplejidad que me producían algunas de las cifras que me estaba proporcionando: según su información, sólo parecía haber en Tíbet dos millones de tibetanos, cuando en los documentos del exilio que había podido consultar se hablaba siempre de seis millones. ¿Dónde estaban los otros cuatro?

- Son seis millones, si contamos también los tibetanos que viven fuera de la Región Autónoma - me aclaró.

Para enredar más la cuestión, sin contar a los ciento treinta mil exiliados, los tibetanos que vivían fuera del Tíbet, pero en la propia China, duplicaban en número a los que vivían en su interior. Y no porque los comunistas chinos hubieran cercenado un territorio cuyos límites seguían coincidiendo escrupulosamente con el que gobernaron los Dalai Lamas, pero las fronteras siempre habían sido difusas en el Asia Central como la expansión a lo largo de siglos de los nómadas tibetanos y sus rebaños. Fuera de la Región Autónoma, existían en China distintas prefecturas

y departamentos autónomos repartidos en cuatro provincias, Qinghai, Hunnan, Gansu y Sichuán, en las que habitaban más de cuatro millones de tibetanos. Junto con los habitantes de la Región Autónoma, todos ellos formaban el “Gran Tíbet” o “Tíbet étnico” cuya unidad e independencia reclaman hoy los exiliados. “El Tíbet no se puede dividir, si a nuestro cuerpo le cortamos brazos o cabeza, ya no estaría completo”, me explicaría más adelante, durante el viaje a Dharamsala, Kalon Sonam Topgyal, presidente del Gobierno tibetano en el exilio. La cuestión peliaguda - ante la que un español no podía dejar de establecer paralelismos- radicaba en que en ese territorio soñado del “Gran Tíbet”, una cuarta parte de China, vivían también, según los cálculos de los exiliados, en muchos casos desde generaciones, junto a los seis millones de tibetanos, siete millones de chinos.

III.-

MARAVILLAS, MERCADERES, MUJERES

Desde que había llegado al Tíbet tenía la sensación de estar postergando lo principal, así que al día siguiente, aprovechando que aún no había aparecido mi intérprete oficial, salí por mi cuenta del hotel, subí a un taxi y le pedí por señas que me condujese allí en donde hubiera debido comenzar mi visita a Lhasa. No al Potala, bajo cuya mole inevitablemente tuvimos que volver a pasar, tan omnipresente y visible, imagen archidifundida de la capital del Tíbet y símbolo del país. Pero a veces las apariencias engañan, incluso parecen haber sido hechas a propósito para engañar... porque por muy deslumbrante que pueda ser el Potala, no es él el verdadero centro de la Ciudad Santa, ni es allí a donde, desde hace tantos siglos, dirigían sus pasos y oraciones los peregrinos. Si duda el Potala les había servido de guía, había sido el faro que les había conducido a lo largo de todo su agotador viaje, pero el verdadero santuario, el lugar más sagrado del Tíbet, el centro del mundo de la religión lamaísta, estaba en otra parte. En el corazón de la ciudad vieja, semioculto entre viejas casas, discretamente camuflado: el Jokhang, la catedral de Lhasa.

Más de un viajero ha dejado constancia de su decepción, al encontrar que el templo del que tantas maravillas había oído contar no era más que un edificio más bien miserable, emparedado entre calles estrechas que apenas dejaban ver sus tejados dorados. Un entorno que sin duda tenía que haber cambiado desde que en 1985 se tiraran muchas de las centenarias edificaciones circundantes para crear la plaza del Barkor, amplia y con la suficiente perspectiva para realzar la importancia

del templo. Una plaza armoniosa, en apariencia no un atentado urbanístico, aunque, cuando la vi, me faltasen las necesarias referencias para saber cuánta belleza se había perdido bajo la piqueta. Las malas lenguas decían que el objetivo de los chinos al abrir la plaza no había sido otro que el de controlar mejor los tumultos y manifestaciones de los independentistas tibetanos que solían tener lugar frente al Jokhang. En todo caso, aquella nueva explanada no dejaba de ser una traición al espíritu de sus constructores que, nada menos que en el siglo VII, habían concebido el templo, al revés que el Potala, sin el menor propósito de impresionar a los visitantes. En el fondo, conociendo el inmenso valor de lo que se proponían guardar en él, quizás no quisieran llamar la atención de posibles saqueadores infieles. Más tarde, cuando las fronteras del Tíbet se cerraron tan herméticamente, lo fueron más que nada para proteger aquel templo de “los demonios misioneros”, que según decían los chinos perseguían colocar sus imágenes en los sagrados altares del Jokhang. La intriga se convirtió en recelo. Pese a que visitaran el Potala, ni los padres Gabet y Huc ni Alexandra David-Néel pudieron entrar al Jokhang. Estaba terminantemente prohibido para los extranjeros. En 1904, el periodista Landon, corresponsal de la expedición británica del coronel Younghusband, dejó constancia de ser el primer hombre blanco que cruzaba el umbral del templo, pero lo hizo acompañado de una escolta, fuertemente armada, de soldados. Lo que vio entonces, yo no iba a poder verlo aquel día, porque las viejas puertas del Jokhang estaban cerradas, aunque frente a ellas continuasen arrojándose al suelo, haciendo postraciones, medio centenar de peregrinos. Como todos los que me había tropezado hasta entonces, eran, en su inmensa mayoría, mujeres y ancianos, para los que aquella fervorosa gimnasia debía de resultar especialmente dolorosa. Estirar los brazos sobre la cabeza, caer de rodillas, tumbarse boca abajo, tocar con la frente y las palmas el suelo. Levantarse otra vez y repetir la postración una y mil veces. Bajo sus cuerpos, a la luz del atardecer podían perfectamente distinguirse, en las gastadas losas de piedra del pórtico, las concavidades dejadas por millones de peregrinos que se habían arrojado a lo largo de los siglos en aquel mismo lugar. Una devoción que en más de mil años sólo se había interrumpido una vez, durante la década de la Revolución Cultural, cuando el más sagrado santuario del Tíbet fue reconvertido en posada o en cine, según unos, o en la versión más macabra de otros, en urinario y carnicería. Para imaginar la magnitud del sacrilegio habría que recordar que si Lhasa ha podido ser comparada en santidad a La Meca, el Jokhang

lo sería con la Kaaba. No hay tibetano que no sueñe, por lejana que sea su comarca, con visitar al menos una vez en la vida el Jokhang y postrarse a los pies de la sagrada reliquia que guarda.

El verdadero tesoro del Jokhang, su razón de ser como santuario se encuentra en su interior y es una estatua. No una estatua cualquiera, claro, sino la imagen de Jowo Sakyamuni, el “Señor Buda”, para quien el Jokhang, que en tibetano quiere decir la “Casa del Señor” se construyó como morada. Se dice que fue la princesa Wencheng quien se trajo esta sagrada efigie de China, cuando a mediados del siglo VII vino a casarse con el rey más famoso de la historia del Tíbet, el legendario Songtsen Gampo. Pero la leyenda viaja más atrás, al momento en que un rey de la India le regaló la estatua a un Emperador chino... o todavía más lejos: en los mismos tiempos del Buda Histórico, cuando según se cuenta, un artista de entonces logró retratar del natural al propio príncipe Sidharta.

De la India a China y de la China al Tíbet. Un inverosímil viaje, gracias al cual los tibetanos, los más tardíos conversos entre todos los pueblos budistas de Asia, han llegado fervorosamente a creer que, desde hace 1.300 años, son los únicos en disponer del genuino retrato de Buda. ¿Superstición, fantasía o *chauvinismo* nacional? El desprecio de misioneros y primeros cronistas hacia aquel “ídolo” que adoraban los ignorantes lamaístas parece, hoy como ayer, poco justificado: ¿acaso muchos cristianos no veneran con igual devoción, entre miles de extravagantes reliquias, la “Santa Faz” o la “Sábana Santa” como retratos auténticos del Hijo de Dios? Pero ya bastaba de religión. Puesto que el Jokhang estaba cerrado, tenía ante mí la oportunidad de asomarme a otro Tíbet, que a esas horas en torno al Jokhang bullía de vida y de color. Para abastecer a los peregrinos, la plaza nueva del Barkor se veía llena de pequeños puestos en los que se vendían toda clase de artículos religiosos: desde los tradicionales “katas”, blancos pañuelos de seda con que los tibetanos honran por igual a personas y dioses, hasta multicolores banderas de oración, tangkas e imágenes de Buda. A mi alrededor, en el corazón de la ciudad vieja, cualquier rastro de presencia china, tan evidente en la ciudad nueva, parecía haberse evaporado. Por todas partes por donde mirase, sólo podía ver las caras de luna llena de los tibetanos, vestidos muchos de ellos con sus “chubas” tradicionales, especie de larga casaca de lana que llevan, a la manera de

los antiguos húsares, con un brazo al descubierto, sin introducirlo en la manga. También las mujeres en el Barkor lucían los tradicionales delantales a rayas y camisas de vivos colores. “El centro de la ciudad parece un mercado inmenso”, escribió Heinrich Harrer en “Siete Años en el Tíbet”. Seguía siéndolo. Más allá de la plaza nueva que había usurpado su nombre, el verdadero Barkor, lleno de tenderetes y comercios, se extendía a ambos lados del templo en una intrincada red de callejas, milagrosamente salvadas de la reorganización urbanística. La Lhasa santa, la Lhasa espiritual y mística, fue concebida por sus fundadores, como si de un Mandala se tratase, en torno del Jokhang en tres círculos concéntricos y sucesivos. El primero, el Nangkhor o círculo interior, transcurre dentro del propio templo. El segundo, en torno al exterior del Jokhang, es el llamado círculo intermedio o Barkor. El tercer círculo o Lingkor engloba todo el perímetro de la vieja ciudad, incluyendo también el Chakpori y el Potala, las dos colinas que dominan Lhasa. Los tres círculos son sagrados. El karma positivo que puede acumularse al realizar completos estos tres recorridos es inmenso. Cuando llegan a Lhasa, todos los peregrinos tienen que realizar las tres circunvalaciones rituales, bien sea caminando o postrándose, en una aproximación gradual que termina en el centro del último círculo, en el Jokhang, ante la estatua del “señor Buda”.

De lo espiritual a lo profano. En torno al Barkor, desde hace siglos, aprovechando el tránsito de peregrinos, gira la vida comercial de Lhasa. ¡Atención al sentido de la marcha!, en Tíbet los lugares sagrados se circunvalan siempre en la dirección de las agujas del reloj, de izquierda a derecha. Algo que los extranjeros no tardan en aprender, dado que la muchedumbre que camina a todas horas en torno al Jokhang, sea en peregrinación o simplemente para hacer sus compras, se mueve siempre en esa única dirección, sin riesgo de tropiezos, ya que nadie osaría hacerlo por la derecha. Un código de circulación espiritual que no impide los frecuentes atascos que en las horas de mayor actividad comercial, se producen en el Barkor. “Por todas partes, en los bajos de las casas no se ven más que almacenes y tenderetes, y los vendedores demasiado pobres que no los poseen exponen sus mercancías en la calle”, escribió Heinrich Harrer. Mientras lo recorría, cincuenta años después, poco parecía haber cambiado. Gran Bazar del Asia Central, caleidoscopio humano en el que, hoy como ayer, todo podía comprarse y venderse. “El rapé y las pieles de Yak se venden junto al Corned Beef made in USA, la

manteca australiana en latas y el Scotch Whisky...”, descubrió sorprendido Harrer en 1945... y también sedas y té de la China, turquesas y ámbar... botas y sombreros, vestidos de lana y algodón, *chubas* tibetanas... Sin olvidar los objetos más prácticos, de primera necesidad, aquellos que los nómadas y campesinos se llevarían consigo de regreso a sus aisladas comarcas. Entre ellos, mercancías que en los tiempos de Harrer no podían existir: electrodomésticos y cocinas, cacerolas, envases de plástico y menaje del hogar, el “Todo a Cien” *made in China* que hoy día invade el mundo entero... en sustitución de los viejos productos ideológicos de exportación, que hoy en el Barkor, como en los mercadillos de Pekín, aún podían encontrarse convertidos en souvenirs: Libros Rojos, insignias de Mao, relojes y mecheros con la efigie del devaluado “Gran Timonel”, que en sus épocas de mayor gloria, llegó a ser adorado, entre las masas tibetanas, como una reencarnación de Vajrapani, el Buda del Poder.

Centro espiritual y comercial de la ciudad, pero también social, al Barkor de los tiempos de Harrer acudían las mujeres no sólo a vender o a comprar, sobre todo a lucir sus nuevos atavíos, flirtear y dejarse hacer la corte. Las mujeres de Lhasa. A principios de siglo, el diplomático británico Charles Bell dejó escrito que cuando los viajeros llegaban al Tíbet desde la China o la India, lo primero que les llamaba la atención era la especial posición que ocupaban las mujeres tibetanas, mucho más libres de la sumisión al varón que sus vecinas. “De su belleza, ¿qué decir?: tienen ojos almendrados, narices chatas y mejillas prominentes como las chinas y otras naciones de Asia oriental. Pero las tibetanas son más fuertes física y psíquicamente, muy dadas a sonreír e irradian salud y belleza”. Mucho menos diplomático, Austine Waddell, el médico de la expedición Younghusband, dijo de Lhasa que era “una ciudad habitada por monjes, mujeres y perros”. Dado que en el pasado dos tercios de su población masculina había hecho voto de celibato y vivía recluida en los monasterios, la desproporción era muy grande entre las mujeres y hombres disponibles. Lo que para aquel médico victoriano sólo podía traducirse en alarmante promiscuidad: “En Tíbet es tan fácil casarse como divorciarse”, sentenció, haciendo énfasis a continuación en la falta de higiene y la alta incidencia de enfermedades venéreas que los tibetanos solían descuidar hasta que ya era demasiado tarde. De todos los retratos de la mujer tibetana, sin duda el más extravagante y fantástico fue el que trazara Marco Polo. En su Libro de las

Maravillas, tan de oídas como muchas de las maravillas que cuenta puesto que nunca llegó a estar en el Tíbet, hizo una descripción de las costumbres sexuales de las tibetanas que no me resisto a transcribir: Para empezar, declara que ningún tibetano, por nada del mundo se casaría con una doncella. Una mujer no vale nada si no está acostumbrada a acostarse con muchos hombres. Cuando un viajero llega a estas alejadas comarcas, explica el veneciano,

“ ... las mujeres del pueblo o de la aldea que cuentan con hijas casaderas, se las llevan al forastero, a veces en número de veinte, treinta o cuarenta, suplicándole que las tome con él mientras dure su estancia, para que disfrute y se acueste con ellas a su entera voluntad. Puesto que son las jóvenes las que tienen más éxito, las de mayor edad regresan muy apenadas a sus casas. Aunque tampoco podrán los extranjeros llevarse a las elegidas con ellos, ya que han de devolverlas a sus familias una vez que termine su estancia. Entonces es costumbre que, de despedida, les den algún pequeño regalo, un anillo, un medallón o una joya, a las muchachas de las que han disfrutado, para que así cuando les llegue el momento de casarse puedan presentarlos como prueba de que han sido amadas y han tenido amantes... De ahí viene la costumbre de las mujeres tibetanas de lucir tantos adornos y joyas, para exhibir el número de hombres que han gozado con ellas... En cuanto una jovencita obtiene uno de estos presentes, se lo cuelga del pecho y regresa feliz al hogar, donde es recibida por sus padres con alegría y orgullo... Cuanto mayor el número de joyas, más y mejores pretendientes tendrá; por el contrario, en nada se estima, es más se las desprecia, a aquellas mujeres que no puedan mostrar al menos veinte regalos, prueba de haberse acostado con otros tantos hombres de paso...”

Fantasías de viajero, sin duda. Como si tomáramos hoy por desvergüenza el que una mujer tibetana nos saque descaradamente la lengua... lo que no es más que un tradicional forma de saludo en la etiqueta tibetana. Quizás Marco Polo se dejó engañar por una deformada versión de la práctica de la poliandria, tan extendida entre los nómadas, donde todavía hoy, la mujer que se casaba con el hermano mayor, lo hacía también con el resto de los hermanos. Quizás simplemente se dejara llevar por su bien acreditada imaginación. El caso es que, por increíble que

resulte su visión de la mujer tibetana, de Marco Polo pasó a muchos viajeros posteriores, de los que sí estuvieron de verdad en el Tíbet, como el comprensiblemente más puritano padre Huc. En su crónica, tras coincidir con el veneciano en la gran libertad de que gozaban las mujeres, el clérigo francés describe una extraña costumbre de la época, cuya finalidad parecía ser la de evitar que tanta libertad degenerase en libertinaje: antes de salir a la calle, las tibetanas tenían la obligación de ensuciarse la cara con una mezcla de hollín y barniz que les daba un aspecto asqueroso, tanto que ni parecían criaturas humanas.

“ Esto es lo que nos han contado sobre el origen de esta práctica monstruosa: hace unos doscientos años, el Dalai Lama que gobernaba el Tíbet era un hombre rígido y de costumbres austeras. En esa época, las tibetanas, mucho más que las mujeres de otros rincones de la tierra, tenían un gusto desenfrenado por el lujo y los placeres y una inmoralidad que no conocía límites. El contagio ganó poco a poco a la santa familia de los Lamas; los conventos budistas comenzaron a perder su antigua y severa disciplina, contagiados de un mal que les llevaba a una completa disolución. Con el fin de detener aquel libertinaje generalizado, el Dalai Lama publicó un edicto que prohibía a las mujeres aparecer en público a menos que se embadurnasen el rostro con el negro barniz que afeaba brutalmente sus caras...”

A mediados del siglo diecinueve, los alegres días de las mujeres de Lhasa parecían cosa del pasado, porque según observó el misionero lazarista, “Hace falta desde luego un coraje extraordinario para atreverse a publicar un edicto semejante, pero lo más curioso es que las mujeres lo hayan cumplido obediente y resignadamente. Una tradición que se ha conservado hasta hoy sin la menor contestación, como si de una especie de dogma, un artículo de devoción se tratase”

Las modas pasan, aunque duren doscientos años. En los relatos de Alexandra David-Néel o Harrer no hay ninguna alusión a la costumbre de las tibetanas de ensuciarse la cara con barniz. Sí vuelve a hablarse en cambio de su gran libertad y, en el caso de Harrer, de su enorme coquetería. Según él, las mujeres del Tíbet merecerían figurar entre las más adornadas del mundo: el oro, la plata, las

turquesas, el coral y el ámbar cubrían con diseños fantásticos sus cuerpos y cabezas... Lo que no deja de tener un mérito especial porque aunque la turquesa es una piedra autóctona del Tíbet, el ámbar, en cambio, llegó aquí de la mano de los ingleses, que lo trajeron del mar Báltico... y en cuanto al coral, ya Marco Polo dejó constancia de hasta qué punto este rojo producto marino, del que Venecia tenía entonces el monopolio exportador, podía atraer a las tibetanas... Heinrich Harrer, durante sus “Siete Años en el Tíbet”, se fijó en que el aislamiento geográfico no impedía que las coquetas aristócratas de Lhasa supieran a la perfección que las perlas cultivadas venían del Japón, el coral de Italia y el ámbar de Berlín o Koenigsberg... ni que entretuviesen su ocio jugando al badmington o al tenis, que leyese revistas inglesas traídas de la India o que, en las fiestas que daba la nobleza, les gustase bailar al ritmo de los últimos éxitos de Bing Crosby, sonando en las gramolas importadas. Eran años dorados. Su relato del Tíbet, durante la infancia y la adolescencia del actual Dalai Lama, transmite la fascinación y la nostalgia de un final de época, muy de los últimos años del Imperio austro-húngaro, aquella corte de la emperatriz Sissi (lo que parece bastante natural, incluso sospechoso, teniendo en cuenta que Harrer es austríaco)

- Lo que describe Heinrich Harrer en su libro es sólo el Tíbet de los aristócratas. El único que conoció. El y su compañero, fueron protegidos de la familia Tsarong, una de las más poderosas familias de Lhasa. Pero los aristócratas representaban un 5% de la población; el 95% restante eran siervos o esclavos.

Como no me costó descubrir, mi guía Han de Lhasa no era desde luego un simple intérprete ni mucho menos un guía turístico. Su misión principal, o al menos la que parecía cumplir con más fervor, consistía en aportarme el punto de vista oficial sobre la situación en la Región Autónoma y sospechando que, como todos los extranjeros, yo debía de venir bastante contaminado por un exceso de lecturas románticas sobre el Tíbet, se presentó en mi hotel aquella misma noche decidido a empezar a corregir mis errores.

- Hay que conocer las características del sistema social del Tíbet. La sociedad se parecía mucho al feudalismo medieval de Europa. Los campesinos estaban vinculados a la tierra, eran comprados y vendidos con ella. El pueblo era

muy pobre. Los propietarios cedían una pequeña porción de tierra a los campesinos y éstos a cambio tenían que pagarles, bien con parte de la cosecha, bien realizando otros trabajos para él. Los puestos del Gobierno estaban siempre reservados para los hijos de los aristócratas. Si no eras de familia noble no podías desempeñar ningún cargo, ni tampoco estudiar. Como características de aquel sistema feudal podemos señalar la falta de libertad, la no separación de política y religión y el rechazo de cualquier innovación. En el viejo Tíbet, ni siquiera había carreteras. Bajo tales circunstancias, era imposible mejorar la sociedad.

Por más que contundentes, sus argumentos no constituyeron para mí ninguna sorpresa. Antes de emprender mi viaje, yo ya sabía perfectamente que aquel era uno de los temas de mayor controversia entre los chinos y los tibetanos exiliados, enzarzados, junto con las geográficas, en complicadas discusiones históricas: sin negar los excesos del maoísmo, los chinos solían poner el énfasis en la crueldad y el atraso feudal del Viejo Tíbet; mientras desde el exilio, aún reconociendo que el Tíbet del pasado reclamaba a gritos modernizarse, denunciaban la destrucción de monasterios y el genocidio del pueblo tibetano llevado a cabo por los chinos a partir de 1959. Las palabras, intencionadamente, venían a complicar aún más las cosas, porque la entrada de las tropas chinas en Lhasa era llamada desde Pekín, “Liberación pacífica del Tíbet”, mientras por Dharamsala, como es lógico, ocupación o invasión, a secas. En marzo de 1999, ambas partes conmemoraron la misma fecha con un sentido diametralmente opuesto: para los nacionalistas tibetanos se cumplían cuarenta tristes años del exilio del Dalai Lama; al mismo tiempo, en Pekín y en la Región Autónoma se celebró con un gran festival el aniversario del fin del antiguo régimen y la abolición de la servidumbre, promulgada por las autoridades chinas inmediatamente después de la huida de Tenzin Gyatso.

Me despedí pronto de él. Me sentía demasiado cansado incluso para seguir hablando. Tumbado en la cama de mi habitación, noté que aún me costaba respirar, que todavía seguía haciéndome extraña esa ralentización de movimientos que uno se veía obligado a adoptar nada más aterrizar en el Tíbet. Ante la brusca disminución de oxígeno, el cuerpo reaccionaba imponiendo una total economía de movimientos y acciones. Un racionamiento que ni siquiera hacía falta proponerse

de manera consciente, porque el instinto de supervivencia se ponía en marcha solo. Como descubriría más adelante, ya que todavía no había visto ninguno, todos los extranjeros en el Tíbet caminaban despacio, se movían despacio, pensaban despacio. Incluso los tibetanos, por más acostumbrados que estuvieran, solían moverse pausadamente. Al menos hasta ahora no había visto a ninguno correr. Y no es que yo me encontrara mal, salvo un ligero dolor de cabeza, taquicardias y agotamiento, síntomas entre los más leves del mal de altura; porque existe una variante de esta enfermedad mucho más peligrosa que asalta a los viajeros predispuestos o que han descuidado la necesaria aclimatación. En tales casos, la falta de oxígeno en la sangre puede acabar provocando un edema pulmonar o una hemorragia cerebral si el paciente no desciende a toda prisa, en el primer avión, a zonas de altitud menos elevada.

Durante las primeras noches, el insomnio es otro de los síntomas del mal de altura “benigno” y para combatirlo me entretuve contando cuántas vueltas le había dado al Barkor aquel día, hechizado por el ambiente, por la muchedumbre y el colorido, capaces de evocar aquel viejo Tíbet que tantos, yo mismo incluido, habían dado por extinguido. Sobre la mesilla de noche podía ver las chucherías – unos cuchillitos tibetanos, un molinillo de oración, dos billetes de papel moneda emitidos por el Tíbet independiente- que había comprado a las mujeres del Barkor esa tarde, a un precio seguramente muy superior a su valor real, pese a nuestro implacable y divertido regateo. En honor de mis ilustres predecesores, tenía que reconocer que aquellas mujeres vendedoras, siempre sonrientes, con sus larguísimas trenzas decoradas con exóticos lazos y joyas, su impetuosa gesticulación, sus caras de luna y sus chispeantes ojos de almendra, me habían impresionado vivamente; y eso sin haber constatado nada de su archicommentada liberalidad sexual. Las mujeres del Tíbet. En cierto modo, constituían un contrapunto, un mito diferente, la cara oculta de ese otro Tíbet de los monjes, mucho más conocido en el exterior y en el que iba a empezar a sumergirme al día siguiente. Pero me encantaba la idea de comenzar mi viaje descubriendo otro Tíbet, alejado de los tópicos al uso, más carnal y a la vez cotidiano, con los pies en el suelo, aunque ese suelo fuera el Techo del Mundo. Un Tíbet que a mí esa noche, cosas de dormir solo, me resultaba mucho más atractivo para soñar con él. Tal y como en el remoto siglo XIII supo promocionarlo Marco Polo en su “Libro de las Maravillas”, encendiendo la imaginación de sus

contemporáneos con más habilidad que el más astuto promotor de paraísos sexuales de hoy: “¿No es cierto que en tales circunstancias merecería la pena que nuestros jóvenes gentilhombres se dieran una vuelta por estas tierras? En el Tíbet tendrían todas las muchachas que quisieran y encima suplicándoles que las tomaran gratis...” Con tan pecaminoso sueño me dormí. Incluso en el país más espiritual de la Tierra, acecha siempre la tentación.

IV.-

UNA NACIÓN DE MONJES

Un viajero de principios de siglo describía el viejo Tíbet como “ un gigantesco monasterio habitado por una nación de monjes”. No era para menos. Se calcula que por aquellos tiempos, uno de cada siete tibetanos vivía en un monasterio. Hombres en su inmensa mayoría, ya que aunque existieran y sigan existiendo conventos de monjas, son mucho menos numerosos. Antes de la destrucción sistemática emprendida durante la Revolución cultural había en Tíbet 6.000 centros de culto para una población que apenas sobrepasaba el millón de habitantes. En el caso de Lhasa, la “Ciudad Santa”, el censo eclesiástico ascendía a casi la mitad de la población: en 1950, los tres grandes monasterios que rodeaban a la capital cobijaban a más de 20.000 monjes. En el pasado, estos tres monasterios, Drepung, Sera y Ganden, tenían tanto poder que eran conocidos como “Los Tres Pilares del Estado” y sus abades integraban, junto a los cuatro ministros del Dalai Lama, el Gobierno supremo del Tíbet.

Poder político no significa uniformidad religiosa. No es posible adentrarse en el intrincado bosque de la religión de los tibetanos sin deshacer antes el equívoco más común que circula por Occidente: el de que nos encontramos ante una sola Iglesia y con una única cabeza visible, el Dalai Lama. Como sucediera con el cristianismo en los primeros tiempos, el budismo tántrico se introdujo en el Tíbet de una forma anárquica, de la mano de diferentes maestros y predicadores, cada uno de los cuáles fundó su propia orden monástica, subdividida luego en otras tantas ramas, cada una con sus propios ritos y tradiciones y una jerarquía religiosa

propia. Con ánimo simplificador, las múltiples órdenes religiosas del Tíbet suelen agruparse en cuatro grandes escuelas: las tres primeras, las de los Ningmapas, Sakyapas y Kagyupas constituyen las más antiguas, las llamadas escuelas “no reformadas”, seguidoras de un budismo tántrico más heterodoxo y libre. Para aclararse en este gallimatías, basándose en el tocado que usaban, los chinos del pasado denominaron conjuntamente a estas tres escuelas como los “ Sombreros Rojos”, una denominación que causó fortuna, como la de llamar “Sombreros Amarillos” a los seguidores de la cuarta escuela, la más reciente de todas, fundada a finales del siglo XIV por el gran reformador del budismo tibetano, el lama Tsongkapa. Cien años antes que Lutero, el lama Tsongkapa fustigó igualmente la relajación en la que había caído el clero tibetano de su tiempo, más dado por entonces a las prácticas yóguicas y esótericas que al rigor de la disciplina monástica. Pero su “reforma”, más que a la protestante, recuerda a la Contrarreforma: junto al estudio en profundidad de los *sutras*, las sagradas escrituras budistas, Tsongkapa impuso un celibato estricto a sus monjes y monjas, práctica que hasta entonces había sido simplemente optativa en todas las demás escuelas. La nueva orden pasó a ser conocida como la de los Gelupgas, en tibetano, “Los Virtuosos”. Con el tiempo, encabezados por los Dalai Lamas, llegarían a convertirse en la escuela dominante en el Tíbet, siempre teniendo en cuenta que dominante no quiere decir única: el resto de las escuelas siguen vivas y entre todas suman tantos o más adeptos.

Tratándose de la sede los Dalai Lamas, lógicamente es en Lhasa donde más se hace notar el poder de su orden. Los tres grandes monasterios de la capital pertenecen todos a “los Sombreros Amarillos” y fueron fundados por el propio Lama Tsongkapa. De los tres, Drepung, el primero que visité, a sólo ocho kilómetros de Lhasa, es el más grande, el mayor de toda Asia Central. En sus tiempos de máximo esplendor llegó a alojar a diez mil monjes. Construido en el siglo XV, Drepung, en tibetano “el montón de arroz”, , cumplió en el Viejo Tíbet funciones de universidad. La principal de todas. Una universidad por supuesto, enteramente dedicada a los estudios religiosos, los únicos que existían entonces, integrada por cuatro colegios de teología y veintinueve residencias o colegios mayores en las que los estudiantes se agrupaban conforme a sus regiones de origen. Entre ellos, muchos extranjeros: desde tártaros y mongoles a nepalíes o butaneses...

El día de mi visita, bajo un sol cegador, al pie de las erosionadas montañas, el monasterio de Drepung rodeado de álamos y arbustos de olor, de espliegos y lavandas, presentaba el aspecto de un remoto y tranquilo pueblo andaluz, muy semejante a las pequeñas poblaciones de la Alpujarra granadina, retrepadas en la montaña, con sus casitas blancas y encaladas y sus tejados de tierra apisonada. Incluso las acequias que regaban los huertos favorecían la ensoñación. En el ascenso por las empinadas callejas, algunas adornadas con andalucísimos geranios, apenas tropecé con unos cuantos peregrinos y una docena de monjes, habitantes de aquel gran monasterio fantasma, eso sí, perfectamente conservado. Al día de hoy, de los diez mil monjes del pasado sólo quedaban en Drepung quinientos, por razones que *Nuestro Hombre en Lhasa* despachó con una pregunta tan retórica como la mía: no es que existieron restricciones a la libertad religiosa, pero los jóvenes tibetanos de hoy preferían dedicarse a otras cosas. ¿Acaso en Occidente no pasaba lo mismo, no se habían ido vaciando allí también los conventos y seminarios?

Como la mayoría de los monasterios del Tíbet, Deprung sufrió importantes daños durante la Revolución Cultural y como los más importantes de ellos había sido después cuidadosamente reconstruido. En Drepung, me tocó vivir la experiencia de entrar en mi primer templo tibetano. Tardé un rato en acostumbrar la vista a una oscuridad que contrastaba vivamente con el sol cegador del exterior. Tras los espesos cortinajes que cegaban puertas y ventanas, casi la única luz la ofrecían una multitud de pequeñas lámparas votivas. Los templos tibetanos no son ni iglesias ni capillas: los LHA KANGS, en tibetano, “casas de Dioses” son exactamente eso, los domicilios particulares de los Budas: el que lo desea, realiza una vista de cortesía, enciende lámparas de manteca en su honor y se va. Como consecuencia de ello, apenas se entra en un templo tibetano, el olfato es, de todos los sentidos, el primero en activarse. El fuerte aroma de la manteca de yak rancia que hace arder cientos de pequeñas velas lo invade todo, provocando una embriaguez mareante. Hay quien dice que se trata de un olor nauseabundo, pero a mi, pasada la primera impresión, no me resultó desagradable. Inmediatamente después, una vez acostumbré la vista, el abigarramiento de la escenografía llamó poderosamente mi atención: vigas y columnas de madera en vivos colores,

profusamente pintadas, pinturas al fresco, tangkas y telas multicolores recubriendo hasta el último centímetro de pared. Para no hablar de la infinidad de ofrendas, altares e imágenes de todas clases y tamaños en un espacio angosto y reducido. Entre el humo de lámparas y el incienso, la atmósfera, por recurrir al tópico, me resultó completamente medieval: incluidos los monjes sentados en el suelo, envueltos en sus capas de color azafrán, recitando oraciones o tocando ritualmente los címbalos y el tambor y los peregrinos con sus largas trenzas y sus ropas tradicionales que se arrojaban al suelo frente a las imágenes, tras encender velas en su honor. Siempre en la oscuridad, en una penumbra que evocaba la de nuestras iglesias románicas, aunque la decoración interior correspondía más bien a un barroco chocante y excesivo para el gusto occidental de hoy, ahito de abundancia material y que quizás por eso prefiere concebir sus lugares sagrados como oasis de austeridad. Los tibetanos, no. Los tibetanos, habitantes de un país pobre, de desiertos helados, hijos de la naturaleza más austera y esencial del planeta, guardan toda su fantasía y el sentido del lujo para cuando se trata de decorar las casas de sus dioses. En ellas todo cabe. Unas casas en las que por otra parte no se celebran misas ni ritos comunales como sucede en las religiones bíblicas. Excepto para solicitar o agradecer mercedes recibidas o cuando van de peregrinación, los tibetanos seculares no participan en sus templos en ningún tipo de ceremonia. Los rituales budistas son exclusivamente para los monjes.

Para llegar al palacio de Ganden, el corazón de la ciudadela de Drepung, hay que subir una empinadísima escalera de madera, con los travesaños impregnados de resbaladiza manteca. En 1530, el palacio Ganden –no confundir con el monasterio del mismo nombre- se convirtió en residencia de los primeros Dalai Lamas, antes de que el número quinto se mudase al Potala. Los Dalai Lamas, segundo, tercero y cuarto están enterrados en Drepung. En el centro de un patio porticado, dos largos mástiles paralelos, cubiertos de telas con escrituras budistas y coronados con largas trenzas de pelo de yak, guardan, como deidades protectoras, el lugar principal del monasterio: la gran sala de oraciones de más de mil quinientos metros cuadrados cuyo techo sostienen ciento cincuenta columnas. Con capacidad para más de mil monjes, pese a que cuando lo visité no hubiera en él más de media docena. Aunque disminuidos, ¿dónde estaban los quinientos monjes de Drepung? Temí estar ante un nuevo caso de “Tsuma”, esa palabra con la que según Heinrich

Harrer, los tibetanos designaban a los intentos chinos de presentar una normalización del Tíbet, durante la apertura política de los años ochenta: “Tsuma” en tibetano significa “cuento”, “ilusión”, y se decía entonces que ilusión eran muchas de las escuelas y hospitales que se mostraban a los extranjeros, cuento la pretendida libertad religiosa e incluso, en la versión de los más suspicaces, que todos los monjes que se veían en el Tíbet no eran más que policías secretos de Pekín disfrazados.

En las capillas superiores del templo, junto a la estatua de Maitreya, el Buda futuro, principal deidad de Drepung, estuve a punto de resbalar al suelo, de tan pringado como estaba de manteca caída. Me sujetó del brazo un monje anciano, encorvado por el peso de los años, su cabeza redonda y afeitada, iluminada por la más amistosa de las sonrisas. Si fuera policía, desde luego hacía tiempo que debiera estar jubilado. Comenzó a hablarme en tibetano, señalándome los altares como si quisiera explicarme el significado de imágenes y ofrendas. Yo miré alrededor buscando a mi guía y entonces me di cuenta de que hacía ya un buen rato que le había perdido. Seguramente había regresado al taxi porque, como buen chino, no le interesaba gran cosa la religión de los tibetanos, ni siquiera desde un punto de vista antropológico. En su infancia, había debido ser educado en un ateísmo científico y racional y todo lo que tuviera que ver con lo sobrenatural le provocaba una inconsciente alergia. Un agudo problema en el Tíbet, el país más religioso del planeta. Solo y sin intérprete, no me quedó otro remedio que intentar descifrar por mi cuenta las palabras del viejo lama. “Tsongkapa”, creí entender, mientras me señalaba una de las imágenes. Bien, aquello estaba claro. Siendo el fundador de los “Sombreros Amarillos” y de aquel mismo monasterio parecía lógico que ocupara un lugar preferente en sus altares. Aquella estatua dorada, sentado en posición de loto, debía ser sin duda su imagen. La mano del viejo monje señaló a continuación una reliquia sobre el altar. “Tsongkapa tooth”, dijo. El paso al inglés me produjo alivio. Sin duda el sacerdote había aprendido a mascullarlo para atender a los turistas occidentales, aunque, en todo mi recorrido por Drepung no había visto ni uno. ¿Dónde se habían metido los turistas? Pero antes que nada, me interesaba descubrir donde se habían metido los monjes. “Holidays”, dijo el lama. Así que aquella era, y no ninguna oculta conjura, la razón de que estuviera tan vacío Drepung: en junio, terminado el ciclo lectivo, los jóvenes seminaristas se habían

ido de vacaciones con sus familias y no regresarían hasta septiembre. En el monasterio sólo se habían quedado algunos monjes viejos como él.

Uno de los juegos al que con más fruición se entregan los turistas y viajeros contemporáneos al Tíbet es a buscar, en monasterios y casas particulares, fotos del Dalai Lama. Están prohibidas y aunque los extranjeros no corran riesgo, su posesión en manos de los tibetanos es considerada no una prueba de fervor religioso, sino de peligrosa disidencia política. Durante mi visita a Drepung, vi algunas fotos en los altares de diferentes lamas principales, pero ninguna se parecía a la imagen, universalmente conocida, del rey-monje exiliado.

El monasterio de Sera también fue construido en el siglo XV. Pero estando más cerca de Lhasa que Drepung, a sólo cuatro kilómetros del casco urbano, ha sido prácticamente absorbido por el crecimiento urbano de la ciudad. Aún perteneciendo a la misma orden, la rivalidad entre los monjes de Sera y Drepung es bien antigua y conocida. En el pasado, las competiciones deportivas que se celebraban cada año entre los novicios de los dos monasterios servían para dar curso en forma pacífica a esa rivalidad. También era célebre Sera por las controversias teológicas públicas que tenían lugar entre sus estudiantes... y que aún hoy siguen celebrándose... Precisamente, nos habían informado que esa misma tarde tendría lugar uno de esos debates, razón por la cuál, con mi intérprete refunfuñando a mi espalda, subía yo a toda prisa por las callejas del monasterio, blancas y sinuosas, entre casas encaladas de adobe, geranios y ventanas multicolores, un escenario idéntico al que habíamos recorrido en Drepung. La arquitectura tibetana está muy reglamentada, tantos en sus formas como en sus colores. En los edificios religiosos, -la única arquitectura que existe en Tíbet- cada elemento tiene un significado preciso: el pórtico de cualquier templo, por ejemplo, ha de venir precedido por cuatro escalones que simbolizan las “Cuatro Atenciones Perfectas” y su techo lo sostienen siempre cuatro columnas que conmemoran las “Cuatro Nobles Verdades” del budismo. Las tres plantas de altura de todas las iglesias tibetanas representan a su vez, los “Tres Cuerpos de la Iluminación”: cuerpo absoluto, cuerpo de gloria, cuerpo de emanación. Se trata sólo de simples ejemplos. En los, aparentemente caóticos, templos tibetanos hasta el más pequeño detalle u objeto ritual, responde a una reglamentación precisa, establecida, como un

canon inamovible, hace más de setecientos años. Algo que iría confirmando a lo largo de mi viaje: en Tíbet es muy difícil distinguir la antigüedad de sus monumentos, sencillamente porque todos, antiguos o modernos, parecen iguales. El arte tibetano es un arte de un único estilo. Como señalara Hugh Richardson:

“Fue durante los siglos XI al XIV cuando la civilización tibetana, su vida y su pensamiento adquirieron su forma característica. Un período muy creativo de la civilización tibetana resultado del contacto entre el genio nativo de la religiosidad tibetana con la fantástica filosofía y las extravagancias religiosas del último budismo indio. Quizás como resultado de digerir mucho en un corto espacio de tiempo, los tibetanos quedaron tan ahitos que en adelante no quisieron absorber nada más”

A Alexandra David-Néel, la intrépida viajera de principios de siglo, iniciada ella misma en la escuela, más austera e intelectualizada, del zen japonés, el budismo de los tibetanos no dejó de resultarle bastante “sui géneris”:

“Los tibetanos se creen budistas, budistas auténticos, los únicos en serlo en el mundo entero. Incluso miran con desprecio o conmiseración a sus correligionarios de otros países. Para ellos, la India es, claro, el país sagrado que les llevó el budismo; pero como allí se perdió, el Tíbet ha pasado a ser la verdadera tierra de Buda”

Una tierra de Buda, cuyas prácticas difieren singularmente de las del resto de países budistas, de Japón a Ceilán o Indochina: combinación de budismo mahayana y prácticas tántricas llegados al Tíbet desde la India con más de mil doscientos años de retraso desde que el Buda Sakyamuni predicará en el parque de los ciervos de Sarnath la llamada Primera Vuelta de la Rueda del Dharma: el sermón de las Cuatro Grandes Verdades, que el tantrismo sintetiza en dos: la verdadera vacuidad del todo y la verdadera cesación del sufrimiento. Todo lo demás es ilusión, carece de existencia. Pero para ser ilusión, el panteón de Budas, Bodhisatvas y dioses, Dakinis y demonios que llenan los altares tibetanos, resulta tan exuberante como para confundir al no iniciado, haciéndole olvidar que el budismo, según sus más modernos seguidores, es una no-religión, o al menos no

una religión en el sentido teísta del término, que no reconoce dioses creadores ni exteriores.

Los debates teológicos resultaron ser una ilusión. No podía haberlos porque los seminaristas de Sera, como los de Drepung, estaban de vacaciones, pero al igual que yo, cuatro o cinco turistas extranjeros –los primeros que veía- habían respondido a la llamada de aquel falso señuelo. Pese a la frustración, tampoco tuve la impresión de haberme perdido nada excesivamente importante: ya había podido ver tales torneos clericales en algún video y sabía que sólo la gesticulación exagerada de los novicios producía la falsa impresión de un auténtico debate apasionado. En realidad lo que los estudiantes hacían era repetir SUTRAS, textos sagrados aprendidos de memoria. En 1924, tras visitar Sera y Drepung, Alexandra David-Néel dibujó un balance bastante desolador de estas universidades religiosas:

“La educación clerical tibetana consigue una pequeña selección de letrados, gran número de holgazanes torpes, de amables y joviales gozadores de la vida y pintorescos vagabundos, más algunos místicos que pasan su vida en las ermitas del desierto en continua meditación...”

En el antiguo Tíbet, desde luego, la vocación no parece haber sido la causa principal de tan desmesurada población monástica. Los novicios entraban muy jóvenes en los monasterios, con seis o siete años y la tradición establecía que al menos uno de los hijos de cada familia se dedicase a la vida religiosa. En comparación con sus hermanos, destinados a convertirse en campesinos o pastores, el elegido era un privilegiado: los monasterios ofrecían una vida sin sobresaltos y con la manutención asegurada, pero sobre todo una oportunidad de ascender en la escala social, algo imposible de otro modo en el sistema estamental que dividía, rígidamente, la sociedad tibetana. Las posibilidades de adquirir una educación constituían otro buen aliciente ya que, aparte de los nobles que contaban con preceptores privados, los monasterios eran las únicas escuelas que existían.

En Sera no habría debates, pero sí muchos más peregrinos y monjes que en Drepung. Frente al templo principal del monasterio, una larga cola de tibetanos aguardaba el momento de entrar a adorar a Hayagriva, la deidad tántrica de cabeza

de caballo, la imagen más antigua y venerada del monasterio, salvada de milagro de la Revolución Cultural. Imponiendo el orden, un par de monjes gigantescos organizaban la cola, amenazando con sus grandes bastones a los peregrinos. Tuve que parpadear. Así que seguían existiendo, los famosos “Dobs Dobs”, los monjes policías, bravucones y pendencieros, que guardaban el orden en los monasterios del Viejo Tíbet y de quienes Alexandra David-Néel había escrito que tenían “sabor a rufianes de la Edad Media”. Se decía de ellos que nunca se lavaban y se ennegrecían la cara y los hábitos para ofrecer un aspecto aún más aterrador. Desde luego estos lo ofrecían; pero sobre todo, su presencia venía oportunamente a recordarme que la vida en los monasterios tibetanos no fue siempre pacífica y dedicada a la espiritualidad. En el pasado, los motines de los monjes eran frecuentes además de temidos, porque solían terminar siempre con el saqueo de Lhasa. En “Siete Años en el Tíbet”, Harrer cuenta el último de estos motines, durante la infancia del actual Dalai Lama, precisamente en Sera: sus cinco mil monjes se sublevaron, pero el ejército tibetano cercó el monasterio y tras bombardearlo, logró acabar con la rebelión. Reting, el regente del Tíbet, fue acusado de impulsar el motín y tras ser detenido, murió en extrañas circunstancias. Buena parte de los monjes huyeron a China. A los que no pudieron escapar, se les estuvo viendo en Lhasa durante meses, obligados a mendigar, cargados de cepos y cadenas.

La pieza más elevada y visible de todo templo tibetano es el Trono, símbolo de la importancia de la enseñanza en el budismo y en el que sólo puede sentarse el lama más importante, el maestro religioso de cada orden. Siendo como eran Sera y Drepung monasterios Gelupgas, aquel elevado y vacío sitio que tenía ante mis ojos en el templo de la deidad Hayagriva, tenía que estar reservado por fuerza para el líder espiritual de los “Sombreros Amarillos”, el Dalai Lama. Pero el Dalai Lama no estaba, hacía cuarenta años que se había exiliado del Tíbet. ¿Quién ocupaba ahora ese sitio, quién se sentaba en aquel trono? Me volví hacia los monjes del suelo, que entre sorbos y sorbos de té, recitaban mantras y se balanceaban de izquierda a derecha de una manera rítmica, casi hipnótica. Sentí deseos de preguntárselo. Aparentemente nada parecía perturbar su liturgia, ni tampoco la vida monástica que llevaban en Sera conforme a las reglas y tradiciones de siempre. Pero, ¿quién mandaba ahora en el monasterio? Precisamente había sido un lama de

Sera quien descubriera a la decimocuarta reencarnación del Dalai Lama en una remota aldea del Qinghai, cuando sólo tenía dos años. Para no llamar la atención del niño se había disfrazado de criado. Pero después los antiguos abades de Sera y Drepung le habían acompañado al exilio; incluso había leído que en el sur de India los monjes exiliados habían creado nuevos monasterios con los mismos nombres. ¿Quién dirigía entonces las viejas *Gompas* de Sera y Drepung, las originarias, las del Tíbet? ¿Había nuevos abades? “No, ya no hay abades, hoy día los monasterios son regidos por Comités de Administración Democrática”, me respondió mientras nos íbamos *Nuestro Hombre en Lhasa*. Parecía molesto y enseguida descubrí por qué. Por culpa de mi excesiva minuciosidad al recorrer los monasterios había tenido que aplazar una visita prevista para esa misma tarde a la Escuela Secundaria de la ciudad. Y no sólo habíamos dejado plantados al director y los profesores; lo que más le dolía era que tal aplazamiento había desequilibrado la imparcialidad con que consideraba su deber mostrarme las dos caras del Tíbet: me había llevado a conocer la vieja educación monástica por la mañana y por la tarde me hubiera correspondido conocer la educación moderna y laica. Era lo justo. No es que a mí no me lo pareciera, pero no me ilusionaba lo más mínimo hacer frente a un indeseado compromiso oficial, la cara menos excitante de mi viaje. ¡Quién viaja al Tíbet a visitar escuelas! Tuve que recordarme a mí mismo que yo no era un turista, que mi trabajo consistía en recoger información y que seguramente aquella escuela constituía un buen observatorio para averiguar cómo se educaban los tibetanos de hoy. Acepté pues concertar una nueva visita para el día siguiente; y ya que le había desequilibrado el día, dejándome llevar por mi pasión por el arte y la historia, decidí compensarlo con unos datos de economía política, sacados de un folleto sobre los Monasterios del Tíbet que, en inglés, él mismo me había proporcionado: según se decía en él, los monasterios en el Viejo Tíbet no eran simples centros de espiritualidad, sino propietarios de grandes extensiones agrícolas, ni más ni menos que el 36% de las tierras cultivadas del Tíbet. Sólo el monasterio de Drepung que había visitado por la mañana, disponía en el pasado para alimentar a sus 10.000 monjes de más de 180 latifundios... 20.000 siervos campesinos y 10.000 nómadas con sus rebaños le estaban asignados; todos ellos endeudados hasta las cejas: En 1.959, la deuda de los siervos con el monasterio ascendía a 13 millones de dólares de plata.

Temí haber vuelto a inclinar la balanza. Por si acaso, en aras de la imparcialidad, anoté discretamente en mi cuaderno que, por fin había logrado ver, en una de las capillas de Sera, semiescondida entre las lámparas de manteca de yak, una fotografía del Dalai Lama.

V.-

DIEZ AÑOS DE CRISTALES ROTOS

A las nueve en punto de la mañana, sin una sola nube en el horizonte, bajo un sol tibetano ya alto y calcinante -debido a la obligatoriedad de seguir, en toda la inmensa China, el huso horario de Pekín- inicié mi visita a la Escuela Secundaria de Lhasa. Un centro educativo modelo, por sus dimensiones el cuarto más grande de China y que ostentaba el privilegio de haber sido la primera escuela fundada en el Tíbet tras la “Liberación Pacífica”, nada menos que en 1956, cuando todavía el Dalai Lama residía en el Potala. Cruzamos grandes patios arbolados, pistas deportivas, pabellones y aulas de aspecto limpio y cuidado. En la sala de profesores, frente a media docena de docentes encabezados por su director, tomamos asiento mi intérprete y yo. Mientras yo escrutaba sus rostros tratando de diferenciar quiénes eran Han y quiénes tibetanos – complicado para un recién llegado teniendo en cuenta que ambos provenían del mismo tronco racial- el director me dedicó un largo y previsible discurso de presentación de la escuela, resaltando su calidad docente y sobre todo las distintas etapas educativas que, desde los años cincuenta, había ido atravesando. En su opinión, la historia del desarrollo de la Escuela Secundaria de Lhasa se podía dividir en tres períodos: el primero de los cuáles, de 1956 a 1965, había sido de grandes progresos, debido a la gran ansia que sentían los tibetanos de todas las clases sociales por adquirir una educación moderna.

“Pasé una tarde en la Escuela Secundaria de Lhasa, establecida, en los primeros tiempos como escuela primaria, en 1956. Su director me contó que al principio acudían aquí los hijos de los nobles junto con, por primera vez

en la historia del Tíbet, los hijos de sus siervos y esclavos, lo que creaba fuertes contradicciones. En clase y fuera de ella, los jóvenes aristócratas seguían comportándose como señores feudales, obligando a los más humildes a llevarles los libros y prepararles la comida, como si todavía siguiesen siendo sus criados...”

Estaba haciendo trampas. Mientras mi intérprete me traducía las palabras del discurso convencional del director, yo disponía de una inapreciable información para contrastarla: la que dejó escrita en 1975 un viajero chino, Han Suyin, el primero que visitó el Tíbet tras los años de plomo de la Revolución Cultural. En aquel tiempo, Mao todavía vivía y estaba en el poder la que más tarde sería anematizada como “banda de los Cuatro”. El libro, inencontrable en China en los tiempos actuales debido a sus ataques a Den Xiaoping, había llegado a mis manos de casualidad, en una edición india en inglés y ahora me estaba proporcionando el secreto placer de poder comparar dos entrevistas: la que estaba realizando en ese momento yo y la que Suyin realizara, veinticinco años atrás, con el director de entonces. Las dos bien diferentes. La idílica convivencia del viejo y el nuevo Tíbet en los primeros tiempos de la escuela cuyo elogio estaba haciendo el actual, era para su predecesor una anomalía llena de contradicciones, afortunadamente resuelta en 1959, con la huida del reaccionario Dalai Lama. Desde entonces, y en evidente represalia, la enseñanza de la religión budista se vio suprimida por completo en aquella y en todas las escuelas:

"Quedó claro que, aunque un mínimo de devoción siguiese permitiéndose al pueblo, ya no se les permitía en absoluto a los lamas enseñar la vieja religión... y puesto que anteriormente la única enseñanza la impartían los lamas como profesores privados de la nobleza o en los monasterios, a partir de entonces el lamaísmo había perdido toda posibilidad de sobrevivir en el Tíbet”

La libertad religiosa es hoy un valor que nadie discute en Tíbet ni en China, ni en ningún otro lugar del mundo. Que se cumpla o no se cumpla en la práctica es otra cuestión, pero nadie se atreve a negar en voz alta su condición de derecho humano universal. No siempre fue así, incluso no hace mucho tiempo, en casi la

mitad del planeta - y en la otra media, en buena parte de sus círculos más intelectuales e ilustrados – la religión más que un valor se consideraba un atraso. Una superstición del pasado que el progreso científico de la Humanidad iba forzosamente a dejar atrás. En los años setenta, conforme al espíritu de la época, en el libro de Suyin sobre el Tíbet no se encuentra el menor lamento por las destrucciones, entonces todavía bien visibles, causadas en monasterios y templos por la Revolución Cultural. El se fijaba en otras cosas: por ejemplo en los cuatro millones de libros que se imprimían entonces, la mayor parte de tipo utilitario: técnicos, científicos, médicos y políticos... habían dejado de imprimirse los viejos sutras, pero, como dejara escrito orgullosamente, “ Mao Tse Tung, Marx, Engels y Lenin estaban todos ya traducidos al tibetano...”

¿Donde habría tenido lugar la entrevista de Han Suyin al director de la escuela en el año 75? Quizás incluso en aquella misma sala de profesores. Pero el contenido de las respuestas no podía ser más diferente, prueba evidente del cambio que en un cuarto de siglo había experimentado China. Mientras el actual responsable pasaba de puntillas por el segundo período en la historia de la escuela, aquel que iba de 1966 a 1976, tiempos de caos y confusión, en los que desgraciadamente no se pudo progresar mucho (Hoy día, no hay tema del que les guste hablar menos a los chinos que la Revolución Cultural: ninguno la defiende, pero tienden a despacharla como si se hubiese tratado de una catástrofe natural, un terremoto o huracán, sin ninguna intervención humana), en mi cabeza daban vueltas las declaraciones del director en tiempos de Suyin, proclamando orgulloso que la Revolución Cultural había servido para poner fin a las políticas criptocapitalistas de Liu Shaoshi y su camarilla, Deng Xiaoping incluido. Gracias a los valientes Guardias Rojos, la Escuela Secundaria de Lhasa había abrazado con entusiasmo la línea proletaria del Presidente Mao. “¿Hubo enfrentamientos en la escuela durante la Revolución Cultural?”, pregunté al director de hoy. “Ah no! Cuando llegó la Revolución Cultural, nuestra escuela estaba ya bastante consolidada y apenas sufrió ataques”. Suyin, en cambio decía otra cosa: junto con la Escuela Normal, la Escuela Secundaria de Lhasa destacó por su ardor combativo; durante dos años, hasta el 68, hubo choques constantes entre las distintas facciones de estudiantes rebeldes, mientras los profesores se veían sometidos a feroces sesiones de autocrítica y eran desposeídos de su autoridad docente, todo ello en aras del entusiasmo y la pureza

revolucionaria. La “Gran Revolución Cultural” sacudió el Tíbet, como todo el resto de China, en 1966, inmediatamente después del célebre discurso de Mao en la plaza de Tiananmen de Pekín. En Lhasa, los jóvenes chinos se lanzaron a saquear los templos y monasterios, enfrentándose a tiros con su propio ejército. Eran tiempos en que la guerrilla tibetana independentista todavía realizaba acciones militares, infiltrándose en el sur del Tíbet desde sus bases en Nepal para hostigar cuanto podía al Ejército de Liberación Popular. De repente, de manera imprevista, al conflicto armado entre chinos y tibetanos insurgentes, vino a sumarse un nuevo frente, esta vez de chinos contra chinos. Los enfrentamientos entre el Ejército y los Guardias Rojos, considerado demasiado conservador por los jóvenes revolucionarios, fueron por entonces moneda corriente en China. En la mayor parte de las provincias, el Ejército entregó armas y dejó hacer a los Guardias Rojos, como ejecutores que eran de la política del presidente Mao Zedong. Pero en el Techo del Mundo el conflicto se vio agravado porque las tropas allí destinadas tenían un enemigo al que combatir y no estaban para contemplaciones, pero sobre todo, porque en el Tíbet recién “liberado” el ejército era todopoderoso y constituía el auténtico gobierno del país. Durante dos años, los choques resultaron especialmente violentos, con frecuentes tiroteos en el centro de Lhasa y numerosos muertos en ambos bandos; un desconcertante espectáculo para los tibetanos de más edad que veían de repente como sus liberadores/colonizadores habían pasado a matarse entre sí. Los más jóvenes, en cambio, tan adoctrinados como los Han, se lanzaron con igual entusiasmo, Libro Rojo en la mano, a borrar de la superficie del Tíbet todo rastro de la vieja cultura. Fue inútil que el Ejército intentará oponerse: de una punta a otra del Tíbet, el fuego y la dinamita realizaron a fondo su misión purificadora. En 1967, los choques esporádicos se convirtieron en una batalla a gran escala. El gobernador militar del Tíbet, general Chang Kuo Hua, militar de la vieja escuela e histórico de la Larga Marcha, decidió plantar cara a aquellos alborotadores “pseudointelectuales” que andaban revolviendo lo que consideraba territorio bajo su exclusiva autoridad. Sin importarle desafiar al presidente Mao, sacó todas sus tropas a la calle y les ordenó acabar, a tiro limpio, con los Guardias Rojos. Aún no habían terminado de recoger los cadáveres de la calle, cuando llegaron noticias de que tres divisiones marchaban hacia el Tíbet para destituir a Chang Kuo Hua. El viejo General se adelantó, viajando por su cuenta a Pekín, antes de que llegaran las nuevas tropas. Los Guardias Rojos tomaron su partida por

victoria y se lanzaron de nuevo a hacer arder el Tíbet con furor incendiario aún más acrecentado. No contaban con que Mao, que empezaba a temer que la revolución que él mismo había desencadenado pudiera terminar cuestionándole, fuese a dar un paso atrás; y como además en el Tíbet, existía el peligro añadido de que los disturbios pudieran acabar fortaleciendo la lucha de los independentistas, los dirigentes de Pekín tomaron la decisión de reponer en el mando al veterano general. De regreso al Techo del Mundo, los enfrentamientos volvieron a agravarse porque Chang Kuo Hua, lejos de venir “reeducado” reemprendió de inmediato su cruzada particular contra los Guardias Rojos.

Al día de hoy, ni en el Tíbet ni en China existe un registro fiable del número de víctimas provocado por la Revolución Cultural, primero porque los dirigentes posteriores nunca tuvieron verdadero interés en ahondar en las viejas heridas y también porque sus principales responsables, la famosa “Banda de los Cuatro”, dispusieron de tiempo de sobra de deshacerse de pruebas comprometedoras mientras todavía vivía Mao. Pero si tomamos en cuenta tan sólo los daños materiales, mucho más difíciles de ocultar, las cifras son estremecedoras: de los seis mil centros de culto que existían en el Viejo Tíbet, entre monasterios, templos y pequeñas capillas diseminadas por todo el país, al comienzo de los años setenta no quedaban en pie más de doscientos. Todos los grandes monasterios fueron primero saqueados y más tarde, en muchos casos, volados con dinamita. Las estatuas de Buda, deidades tántricas y bodhistavas fueron destruidas; se quemaron millones de pergaminos conteniendo los viejos tantras y sutras; se blanquearon los muros de los templos para hacer desaparecer los mandalas y las viejas pinturas; se prohibieron todo tipo de rituales y ceremonias, incluido el rezo privado, las postraciones y hasta el girar de los molinos de oración. Todo ello de un extremo a otro de Tíbet, incluidas las más inaccesibles ermitas y santuarios... Hasta las ciudades perdidas de Tsaparang y Tholing en los desiertos del Tíbet occidental, llegó la furia destructora de los Guardias Rojos; el aislado monasterio de Rongbuk, el más alto del mundo, al pie del Everest, también resultó destruido. Por paradójico que nos resulte hoy, una destrucción tan universal, tan generalizada y concienzuda, no fue causada por mentes poseídas por el espíritu del mal ni por una turba de psicópatas sino por jóvenes entusiastas y solidarios, convencidos de estar realizando una tarea benefactora no sólo para China, sino especialmente para el Tíbet. El objetivo era

crear un Tíbet nuevo, en el que, en palabras de Suyin: “la vieja música religiosa, el canto estremecedor de los monjes, el sonido de los grandes cuernos que espantaban a los demonios de los valles, no volviera a escucharse nunca más”. Durante su visita de 1975, relatada en su libro con pluma inteligente y amena, en apariencia nada fanática, el viajero chino describía entusiasmado aquel Tíbet recién nacido, tras la cirugía de caballo que le acababan de aplicar:

“Así es el Tíbet hoy... No hay miedo, no hay servilismo rastrero, sino un ambiente de mutua sinceridad y respeto, que es muy impresionante. Esta orgullosa, inteligente y bella raza parece haber encontrado al fin su propio camino. En las calles, los raros y escasos policías que dirigen el tráfico, no llevan armas... Realmente es difícil creer que aquí, en el Tíbet, la más atrasada y hermética de las regiones, el salto del siglo VII al siglo XX se haya dado en una sola generación”

- La Revolución Cultural fue algo tremendo para el Tíbet –me reconoció durante el almuerzo mi intérprete-. La consigna que corría entonces era que debíamos destruir “los Cuatro Viejos”: las ideas viejas, la cultura vieja, las costumbres viejas y los hábitos viejos. El daño que se produjo como consecuencia fue enorme, se destruyeron muchos monasterios, estatuas y objetos de incalculable valor artístico y cultural.

Por su edad, podía haber sido perfectamente uno de aquellos guardias rojos adolescentes que treinta años atrás se echaron a la calle dispuestos a construir un mundo nuevo sobre las ruinas humeantes del viejo. Un pasado del que seguramente no se sentiría en absoluto orgulloso porque la Revolución Cultural, hoy día, no tiene quien la defienda; chinos y tibetanos, ya sean comunistas o nacionalistas, coinciden por igual en execrarla. Pero en el caso del Tíbet, desde el lado chino suele introducirse un matiz que mi intérprete no se olvidó de introducir a continuación:

- Muchos extranjeros olvidan que la Revolución Cultural no sólo causó daños en el Tíbet, también en toda China. Por mucho que se equivocase, el Presidente Mao no ordenó de forma especial destruir la cultura del Tíbet. Tampoco

envió chinos especialmente para destruir la cultura tibetana. Fueron los chinos que vivían aquí y también muchos tibetanos quienes llevaron a cabo las destrucciones.

Tras pasar de puntillas por la Revolución Cultural, el director de la Escuela Secundaria de Lhasa terminó su discurso hablándome del último período histórico de su escuela, tras la muerte de Mao y la consiguiente y relativa “desmaoización”. Una etapa en la que se notaba que se sentía mucho más cómodo. Para empezar, aunque él no lo supiera, las informaciones de Han Suyin no estaban ya allí para contradecir las suyas. Pero además, tratándose de la línea oficial vigente en China, la de las políticas de “Reformas” y “Apertura al Exterior” puestas en marcha por Deng Xiaoping, se trataba de un terreno de juego en el que no corría riesgos de patinazos ideológicos. Me contó que en aquellos momentos sólo se estudiaba en la escuela el segundo ciclo de Secundaria, con alumnos entre 16 y 18 años. Tenían 1.160 estudiantes, de los cuáles el 70% eran tibetanos, como también lo era el 51% de los 113 profesores del claustro. Las enseñanzas se impartían en los dos idiomas Han y tibetano, según cada profesor, aunque aquellas materias como álgebra, física o química, para las que el tibetano carecía de un vocabulario adecuado, se impartían en chino. No, claro que no, entre las asignaturas, no se incluía la enseñanza religiosa.

Abandonamos la sala de profesores para ir al encuentro de los alumnos. En el gran patio de la escuela rodeado de frondosos sauces, el director me invitó a alzar la vista. Sobre nosotros, en lo alto de su montaña, la inmensa mole del Potala parecía más cercana que nunca. “Antes de construir la escuela, esta era una antigua finca de pastoreo que pertenecía al Dalai Lama”, me dijo. Era la hora del recreo y los mil y pico muchachos y muchachas de la escuela estaban todos formados frente a mí, asistiendo a la ceremonia diaria de izar la bandera china. Por los altavoces sonaba el himno de la República Popular y los jóvenes estudiantes se mantenían en posición de firmes, en impecable formación militar. En tales circunstancias, no era difícil dejarse llevar por la sugestión, imaginárselos veinticinco años atrás ante la misma bandera, escuchando el mismo himno, en aquel mismo patio. Sentí un escalofrío. Pero entonces hubieran estado vestidos con el obligatorio traje Mao, cubrirían sus cabezas con las gorras de la estrella roja y hubieran agitado en sus manos los pequeños libros de tapas igualmente encarnadas. En cambio hoy, chicos y chicas lucían unos impecables chándales azules y blancos, a la moda

internacional, con unas letras escritas en la parte trasera de sus chaquetas en un tercer idioma que no era ni chino ni tibetano: “LHASA MIDDLE SCHOOL”, ponía en todas ellas. El director se adelantó a mi perplejidad: “Estamos introduciendo la enseñanza del inglés, el idioma preferido por la mayoría de los alumnos, ya que les sirve para obtener mejores trabajos en el futuro y para entrar en la universidad”. Tras el ritual de la bandera, un estudiante se subió a la tribuna e inició un encendido discurso en chino. “Es el presidente de la Asamblea estudiantil”, me explicó el director. La expresión me inquietó. De nuevo, el pasado parecía a punto de resucitar en aquella escuela que había sido, veinticinco años atrás, el mayor vivero de Guardias Rojos del Tíbet. “¿Qué les está diciendo? ¿de qué trata su discurso?”. “Lo de siempre”, sonrió el director, “alecciona a los estudiantes para que respeten las normas del colegio. Está leyendo las normas disciplinarias”.

En el Tíbet actual, cualquier rastro de la Revolución Cultural hace tiempo que ha sido borrado. El Gobierno chino se ha gastado ingentes cantidades de dinero en reconstruir los monasterios. No todos, claro, lo que hubiera sido una tarea imposible, pero sí los más importantes. Las sagradas imágenes volvieron a sus altares desde los almacenes donde habían pasado arrinconadas toda una década. De nuevo volvió a autorizarse el culto, se permitió a los monjes que quedaban – los que no se habían muerto o exiliado- regresar a los monasterios y vestir otra vez sus hábitos de azafrán. Todo volvía a ser como antes o al menos a aparentar serlo, porque las revoluciones dejan huella, son saltos bruscos en la Historia de la Humanidad, cuyo significado no puede valorarse sin la necesaria distancia. Algo que comprendía muy bien Mao, de quien se cuenta que, a las preguntas de un periodista extranjero sobre las consecuencias históricas de la Revolución francesa, respondió, entre bromas y veras: “Oh!, aún es pronto para saberlas”. No hay revolución sin excesos, sin dogmatismo, sin violencia. Su máximo líder e impulsor lo había dejado meridianamente claro en las citas de su Libro Rojo: “Hacer la Revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado... una revolución es una insurrección, un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra” En el mundo de hoy, quizás pueda parecer una excentricidad hablar de lucha de clases y revoluciones, pero en aquellos años todo el mundo comprendía e incluso muchos compartían, tal lenguaje. Hoy ya no. Y siendo como fueron sus principales protagonistas, a los

chinos les toca enfrentar el complejo de culpa, ese silencio incómodo con que se guardan siempre, en todas las culturas, los crímenes históricos. Pero la Revolución Cultural no fue exclusivamente cosa de los chinos ni tampoco, algo que no me resulta difícil creer, de los miles de jóvenes tibetanos que sin duda participaron en la destrucción. “En 1968, el año en que los apparatchniks a la moda paseaban sus banderas maoístas por las calles de París, Tíbet era una tierra de cenizas, escombros y fosas comunes, sin cobertura de prensa ni televisión, olvidada de todos”, dejó escrito con amargura, Andrew Powell, viajero contemporáneo al Tíbet. En aquellos años yo era un adolescente y soñaba también desde España con derrocar todo lo viejo que se me pusiera por delante. “Desconfía de todo aquel que tenga más de cuarenta años”, fue una de las famosas consignas revolucionarias de la época. Al día de hoy, yo acababa de rebasar esa barrera fatídica y sin duda empezaba a estar demasiado lejos para lograr saber lo que pudieran pensar todos aquellos jóvenes que, en el patio de la Escuela Secundaria de Lhasa, asistían en posición de firmes, bajo un sol de justicia, a la lectura de las normas de disciplina escolar, con sus flamantes chándales en inglés. Los tiempos cambian. Parpadeé, alcé la vista. Sobre mi cabeza el Potala llenaba el horizonte en toda su majestuosidad, inmutable y eterno, milagrosamente salvado de la Revolución Cultural gracias al empecinamiento del general Chan Kuo Hua que, cumpliendo instrucciones de Chu Enlai, ordenó a sus tropas defenderlo a tiros de la furia de los Guardias Rojos. ¿Dónde estaban hoy los Guardias Rojos? Dicen que el viejo Mao, curándose en salud, antes de la histórica visita de Nixon del setenta y dos, ordenó a sus hijos más combativos irse a predicar la revolución a las más remotas aldeas de China. El campo y la historia se los tragarón. De aquella vieja furia ya nada quedaba. A mi alrededor, los pabellones de la escuela, alegres y cuidados, transmitían una sensación de recoleta *pax académica*. Me fijé en las ventanas, todas ellas con sus cristales relucientes y perfectamente colocados. ¿Que por qué me fijé en los cristales? Como colofón de mi visita a la escuela, de aquella inmersión en dos tiempos que acababa de realizar, no resisto la tentación de anotar la despedida de Han Suyin, todavía sin complejos de culpa, en otras circunstancias, con otro director, otros alumnos, en otro Tíbet:

“Recorrí el campus y sus edificios de ladrillo, sus laboratorios de física y química, la biblioteca, las aulas... Me fijé en que muchas de las ventanas

tenían los cristales rotos. “Un recuerdo de las revueltas juveniles que tuvieron lugar aquí durante la Revolución Cultural”, me respondió alegremente el director, “y puesto que existen otras prioridades que importar vidrios para ventanas, pasarán todavía unos años antes de que se coloquen cristales nuevos” (Algo que, según destacó Suyin, no parecía deprimirle lo más mínimo) “Así tendremos mucho más aire fresco”, bromeó, riendo.

VI.-

CONVERSACIONES EN EL TECHO DEL MUNDO.

En el verano de 1901, el explorador sueco Sven Hedin inició su segunda expedición al Tíbet, sufragada por el zar de Rusia, quien, además de aportar caballerías, provisiones y portadores, le obsequió con una escolta personal de cuatro cosacos. Eran tiempos de rivalidad entre ingleses y rusos, por entonces dos potencias asiáticas que competían por los inmensos territorios del Asia Central, todavía sin adjudicación clara en el mapa colonial del mundo. El objetivo de Sven Hedin era llegar a Lhasa, algo que ningún extranjero había logrado conseguir desde la visita de los padres Huc y Gabet en 1840 (en realidad lo de “ningún extranjero” sería más exacto dejarlo en “ningún occidental” ya que en marzo de ese mismo año y sin que Hedin pudiera saberlo, un japonés, Ekai Kawaguchi, había logrado entrar en Lhasa disfrazado de monje budista, lo que de verdad era, pero fingiendo ser de nacionalidad china, una impostura fácil, aunque también arriesgada, ya que por entonces Japón y China estaban prácticamente en guerra) Para un sueco, en cambio, las posibilidades de pasar desapercibido en el Tíbet eran desde luego mucho menores. Pero Sven Hedin tenía su propio plan y apenas cruzaron el desierto del Chantang, tras una penosa travesía sin otra compañía que la de las nieves eternas y los animales salvajes, en cuanto avistaron los primeros rebaños y tiendas de nómadas, se dispuso a ponerlo en marcha. Abandonó su cómoda tienda de jefe de la expedición, se despojó de ropas occidentales, se afeitó la cabeza y se tiznó la cara con cenizas para oscurecerla y ensuciarla, “aunque es imposible alcanzar el grado de suciedad que exhiben los tibetanos”, anotó en su diario de viaje. De esa guisa, tras dejar acampado al grueso de la expedición, consiguió adentrarse en el Tíbet,

con la sola compañía de uno de sus cosacos de raza buriata, y un par de mongoles, todos ellos disfrazados de peregrinos. En su camino, procuraban evitar las tiendas negras de los nómadas, cada vez más numerosas y no entrar en contacto con nadie más que para comprar tsampa y carne o el imprescindible forraje para los caballos. Pero pese a todas las precauciones, al llegar al lago Tengri Nor, se vieron rodeados por medio centenar de soldados tibetanos que agitaban ante sus ojos lanzas y mosquetones, dispuestos a cerrarles el paso. Desenmascarado el *sahib* blanco, les obligaron a acampar, anunciándoles que pronto habrían de recibir la visita de un enviado de Lhasa que decidiría que hacer con ellos. El enviado resultó ser Kamba Bombo, Gobernador de la provincia tibetana de Nagqu. Cuando sus mensajeros le anunciaron a Hedin que el gobernador le estaba esperando para recibirle en su campamento, el explorador decidió jugársela: en un arranque de “superioridad blanca” les contestó que, en cuanto representante del zar de Rusia, no podía desplazarse al campamento de nadie y que si Kamba Bombo quería hablar con él tendría que venir en persona a visitarlo a su tienda. Contra toda lógica, en lugar de reducirles por la fuerza allí mismo, puesto que sólo eran cuatro hombres y con apariencia de mendigos, los mensajeros del Gobernador se allanaron a sus peticiones. Un Kamba Bombo exquisitamente cortés, al frente de una comitiva de más de doscientos soldados y lamas, todos ellos vestidos con multicolores ropas de gala, acudieron a plantar sus tiendas junto al miserable tenducho de Hedin. A partir de entonces, se inició una interminable ronda de negociaciones, en la que el explorador sueco ensayaría todas clase de argumentos y estratagemas: se anunció portador de una importante y falsa misión, pidió permiso para escribir al Dalai Lama, incluso le ofreció a Kamba Bombo ir con él, custodiado como un prisionero, con tal de entrar en Lhasa. El Gobernador tibetano, todo un caballero, se mostró por completo inflexible: tenía órdenes, bajo pena de muerte, de impedir que ningún extranjero llegara a Lhasa, pero también de tratarle con respeto y garantizar que no sufriera daño. A la insistencia de Hedin, Kamba Bombo supo oponer siempre una impecable y sonriente lógica: él no quería perder su cabeza, ni tampoco que la perdiera el sueco, como sin duda ocurriría si accediera a permitirle el paso. Al final, generosamente reabastecidos de caballos y provisiones, escoltados por los soldados del gobernador, Hedin y sus hombres regresaron al encuentro de su caravana. Habían llegado a estar a unas ciento treinta millas, a sólo cinco días de viaje de Lhasa.

(Todavía Sven Hedin habría de realizar siete expediciones más al Tíbet, descubriendo y cartografiando inmensos territorios, pero sin intentar ya más llegar a su capital. Seguramente por la decepción que debió de causarle que en 1904, el coronel Younghusband y sus soldados se hubiesen proclamado vencedores en la “carrera” de Lhasa, entrando en ella a punta de bayoneta de una manera poco épica y violando todas las reglas del “fair play”. En cuanto a Kamba Bombo, fue precisamente uno de los oficiales tibetanos que más destacó por su bravura en la desigual batalla contra los ingleses en Gyantsé, donde resultó mortalmente herido. Antes de morir, quizás se acordase de la bravuconada profética de Hedin, que durante sus negociaciones del lago Tengri Nor, vestido de mendigo, acompañado sólo de tres miserables criados, había intentado impresionar a su inflexible interlocutor fantaseando con que, si no le dejaba pasar por las buenas, regresaría al Tíbet al frente de un poderoso ejército)

Sesenta años antes, el misionero francés Regis Evariste Huc y su colega el padre Gabet tuvieron también su propio “encuentro de culturas” en Tíbet, pero el suyo no fue con un gobernador tibetano sino con Kichan, el mandarín chino, recién destinado en Lhasa por el emperador, más que como honor, como destierro, tras haber perdido contra los ingleses la primera Guerra del Opio. La experiencia personal de Kichan, en particular su humillante derrota reciente, no le predisponían desde luego a acoger favorablemente a aquellos dos intrusos europeos; así que apenas supo de su llegada a Lhasa, mandó convocar inmediatamente a Huc y Gabet para decirles que debían abandonar el Tíbet, recordándoles, por si no lo sabían, que la religión de la Cruz estaba terminantemente prohibida en China. Los dos misioneros creyeron sentir próximo el martirio. “Tíbet no es China”, se atrevió a responder el padre Huc desde la osadía de su fé, en un verdadero alarde *avant la lettre* de defensa de la independencia tibetana; pero al padre Huc, cura al fin, no le movían inquietudes nacionalistas sino evangelizadoras y ni siquiera le preocupó la contradicción que implicaba recordarle a Kichan a continuación que, por el tratado de Huangpu, firmado con Francia dos años antes, China había tenido que ceder, otorgando a los misioneros la libertad de predicar en su territorio.

Aquel primer encuentro acabó en tablas y a partir de entonces iba a comenzar un proceso de negociación similar al que en un campamento del norte del Tíbet habrían de emprender, sesenta años más tarde, Sven Hedin y el gobernador Kamba Bombo. En este caso, en vez de un explorador sueco y un aristócrata tibetano, los interlocutores eran dos misioneros franceses y un mandarín chino, todos ellos hombres viajados, refinados y cultos, capaces de sostener la firmeza de sus respectivos argumentos, sin tener que renunciar por ello a la más exquisita cortesía. Pasó un mes de conversaciones, durante el cuál los padres lazaristas iniciaron su labor misionera, si no logrando conversiones, al menos ganándose la simpatía nada menos que del propio Regente del Tíbet, pero, transcurrido ese tiempo, las posiciones seguían inflexibles: Kichan diciendo que tenían que irse y los dos misioneros empeñados en abrir una misión permanente en Lhasa, que habría de servir de primera piedra para una futura evangelización. Al final, el mandarín se impuso. Ni siquiera el Regente fue capaz de oponérsele, sin duda temeroso de las poderosas influencias que aún pudiera conservar Kichan en la corte manchú. Pero lo cortés no quita lo valiente y como habría de hacer después Kamba Bombo, el mandarín puso a disposición de los expulsados una escolta de quince soldados que habrían de acompañarles hasta Sichuán, además de dotarles de abundantes víveres y porteadores. La mañana de su partida, acudió en persona a despedirles. Incluso, confiando en su integridad, les entregó equipaje y cartas personales para que las hicieran llegar a su familia en China.

(De 1846 a 1848, el padre Huc permaneció en Macao donde escribió el más célebre de los libros de viajes sobre el Tíbet, no para alcanzar la fama terrenal sino con la evangélica intención de apoyar las gestiones de su compañero Gabet, que había viajado a Roma en petición de ayuda para un segundo intento de abrir la misión en Lhasa. No tuvieron suerte. Poco después, el Papa tomó la decisión de encomendar la evangelización del Tíbet a la Sociedad de Misiones Extranjeras, excluyendo a los lazaristas. Quimérica “misión”, puesto que a partir de entonces el Tíbet cerraría sus puertas definitivamente a los misioneros, sin que exista constancia de que ningún tibetano se hubiese convertido nunca)

En el viejo Tíbet del pasado hubo muchos otros encuentros, la mayor parte de ellos desarrollados conforme al mismo relajado guión. Prueba inequívoca de

que, pese al aislamiento geográfico y político, con resultados o sin ellos, el diálogo fue muchas veces posible entre culturas enfrentadas y completamente distantes. Y para terminar esta pequeña relación de conversaciones en el Techo del Mundo, de encuentros en “la cumbre” de Oriente y Occidente, resulta de justicia sumar al explorador y los misioneros, una tercera categoría igual de decisiva a la hora de extender los conocimientos geográficos de la Humanidad: la de los fugitivos. A finales de 1939, los miembros de una expedición austríaca al Nanga Parbat, se vieron sorprendidos por el comienzo de la II Guerra Mundial en la India entonces británica. Confinados en un campo de concentración bajo la acusación de pertenecer a un país enemigo, los montañeros Heinrich Harrer y Peter Aufschnaitzer pasaron cinco años planeando como escapar, hasta que decidieron intentarlo por el lugar más aparentemente imposible. Atravesaron a pie todo el Tíbet y cuando por fin, en 1945, pusieron el pie en Lhasa, fueron recibidos por el habitual alto funcionario que les comunicó que Lhasa y el Tíbet eran lugares estrictamente prohibidos a los extranjeros y que tenían que irse. “¿A dónde iríamos a parar –dijo como colofón- si todo el mundo fuera libre de cruzar a su antojo el Himalaya?” Al escucharle, Harrer, europeo de su tiempo, tan convencido de la superioridad cultural de Occidente como lo habían estado el padre Huc y el explorador Sven Hedin, no pudo menos que asombrarse de la arrogante autosuficiencia de que hacían gala aquellos atrasados tibetanos:

“¿Qué ocurriría en realidad, en semejante caso?... que entraría un vehículo de ruedas sustituyendo al yak y la tracción humana... que entraría la penicilina acabando con las enfermedades venéreas.. y también claro gente con menos escrúpulos en busca del oro y los minerales que el suelo tibetano encierra... los torrentes y los ríos servirían para mover turbinas; sobre los altos puertos, donde ahora ondean oriflamas y banderolas, se alzarían puestos de gasolina y hoteles de turismo... ¡Y es precisamente contra esa invasión que el Tíbet y su Gobierno están resueltos a defenderse!”

VII

LA MONTAÑA DE BUDA

Songtsen Gampo (617-650) primer rey “histórico” del Tíbet, es el héroe nacional de los tibetanos. Catorce siglos después de su muerte es imposible dar un paso por el Tíbet sin tropezarse con él, sea con la huella o, más exactamente, con la sombra de su presencia. Canciones, óperas populares, seriales de televisión y mucho más atrás, tangkas, frescos e incluso imágenes en los templos le han sido dedicados. Al subir al trono hacía el número treinta y tres de los monarcas del entonces llamado reino de “Tubo”, cifra que muchos historiadores tibetanos consideran meramente simbólica. No existiendo documentación fiable de sus antecesores, la mayoría proclaman que la verdadera historia del Tíbet empieza con él. Un rey conquistador que supo extender sus dominios en todas direcciones: hacia el norte, a través de las inmensas estepas, llegando más allá del lago Kokonor, hasta los oasis del Asia Central; hacia el oeste, llevando sus ejércitos hasta las mismas puertas de las llanuras de Sichuán; en el sur, invadiendo el norte de Yunnan y Birmania y, en el año 640, el Nepal. En apenas veinte años, Songtsen Gampo logró convertir a un pueblo de pastores en una potencia regional, combinando la política de las armas con otra, igualmente eficaz, de alianzas matrimoniales. Siete años antes de verse derrotado por su yerno, el rey de Nepal ya le había entregado en matrimonio a su hija Bhrikouti Devi que se llevó como presente al Tíbet una sagrada imagen de Buda. Para albergar aquella estatua, el rey Songtsen Gampo mandaría construir el Jokhang, la “catedral de Lhasa”. El emperador chino, de la entonces pujante y sofisticada dinastía Tang, se mostró como es lógico mucho más

renuente a la hora de ofrecer una de sus princesas al bárbaro monarca del País de las Nieves. Sólo las victoriosas incursiones de los ejércitos tibetanos en Sichuan y Yunnan terminaron por decidirle a enviar a Lhasa a la princesa imperial Wengcheng, que como había hecho la esposa nepalí, llevó consigo como dote una preciosa estatua de Buda, el Jowo Sakyamuni. Para albergar la nueva imagen, el rey del Tíbet ordenó levantar un segundo templo en Lhasa, el Ramoché; pero sin que los historiadores tibetanos acierten a explicar la razón, el orden de colocación fue después invertido: el Jokhang pasó a albergar al Buda chino de Wencheng y en el Ramoché se instaló la imagen nepalí. De este modo, tan evidentemente simbólico, ilustrador de los dos caminos que habría de seguir la nueva religión para llegar al Tíbet, bien sea desde China o desde la India, fueron entronizadas ambas estatuas en Lhasa y el rey Songtsen pasó a convertirse de rey guerrero y conquistador a pacífico defensor del Dharma y primer difusor del budismo. Una metamorfosis que habría de proporcionarle mucha más gloria e inmortalidad que sus conquistas, garantizándole un lugar de honor en la historia del Tíbet, que a partir de entonces ya empezaba a ser escrita y convenientemente reinventada por los apóstoles de la religión triunfante. Antes del siglo VII, ni el Tíbet ni sus soberanos eran budistas. Practicaban una vieja religión, que muchos investigadores confunden con el posterior culto Bön, de la que no han quedado apenas referencias: mezcla de ritos chamánicos, adoración de montañas sagradas, sacrificios de animales e incluso humanos y culto a la divinidad de los reyes difuntos como atestiguan las antiguas tumbas reales excavadas en el valle de Yarlung. Ritos que en su mayor parte repugnaban a los seguidores de Buda –cuyas normas prohibían siquiera maltratar a un ser vivo- y que fueron borradas de la historia del Tíbet, junto con los hechos y hazañas de los treinta y tres antecesores del rey Songtsen.

La Historia es una feroz manipuladora. A aquellos a quienes condena al olvido, de todo desposee, pero a sus predilectos suele atribuirles tanta gloria como no parece caber en la duración de una vida humana. Al igual que los chinos se esfuerzan hoy por resaltar el carácter de adelantado de la amistad sino-tibetana del viejo rey, subrayando la importancia de la esposa china, Wencheng y oscureciendo a la nepalí, también los tibetanos le han atribuido desde siempre a Songtsen Gampo la fundación de todas y cada una de las instituciones fundamentales de la sociedad tibetana. Se le considera creador de la organización geográfica y administrativa del

país, de las primeras leyes civiles y penales (algunas como la del “Precio del Hombre” vigente hasta 1959) y, del establecimiento del sistema feudal que habría de permanecer en vigor trece siglos. Pero por encima de todo Songtsen Gampo es venerado como un rey constructor: de la propia Lhasa, a donde trasladó su capital, de los templos del Jokhang y del Ramoché y, cómo no, del símbolo del Tíbet por antonomasia, el Potala. Sino en su apariencia actual, que data del siglo XVII, al menos de un palacio anterior que mandó edificar en la misma colina, mil años antes.

Al Potala se accede desde arriba. Antes de coronar su cumbre y adentrarme en su interior, yo había tenido ya la oportunidad de admirarlo desde casi todas las perspectivas: más deslumbrante cuanto más alejado, dueño y señor del paisaje, equiparable según tantos viajeros a las siete maravillas del mundo antiguo. No había tenido la suerte de contemplarlo con nieve, blanco sobre blanco, tal y como aparece en las más impactantes fotografías, pero lo había mirado de lejos y de cerca, en su fachada sur y en la fachada norte, desde la plaza de Shöl y desde las riberas del Kyichu. Uno no se cansa nunca de mirar el Potala. Su voluntad de impresionar, de convertirse en referencia de todas las pupilas, apenas puede traducirse en cifras, por impresionantes que resulten: sus ciento treinta metros de altura que le convierten en el más alto palacio del mundo, los 360.000 metros cuadrados construidos que alojan más de dos mil habitaciones y salas de oración o los 360 metros que de Oeste a Este, mide su fachada. Nada de ello puede sintetizar el efecto de nido de águila, de montaña-palacio, de paraíso entre las nubes, de morada de un dios inaccesible que encarna el Potala. Levantado en la cima del Marpori, “la colina roja” de Lhasa, en él, lo metafísico es tan importante como la arquitectura. Si los constructores del templo de Jerusalén se inspiraron en una Jerusalén Celeste a la que intentaban dar réplica, también existe un Potala celestial inspirador del construido en Lhasa. En sánscrito, Potala puede traducirse como “la montaña de Buda”. Para el budismo tántrico, Potala es la mansión, el paraíso donde vive Avalokitesvara, el Buda de la Compasión; y Avalokitesvara, Chenrezi en tibetano, es el patrón del Tíbet, reencarnación del cuál fue declarado, a posteriori, el primer constructor del palacio, Songtsen Gampo.

Tómese un respiro el lector, pruebe a normalizar la respiración tal y como yo lo intentaba, trepando fatigosamente por sus empinadas laderas bajo un sol implacable. Con la información de que dispone ya está en condiciones de intuir que el Potala es mucho más que un simple monumento, por muy bello que sea. El Potala es un símbolo en torno al que se anudan, de forma inseparable, la geografía, la religión, la política, el arte y la cultura del Tíbet. Primero, fue montaña, encarnación de aquellas altas cumbres que los primeros tibetanos adoraban como sagradas. Después, aunque invisible, se convirtió en morada celestial en la que buscar, en el laberinto de sus corredores, el camino de la Iluminación. Más tarde, el rey Songtsen Gampo, convertido al budismo, hizo de él un palacio, desde el que gobernar su recién conquistado “Gran Tíbet”. Un palacio invisible hoy también y del que se supone que no queda otro resto que la llamada “Cueva de los Reyes del Dharma”, porque a mediados del siglo IX resultó destruido por un abrasador incendio. A partir de entonces, las crónicas nada cuentan. Durante los setecientos años posteriores, no hay constancia del uso que hubiera podido tener, civil o religioso, la “colina roja”. El Potala pareció haberse convertido en un símbolo olvidado, pero en cuanto cuajó en Tíbet un nuevo poder unificador, en cuanto el Tíbet volvió a tener un nuevo rey en el que se fundían por primera vez el hábito y la corona, la memoria histórica de los tibetanos volvió a fijar los ojos en la montaña. Simples cabezas de una orden religiosa, los Dalai Lamas habían tenido hasta entonces su sede en el monasterio de Drepung. Fue el V Dalai Lama, llamado “el Grande”, el primero en unir en su persona el poder espiritual y temporal del Tíbet, quien decidió en 1645 trasladar su residencia al Potala. Buscaba sin duda un símbolo perdurable para la nueva institución que encarnaba, todavía sin el suficiente prestigio político, en un Tíbet que llevaba setecientos años dividido en pequeños reinos y órdenes religiosas en conflicto constante. Acertó de pleno. Hasta entonces sus antecesores, en cuanto jerarcas religiosos, habían sido considerados simple reencarnación de un discípulo del fundador de los Gelupgas, el lama Tsongkapa. En busca de un nuevo símbolo, para hacer más redonda la identificación entre historia, lugar, Dios y persona, el V Dalai Lama decidió reclamar para sí y sus sucesores la condición de reencarnaciones del Buda Chénrezi, la misma que ostentara el primer rey del Tíbet. Legitimado de ese modo, heredero de un linaje mítico que naciendo de Buda pasaba por Songtsen Gampo, tan añorado por los tibetanos, lo único que le faltaba al Gran Quinto era construirse

un palacio a la altura de sus ambiciones. El Potala que hoy vemos se debe enteramente a él. Una obra de dimensiones colosales que no se vería completada hasta 1694, doce años después de su muerte.

Los dos colores del Potala permiten identificar visualmente los dos palacios que en realidad lo integran: El Palacio blanco, de siete plantas, fue el primero en construirse y sirvió propiamente de residencia y sede de las oficinas políticas y religiosas de los Dalai Lamas. El término “palacio”, tal y como es entendido en Occidente, puede sin duda conducir a error porque, desde el principio, el Potala no nació para ser residencia real, ni siquiera como sede del Gobierno del Tíbet. Tales funciones resultaban del todo secundarias. Encarnación de un sistema teocrático, expresión del poder de los monjes, el Potala fue concebido antes que nada como un monasterio, continuación de aquel de Drepung en el que residieron los primeros Dalai Lamas. En el Potala, un universo exclusivamente masculino, marcado por el celibato, quinientos monjes especialmente seleccionados atendían el culto diario, encendían las lámparas votivas, realizaban los rituales tántricos y entonaban sus mantras en los innumerables templos y capillas que llenaban el Palacio Rojo, el último en construirse, expresión última del genio político de su creador. Sobre la cima del Marpori, en lo más alto, acabada la construcción de su palacio-monasterio, aún le faltaba levantar, presidiéndolo todo, su propio mausoleo. Tal es la finalidad del Palacio Rojo, servir de monumento funerario, albergar su tumba y la de sus descendientes; la manera más expresiva de hacer patente a los tibetanos la doble condición, a la vez humana y divina, que a partir de entonces habrían de investir sus gobernantes.

Es precisamente por el Palacio Rojo, en lo alto de la colina, por donde hoy comienza la visita al Potala. Primero se recorren las oscuras capillas, donde la escasa luz resalta aún más el brillo dorado de las estatuas, dispuestas en hilera, sentadas todas en postura de meditación, tranquilas, reposadas, como si el tiempo no hubiera nunca de pasar por ellas. En los altares, Budas y Dalai lamas se mezclan por igual, expresión de una misma santidad, objeto de igual veneración, tal y como soñara el fundador del palacio. Aunque existen matices: la mayoría de las estatuas de la gran sala de recepción son de bronce dorado, menos la del V Dalai Lama, que es de plata, aunque bañada en oro y la del Buda histórico, Gautama Sakyamuni,

enteramente fabricada en oro macizo. Como en China, el oro en el Tíbet es el color de los dioses y, como en China también, igual que allí lo estaba a los emperadores, el amarillo es un color reservado a los Dalai Lamas.

Contra lo que se pudiera pensar, “Dalai” no es una palabra tibetana, sino mongola y significa “océano”, aunque dado el sentido alegórico tan caro a las culturas orientales, ha podido traducirse también como “océano de santidad” o “de sabiduría”. Fue un título honorífico que, a mediados del siglo XVI, Altan Khan, el rey de los mongoles Tumets concedió a un oscuro lama, abad del entonces aún poco importante monasterio de Drepung, a cambio de que aceptara desplazarse a Mongolia para servir de pastor espiritual de sus huestes. La conversión de los mongoles al budismo venía de varios siglos atrás, de cuando los descendientes de Gengis Khan adoptaron el budismo tibetano como religión oficial. Tras la victoria sobre los chinos, la dinastía mongola de los Yuan trasladó su culto a Pekín, distinguiendo a los principales lamas y abades de las distintas órdenes religiosas tibetanas con nombramientos, honores y títulos imperiales. A finales del siglo XIV, una nueva dinastía Han recuperó el trono imperial y los mongoles tuvieron que regresar a sus estepas, debilitados, otra vez divididos en clanes y enfrentados en luchas intestinas. Pero el que tuvo retuvo y como les sucediera a los tibetanos con Songtsen Gampo, a los mongoles les quedó la nostalgia de aquellos tiempos gloriosos en que habían dominado el mundo. Doscientos años después, cuando Altan Khan logró de nuevo unificar a las distintas hordas de la estepa bajo su mando, quiso reforzar su legitimidad buscando apoyo en aquellos lamas del Tíbet que habían ejercido de maestros espirituales de sus prestigiosos antepasados. Seunam Gyatso, por su parte, el abad de Drepung, también andaba en busca de una oportunidad histórica. Pertenecía a la nueva orden de los “Sombreros Amarillos” fundada por Tsongkapa que, por aquel entonces, aún no habían alcanzado ni de lejos un papel dominante en el Tíbet. La primacía seguía correspondiendo a los monjes de la escuela Kagyupa, “Sombreros Rojos”, con quienes los “Sombreros Amarillos” mantenían constantes enfrentamientos. Aquel encuentro en el Asia Central entre un monje ambicioso y un no menos ambicioso guerrero fue como si se juntaran el hambre con las ganas de comer y habría de suponer un giro fundamental en la Historia del País de las Nieves. Para empezar, a cambio de recuperar para sí el título, más que nada honorífico, de “rey del Tíbet” que

exhibieran los descendientes de Gengis Khan, el jefe mongol otorgó a Seunam Gyatso aquel nuevo título, igual de honorífico y por entonces vacío de contenido, de Dalai Lama, extensible a título póstumo a sus dos oscuras reencarnaciones anteriores. Alejado del Tíbet, Seunam Gyatso continuó predicando el budismo por las estepas de Mongolia hasta que murió, sin que sus compatriotas llegaran a enterarse de haber perdido a su III Dalai Lama, como tampoco tenían noción aún ni de de que el nuevo título existiera. Pronto iban a enterarse. Casualmente, por una de esas casualidades que tan sólo las almas cándidas pueden atribuir a la divina providencia, la reencarnación de Seunam Gyatso fue a encontrarse en uno de los vástagos de la familia de Altan Khan y el IV Dalai lama, un mongol, fue conducido a Lhasa, al cumplir doce años, acompañado de una escolta militar mongola.

Ni con esas logró tener éxito. A los tibetanos, entonces como hoy empecinados nacionalistas, no debieron de hacerles demasiada gracia los intentos de intromisión extranjera, porque se mantuvieron fieles a los “Sombreros Rojos”, enfrentándose repetidas veces a los ejércitos mongoles. Vista la situación, a la muerte del IV Dalai Lama, los jerarcas de los “Sombreros Amarillos” decidieron jugar fuerte de nuevo y encontraron a su reencarnación – divina providencia mediante otra vez- en una de las más antiguas y aristocráticas familias tibetanas, la P’hagmodrou. Conseguido el imprescindible *pedigree* nacional, volvieron a intrigar con los mongoles hasta conseguir que Gushri Khan, jefe de la horda Qoshot, desatara una cruenta campaña en el Tíbet que terminó con la derrota definitiva de los seguidores de las antiguas órdenes. Por fin en 1642, tras veinte años de luchas, el V Dalai Lama recibió de manos de Gushri Khan, el poder supremo, esta vez bien real, del País de las Nieves. Comenzaba en el Tíbet la Era de los Dalai Lamas.

La stupa del “Gran Quinto”, en el Potala, está considerada la mayor stupa funeraria del mundo y probablemente también la más ostentosa: toneladas de plata, tres mil trescientos kilos de oro macizo, dieciocho mil piedras preciosas de todos los tamaños y colores se incrustaron en ella. Al lado de la tumba, en su antiguo salón de audiencias, se conserva su trono. Precisamente aquí, a su muerte, tuvo lugar una de las intrigas más maquiavélicas que se recuerdan en la abultada nómina de intrigas del país de los Lamas. Para mantenerse en el poder, durante quince años, el Regente hizo creer que el Dios-Rey se había retirado a meditar... y todavía seguía

vivo. En esos quince años, alertado por los rumores que corrían sobre su muerte, el Emperador chino envió varias embajadas a Lhasa. En esta misma sala, al amparo de la débil luz de las lámparas de manteca pero sobre todo de la distancia que imponía el protocolo, un monje disfrazado las recibía, sentado en el trono, tan bien aleccionado por el Regente que los embajadores regresaban a Pekín convencidos de haber estado hablando con el V Dalai Lama en persona.

Se supone que en el Potala están enterrados también todos los Dalai Lamas posteriores, desde el V hasta el XIII. Son nueve, pero yo sólo conté ocho mausoleos. Apenas me fijé en el detalle, intenté averiguar sobre el ausente. Resultó ser el VI, que al ser reconocido como Buda Viviente con quince años de retraso debido a la superchería sobre la muerte de su antecesor, no llegó a recibir la imprescindible educación para llevar con dignidad tan altas responsabilidades. Hombre disoluto, pero también gran poeta, llevó una vida nada edificante, entregado a la bebida y a las mujeres. Tanto escandalizó a sus colegas de monacato que estos volvieron a llamar a la puerta de los mongoles para que le depusieran. Desterrado, murió en el exilio, en Qinghai, en donde está enterrado. Se dice que no murió de muerte natural sino asesinado por orden del Emperador de China, temeroso del afecto que, pese a todos sus pecados, aún seguían profesando los tibetanos a su extravagante rey poeta.

Además de su número, lo siguiente que llama la atención de las tumbas, es que no todas son iguales. No es que las demás no sean lujosas y de un valor incalculable, pero, con diferencia, las stupas del primero y el último son las más grandes y ornamentadas. Lo que parece justo ya que en trescientos años, tan sólo el V Dalai Lama y el XIII, llegaron a desempeñar un efectivo papel político. En el caso de los demás, la magnificencia de sus tumbas no parece corresponderse con la grandeza de sus vidas: tras el derrocamiento del VI, el VII fue un mero juguete político en manos de los aristócratas de Lhasa. Los Cinco siguientes murieron todos jóvenes sin alcanzar la mayoría de edad... y según se cuenta envenenados por sus Regentes...Una comprobación que decepciona: tras el fulgor del Quinto, todos los demás Dalai Lamas no parecen haber sido más que meros símbolos políticos, figuras decorativas a cuya sombra ejercían el poder distintas camarillas de monjes y nobles. Un perspicaz viajero ruso de finales del XIX, Nicolai Prjevalski, creyó ver

también otra oscura mano moviendo entre las bambalinas los hilos de aquellas marionetas divinizadas:

“La nulidad personal de los Dalai Lamas es para los chinos la mejor garantía, si no de su soberanía sobre Tíbet, por lo menos de la tranquilidad de su turbulento vecino. De hecho, China tiene buenos motivos para estar en guardia: si un hombre inteligente y enérgico subiera al trono del Dalai-Lama, bastaría una señal suya y todos los nómadas se alzarían desde el Himalaya hasta Siberia...”

Prejevalski tenía mucho de oráculo: efectivamente, en cuanto un hombre inteligente y enérgico subió al trono, en la persona del XIII Dalai Lama, no tardaría demasiado tiempo en proclamar a principios del siglo XX, la independencia del Tíbet. Aunque esa es una historia que habrá que contar más despacio. Por ahora baste con reseñar, por si algún lector haya podido quedar demasiado decepcionado por la mezquina biografía de casi todos los Dalai Lamas, que ni a los tibetanos ni a los demás budistas del Asia Central les ha importado nunca su talla política, ni siquiera su talla humana. Los adoran a todos por igual, sin preocuparse de distinguirlos: santos o licenciosos, sabios o ignorantes, sin importarles si murieron niños o siendo adultos experimentados, incluso si están vivos o muertos... Al fin y al cabo, lo que importa de ellos es su dimensión espiritual, ese poder que tienen de salvación, de aportar un inmenso karma positivo con una leve contacto, una sonrisa, a veces con una mirada tan sólo... Un poder que ni siquiera necesitan adquirir porque nacen con él, una capacidad que todos ellos comparten por igual, porque para eso son todos, gracias a la genial visión de futuro del Gran Quinto, encarnación del Buda de la Compasión, el sagrado Chenrezi.

La mayor parte de las guías turísticas en circulación, no le hacen suficiente justicia al Potala, al haber sido escritas antes de 1996 cuando, tras casi siete años de obras, el palacio volvió a abrir sus puertas. Unos trabajos esta vez dirigidos no a reparar los daños causados por la Revolución Cultural, de la que, como ya quedó dicho, el Potala logró salvarse, sino los provocados por el no menos implacable paso del tiempo. En trescientos años, el Potala no había sido tocado y trescientos años son muchos años para una estructura tan maciza, basada en un sistema de

terrazas superpuestas, sostenidas tan solo por viejas columnas y vigas de madera. Junto a las alarmantes grietas, la labor bien visible de la carcoma exigían una intervención inmediata. Diez mil millones de pesetas de inversión, el mayor proyecto de restauración emprendido en la República Popular China, según proclaman orgullosamente desde Pekín. Durante varios años trabajaron en el Potala, junto a especialistas en la construcción, artesanos tibetanos de todos los gremios. Estatuas, pinturas, relieves y artesonados, objetos de orfebrería y culto, fueron cuidadosamente limpiados y restaurados. En 1994, antes de abrir de nuevo sus puertas, el Potala fue declarado por la UNESCO monumento de la Humanidad. Con justicia, ya que el resultado, tal y como ahora puede verse, es espléndido. Nunca antes pudieron recorrerse y visitarse tantas salas y capillas; y sobre todo, nunca antes debió de poder verse tanto, ya que las paredes habían quedado completamente ennegrecidas por el humo de las lámparas de manteca. Ahora los frescos resplandecían de color, como las estatuas y altares, sin que aparentemente hubiesen perdido esa preciosa pátina que da el paso del tiempo. La nueva distribución y presentación de sus contenidos le habían otorgado a la montaña-palacio una nueva cualidad, un nuevo uso, a sumar a los que ya tenía en el pasado: si había nacido para ser palacio, monasterio, templo y panteón funerario, hoy era también y sobre todo, un museo. O al menos eso me pareció a mí, después de recorrerlo a mi antojo durante horas, sin encontrar otra compañía que turistas chinos y – aunque bastantes menos- extranjeros.

Hubiera podido ahorrarme buena parte del recorrido. La mayoría de los turistas occidentales prescinden de conocer la entera dinastía y se dirigen directamente al Palacio Blanco, hacia esa última planta –la más alta, ya que estaba prohibido que nadie le mirara desde arriba- donde tenía sus habitaciones particulares el actual Dalai Lama. Tras el célebre balcón con celosía – inmortalizado en las películas “Siete Años en el Tibet” y “Kundun” -, el pequeño Dios-Rey solía asomarse a mirar sus súbditos, a espiar la vida cotidiana de Lhasa con aquel no menos célebre catalejo que los ingleses regalaran a su antecesor. Arriba, sus habitaciones particulares también parecían seguir igual, exactamente igual a como recordaba haberlas visto en ambas películas, lo que no dejaba de ser extraño teniendo en cuenta que una de ellas se había rodado en el sur de Argentina y la otra en Africa. Aún más extrañamente, las autoridades chinas parecían haberse

propuesto conservar sus habitaciones tal y como debieron quedarse cuando el Dalai Lama las abandonó camino del exilio, hacía ni más ni menos que la friolera de cuarenta años. Cuando volvió a visitarlos de nuevo, en 1982, ya sin su propietario dentro, a Heinrich Harrer también le había llamado la atención esa manía de conservar tal cuál los aposentos privados de quien se suponía un enemigo:

“(Parece) como si el Dalai lama acabará de salir para volver de un momento a otro. Su manto está drapeado de tal forma que uno cree distinguir una figura debajo y detrás, desde la pared me mira un fresco del gran reformador, Tsongkapa. Contemplo las mesitas preciosamente talladas y reconozco la taza de té del Dalai lama sobre su soporte de oro y con una tapa del mismo metal. Pero está vacía y no llena, como es costumbre en el Tíbet cuando se espera un pronto y feliz regreso...

Sigo mirando alrededor y descubro un plato de Tsampa, obtenido de la excrecencia de un árbol precioso mediante el torno... En el dormitorio, adosada a la pared se halla la sencilla cama de tubo del Dalai, pintada de amarillo y, al lado, sobre una cómoda, veo su reloj y una hoja de calendario, todo ello detenido en el que había de ser su último día en el Potala. Más exactamente, fue la noche anterior a su traslado al Norbulingka, desde donde luego huiría. En el calendario inglés leo: miércoles, 31. El reloj señala las cuatro.”

Casi veinte años después, a mi me pareció ver la misma taza de té y el manto drapeado igualmente sobre su cama. El bol de tsampa, no. También habían quitado el calendario. De todas formas, escapé en cuanto pude. La atmósfera en aquel dormitorio estaba especialmente enrarecida, era la de una habitación cerrada, el tiempo suspendido en ella como en el cuarto de Rebeca en Manderley, en la famosa película de Hitchcock. Transpiraba melancolía, como las palabras de Harrer al describirlo, como las miradas melancólicas de los turistas. Incluso mi guía de viaje, anticipándose a su reapertura, se había adelantado a proclamar que por más dinero que pudieran gastarse los chinos en arreglar el Potala, el asunto no tenía arreglo y el viajero siempre iba a sentir que allí faltaba algo. Mejor dicho, alguien.

Robert A. Thurman, profesor de Tibetología en la Universidad de Columbia, además de padre de la maravillosa actriz Uma Thurman (un caso más a sumar a la especialísima conexión, ¿astral?, Hollywood-Tíbet) considera al Potala el más completo símbolo de la Era de los Dalai Lamas, la que iría desde la entronización del “Gran Quinto” en 1642 hasta 1959, año en que comienza el exilio del último representante de la dinastía, el actual Dalai Lama. Un símbolo tan complejo como las distintas cualidades que concentran y encarnan los Dioses- reyes del Tíbet: así el Potala, sería en primer lugar un monasterio para el Abad; una fortaleza-palacio para el Rey; un mandala o círculo mágico en el que habita el Buda; el paraíso místico de Avalokitesvara o Chenrezi, santo patrón del Tíbet; y todavía, con un significado más esotérico, para los iniciados en el tantra de Kalachakra, el Potala encarna a Shambala, el mítico país del Norte, del que habrá de llegarnos, tras un holocausto purificador, una nueva Edad de Oro para el mundo.

Terminé mi visita en el patio superior del Potala donde, entre los tejados de oro que centelleaban al sol, había un pequeño bar que servía coca colas y refrescos a los turistas. Pregunté por el baño. Sin restaurar, como debía haber sido en los viejos tiempos, era una habitación rectangular, sucia y destartada, sin otro mobiliario que una larga hendidura, también rectangular, en el suelo. En medio de la sala, acucillados sobre la hendidura, un adulto y un niño tibetanos, de unos siete u ocho años, estaban defecando, con la mayor naturalidad, mientras hablaban. La sencillez de aquella escena familiar, puesto que sin duda se trataba de un padre y su hijo, me cautivó de inmediato. Recordaba haber leído a Alexandra David-Néel que en el Viejo Tíbet no había letrinas y las necesidades se hacían en público con tanto arte por parte de hombres y mujeres, ya que todos llevaban vestidos largos, que cualquier extraño pensaría estar ante gente que charlaba del tiempo o de negocios inclinados sobre sus talones. Cuando se fueron y me quedé solo, no pude evitar la curiosidad – y la necesidad también- de asomarme al agujero. A través de él tan sólo se veía un precipicio abierto por completo, cayendo a plomo hasta el mismo pie de la montaña, ciento treinta metros abajo. Afortunadamente, allí donde caían los excrementos, transformados por la gravedad en peligrosos proyectiles, no había casas ni calles ni zonas habitadas sino un baldío abandonado. Aunque teniendo en cuenta en dónde estábamos y que en el Viejo Tíbet las heces de los grandes Lamas eran consideradas sagradas y con ellas se fabricaban poderosos amuletos y

medicinas, quizás a los habitantes de Lhasa no les importase en absoluto, quizás considerasen incluso una bendición recibir semejantes regalos del cielo. Y entonces fue, entretenido en tan escatológicas e insignificantes observaciones, cuando caí en la cuenta de que algo verdaderamente significativo se me estaba escapando.

Aquellos dos, el padre y el hijo, eran los dos primeros tibetanos que había visto en tantas horas como llevaba recorriendo el Potala. “¿Por qué no vienen los tibetanos? ¿Es por qué ya no vive aquí el Dalai Lama?”, le pregunté a mi intérprete apenas volví de los servicios. “No, claro que no”, me respondió, “es que hoy es jueves. Los martes y los jueves el Potala abre exclusivamente para los turistas. Los lunes, miércoles y viernes para los tibetanos” Así que era eso, no es que el Potala hubiera perdido su condición sagrada, sino que los hábiles chinos habían logrado establecer un doble uso, a la medida de cada cuál: cuando los turistas lo visitaban era un simple aunque maravilloso museo, ahorrándoles a los extranjeros las enojosas muestras de devoción que sin duda los tibetanos tenían que seguir tributando a sus Dalai Lamas. Me enfadé y mucho. Yo no había ido al Tíbet a ver monumentos ni museos sino a estar con los tibetanos, a conocer cómo vivían, qué pensaban, a comprobar sobre el terreno si gozaban o no de esa libertad religiosa que desde Pekín se pregonaba como real; y la verdad, hasta el momento, salvo con los profesores de la escuela, no había tenido ocasión de entrevistarme con otros. Para eso no se necesitaba ningún intérprete. ¿A qué venía además lo del doble turno? ¿Es que en el Potala había algo que ocultar? Ahora fue él quien se enfadó. “Por supuesto que no”. Dolido y malhumorado, *Nuestro Hombre en Lhasa* me hizo saber que si había elegido ese día para la visita era sólo por mí, para que pudiera moverme más cómodamente. Los lunes, miércoles y viernes había tantos tibetanos en el Potala que era muy difícil ver nada.

VIII.-

LHASA NO ES KATMANDÚ

Aparte del Potala, la única otra elevación de Lhasa es el Chakpori, la “colina de Hierro”. En su cima se alzaba una antigua escuela de Medicina, el Mensikhang, entre cuyos muros transcurre buena parte de la archileída novela de Lobsang Rampa, “El Tercer Ojo”. Destruída por completo en 1959, durante los enfrentamientos armados que motivaron el exilio del Dalai Lama, hoy ha sido sustituida por una antena de televisión. Por más que rivalice en altura, no siendo un edificio, en propiedad no puede ser tildada de sacrílega. Entre las numerosas fantasías que plasmó Lobsang Rampa en su libro –empezando por la de su nombre, ya que como se descubrió más tarde no era en realidad un lama tibetano sino un galés autodidacta que jamás había estado en el Tíbet- la de que ningún edificio de la vieja Lhasa podía, no ya superar en altura al Potala –lo que hubiera sido imposible con los medios técnicos de entonces- sino ni siquiera ofrecer vistas desde arriba al paso del cortejo del Dalai Lama, era estrictamente verdad. Quizás por un reflejo de aquella antigua prohibición, aparte de por su subdesarrollo económico, Lhasa se ha mantenido bastante al margen del furor por la construcción vertical que desde hace casi dos décadas, tanto entusiasmo en China. La única excepción, por ahora, es el rascacielos de Correos y Telecomunicaciones. Pero de todas formas, Lhasa ha cambiado mucho. Para empezar hoy tiene 160.000 habitantes, cuatro veces más que en 1950. De ellos, cuarenta mil chinos, según la información que se me había proporcionado, aunque la impresión ocular era más bien de mitad por mitad. En las calles de Lhasa, hoy día, se ven tantos Han como tibetanos. Juntos, pero en absoluto revueltos, porque la Lhasa moderna está formada por dos ciudades: al oeste, la nueva ciudad china y al este, la ciudad tibetana. Y como

ocurre en cualquier otro rincón del mundo, la ciudad nueva no para de crecer, ni de menguar la vieja. Incluso el centro urbano se ha desplazado del Jokhang: ahora podría localizarse en el cuartel general del Partido, en el antiguo Shougtri Lingka, o en la Tienda de la Amistad en la calle del Pueblo.

Más allá de la ciudad vieja que rodea al Barkor, las islas que representan el Chakpori y el Potala y algo más allá, las antiguas ciudadelas monásticas de Sera y Drepung, los nuevos barrios construidos en Lhasa no se diferencian demasiado de los de cualquier ciudad china. La tensión urbanística entre lo viejo y lo nuevo la han sufrido en las últimas décadas muchas otras ciudades del mundo, pero la diferencia está en que, en el caso de Lhasa, el salto dado ha sido increíblemente vertiginoso: antes de 1950 aquí no circulaba un sólo vehículo, ni existía la electricidad ni por supuesto alcantarillado. Los chinos trajeron todos estos avances, como las primeras cementeras y fábricas que se vieron en Lhasa. A cambio, no sintieron demasiado escrúpulo en echar abajo los viejos edificios por muy cargados de historia que estuviesen, sustituyéndolos por las nuevas *cajas de zapatos* de hormigón, características de la Era Mao. Desde el presente, tampoco es justo reprochárselo: aquellos eran tiempos de construcción del socialismo y ni en China ni en la Unión Soviética, el refinamiento y la sofisticación eran valores al uso. Lo que ya se entiende menos es que la fiebre destructora siga continuando hoy y además, sin sentido: de entre las escasas viejas casonas aristocráticas que quedaban, hace apenas tres años fue demolido el Tromsikhang, el palacio de los mandarines chinos, la prueba más visible de las seculares relaciones políticas entre Pekín y Lhasa... Por esas fechas se inauguraba también el, en opinión de muchos, mayor atentado urbanístico por sus repercusiones en la fisonomía de la ciudad, la gran plaza del palacio Potala, aquella a la que me asomara durante mi primer día en Lhasa. Un nuevo espacio cívico y una nueva perspectiva desde la que contemplar el principal monumento del Tíbet contra el que no habría nada que objetar si su construcción no hubiese llevado aparejada la demolición del antiguo barrio de Shöl, último sector de arquitectura tradicional que seguía en pie aparte del Barkor. No es que fuera un lugar monumental, pero sí tenía mucha historia: situado extramuros de la ciudad, servía de sede a las tabernas y prostíbulos de la vieja Lhasa y, según se cuenta, había sido muy frecuentado trescientos años atrás, entre otros visitantes ilustres, por el destronado Dios-Rey mujeriego y poeta del Tíbet, el VI Dalai Lama.

La avenida Dekyi Shar Lam, más adelante transformada en Dekyi Nub Lam (la calle de Pekín, para los chinos) constituye la arteria principal de Lhasa y al cruzarla de este a oeste, permite atravesar los dos conjuntos urbanos perfectamente delimitados de actual capital. En la ciudad antigua, al norte del Barkor, a apenas diez minutos del Jokhang, se encuentra el popular Yak Hotel, alojamiento favorito de los viajeros alternativos que visitan Lhasa. Construido en estilo tradicional, sus modestas habitaciones se abren a un patio interior similar al de las viejas casonas aristocráticas tibetanas. Más adelante, Dekyi Nub Lam cruza frente a la plaza del Potala y después, ya en la parte nueva de la ciudad, se sumerge en el inmenso centro comercial en que, como todas las ciudades chinas, se ha ido transformando la Lhasa moderna. Hace una década, el Gobierno central tomó la iniciativa ordenando que las plantas bajas de todos los inmuebles públicos se arrendasen para transformarse en tiendas o pequeños talleres. En pocos años, los pueblos y ciudades de China se fueron convirtiendo en enormes y bulliciosos mercados. Lhasa no es una excepción: más de seis mil comercios individuales abren sus puertas hoy en la capital del Tíbet. Hace veinte años, no llegaban a cuatrocientos. El mismo número, a todas luces desorbitado, de bares, restaurantes y karaokes que animan actualmente la noche de la que fuera ciudad santa. Como en todo lo que tiene que ver con el Tíbet, sobre la causa de semejante proliferación de locales nocturnos hay distintas versiones: desde quien opina que forma parte de una estrategia deliberada de los chinos para relajar la moral y pervertir a los tibetanos, los que ven en tal síntoma la prueba de que Lhasa está cada vez más “sinizada” o los que simplemente creen que, para tener acceso a las ayudas que el Gobierno concede a la apertura de pequeñas empresas, bares y karaokes son los negocios que menor inversión previa exigen.

Tras cruzar las dos partes de la ciudad, Dekyi Nub Lam termina desembocando en el hotel en el que yo me albergaba, el Lhasa Hotel, construido a mediados de los ochenta con la finalidad de acoger al incipiente y, por entonces prometedor, turismo extranjero. El Hotel Lhasa nació ya dotado de todos los servicios y comodidades exigibles según estándares internacionales, pero por esas fechas, recién comenzada

la Reforma y Apertura al exterior, los chinos aunque capaces de construir un buen hotel, no lo eran en cambio todavía ni de atenderlo ni de ponerlo en marcha, así que tuvieron que recurrir a una cadena internacional, la Holiday Inn, para que lo regentara. Aquellos años de *joint venture* supusieron el desembarco en el Tíbet de una curiosa tribu de expertos hoteleros internacionales de cuyas experiencias daría cuenta el que fuera director de marketing del Lhasa Holiday Inn, Alec Le Sueur, en su divertidísimo libro “El mejor Hotel del Himalaya”, significativamente subtítulo, al menos en la versión española, “cómo sobrevivir cinco años en Lhasa”. Corrían por entonces los “alegres” ochenta y el Tíbet con el que se encontraron era muy diferente del que estaba visitando yo, al final de la siguiente década. Para empezar el Hotel Lhasa había perdido el añadido “Holiday Inn” y regresado por completo a manos chinas; y ya no había ningún extranjero en su staff.

En el hotel me estaba esperando, a la vuelta de mi paseo matinal por la ciudad vieja, que últimamente solía hacer solo sin que nadie me molestara, pero con la consiguiente dificultad de comunicarme, un inesperado interlocutor. Sin duda mi intérprete había tomado nota de mis quejas sobre el aislamiento a que me tenía sometido y esta vez venía acompañado de un tibetano de mucho más peso y edad. Se trataba de un miembro destacado del Comité de Relaciones Culturales con los extranjeros y, tras una bienvenida protocolaria, yo llevé el tema directamente a la cuestión de si existía o no libertad religiosa en el Tíbet.

- La libertad religiosa es un hecho. Usted ya lo habrá visto. En Tíbet hay hoy cerca de cuarenta mil monjes y monjas y pueden practicar su culto con entera normalidad –me respondió con convicción.

- En los años cincuenta había más de cien mil –objeté–.

- Eso es cierto. Antes, cuando la población total del Tíbet apenas pasaba del millón, más del 10% eran monjes y monjas. Pero sus votos religiosos no les permitían trabajar y constituían una casta social ociosa a la que tenían alimentar y vestir los demás. La vida del pueblo era muy difícil y miserable. Por eso es mejor que no haya tantos monjes... De todos modos, hoy hay más libertad porque la religión ha dejado de ser obligatoria. En el Tíbet de hoy cualquiera puede elegir libremente entre creer en una religión y practicarla o bien no creer como los ateos.

Y también se puede pasar de creer a no creer, cuántas veces se quiera... Eso no pasaba en el Tíbet de antes.

Me pareció tan razonable, tan civilizado, que la siguiente pregunta casi me salió sola: - De acuerdo, y ahora que ya no es obligatorio, ¿al día de hoy, cuántos tibetanos siguen siendo religiosos?

- Alrededor del 90%

La contundencia de la cifra hubiera podido ahorrarnos la mayor parte de la conversación. Y eso que eran estadísticas oficiales... Sin duda, mi interlocutor pertenecía a esa exigua minoría, el 10% de ateos tibetanos igualmente amparados por la legislación china. Si era miembro del Partido Comunista, forzosamente tenía que serlo, ya que la libertad de conciencia reconocida a los ciudadanos no se extendía a los militantes, élite dirigente del Tíbet como de toda la República Popular. En China y en el Tíbet, ser comunista y creyente –cualquiera que fuese la religión-, seguían siendo términos incompatibles. Pero ser comunista era una opción personal y uno podía elegir no serlo, optando por profesar cualquier otra fe, sin más inconveniente que verse obligado a renunciar, al mismo tiempo, a toda ambición social o política. Si no eras comunista, mejor te olvidabas de hacer carrera administrativa o de llegar demasiado arriba en la escala social del sistema. Un precio que, por lo que parecía, poco importaba pagar al 90% de tibetanos, que tras cuarenta años de comunismo, contra viento y marea, seguían practicando el budismo. Eso sí bajo la tutela, en los últimos tiempos permisiva y condescendiente, de una pequeña minoría ilustrada como la que representaba mi interlocutor, para la que aquel abrumador porcentaje de creyentes no parecía constituir una señal de fracaso.

- Entonces, ¿no hay restricciones? ¿ni en los monasterios ni en, por ejemplo los nombramientos de los abades, hay ningún tipo de intervención estatal?

- No hay ningún control.

La prensa internacional había venido denunciando en los dos últimos años, la existencia de una campaña de reeducación patriótica de los monjes y monjas del Tíbet. Cada monasterio, estaba siendo visitado por un equipo de trabajo integrado por cuadros del Partido que, durante tres meses, organizaban sesiones diarias para

informar a los religiosos sobre el punto de vista correcto en religión, leyes, historia y, cómo no, sobre el Dalai Lama. ¿Existía de verdad aquella campaña? No se lo pregunté, pero creo que de todas formas mi interlocutor hubiera podido perfectamente justificármela. Permitir la práctica religiosa no significaba renunciar al derecho a intentar sacar del error a los creyentes pertinaces. Incluidos los monjes. ¿No hacían proselitismo, evangelización en versión cristiana, todas las religiones del mundo? ¿Por qué no iban a poder hacerlo los ateos? No insistí sobre el tema, porque además el miembro del Comité de Relaciones con los extranjeros me dejó muy claro, a continuación, cuáles eran los límites de la libertad religiosa en el Tíbet:

- El hecho de que no exista control, no quiere decir que se permitan actividades ilegales. Nosotros enfatizamos siempre que la práctica religiosa debe realizarse dentro del marco de la Constitución. Tomemos el ejemplo del Dalai Lama, usar como pretexto las actividades religiosas para hacer actividades separatistas, eso no está permitido.

Iba a preguntarle a continuación si era militante comunista y, sobre todo, cuál era el origen social de sus padres en el viejo Tíbet, si siervos o aristócratas, pero no tuve oportunidad de hacerlo. El funcionario tibetano se levantó para despedirse aduciendo que tenía que atender otros compromisos.

- Una vez más, queremos darle la bienvenida. Para el Comité de Relaciones con los Extranjeros es muy importante que gentes como usted visiten nuestro país porque sabemos que en Occidente hay muchos que dicen que no hay libertad en el Tíbet; unos por simple ignorancia de la realidad, aunque otros lo digan con segundas intenciones. Por eso es muy importante que si llegan a rodar el documental, sus guiones reflejen la verdadera realidad del Tíbet.

Qué realidad. Por más universales que se pretendan, los Derechos Humanos no se han entendido nunca igual en los distintos mundos que componen el mundo: no ya en el Primer y Tercer Mundo, sino en ese planeta intermedio que hoy día todos olvidan y que en el pasado se conocía como Bloque comunista. Tanto en la Declaración Universal, como en los posteriores Pactos Internacionales, cada Bloque

aportó sus propias categorías de valores: los derechos civiles y políticos, incluidos los de expresión y reunión, pero también el de propiedad, fueron aportación de Occidente; el Bloque del Este obligó a incluir en compensación los derechos económicos, sociales y culturales: a la salud, a la educación, a la vivienda, al trabajo... Todos ellos derechos humanos sin duda, igualmente respetables y necesarios. “Nuevos Avances de los Derechos Humanos en la Región Autónoma del Tíbet” era el título del folleto, en español, que me dejó de despedida el representante del Comité de Relaciones con los Extranjeros. Editado en 1998 por la Oficina de Información del Consejo de Estado de la República Popular. Lo hojeé: en él se hablaba del derecho a la autonomía de los tibetanos y de su protección como minoría nacional; del derecho al desarrollo económico y social y del acceso del pueblo a la educación, la cultura y la protección de la salud. De otros derechos, como la libertad de prensa, de expresión, reunión y manifestación, la libertad de fundar y militar en distintos partidos políticos o de participar en elecciones libres y con pluralidad de opciones, no se decía una sola palabra, pero el último epígrafe estaba dedicado a los grandes avances en la libertad de creencia y práctica religiosa en el Tíbet. Casi producía la impresión de que la fijación de los observadores occidentales por la cuestión del budismo, le estaba brindando una coartada al sistema: ceder en la cuestión de la libertad de culto era mucho menos arriesgado para los dirigentes que otorgar libertades políticas efectivas. Una libertad religiosa, de todas formas, con claros límites. Pese al intento de ofrecer una argumentación moderada, de consumo para extranjeros, las conclusiones finales del folleto constituían un furibundo ataque a la cabeza más visible de la religión tibetana: “El Dalai Lama denigra la situación actual de los derechos humanos en Tíbet. No obstante, el pisoteo grosero y en gran escala de los derechos humanos ocurrió precisamente en el Viejo Tíbet bajo la dominación del Dalai Lama”... “ ‘No Mentir’ es uno de los preceptos fundamentales del budismo, pero el Dalai Lama fabrica mentiras y viola y atropella con arbitrariedad este precepto. Esto sólo sirve para revelar su verdadera catadura: agita la bandera religiosa y realiza actividades de escisión de la patria”

Nuestro Hombre en Lhasa se había marchado acompañando al funcionario y yo aproveché la tarde libre para volver a mis paseos solitarios por la avenida Dekyi Nub Lam.

La primera cerveza me la tomé en la terraza del *Wellcome Bar*, estratégico mirador al aire libre sobre la plaza del Barkor. Anocheceía y el frescor de la noche aconsejaba echarse apenas por los hombros un jersey liviano, al final de un nuevo día sin sombra de una nube, en aquella deliciosa y sorprendentemente benigna primavera del País de las Nieves. Durante toda mi estancia, los días se habían ido sucediendo en un clima estable y suave que no exigía mayor abrigo, aparte de la precaución de llevar gafas y sombrero para evitar la insolación. Ni una pincelada de nieve coronaba las cimas de las montañas pardas y peladas que rodeaban la capital. Tampoco una sombra de vegetación. Podía imaginarme lo diferentes que deberían ser los inviernos en Lhasa, sobre todo cuando nevaba y por las noches el termómetro descendía varios grados por debajo de cero. Aunque no tanto como cabría esperar: pese a la altura, los valles del Tíbet disfrutaban de un microclima, encajonados como están entre montañas y con muchas horas de exposición al sol. Me contaron que en Lhasa, incluso en enero o febrero había días tan soleados que no era necesario llevar abrigo, sino más bien crema solar. Por la noche, claro, la cosa cambiaba.

El *Wellcome Bar* es uno de los locales favoritos de los extranjeros en Lhasa; el otro es el *Barkor Cafe*, prácticamente situado enfrente y también con un mirador sobre el Jokhang. Entre ambos locales no llegaría a la docena el número de occidentales que aquella tarde disfrutaban conmigo de la puesta de sol. Y eso que estábamos en una buena temporada: sin frío y sin lluvias. Nada que ver con la cantidad de forasteros que apenas una década atrás, habían llenado este mismo lugar. En las palabras nostálgicas del viajero Andrew Powell, en los años ochenta:

“... el área entera del Barkor se había convertido rápidamente en un mini Katmandú, con cientos de jóvenes americanos y europeos que habían llegado del Nepal. En las librerías oficiales seguía habiendo grandes fotografías de Mao y Stalin, pero en el hotel Banak Shöl había una librería de libros de bolsillo de literatura occidental insurgente, donde cada tarde los viajeros podían encontrar virulentas opiniones antichinas...”

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. En el hotel Banak Shöl, que pasó varios años cerrado, no había ya ninguna librería y aunque los escasos

turistas siguieran viajando desde Nepal, la atmósfera de Lhasa no era en absoluto la misma. Uno de los lugares comunes en Occidente es pensar que los cincuenta años de presencia/ocupación china en el Tíbet han transcurrido siempre conforme a las mismas pautas y con una política de represión ininterrumpida, lo que no es en absoluto cierto: durante la primera década, en los años cincuenta, los chinos respetaron en gran medida las antiguas leyes e instituciones, incluida la autoridad del Dalai Lama. Tras su exilio y coincidiendo con la represión de la rebelión del 59 y más tarde con la Revolución Cultural, el Tíbet atravesó la década más terrible de su historia: fueron años de destrucción masiva de monasterios y de feroz persecución religiosa. Mao Zedong nunca llegó a visitar el Tíbet, pero el culto a su personalidad se extendió hasta el último rincón del Techo del Mundo, igual que al resto de las provincias chinas. A su muerte, cuando Deng Xiaoping logró hacerse con el poder, vino un período de “desmaoización” y apertura política que se notó especialmente en los lugares donde la represión previa había sido más aguda. Para empezar, Hu Yaobang, secretario general del Partido Comunista chino y por entonces delfín de Deng, pasó un mes entero en Lhasa en 1980, comprobando en persona el grado de destrucción del país y la ineficacia política y administrativa de sus dirigentes. De la mano de aquella visita, el Tíbet sufrió una profunda transformación, iniciándose, durante la primera mitad de los ochenta, una auténtica primavera política. Volvieron a sus puestos los aristócratas tibetanos “colaboracionistas” que habían sido depurados como reaccionarios por los Guardias Rojos. Comenzaron a restaurarse templos y monasterios y volvió a permitirse el culto budista. Pero lo más importante fue la apertura al exterior: sin que llegaran a cambiar las leyes, se abrieron las fronteras, especialmente con la India y Nepal, permitiendo que muchos exiliados, altos lamas incluidos, pudieran visitar el Tíbet para reunirse con sus familias. En dirección contraria, la tolerancia también se impuso: en 1985, varios miles de tibetanos fueron autorizados a visitar Bodh Gaya en el norte de la India para escuchar al Dalai Lama enseñar el tantra de Kalachakra; y aunque muchos de ellos decidieron no regresar, no hubo denuncias ni represalias. Desde principios de la década, como señal de que empezaban a soplar nuevos aires, el Gobierno chino había invitado a los exiliados a abrir negociaciones, autorizando a que varias delegaciones viajaran al Tíbet para conocer la situación sobre el terreno, presididas ni más ni menos que por el hermano mayor y la hermana pequeña del Dalai Lama. Para los extranjeros, también se suprimieron las

restricciones: Alternativos, “buscadores espirituales” y “mochileros” occidentales se echaron a los caminos del Tíbet, último paraíso virgen del otro lado del Himalaya, libre de la masificación que ya empezaba a resultar agobiante, de Pokara y Katmandú. La hospitalidad con que les recibían los tibetanos era además mucho más cálida que la de los maleados nepalíes: bastaba con regalar una fotografía del Dalai Lama para que todas las puertas se abrieran. Pero el sueño se rompió pronto. La perestroika china, y por extensión la tibetana, duraron poco. A primeros de 1987, Hu Yaobang (aquel en cuyos funerales habría de encenderse la llama de la revuelta estudiantil de Tiananmen, dos años después) fue destituido por Deng Xiaoping por excesivamente reformista. Unos meses después, en otoño, estalló el primer motín en el Barkor. En ese momento había en el Tíbet, 47.000 turistas extranjeros que, antes de ser evacuados a toda prisa, fueron testigos de los desórdenes y la consiguiente represión. Jampel Tsering era entonces un joven monje del monasterio de Drepung, tenía diecinueve años, la misma edad que el resto de los conspiradores, una escasa docena de adolescentes tibetanos, todos ellos monjes, que pusieron en marcha la primera demostración independentista que habría de verse en el Nuevo Tíbet, con una ingenuidad similar a la que exhibirían más adelante los estudiantes pekineses de Tiananmen. Según contara el propio Jampel Tsering, su intención y la de sus amigos fue reaccionar de algún modo, demostrándole al mundo que en el Tíbet existía una resistencia interior, apenas cuatro días después de la emblemática intervención del Dalai Lama ante el Congreso de Estados Unidos. Ellos mismos se fabricaron tres banderas independentistas tibetanas copiándolas de un antiguo dibujo. Después, los doce jóvenes monjes, confundidos entre los peregrinos, comenzaron a circunvalar el Barkor enarbolando sus banderas prohibidas y gritando ¡viva el Tíbet Libre! y ¡Larga Vida al Dalai Lama!. El motín se extendió como la pólvora: peregrinos y monjes del Jokhang se sumaron a una manifestación que pilló a las fuerzas de seguridad totalmente desprevenidas. Para cuando pudieron reaccionar, los tibetanos ya habían asaltado la comisaría del Barkor, liberado a los presos que había en ella e incendiado el edificio. Los policías chinos respondieron con disparos de fuego real. Hubo muertos, más de diez y numerosos heridos. Era el 27 de septiembre de 1987 y entre los extranjeros que aquella mañana soleada paseaban por el Barkor, figuraba Steve Lehman, un famoso fotógrafo norteamericano. “Aquel día descubrí que el Tíbet no era Shangri-la”, dejó escrito. Sus fotografías que mostraban a los tibetanos

manifestándose, a los policías que disparaban y a sus víctimas, entre ellos un niño de ocho años, dieron entonces la vuelta al mundo, provocando en la opinión pública internacional una fuerte corriente de solidaridad con el Tíbet.

El 10 de marzo de 1988, Día Internacional de los Derechos Humanos, volvieron a producirse motines en el Barkor, conforme a un esquema similar a los del año anterior: monjes y monjas encendieron la chispa de la rebelión y peregrinos y habitantes de Lhasa se sumaron con entusiasmo a ella. Los chinos volvieron a disparar. De todo ello dejó constancia, con ironía más que afilada, un testigo privilegiado de aquel segundo levantamiento, el belga Alec Le Sueur, entonces director de marketing del Holiday Inn Lhasa:

“ Los chinos difieren de los occidentales en su idea de cómo hay que afrontar las manifestaciones. No hay llamamientos pacíficos a la calma, ni siquiera cañones de agua o pelotas de goma; recurren en el acto a los AK47. Los monjes y las monjas tibetanos, culpables nada más que de expresar sus ideas, fueron abatidos a tiros en la plaza por los nerviosos soldados chinos. Los tibetanos respondieron a su ya tradicional modo e incendiaron de nuevo la comisaría de policía del Barkor”

En marzo del 89, las fronteras se habían cerrado y ya no quedaban turistas en Tíbet que pudieran dar testimonio de las manifestaciones. Pero la concesión del Premio Nobel de la Paz al Dalai Lama provocó un estallido de júbilo nacionalista que se transformó en motín durante la celebración de la Gran Plegaria anual de los monjes en el Jokhang. Esta vez, los dirigentes de Pekín, que se consideraban humillados por la decisión del Comité Nobel, habían tenido tiempo de prepararse. Sacaron los tanques frente al Potala, disolvieron las manifestaciones y proclamaron la ley marcial que habría de mantenerse en Tíbet durante 13 meses. En Junio del 89, apenas sesenta días después, los estudiantes concentrados en Tiananmen con motivo de los funerales de Hu Yaobang, expresaban a gritos su solidaridad con el Tíbet, por entonces ya enmudecido. Pronto les iba a tocar entrar a ellos en ese mismo reino del silencio. La primavera política se había acabado al mismo tiempo en Pekín y en Lhasa y con parecido saldo de dolor: aunque sobre las víctimas de aquellos tres años de motines se extendiera después la misma nebulosa estadística

que sobre las víctimas de Tiananmen, los observadores más moderados calculan en un centenar a los tibetanos que murieron como consecuencia de los disparos. Unos tres mil más pasaron por prisión, como Jampel Tsering, el joven monje que iniciara la primera de las manifestaciones, que cumplió cinco años de condena en el penal de Drapchi, antes de escapar a la India en 1996.

Cuando en 1990 se levantó la ley marcial, ni Tíbet ni China volvieron a ser los que eran, no porque regresasen los viejos años del Terror, sino porque el sueño, la posibilidad de un socialismo con rostro humano que habían soñado en Praga en el 68 y con el que por entonces todavía soñaban los soviéticos de la mano de Gorbachov, se había hecho trizas. Conscientes de que los monjes constituían el mayor peligro, la única oposición organizada que existía, los dirigentes de Pekín intensificaron la vigilancia en los recién reconstruidos monasterios, tratando de definir más claramente el límite entre actividades religiosas y políticas, una frontera inexistente para la mentalidad tibetana. No aumentó la represión ni se observaron nuevas restricciones a la práctica religiosa, simplemente los instrumentos de control se volvieron más sofisticados. Las instituciones de la Región Autónoma permanecieron intactas, siguió respetándose aparentemente el bilingüismo oficial, constatable en señalizaciones públicas y calles, y la enseñanza siguió impartándose en chino y tibetano, aunque desde el exilio se denunciara una campaña encubierta para desarraigar la lengua nativa del País de las Nieves. El principal síntoma visible de los nuevos tiempos fue la desaparición de las fotografías del Dalai Lama, toleradas en la pasada década y perseguidas con encono ahora; y por supuesto las conversaciones con los exiliados quedaron suspendidas *sine die*. Respecto del turismo extranjero, los cambios fueron muy sutiles. Cuando los chinos volvieron a abrir las fronteras, habían aprendido la lección: los turistas pudieron regresar otra vez pero ahora en paquetes organizados, que además de permitir un mayor control de sus movimientos, garantizaban una fuente de ingresos mucho mayor, puesto que todo había de ser contratado con una de las catorce agencias de viajes, exclusivamente para extranjeros que se crearon en Lhasa. Los precios, tanto de hoteles, restaurantes y alquiler de vehículos subieron astronómicamente, espantando al turismo mochilero y creando las bases de una incipiente industria turística de más alto nivel.

Cris y Tom eran una pareja de norteamericanos de California, cerca los dos de la cincuentena, él todavía con largas greñas encanecidas y ella embutida en una túnica multicolor. Ex-hippies, yuppies reciclados o como quiera llamarse, respondían a la perfección al prototipo de nuevo turismo que las autoridades chinas estaban tratando de potenciar. Gente sensible, con su punto excéntrico, porque un turismo convencional tipo Bali o Tailandia, no tenía sentido en el Tíbet. No sólo las condiciones de vida eran demasiado duras, apenas había tampoco estructura turística ni lugares de diversión. Cris y Tom buscaban otra cosa, eran gente que en su juventud habían soñado mucho con el mito del País de las Nieves y ahora estaban haciendo su sueño realidad, sin importarles el dinero que pudiera costarles. Lo tenían. Tom era socio de una empresa de software en los alrededores de *Silicon Valley* y Cris trabajaba de productora de televisión. Antes de aterrizar en Lhasa, llevaban tres meses viajando por la India y Nepal

- La India ha cambiado mucho –me explicó Tom- Ahora hay allí más programadores informáticos que en California.

Durante su viaje, habían tenido la oportunidad de pasar por Dharamsala y de participar en una audiencia pública con el XIV Dalai Lama.

- Fue maravilloso –dijo Cris. El Dalai Lama transmite una fuerza muy especial. Ha sido lo mejor de todo el viaje

Su opinión sobre el Tíbet era en cambio mucho más pesimista.

- Aquí no hay verdaderos lamas –dijo Tom-. Los verdaderos lamas están todos en el exilio. En el Tíbet hay una apariencia de libertad religiosa, pero nada más que apariencia...

- En Dharamsala participamos en una *puja*, una ceremonia dedicada a una diosa, Dordjé Pagmo- me contó Cris-. Fue muy emocionante. Nos lo explicaron todo. Aquí en cambio, nadie sabe explicarte nada...

- Debe ser porque no hablan inglés –sugerí yo.

- Sí, claro...

Más adelante, Dharamsala iba a convertirse en etapa obligada de mi viaje, un lugar en el que indagar lo que quedaba de la vieja religión y de aquel Viejo Tíbet que tanto fascinara a los viajeros del pasado. Pero hoy por hoy, no dejaba de resultarme descorazonador, pero sobre todo incomprensible, aquel desprecio –por otra parte muy frecuente entre los turistas occidentales- al Tíbet real en el que nos

encontrábamos. Estábamos en Lhasa, la Ciudad Santa, la ciudad prohibida durante tantos años, a cuatro mil metros de altura, tomándonos una *Lhasa Beer* bajo una luna a punto de convertirse en llena que iluminaba los tejados de oro del Jokhang, el más sagrado templo del Asia Central, nada menos que del siglo séptimo. De acuerdo, ahora estaban los chinos, pero los tibetanos también seguía estando. Ni siquiera Lhasa había cambiado tanto, incluso bastante menos de lo que podía haber cambiado Madrid en estos últimos cincuenta años. Al menos Lhasa seguía siendo una ciudad pequeña y tranquila, de casas bajas y atmósfera limpia y transparente. Por todas partes nos rodeaban las montañas y, si no hubiéramos tenido una pared a la espalda, hasta hubiéramos podido distinguir esa noche, bajo la suave luz lunar, los muros blancos y rojos del Potala. ¿Podía pedirse más belleza? Pero para Cris y Tom, con todo el dinero que les había costado llegar a él, aquel Tíbet bajo ocupación china nunca podría ser bello. Incluso yo me sentí culpable por haberme atrevido a soñarlo.

- Todo el mundo lo dice. El verdadero Tíbet está hoy fuera del Tíbet... en la India, en Nepal, no aquí – se lamentó Cris. Y entonces Tom, anticipándose a la depresión sin remedio a la que nos conducía aquella conversación, optó por cambiar de tema: - ¿Has estado en el *Barkor Cafe*? –me preguntó- ¿Todavía no? ¡Vamos, te vas a llevar una sorpresa!

“Si hay que generalizar, puede decirse que la percepción occidental sobre la cuestión tibetana se ha visto lastrada por una herencia romántica, una información simplificada y una presentación política enturbiada”, ha escrito el inglés Robbie Barnett, uno de los más finos “tibetólogos” de la actualidad. Según él, la indudable simpatía occidental que despierta la cuestión tibetana, está anclada en un profundo malentendido: el de creer que el apoyo mediático (que culmina con las películas de Jean Jacques Annaud “Siete Años en el Tíbet” y “Kundun” de Scorsese y previamente encarnada por estrellas de Hollywood como Richard Gere y Harrison Ford) va acompañado de un apoyo político real de los gobiernos occidentales, lo que no es en absoluto el caso.

En la deformada imagen occidental sobre el Tíbet, también se mezclan otras cosas: las ideas preconcebidas occidentales sobre el misticismo y el exotismo del Tíbet, sus montañas y paisajes, el encanto personal del actual Dalai Lama...

cuestiones todas ellas que nada tienen que ver con la política. Como señala Robbie Barnett, no fue por el encanto personal de sus jeques por lo que las potencias occidentales apoyaron a Kuwait. Había negocios en juego. Desgraciadamente, en lo que se refiere al Tíbet, en todos estos años, pese a las declaraciones solemnes y gestos simbólicos, los gobiernos y grandes empresas occidentales han optado siempre por las expectativas de negocio que despierta el inmenso mercado chino. Lo de soñar se queda para la opinión pública, mecida, y sobre todo adormecida por esa fábrica de sueños que es Hollywood, en esa misma California en la que vivían Cris y Tom. Pero no sólo la opinión pública, también los tibetanos se han dejado llevar por el espejismo de un apoyo real de Occidente: la declaración del Dalai Lama ante el Congreso de los Estados Unidos y la concesión del premio Nobel fueron tomados por los tibetanos del interior como una señal de que el mundo compartía su causa, llevándoles a manifestarse en el período 87-89, sin que, cuando llegaran los disparos, las detenciones y la ley marcial recibieran apoyo oficial alguno.

Ciertamente me llevé una sorpresa. En la terraza del *Barkor Cafe*, cuatro relucientes ordenadores ofrecían a los viajeros la posibilidad de establecer conexión con sus lejanos hogares vía Internet. Paradigma de la aldea global, de la sociedad de la comunicación que andaba revolucionando el mundo. Un cibercafé en Lhasa, en la capital del Techo del Mundo, tenía algo de culminación, de última conquista de la civilización tecnológica. Pero también de decepción: en nuestro cada vez más pequeño planeta, ningún lugar quedaba al margen ya.

- Pusieron el negocio hace un par de meses –me explicó Tom- esa pareja de jóvenes de allá... –su tono de voz se adelgazó, convirtiéndose en un susurro: - son chinos.

La expresión sonaba más bien a “lástima que sean...”, porque tanto Tom como Cris, aparte de la lógica inquina contra una potencia ocupante, participaban de una alergia general antichina, igualmente extendida entre los occidentales y en la que, a poco que se escarbaba, entre residuos de la guerra fría, no era difícil detectar racismo. Yo tampoco podía tirar la primera piedra: me acordé de mi intérprete del que no paraba de intentar escaparme. La pareja de jóvenes chinos del *Barkor Cafe*

eran muy jóvenes y muy simpáticos: eran dos estudiantes de Chengdu y habían venido a Lhasa a poner su negocio, siguiendo la consigna de moda en su país, lanzada por su compatriota sichuanés, Deng Xiaoping: “Enriquecerse es Glorioso”. Una consigna que en Occidente todo el mundo perseguía desde siempre, pero que sólo a los chinos se les podía ocurrir convertirla en un lema y proclamarlo. Desde luego, pese a ser principiantes, vista habían tenido: al precio que se pagaban las conferencias internacionales en Lhasa, aquel servicio de Internet a siete yuanes los diez minutos tenía el éxito asegurado entre los extranjeros.

Puse un *e-mail* a la productora. Después, durante un rato, fantaseé sobre a quién escribir, utilizando aquel nuevo medio de comunicación que, como las antiguas cartas, me permitía también encabezar mi correspondencia con un prestigioso: “En Lhasa, a tantos de tantos”. Comencé a redactar un mensaje colectivo para los amigos en España, pero acabé borrándolo de la pantalla, por demasiado “epístola a los creyentes”. ¿A quien escribir? Si Sven Hedin viviera me hubiera gustado comprobar su reacción al recibir un correo electrónico desde la ciudad de sus sueños en la que nunca logró entrar. De todos los grandes viajeros del pasado, el único que seguía vivo era Heinrich Harrer, retirado en Austria, cerca de los noventa años. Hubiera sido idiota escribirle, pero además no tenía su *e-mail*. Así que me conformé con dar señales de vida en mi casa, donde desde hacía días estaban esperando ansiosamente mis primeras impresiones del Tíbet. No había tenido tiempo de empezar a escribir, cuando se me acercó Cris.

- ¿Sabes? El otro día Tom hizo una travesura: puso desde aquí un mensaje a Dharamsala, a la Oficina del Dalai Lama.

- ¿Y? ¿Salió? ¿Hubo respuesta?

- Nos ha llegado hoy. En inglés, sin problemas... Los chinos no saben inglés..

- ¡Que se jodan! - Tom, entusiasmado, también había venido a sumarse a la conversación- ¡Internet es libre, por más que intenten controlarlo, Internet no hay quien lo pare!

Afortunadamente, los dos jóvenes sichuaneses, que sí sabían inglés, estaban lo suficientemente alejados en aquel momento como para enterarse del compromiso en el que les habían puesto. Miré a Cris y Tom. A los cincuenta años seguían

sintiéndose jóvenes, a los cincuenta años parecían haber encontrado un nuevo paraíso con el que soñar, después de haber perdido tantos otros, aunque este ya virtual, no localizable en ningún mapa. Una forma distinta de viajar, desde luego con menos carga emocional y sin riesgo de desencanto. ¿En cuanto a mí? ¿Qué podía contarle? ¿cómo podía resumirle a mi mujer lo que estaba siendo para mí aquel viaje? La pantalla en blanco me estaba esperando: “Lhasa no es Katmandú...” empecé a escribir, buscando orientarla con una referencia a una ciudad que ella conocía bien, pero luego me pareció un comienzo innecesariamente triste, además de odioso, como toda comparación. ¿Por qué Lhasa iba a tener que ser Katmandú? Pulsé la tecla de borrar. Lhasa era Lhasa.

IX.-

LA DIABLESA SOMETIDA

En los primeros años del Nuevo Tíbet, tras las Reformas comunistas de 1959, los chinos decidieron abrir en los bajos del Potala un ejemplarizante “Museo de los Horrores” para mostrar a tibetanos y visitantes –por entonces muy escasos- las crueldades del viejo régimen. Allí se exponían desde espeluznantes fotografías de mendigos, niños desnutridos y condenados a diferentes amputaciones hasta instrumentos de tortura, cepos, látigos, cadenas y también pergaminos hechos con piel humana e instrumentos rituales fabricados con cráneos y fémures del mismo origen. La exhibición de estos últimos y macabros objetos hizo perder mucha credibilidad al “Museo”, ya que lejos de emparentar a los viejos gobernantes del Tíbet con los perpetradores del Genocidio nazi no eran en realidad más que reliquias de viejos gurúes y santos, similares a las que se amontonan en los templos católicos. Hubiera sido como si el brazo incorrupto de Santa Teresa, extirpado postmortem, se hubiera presentado como una mutilación en vida y qué decir de la cantidad de dientes, huesos, dedos de pies y manos, trozos de piel y hasta algún que otro prepucio que guardan nuestras iglesias, si alguien decidiera presentarlas como testimonio de las torturas más salvajes. Como tantas otras similitudes de las que dieron cuenta los primeros misioneros occidentales, católicos y budistas tibetanos comparten una gran afición por las reliquias de los santos. También han compartido en el pasado similar hipocresía moral y una capacidad asombrosa de buscarle la vuelta a los mandamientos de sus fundadores. Puesto que Buda proscribió terminantemente matar a ningún ser vivo, la pena de muerte era muy raramente aplicada en el Tíbet y se vio sustituida por toda clase de amputaciones: a los adúlteros se les cortaban orejas o nariz, a los ladrones manos y pies y en el caso de

delitos mayores, era frecuente el vaciado a cuchillo de ambos ojos.”En Lhasa abundan los mendigos mancos y desprovistos de globos oculares”, escribió Ekai Kawaguchi, el monje japonés que pasara de incógnito tres años en el Tíbet de 1901 a 1904. Tras reseñar cuanto le indignaba el sistema bárbaro de arrancar confesiones mediante tortura a los sospechosos (¿a qué Inquisición propia nos recuerda?) se fijó en que la pena capital era ejecutada de forma que el reo muriese solo, dejando exentos de culpa a sus verdugos: unas veces se arrojaba al condenado desde lo alto de un acantilado y otras, cosido a un saco, se le tiraba a un río y sólo después de que se había ahogado se repescaba el cadáver, se le cortaba la cabeza y se exponía en la picota pública. “Las torturas son de una ingeniosidad diabólica, como pueden imaginarse en el infierno”, escribió Kawaguchi. Como ejemplo de tales tormentos, en su libro “Tres Años en el Tíbet” describía uno consistente en poner pesadas piedras sobre la cabeza de la víctima, una tras otra hasta que por el peso los ojos salían expulsados de las órbitas.

No siendo sospechoso de simpatías prochinas un monje japonés de principios de siglo, también es cierto que sus observaciones han de tomarse con las necesarias cautelas. Las bárbaras costumbres del Viejo Tíbet sólo pueden juzgarse en su contexto histórico. David Snellgrove y Hugh Richardson, en su fundamental “Historia Cultural del Tíbet” parten del presupuesto de que la sociedad tibetana vivió hasta 1950 en un tiempo histórico comparable a nuestra Edad Media. A la hora de juzgar cómo era la vida en el Viejo Tíbet reconocen que “las condiciones podían ser a menudo duras para los modernos estándares occidentales , pero comparable a a la degradante pobreza destructora de espíritus de la Inglaterra del XIX”. El igualmente inglés, Charles Bell, que viajó por el Tíbet en los años veinte, situaba mucho más atrás la posición del Tíbet en el ránking de las civilizaciones: “La vida social y política del Tíbet está setecientos años atrasada con respecto a la que ahora llevamos en Inglaterra: se corresponde con el período en que los salteadores de caminos eran moneda corriente en nuestro país”

Cuando Heinrich Harrer volvió a visitar Lhasa en 1982, los chinos, traumatizados con los horrores propios del maoísmo que empezaban a hacerse públicos, ya habían dejado de mostrar el “Museo de los Horrores” del Potala. Cuando viajaba yo, los Archivos históricos del Tíbet eran los encargados de ofrecer

una explicación más serena y documentada de las relaciones históricas que habían existido en el pasado entre Tíbet y China. Me dispuse pues a visitarlos, decidido a intentar aclararme en tan enmarañada cuestión, una visita a la que mi intérprete Han se ofreció encantado a acompañarme.

- Los Archivos conservan más de tres millones de legajos, la inmensa mayoría provenientes de los viejos registros del Potala. Los más antiguos tienen seiscientos o setecientos años y sus temas van desde textos religiosos a protocolos de cesión de títulos y tierras, nombramientos civiles y religiosos, etc...

La guía que se hizo cargo de nosotros era una joven archivera tibetana, alta y delgada. Y como venía siendo habitual en ese absurdo método de trabajo que veníamos poniendo en práctica desde mi llegada a Lhasa, me ofrecía sus explicaciones en chino y no en tibetano, y luego mi intérprete me las traducía al inglés. Visitamos primero una sala donde se exponían antiguos libros religiosos, colecciones de Sutras y Tantras impresos a la manera tibetana en hojas sueltas hechas con una gruesa y resistente pasta de papel. Según nos señaló nuestra acompañante, los más valiosos habían sido escritos con una tinta especial compuesta de catorce valiosos ingredientes, entre ellos, oro, plata y perlas pulverizadas. Pese a la lejanía, en el edificio de los Archivos del Tíbet se vivía una atmósfera nada exótica, el mismo ambiente apacible e intemporal que en cualquier otro archivo del mundo: por sus salas y corredores —eso sí, fríos y destartalados— me encontré con investigadores y archiveros inmersos en su siempre inacabable tarea (al día de hoy, según me explicó nuestra guía, no habían sido clasificados aún ni la mitad de los archivos del Viejo Tíbet). Todos ellos vestían con pobreza y descuido, con ese “torpe aliño indumentario” que cantara Machado y llevaban con aparente dignidad la escasa paga que a cambio de su erudición sin lugar a dudas recibían. Como todos los miembros del club universal de masoquistas estudiosos de viejas culturas, tampoco entre los archiveros tibetanos ganar dinero parecía ser una prioridad; y por si a alguien le interesan las peculiaridades que puedan ofrecer los tibetanos respecto del resto de sus congéneres, añadiré que eran mujeres jóvenes y hombres mayores en su inmensa mayoría, todos con viejas gafas, la mayor parte rotas y atadas con cordel; que se sentaban no en sillas sino directamente sobre el suelo, con una manta echada por encima, en la llamada posición del loto; y que los

que eran hombres llevaban el sombrero puesto –cosa curiosa, estando como estábamos en un recinto cerrado- y todos, sin distinción de sexos, tenían delante una taza de té con manteca de yak y su respectivo montón de legajos amarillentos.

- Hasta 1980 no se trasladaron los archivos a este nuevo edificio. Pero como estaban en el Potala, que fue protegido por el ejército, pudieron salvarse de la destrucción durante la Revolución Cultural y prácticamente no sufrieron daño.

Le agradecí que me hubiese ahorrado la pregunta. Así que allí, en aquel edificio anodino de hormigón, sin el menor asomo de estilo tibetano, se guardaba ni más ni menos que la memoria histórica del Tíbet. Entrábamos ahora en una sala algo más cuidada que las demás, con iluminación más abundante, vitrinas y paneles expositivos. Pero tampoco era gran cosa.

- Para octubre estará terminado el nuevo Museo, con mucho mejores condiciones. Nuestros documentos más valiosos serán expuestos allí.

Mucha gente ignora que la independencia del Tíbet duró tan sólo treinta y nueve años y empezó en una fecha tan reciente como 1911 cuando el XIII Dalai Lama comunicó formalmente a la recién nacida República china que consideraba rotos los lazos que en el pasado habían vinculado al País de las Nieves con los antiguos emperadores. Puesto que no fue reconocida por el Gobierno chino ni por ningún Estado extranjero, excepto por Mongolia, tibetanos y chinos aún discuten hoy si se trató de una independencia *de iure* o *de facto* y si tuvo alguna validez desde el punto de vista del Derecho Internacional. Hacia el pasado la polémica es aún mayor y chinos y tibetanos discuten con ahínco sobre las relaciones históricas entre China y el Tíbet, reconociendo su existencia, pero sin ponerse de acuerdo en la naturaleza jurídica de las mismas.

La sala principal de los Archivos del Tíbet, como sin duda habrían de estarlo las salas principales del nuevo Museo, estaba destinada a exhibir, como es lógico, el punto de vista chino sobre el tema. A primera vista, los documentos allí expuestos pretendían constituir un alegato indiscutible y definitivo; y digo a primera vista porque, curiosamente, todas las leyendas y paneles estaban escritos en chino y tibetano, sin versión en inglés, así que yo sólo podía basarme en las explicaciones de nuestra archivera y la consiguiente traducción de mi intérprete. Según fueron explicándome, las vitrinas del Museo mostraban toda clase de edictos

y decretos imperiales de las tres últimas dinastías, durante las cuales Tíbet había formado parte del Imperio chino. Los más antiguos, de la dinastía Yuan, estaban escritos en mongol y databan de los siglos XIII y XIV. Los de la dinastía Ming, más escasos, contenían nombramientos y acuerdos de intercambio comercial; pero eran los de la última dinastía manchú, la de los Qing, que reinó en China de 1644 a 1911, los más abundantes y abrumadores. La razón del especial interés de esta última dinastía por el Tíbet es perfectamente explicable: los manchúes constituían un pueblo nómada como el de los mongoles, a quienes les unían numerosos vínculos y con quienes compartían en gran medida una misma fe budista. Cuando tras el suicidio del último emperador Ming accedieron al poder en Pekín, una de sus principales obsesiones pasó a ser evitar que sus primos hermanos de las estepas llegasen a convertirse en una fuerza capaz de disputarles la hegemonía. Recordando el vínculo especial que en el pasado uniera a mongoles y tibetanos, los emperadores manchúes decidieron que para controlar a los primeros era necesario controlar a los segundos; y así fue como, apenas subió al trono, Shunzhi, el primer emperador Qing, invitó al flamante gobernante del Tíbet, el Gran Quinto, creador también de una nueva dinastía política, la de los Dalai Lamas, a reunirse con él en Pekín.

Corría el año 1652 y los cronistas chinos y tibetanos discuten todavía si, durante la entrevista, el Dalai Lama se arrodilló ante el Hijo del Cielo o si los dos se saludaron como iguales; el caso es que, cuestiones de protocolo al margen, el V Dalai Lama logró, durante su dilatado reinado, mantener una política independiente de los dictados de Pekín. No sucedió así con su heredero, el VI Dalai Lama, el vividor rey poeta del Tíbet. Cuando fue depuesto, tras un breve reinado de apenas once años, el emperador Kangxi había logrado convertirse en árbitro de los destinos del País de las Nieves. A partir del 1700 empieza lo que el historiador francés Laurent Dëshayes denomina primero “la Tutela” y más tarde el “Protectorado chino” o la llamada “Era Imperial” en palabras del profesor norteamericano Melvyn Goldstein. Algo en lo que los nacionalistas tibetanos disienten arguyendo que aquella era una relación de dependencia personal entre los Dalai Lamas y los Emperadores sin afectar a sus respectivas naciones.

En las vitrinas de los Archivos, de quien más decretos y nombramientos se exhibían era del longevo emperador Qianlong (1735-1796), de entre todos los “Hijos del Cielo”, el que más intervino en la política interior del Tíbet. Devoto

budista, Qianlong no olvidó nunca la importancia estratégica de las altas mesetas del Asia Central para la tranquilidad de las tierras bajas chinas. Durante su reinado, tuvo que enviar dos ejércitos imperiales para restablecer el orden en el Tíbet, estableció allí guarniciones permanentes y sobre todo dictó leyes, la ley de los 29 artículos y más tarde la de los 13 artículos para el Mejor Gobierno del Tíbet, en las que fijaba las distintas competencias de los órganos de Gobierno locales y extendía a los *Amban*, mandarines chinos que representaban al Emperador, una autoridad igual a la que ostentaban los Dalai Lamas. Pero lo más importante de tales normas, fueron los preceptos relativos al sistema que había de seguirse en adelante para reconocer a las reencarnaciones de los grandes lamas difuntos, es decir, el método para seleccionar a los “Pequeños Budas” destinados a convertirse en los futuros dirigentes de la Teocracia tibetana. El nuevo procedimiento establecido por el emperador, el llamado “sorteo en la Urna de Oro”, estipulaba que el proceso de selección había de culminar con la selección de tres aspirantes, cuyos nombres serían introducidos en una urna y de la que se elegiría, por azar, a la verdadera reencarnación.

- Es la Urna de Oro, la que donó el emperador Qianlong – me indicó nuestra interlocutora, señalándome una pequeña vasija dorada, la tapa adornada con turquesas y coronada por una perla. Parecía más bien una urna funeraria, pero su contemplación me excitó de inmediato.

- ¿La misma? ¿La que se usó en el Jokhang en el 95 para elegir a la reencarnación del Panchen Lama?

Aquella era una cuestión candente y contemporánea, lejos del campo de trabajo habitual de una archivera. Pero de todas formas respondió. Una respuesta incomprensiblemente larga y que cuando me llegó en la traducción, se había transformado en un simple: “Sí”. Desconfié. Ya tenía comprobado que mi intérprete, pese a todo su aparente rigor, optaba a menudo por asentir, cuando no acababa de enterarse del sentido de mi pregunta. Supongo que lo hacía por simple comodidad y ni siquiera me enfadé porque en realidad tampoco me parecía tan importante averiguar si aquella había sido o no la urna utilizada en una ceremonia que había marcado el punto más bajo de las relaciones entre el Gobierno chino y el Dalai Lama, apenas unos años atrás, en 1995. Un espinoso asunto que todavía coleaba y que aún habría de complicarse más en el futuro, por cuanto concernía a la legitimidad del segundo Buda Viviente más importante en la jerarquía lamaísta, el

Panchen Lama. Pero en este tema ya tendré ocasión de detenerme más adelante, durante mi visita prevista a su monasterio, en Shigatsé, la segunda ciudad del Tíbet. Ahora me basta con señalar que, en 1995, Pekín se había empeñado en resucitar el antiguo derecho del sorteo en la Urna de Oro que estableciera el emperador Qianlong, una prerrogativa rechazada por el Dalai Lama. Y allí tenía ante mis ojos la genuina Urna de Oro y las tablillas de marfil en las que habían de inscribirse en el pasado los nombres de los candidatos. Claro que cuando Qianlong estableció su procedimiento no existía un Gobierno tibetano en el exilio y ambos, chinos y tibetanos compartían una misma fe budista. Qianlong podía creer, o al menos fingir que creía, que el propio Buda inspiraría la mano del abad del Jokhang al extraer un nombre de la urna. ¿Pueden creerlo, ni siquiera fingir que lo creen, los dirigentes comunistas del Pekín de hoy? Y si digo fingir es porque, al instituir el sorteo, lo que perseguía el Emperador Qianlong no era un propósito espiritual sino una finalidad igualmente política: evitar la concentración en unas pocas familias aristocráticas del hallazgo de pequeños Budas. Algo que en sus tiempos estaba pasando con la poderosa familia Lhalou, a la que pertenecían simultáneamente el VIII Dalai Lama, el IV Panchen Lama y en la que acababa de encontrarse – sea por desestabilizadora casualidad o inspiración divina mediante - al gran lama de los mongoles.

Pero basta de historia. Yo había venido al Tíbet a conocer cómo pensaban, cómo vivían los tibetanos del presente y no a perderme en los sinuosos, por más que fascinantes, meandros del pasado.

- Es el presidente del Comité vecinal – me presentó mi intérprete aquella misma tarde a un hombre grueso y cincuentón, que vestía una chaqueta raída y se tocaba con un sombrero de paja, con aspecto de “patriarca” gitano.

- ¿Qué es? – le pregunté yo-, ¿una especie de responsable de barrio?

- ¿No sabe lo que es un Comité Vecinal? - se impacientó *Nuestro Hombre en Lhasa* - Está bien claro: quien se ocupa de administrar los asuntos de un barrio...

- Ya entiendo. En un barrio en construcción, el Comité vecinal se ocupa de las obras...

- No, no en un barrio en construcción, en uno ya construido.

- Ah! Entonces este señor es una especie de delegado

- No, no delegado. Sino un organismo de autogobierno.

No podía evitarlo, a veces me gustaba hacerle rabiar. Al fin y al cabo era la persona que tenía más a mano, casi la única que había conocido en mi viaje. Pero por supuesto que yo sabía muy bien lo que era un Comité vecinal, junto con la Unidad de Trabajo, las dos piedras angulares del sistema de organización del poder en la República Popular China. Nada de autogobierno. A través de estos dos organismos, el Partido logra controlar por completo las dos esferas en las que se desarrolla la vida de sus ciudadanos: el hogar y el trabajo.

El presidente del Comité Vecinal supo aguardar pacientemente a que terminásemos con nuestra discusión, por otra parte incomprensible para él. Era un tipo simpático, sonreía todo el tiempo. También mi intérprete sonreía, aunque en su caso, tratándose de un Han, su sonrisa era una señal de embarazo. Cuando un chino sonríe más que significar que se está divirtiendo, a menudo es indicación de que lo está pasando muy mal. Y no porque sean raros o porque su química emocional sea diferente a la del resto de los humanos: en español existe una expresión, “reír por no llorar” que expresaba perfectamente como se sentía *Nuestro Hombre en Lhasa*, organizador de aquella visita a un barrio de viviendas de nueva construcción, como había sido responsable hasta la fecha de todo mi programa en el Tíbet. Entre nosotros, en los últimos tiempos, no habían parado de surgir roces. Nuestra química sí que no funcionaba, más que nada porque yo seguía sin entender a qué venía aquello de asignarme un intérprete no tibetano, que encima, tras nueve años de residencia, como era su caso, ni siquiera se había molestado en aprender el idioma vernáculo.

El presidente del Comité Vecinal, en cambio, aunque era tibetano, hablaba perfectamente chino y de su mano me dispuse a recorrer aquel barrio agradable que nada tenía que ver con las horribles “cajas de cemento” de épocas pasadas. Se trataba de alegres edificios recién contruidos en estilo tradicional tibetano, con un máximo de tres plantas: paredes encaladas, ventanas trapezoidales multicolores... Aquí y allá se distinguían toques de modernidad como los cerramientos de aluminio en los balcones o las antenas de TV que, junto a la colada y las ristras de carne cruda puestas a secar, coronaban las azoteas.

- ¿Uno de los “62 proyectos”? –me interesé.

- Dice que es usted muy inteligente. Aprende las cosas deprisa – me transmitió mi intérprete el piropo del tibetano-

La verdad es que se trataba de un elogio inmerecido porque no me había sido nada difícil deducirlo. Fieles a su afición por la numerología, los dirigentes chinos habían agrupado sus proyectos para desarrollar el Tíbet, grandes y más pequeños, en dos categorías: los “Cuarenta y tres proyectos” integraban los correspondientes a la década del ochenta, y los “Sesenta y dos”, a la de los noventa. Hasta ahora todo lo que me iban mostrando entraba en una de estas dos clasificaciones: Los archivos del Tíbet y el propio hotel donde me alojaba habían formado parte de los “43”; el nuevo museo del Tíbet, aún sin terminar, y aquel barrio de nueva construcción que visitábamos, de los “62”.

- Hasta la fecha llevamos realojadas aquí a seiscientas familias – me explicó el del Comité Vecinal.

- ¿Realojadas? –pregunté yo - ¿y de dónde provienen?

- De un barrio viejo, de casas pobres y sucias. Pero ya ha sido demolido

- Y qué van a hacer allí?

- Ya han construido una gran plaza

- Una plaza ¿La Plaza del Palacio Potala?

- Sí.

- ¿Todas las familias realojadas provienen de allí?

Ni siquiera tuve que esperar a su asentimiento. Por primera vez, miré a *Nuestro Hombre en Lhasa* con merecida admiración. Los chinos son un pueblo antiguo, sabio, previsor y organizado. Nada lo dejan al azar. Y así como la mayor parte de mis visitas las había organizado mi intérprete en tácita respuesta a las críticas y denuncias más habituales que circulaban en el extranjero: la de la Escuela Secundaria para demostrarme que aún seguía enseñándose en tibetano en el Tíbet y la de los Archivos Históricos como demostración de la preocupación de las autoridades por la conservación del patrimonio cultural, aquella visita tenía por objetivo mostrarme lo satisfechos que estaban los antiguos habitantes del barrio de Shöl, tras el derribo de su viejo hábitat a los pies del Potala, calificado de barbarie urbanística en distintos foros internacionales.

La primera casa en la que entramos era espaciosa, umbría y tenía las paredes empapeladas de mil colores. Su propietaria era una anciana muy simpática, de cara de luna, vestida a lo tradicional con el cabello recogido en largas trenzas grises y el típico delantal a rayas. Apenas entré, me llevó a la habitación contigua, la mejor de

la casa, convertida en capilla, con tangkas, pequeñas imágenes de Budas, velas de manteca encendidas y, en el centro, en el altar principal, para sorpresa y desconcierto mío, ¡una fotografía del Dalai Lama! (Pero no se trataba de una foto prohibida, sino de la misma en blanco y negro que yo venía de ver expuesta en los Archivos, una iconografía archidifundida por los chinos en la que se veía al joven *Kundun* con menos de veinte años, escoltando, junto al también joven Panchen Lama, nada menos que al Presidente Mao, durante la visita que a mediados de los cincuenta realizaron a Pekín ambos)

Es una mujer muy religiosa – me explicó el Presidente del Comité Vecinal cuando nuestra anfitriona se fue a la cocina.

Y lista, pensé yo, ya que había encontrado la fórmula de seguir venerando públicamente al Dalai Lama aunque fuese en su personificación, que no reencarnación, anterior al 59, cuando todavía se le consideraba un amigo de China y no un traidor a la madre patria.

- Su casa de antes era muy pequeña y con ventanas muy chiquititas... Shöl era un barrio de siervos, de esclavos...

- ¿Qué es eso de un barrio de siervos? –pregunté–

- Donde vivían los sirvientes de los nobles. Vivían en casas muy malas.

Nuestra anfitriona regresó de la cocina con un termo humeante de té tibetano preparado con manteca de yak. “El tibetano comienza el día con una taza de té de manteca y lo acaba de igual modo... algunos, según dicen, llegan a beber cien tazas diarias” dejó escrito Heinrich Harrer en “Siete Años en el Tíbet”; y si alguien cree que el alpinista austríaco peca de exagerado, veinte años atrás, el británico sir Charles Bell había hecho un cálculo parecido: “El té es, por supuesto, la bebida nacional: se bebe en breves intervalos durante todo el día. Un tibetano o tibetana medio consume entre cuarenta y cincuenta tazas diarias. Unos pocos beben menos de veinte y otros toman más de ochenta tazas...” El té que les gusta a los tibetanos tiene poco de té, aunque su materia prima sea el té chino. Producto inmemorial de importación del Imperio del Centro, puede decirse que así como la religión lo fue de la India, el té es la más visible aportación de la cultura china a la forma de ser tibetana, pero sobre todo el vínculo más duradero que durante siglos les ha unido. Algo que durante su período de influencia los británicos trataron de combatir, intentando sustituir en los hábitos de los tibetanos el consumo de té verde por el delicioso té negro de sus plantaciones de la India. No tuvieron el menor

éxito. Como constatará con desolación sir Charles Bell, incluso los tibetanos que residían en Darjeeling (al norte de la India, región donde se cosecha uno de los mejores té del mundo) preferían traerse el té chino del Tíbet en penosas y largas expediciones atravesando el Himalaya. Y tan penosas: la llamada “Ruta del Té” arrancaba en Sichuán, en el centro de China, desde donde las caravanas tardaban una media de cuatro meses en llegar a Lhasa. Para evitar su deterioro, las hojas de té se prensaban en China en forma de compactos “ladrillos” de unos veinte o treinta centímetros de largo. Pero es la original forma de preparación del té tibetano lo que le diferencia absolutamente del modo en que se toma el té en cualquier otro lugar del mundo. Para empezar, nada de infusión. Los tibetanos echan las hojas de té en un caldero, le añaden un puñado de sosa y lo dejan cocer durante dos o tres horas. A la cocción resultante le echan mantequilla de yak y, en vez de azúcar, sal a discrección.

- La señora quiere saber si le gusta el té tibetano

Lo había bebido ya antes en la versión más *light* que se servía en los restaurantes o en la cafetería de mi hotel y mi opinión seguía siendo la misma, aunque escasamente original: además de tener demasiada sal, aquel brebaje color café con leche, más que a té, me sabía “a una sopa aguada y grasienta”, tal y como lo describiera Alexandra David-Néel.

- Dile que sí. Me gusta mucho.

Hubiera dicho lo que hubiera dicho, hubiera dado igual porque la señora me llenó de nuevo el vaso hasta el borde. En Tíbet, como en China, es una descortesía dejar a un huésped un solo segundo con el vaso medio vacío.

- Está muy contenta de haberse mudado -me contó mi intérprete- Vivió en el barrio viejo de Shöl durante toda su vida, más de sesenta años.

- Pregúntale cuántos años tiene.

- Ahora tiene sesenta y dos

Parecía bastante mayor.

- Su padre fue un soldado del antiguo ejército tibetano y murió a los 103 años...

- ¿Entonces no era de familia de siervos?

La conversación era muy complicada y se desarrollaba conforme a un procedimiento agotador: yo preguntaba a *Nuestro Hombre en Lhasa* en inglés, él trasladaba mi pregunta en chino al Presidente del Comité Vecinal que a su vez se la

formulaba en tibetano a nuestra anfitriona, ya que esta no entendía una palabra del idioma oficial en la República Popular. La respuesta había de seguir el mismo camino, así que me llegó varios minutos después

- En tiempos del Dalai Lama, los soldados también eran siervos. Y su madre era una mendiga.

Sin esperar a mis preguntas, la señora me contó por su cuenta que tenía cinco hijos. Tres estudiaban, uno era chófer y otro trabajaba en el campo. Me interesé por cómo veía las cosas en el Tíbet en los últimos años.

- Ahora la situación es muy buena. En las tiendas se vende de todo y en la ancianidad se puede gozar una buena vida..

- ¿Ha salido del Tíbet? ¿ Ha viajado alguna vez a alguna otra parte de China?

- No.

No sabía qué más preguntar. Ni siquiera tenía interés. Aquella entrevista me estaba pareciendo una pura farsa organizada en la que de existir algún atisbo de sinceridad acabaría perdiéndose sin remedio en las sucesivas etapas de traducción. Pero todos seguían siendo muy amables: el presidente del Comité Vecinal sonreía sin parar y la señora no paraba de llenarme la taza de té.

- Pregúntale si es una persona muy religiosa

- Eso ya nos lo ha dicho el Presidente –protestó mi intérprete.

- Quiero oírsele a ella –insistí yo.

Otros cinco minutos después me llegó la respuesta.

- Sí. Todos los días circunvalo el Potala... Casi todos los ancianos lo hacemos...

- ¿Los jóvenes no? ¿le parece que los jóvenes son menos religiosos que los mayores?

- La religión es una tradición y los jóvenes son menos tradicionales. Pero pasado mañana, jóvenes y viejos, todos iremos al Jokhang

- ¿Pasado mañana?, ¿por qué pasado mañana?

- Pasado mañana es día quince, según el calendario tibetano. Una fiesta muy importante, el día quince del Cuarto mes. Vendrán muchos peregrinos a Lhasa.

Casi di un salto en mi sillón: - Pregúntale qué fiesta es esa- le ordené a *Nuestro Hombre en Lhasa*. Se produjo un revuelo durante el cual, en lugar de preguntarle a la anciana, mi intérprete y el Presidente del Comité se pusieron los

dos a hablar en chino. Mientras esperaba una respuesta, abrí mi propia guía de viaje y en la sección dedicada a los Festivales Religiosos del Tíbet, corroboré lo que ya me andaba imaginando.

- El Festival de la Iluminación de Shakyamuni – concluí antes que nadie.

- Sí, ese es.

Sentí un doble impulso: por un lado ganas de golpear a mi intérprete que me había estado ocultando conscientemente aquel dato -¿por qué? ¿acaso consideraba demasiado parciales para que yo las viera las manifestaciones de religiosidad de los tibetanos?- y por otro de besar a la anciana que acababa de despejarme un misterio contra el que llevaba peleando desde mi llegada a Lhasa, una decena de días atrás. Yo quería asistir a algún gran festival religioso – tan tradicionales en el Tíbet- pero, por más que preguntaba, parecía que ninguno iba a coincidir con mi estancia. El problema es que tales festividades se fijaban conforme al calendario tibetano, un calendario lunar bastante anárquico que variaba enormemente cada año y del que nadie me sabía dar cuenta. Oficialmente parecía no existir pero la distribución en días fastos y nefastos, la fecha exacta de peregrinaciones y ceremonias, incluso las bodas, se establecían de acuerdo con las fases lunares con un amplio margen de variabilidad. El cuarto mes del calendario tibetano unos años caía en nuestro mes de abril, pero otros podía tocar en mayo o incluso julio. Pero afortunadamente esta vez había ido a caer en el mes de junio y gracias a eso yo iba a poder asistir a uno de las más importantes fiestas del budismo, el Día de la Iluminación de su fundador.

En la segunda casa que visitamos vivía un matrimonio y andaban los dos por los cincuenta años. Trabajaban ambos como campesinos en los huertos que rodeaban Lhasa, aunque él solía emplearse también como jornalero de temporada. Tenían cinco hijos. El sabía leer y escribir, pero su mujer no. Ninguno de los dos hablaba chino.

- Pregúntales qué es lo que más le gusta de Lhasa y qué es lo que menos –le pedí a Chen, con mis pensamientos todavía pendientes del recién descubierto Festival.

- La seguridad. El orden público es aquí muy bueno. No hay robos y por eso se sienten muy a gusto en Lhasa.

- ¿Y lo peor?

- Lo que menos les gusta son los disturbios que arman los monjes.

Aquella tenía toda la pinta de una respuesta preparada. Pero yo me dispuse a hurgar igual- Ah sí? Y qué hacen los monjes?

- Adicciones...

A veces *Nuestro Hombre en Lhasa* me salía con términos incompresibles, algo perfectamente justificable dada la dificultad que para un chino implicaba dominar un idioma extranjero.

- ¿Adicciones? ¿qué es? ¿proselitismo?

- Un momento, quizás no he entendido bien – se disculpó mientras volvía a repetir la pregunta. La respuesta fue ahora mucho más precisa – Lo que los monjes hacen son manifestaciones... sobre la independencia de Tíbet y esas cosas...

- Ya, pregúntale si ellos son religiosos

- Los dos. Pero ella más que él.

- ¿Piensan ir pasado mañana al Jokhang?

- Sí. Pasado mañana todos los tibetanos irán al Jokhang. Incluso cerrarán las tiendas.

- ¿Cerrarán las tiendas en Lhasa?

- Todas no, porque no es una fiesta oficial. Sólo las de los tibetanos, no las de los Han.

Mientras el marido respondía, su mujer no paraba de llenarme el vaso. Esta vez, en lugar de té, con cerveza casera tibetana, el *Tchang*, que tampoco se parecía nada a la cerveza tal y como el resto de la humanidad la entiende. Era una especie de vino agrio y muy aguado, hecho con granos fermentados de cebada. Miré alrededor. Todos los demás vasos estaban llenos. En una imperdonable falta de cortesía, ni el presidente del Comité Vecinal ni mi intérprete se habían llevado el vaso a los labios. Se trataba de un licor de muy baja graduación, apenas dos o tres grados, pero a mi me animó.

- ¿Diría usted que hay más monjes ahora o antes? –le pregunté a mi anfitrión.

- Le parece que igual – me tradujo al final de la cadena, mi traductor.

- Entonces qué pasa, que últimamente se han vuelto más revoltosos?

- ¿Cómo dice? – se inquietó mi intérprete.

- Que si esto de las manifestaciones y tumultos es cosa de los últimos años o si los monjes los montan de toda la vida...

- Un momento –me pidió mientras repetía en chino la pregunta- Sí, dice que sí, que de siempre.

Cuando la tercera entrevistada, otra mujer anciana de voz aguda, me contó que tenía cinco hijos, empecé a dudar de la verosimilitud de las traducciones que recibía. Era demasiada casualidad que las tres familias coincidieran en tener cinco hijos, aunque también era cierto que todos eran personas mayores y no podían haber vivido las estrictas políticas de control de natalidad en vigor desde hacía veinte años en China. Esta, al menos se diferenciaba en ser viuda y en que uno de sus cinco hijos era ciego y se pasó sentado con nosotros toda la entrevista, regada, como la anterior, con cerveza casera tibetana.

- Pregúntale que es lo más le gusta y lo que menos del Tíbet actual – empecé yo, de lo más desganado.

- Ella era muy pequeña cuando el Viejo Tíbet, así que no puede comparar. Pero ahora le parece que cada día está mejor la vida.

- ¿Irá pasado mañana al Jokhang?

- Ella no podrá, porque tiene una pierna mala. Pero a sus hijos les obligará a ir. Es una fiesta muy importante.

Desconecté la grabadora. Entre el tchang y la repetición de situaciones, se me habían agotado las preguntas. Mi intérprete, que se dio cuenta, me “sopló” amablemente una: ya que estaba delante, por qué no le preguntaba a la señora si su hijo ciego aprendía alguna técnica para poder valerse por sí mismo. La respuesta fue no. Como sus otros cuatro hijos trabajaban, ya tenían suficiente para poder vivir todos. El hijo invidente se quedaba en casa con ella, ayudándola. Entonces el presidente del Comité vecinal muy en su papel de protector del barrio, aprovechó para sugerir que quizás ese último hijo pudiese aprender a tocar algún instrumento para ganarse la vida. Todo el mundo sabía que los ciegos tienen muy buen oído. La mujer le agradeció el consejo.

- Pregúntale si habla chino

- No, ella no. Pero sus hijos sí lo hablan. Lo aprendieron en la escuela.

- ¿También el invidente?

- No. El invidente no fue a la escuela.

Se habían terminado las entrevistas, así que, entre inclinaciones de cabeza, sonrisas y saludos tibetanos, los *Tashi Delai* de rigor, abandoné aquella última vivienda, escoltado por el presidente del Comité Vecinal y mi intérprete Han. No era un cortejo, desde luego, que favoreciera la espontaneidad y el libre intercambio de pareceres. Pero era lo que había. Si hubiera salido con mi grabadora a las calles de Lhasa a preguntar por mi cuenta a los tibetanos seguramente, en el caso improbable de lograr entendernos, hubiera recibido respuestas similares. Y de ser diferentes, hubiera comprometido a mis interlocutores. Aparte de que, si aquellos tibetanos que acababa de entrevistar representaban el punto de vista oficial, el balance no dejaba de resultar sorprendente: ninguno hablaba chino –lo que convertía en aún más inútil a mi traductor- y todos ellos se habían confesado budistas practicantes. Es más, en los modernos pisos que les había regalado el Gobierno, todos ellos habían transformado el salón principal en capilla. Pero también era cierto que todos eran personas mayores, de bajo nivel cultural y que seguramente con los jóvenes debía ser diferente.

Cruzábamos un ancho patio cuando nos llegó de una de las casas un estruendo de tambores y campanas. ¿Qué pasaba allí dentro? ¿Quizás alguna fiesta? Miré a mi intérprete y miramos los dos al presidente del Comité. Nos sonrió y tras ajustarse el sombrero se puso a la cabeza de la comitiva para acompañarnos en una última visita imprevista. No figuraba en el programa oficial pero como se trataba de un tibetano y no un chino no le produjo el menor embarazo salirse del programa; y por encima de todo quería dejarnos claro, más que a mí, al Han que me acompañaba, que en la vecindad bajo su mando no había nada, pero absolutamente nada que ocultar. Se trataba esta vez de una pareja de tibetanos jóvenes que apenas nos abrieron la puerta de su casa, ya estaban ofreciéndonos un termo de té con manteca para beber. Y eso que en su casa no estaban para celebraciones: su único hijo todavía sin cumplir el año, había caído enfermo con fiebres altas y por eso habían llamado a unos monjes de Sera para que oficiaran una ceremonia. Aquel era el motivo de los tambores y los cánticos que habíamos oído y todavía estábamos escuchando.

- ¿Pero es que aquí cuando un niño está enfermo no lo llevan al médico, al hospital? –le pregunté perplejo al presidente del Comité de vecinos, a la espera de recibir de él una previsible censura. Pero me respondió sin perder la sonrisa.

- También. Una cosa no tiene que ver con la otra. Estos son métodos tradicionales. En el Tíbet la gente es muy religiosa.

- ¿Y qué es lo que se supone que están haciendo los monjes?

- Un ritual para ahuyentar a los malos espíritus

Por la puerta entrabierta del dormitorio del bebé, podía ver a uno de ellos sentado en el suelo, recitando oraciones y tocando rítmicamente unos timbales. Me sonrió al verme y me hizo ademán de entrar.

- ¡Adelante! – me animó el del Comité de barrio, empujándome al interior mientras él y mi intérprete se quedaban a beber unas tazas de té con el matrimonio. Dentro del cuarto del bebé había tres monjes más rezando, sentados en el suelo, uno tocando una campana, otro haciendo girar un pequeño tambor con dos bolas atadas y el último, un tambor más grande. Todos eran jóvenes, vestían hábitos anaranjados y tenían la cabeza afeitada. Me invitaron por gestos a sentarme con ellos. Frente a nosotros, sobre la cama, el pequeño bebé parecía dormir pese al estruendo, acunado por los tambores como si se tratase de una nana. En una esquina de la habitación, sobre un pequeño altar que no podía verse desde la puerta, había una foto del Dalai Lama cuidadosamente enmarcada. No en sus años de juventud con Mao, sino en una imagen actual, como sumo pontífice exiliado del Tíbet. Miré a los monjes con preocupación, pero estos, sin cesar en sus cánticos, me devolvieron unas sonrisas despreocupadas.

Salimos pronto de aquella casa. Mientras abandonábamos el nuevo barrio, caminé taciturno sin dejar de darle vueltas a la escena que acababa de contemplar. ¿Se trataba de monjes disfrazados? ¿Acaso todo había sido preparado? ¿Una nueva edición de *Tsuma*, “cuento”, dirigida a mostrar a un extranjero una apariencia de práctica religiosa que en realidad no existía? Pero hubiera sido todo demasiado retorcido, demasiado rocambolesco. Los monjes habían sido astutos. Ninguno de mis acompañantes había entrado en la habitación, yo era el único que había visto la foto prohibida. Aparte de que con aquel último matrimonio la imagen del “Nuevo Tíbet” no salía precisamente bien parada. Jóvenes supuestamente formados, nacidos con posterioridad a 1959 y que a pesar de todo seguían creyendo en exorcismos y rituales para ahuyentar espíritus.

De la visita a los Archivos Históricos del Tíbet se me estaba olvidando mencionar una sala dedicada a exhibir viejos mapas, uno de los cuáles capturó de inmediato mi atención: se trataba de un mapa dibujado en el cuerpo de una mujer tumbada, desnuda, de largas y afiladas uñas e igualmente afilados espolones en talones y codos. Parecía un dibujo muy antiguo.

- Es el mapa de la diablesa – me explicó la archivera.

Por lo que ella me contara, más lo que pude averiguar después, supe que me encontraba ante una de las leyendas más antiguas y sugestivas del País de las Nieves, procedente de los viejos tiempos legendarios, cómo no, del rey Songtsen Gampo. Durante su viaje de la China hasta el Tíbet, la que que habría de convertirse en su esposa, la princesa Wencheng, tuvo un sueño profético: en él vio como aquel lejano y misterioso territorio del que nada sabía -y que sólo podía considerarse un destierro para una princesa como ella, criada en el esplendor de la corte Tang- no era en realidad un país, sino una terrible diablesa acostada cuyo cuerpo ocupaba la totalidad del altiplano himaláyico. La valiente Wencheng no se arredró. Mediante cálculos geománticos, el *Feng Shui*, al que tan aficionados siguen siendo los chinos, logró determinar donde estaba el corazón de la diablesa y allí mandó construir el Jokhang. Once templos budistas siguieron más tarde al primero, repartidos por todo el Tíbet, situados exactamente sobre los órganos y articulaciones de la mujer demonio, hasta acabar de sujetarla, clavándola para siempre a la tierra. Sojuzgándola. Me fijé con detalle. En aquel precioso dibujo, el cuerpo de la mujer, enteramente decorado como si de tatuajes se tratase, mostraba ríos, montañas y bosques y allí donde aparecía dibujado un templo o monasterio, manaban gotas de sangre, señal de que habían sido clavados bien profundo en su carne.

La leyenda de la “Diablesa Sometida” suele considerarse una versión para consumo popular de la victoria del budismo sobre la vieja religión Bön, lo que explicaría que se sitúe temporalmente en la época del primer rey budista del Tíbet, asociándola con la fundación del Jokhang. Pero yo, contemplándola, no pude evitar la impresión de encontrarme ante un mito mucho más antiguo y universal. Recordé los textos que había leído sobre la mujer tibetana, tachada siempre de demasiado “suelta”, desde por Marco Polo hasta por el padre Huc. Afearse la cara con un asqueroso barniz negro, tal y como le impusieron los puritanos monjes, no era más que una consecuencia lógica de aquel intento primigenio de someter a la mujer. La

mujer demonio cuya libertad trae el mal al hombre, la mujer diablesa que es necesario mantener siempre atada y sujeta. Nuestra Eva culpable del primer pecado original. Aquella nueva semejanza entre cristianos y lamaístas tibetanos me impresionó. Recordé a Robert Graves, sus “Mitos Griegos”, su “Diosa Blanca”. Miré de nuevo el mapa y me pareció estar asomándome no a una leyenda budista sino a un mito ancestral indoeuropeo, al origen común de esa cultura patriarcal que los arios llevaron hace miles de años de Asia a Europa, imponiéndola a sangre y fuego, cuya verdadera conquista no perseguía en el fondo dominar otro territorio que el del cuerpo de la mujer. No éramos tan diferentes, pues.

Halagada por mi interés, la archivera se había puesto a examinar junto a mí el mapa de la diablesa.

- Los codos y las articulaciones señalan lugares donde se producen frecuentes terremotos –me indicó-. Los antiguos parecían saberlo y por eso construyeron muchos templos y monasterios en esos lugares, para implorar la protección de Buda. Recientemente, los científicos han descubierto que coinciden con zonas de fuerte intensidad sísmica.

Es lo que tiene la ciencia, siempre ofrece explicaciones razonables y tranquilizadoras. Gracias a aquella explicación, ni siquiera parecía necesario preguntarse por qué a los sismólogos del pasado les había dado por dibujar su plano sobre el cuerpo de una mujer desnuda y ensangrentada. En la sala contigua, más desenfadada, menos docta que el resto, se exhibían curiosidades y rarezas de los Archivos. Allí, en una vitrina, podían contemplarse, por ejemplo, los registros históricos más pequeños del Tíbet, escritos en diminutos pedazos de papel, del tamaño de las “chuletas” que suelen fabricarse los estudiantes. El mayor de todos los registros, que se exhibía enrollado, medía ni más ni menos que 367 metros de largo.

- El año pasado un visitante norteamericano nos dijo que no existía en el mundo otro mayor y que podría perfectamente figurar en el Guinness –me explicó con orgullo mi guía. Cada época tiene sus leyendas, sus mitos. Aunque los haya más pedestres que otros, como esa manía de batir récords convertida en obsesión contemporánea, especialmente entre los orientales. Japoneses, coreanos, chinos y por lo que estaba viendo, tibetanos también, rendían un culto desmedido al Guinness, en un intento quizás de *aggiornarse*, de demostrar que podían ser más

internacionales que nadie. Como muestra, un ejemplo. Antes de volar al Tíbet, para ir ambientándome, visité el Templo de los Lamas de Pekín, edificado por el emperador Qianlong en el siglo XVIII como residencia de paso de los Dalai Lamas y una de las maravillas artísticas de la capital china. Desde años atrás, había sido reabierto al culto, de modo que, mientras lo recorría, monjes y fieles pekineses hacían sus postraciones y encendían varillas de incienso entremezclados con los turistas. Pues bien, en la capilla principal, frente a la enorme estatua de Maitreya, el Buda Futuro, me encontré con la siguiente inscripción en inglés, tan alucinante, tan patética, que no pude dejar de transcribirla en mi cuaderno:

*RECORD MUNDIAL
LIBRO GUINNESS DE LOS RECORDS*

*Certificamos que la estatua de Maitreya del Templo de los Lamas de Peking ha sido esculpida de un solo árbol de sándalo blanco de 26 metros de altura.
Agosto, 1990.*

Fdo: Donald Mc. Farlan Morris Mc. Whirter

“Hard Yak Café” era la curiosa denominación de uno de los restaurantes del hotel Lhasa cuyo nombre no significaba en absoluto que perteneciera a la famosa cadena internacional de *Fast food*, sino que respondía a una divertida ocurrencia del equipo de hoteleros internacionales que en la pasada década habían regentado el hotel. Aquel fue el sitio a donde llevé a cenar a *Nuestro Hombre en Lhasa*, para celebrar la que tenía previsto que iba a ser nuestra última noche juntos.

- La comida tibetana es peligrosa para el estómago— protestó antes de entrar— Los tibetanos no hierven los alimentos como los Han.

Podía entenderlo perfectamente. La comida china, la de verdad, la que se come en China, es un placer continuo que ni cansa, ni hastía, ni deja nunca de sorprender. De todos los viajeros a China que conozco, ninguno hubo que no me destacara la gastronomía como su más importante y deslumbrador descubrimiento. Así que yo no pretendía en absoluto que la comida tibetana, forzosamente pobre y poco variada, pudiera compararse con la china, pero puesto que estábamos en el Tíbet, me pareció que era comida tibetana lo que debíamos comer.

Un par de días después, justo al día siguiente del recién descubierto Festival de la Iluminación, yo tenía previsto abandonar Lhasa e iniciar un recorrido por el interior del Tíbet, una segunda etapa en mi aproximación al País de las Nieves que de ningún modo estaba dispuesto a realizar en las mismas condiciones que la primera.

- Pero eso es imposible – protestó *Nuestro Hombre en Lhasa* cuando le comuniqué mi decisión- Viajar solo por el Tíbet es muy complicado...

- No veo por qué.

- Sin intérprete no podrá enterarse de nada...

- Puedo buscarme un chófer que hable inglés... Un tibetano...

Acusó la alusión, aunque afortunadamente la llegada de la comida introdujo una muy oportuna distracción. La carta del *Hard Yak Café* era un batiburrillo de platos pseudotibetanos mezclados con cocina rápida internacional. Eso sí, las hamburguesas de yak eran célebres en toda Lhasa y a mi me parecieron muy jugosas, con sabor a carne del mejor buey. A mi intérprete en cambio aquel enorme pedazo de carne sin cortar debía de parecerle propio de un festín de salvajes y prefirió pedir *spaguettis a la carbonara*. Contra lo que temía, tras la primera reacción, no se tomó demasiado a mal el que le hubiera excluido de un viaje al que, sin que lo hubiéramos hablado, seguramente hasta entonces había dado por seguro que iba a acompañarme. Incluso pareció darle alivio verse liberado de la responsabilidad que implicaba un extranjero demasiado preguntón y rebelde, por otra parte como todos los extranjeros en el Tíbet. Mientras cenábamos, se interesó por mi itinerario y me ofreció algunos consejos prácticos. Después de todo, el que yo viajara solo por el Tíbet no era tan peligroso. Al fin y al cabo también las agencias de turismo eran oficiales y en todas partes me estarían esperando funcionarios locales dispuestos a servirme de *cicerones*. No me hizo la menor gracia tal panorama, ya que era precisamente de lo que yo estaba tratando de huir con mi plan de viaje, pero me lo tomé como un último poso de resentimiento de mi ex-intérprete; y aprovechando que aquel era nuestro último encuentro, quise saber cuál era su opinión sobre el problema del Tíbet.

- En el Tíbet no hay ningún problema –me respondió

- ¿Cómo que no? –protesté yo. Quizás desde dentro la censura impedía que se percibiera, pero en el mundo exterior se hablaba constantemente de él. – Incluso, por ejemplo - le dije, abriendo ante sus ojos mi guía de viaje *Lonely Planet*, edición 1995- , en esta misma guía que es la que usan la mayoría de los extranjeros que vienen al Tíbet, lo advierte claramente en la introducción.

Se acercó interesado y, como estaba en inglés, pudo leerlo él mismo. “*Tíbet no es sólo uno de los lugares más interesantes a visitar en Asia*” –informaba la guía- “*es también un país bajo ocupación...*”.

- Es una mentira –alzó la voz mi intérprete-. Los extranjeros no entienden nada de lo que pasa aquí.

Cerré la guía. Me di cuenta de que se sentía de verdad herido, con ese sentimiento de agravio de quien se considera incomprendido por el mundo exterior.

- Usted vio las pruebas en los archivos. Todos esos documentos. Son pruebas históricas indiscutibles.

Sin entrar a discutir la indiscutibilidad de las pruebas, le expliqué a *Nuestro Hombre en Lhasa* , desde la experiencia de un español de las Autonomías, lo poco que tenían que ver los argumentos jurídicos con la formación de una conciencia nacionalista. Muchos nacionalismos del siglo XX no son necesariamente movimientos de reivindicación de antiguas naciones-Estado, sino tendencias contemporáneas que conviven con la creciente mundialización. Tantas antiguas colonias que habían accedido a la independencia desde los años sesenta, carecían de una historia política y hasta de una lengua propia que las diferenciase de la metrópoli. Mientras que en el caso de los tibetanos...

- Lo que les pasa a los tibetanos es que todavía están muy atrasados –me interrumpió, tajante.

“¿Pueden existir dos pueblos más distintos que los chinos y los tibetanos? Si se quedarán aquí miles de años, llegarían los chinos a descubrir entre los tibetanos las cualidades que les faltan? Probablemente, no. En ese caso, ¿para qué quieren los chinos estar aquí miles de años?”, se preguntaba en 1987, Andrew Powell. Miré a *Nuestro Hombre en Lhasa*. Aquella última conversación parecía haberle quitado el apetito, tanto que se dejó sin terminar sus *spaguettis a la carbonara*. De repente toda complicidad se había esfumado entre nosotros. Nos despedimos con frialdad. Comprendí que había sido mi culpa y que nunca debí haberle dicho aquello de que

el Tíbet podría ser considerado, al margen de su estatuto jurídico, un territorio a descolonizar. Llevaba nueve años trabajando en Lhasa, separado de su familia y aunque le diese grima la religión de los tibetanos, no entendiese su idioma ni le gustase su comida, lo último que estaba dispuesto a reconocer es que aquel insalubre y remoto altiplano en el que se estaba dejando los pulmones no era parte de China. Es algo que conviene tener en cuenta cuando uno trata de asomarse al avispero de “la cuestión tibetana”: históricamente, una gran parte de los chinos, antes y después de la República Popular, han creído siempre que el Tíbet forma parte indisoluble de su país. Muchos de ellos de buena fé. Incluso entre los comunistas. Como señala Robbie Barnett, periodista británico y uno de los más finos especialistas en el Tíbet de hoy, pese a lo que suele pensarse en Occidente, “una significativa proporción de los comunistas chinos, *cree* estar cumpliendo una misión altruista con su presencia en Tíbet: ayudando a los tibetanos a salir de la miseria y el subdesarrollo”

X.-

EL PALACIO DEL DALAI LAMA

Junto al Kyichu, el arenoso río de Lhasa, se encuentra uno de los lugares favoritos al que suelen acudir en los días de fiesta sus habitantes: los jardines del Norbulingka, “el parque de la Joya” que servía de palacio de Verano a los Dalai Lamas. Al Norbulingka fui felizmente solo. Ya no tenía intérprete ni programa oficial en el que seguramente no hubiera encontrado cabida una visita como aquella, considerada de segunda fila respecto de las principales atracciones de Lhasa. En el pasado estaba situado extramuros de la ciudad, pero hoy día el Norbulingka constituye su principal parque público, bien arbolado y fresco, incluyendo kioscos y cafeterías al aire libre y un deprimente zoo. En los viejos tiempos era otra cosa: todos los años, por estas fechas, al llegar el calor, tenía lugar aquí uno de los acontecimientos más importantes que congregaba en masa a los habitantes de la ciudad. La procesión al Norbulingka, el traslado del Dios-Rey desde el Potala hasta su residencia de verano. Tal y como la contara el archimencionado Heinrich Harrer que tuvo el privilegio de asistir a las últimas procesiones que se vieron en Lhasa, justo antes de la invasión china:

“Tras los monjes cargados con los objetos personales del Buda Viviente, desfilan algunos servidores que transportan grandes jaulas en las que van los pájaros favoritos del Dalai.... Otros monjes, portadores de banderas y gallardetes, preceden a un grupo de músicos a caballo, vestidos con antiguas libreas y tocando ancestrales instrumentos de viento, a los que arrancan sonos plañideros... A continuación desfilan los ministros y demás

dignatarios que tienen el honor de servir al dios-pontífice: el gran chambelán, el copero mayor, los profesores, los priores de monasterios con una sobrepelliz encima de la túnica morada... El general en jefe del Ejército tibetano viene detrás de los altos dignatarios, y su uniforme caqui y su casco colonial contrastan vivamente con el esplendor de las vestiduras de gala de los otros miembros del cortejo...”

“ El silencio se hace aún más absoluto al acercarse la litera de cortinas amarillas del Dalai Lama. La transportan treinta y seis hombres vestidos con trajes de seda verde y con sombreros escarlata. El contraste de estos tres colores es arrebatador. Por encima de la litera, un monje sostiene un parasol hecho con plumas de pavo real. En torno a nosotros, el silencio es total; abismada en adoración, la multitud mantiene los ojos bajos....”

En medio de tanto boato, lo que más llamó la atención de Harrer fue la música que tocaba la banda militar que cerraba el desfile: ¡nada menos que el *God Save the King*! Eran los tiempos del Tíbet independiente, estrechamente influenciado por el Imperio Británico. Una influencia a menudo disfrazada de fantasía para no despertar la suspicacia de los, ya entonces, ultranacionalistas tibetanos. Veinte años atrás, durante su estancia clandestina en la ciudad, Alexandra David-Néel dejó constancia de los absurdos cuentos que circulaban en los mentideros de Lhasa: corría el rumor de que, durante su reciente exilio en la India, el rey de Inglaterra le habría pedido al XIII Dalai Lama que se transformase en patrón de su reino, comprometiéndole a aportar en caso de peligro al ejército tibetano en auxilio de Gran Bretaña:

“Los tibetanos del vulgo creen sinceramente que Inglaterra es un país vasallo del Tíbet y que el agente inglés que periódicamente visita Lhasa lo hace para presentar los respetos del monarca británico y ponerse a las órdenes del Dalai Lama...”

Francesa al fin, poco amiga del monopolio que los británicos pretendían ejercer sobre el Tíbet, la viajera parisina apostillaba a continuación: “Es verdaderamente un disparate de lo más

divertido, pero esos disparates también tienen su lado peligroso en estas regiones perdidas de Asia...” Por entonces, Alexandra David-Néel también se fijó en que, por más que el Potala fuese su sede oficial y monasterio y estuviese llamado a convertirse en tumba, el XIII Dalai Lama prefería vivir casi todo el tiempo en el mucho más agradable Norbulingka. Fundado en 1755 como residencia estival por el VII Dalai Lama, no fue hasta su décimotercera reencarnación, la única después del Quinto en gobernar un Tíbet efectivamente independiente, que el Norbulingka logró convertirse en una verdadera corte de verano. Allí el XIII Dalai Lama se hizo construir tres pabellones: uno al estilo inglés (que mandó destruir al final de su vida, cuando rompió temporalmente con los ingleses), otra al estilo chino y un último hindú, los dos países en los que, durante su azaroso reinado, se había visto obligado sucesivamente a exiliarse. Para no ser tachados de demasiado extranjerizantes, los tres palacios fueron coronados con tejados tibetanos y sus correspondientes “banderas de victoria”. Contemplándolos, los cortesanos solían adular a su rey diciendo que el estilo cosmopolita del Norbulingka era una prueba de que el Tíbet estaba por encima del resto de los países del mundo, del mismo modo que las banderas tibetanas dominaban en los tejados de sus palacios. “Dentro de los límites de su escasamente poblado reino, el Dalai Lama es quizás el más autocrático gobernante en el mundo de hoy”, escribió de él Charles Bell, viajero por el Techo del Mundo por los mismos años que la francesa. Pese a tal despotismo, en sus más de cincuenta años de reinado, el XIII Dalai Lama (1876-1933) supo dejar una profunda huella en el corazón de los tibetanos que de su mano lograron pasar de súbditos *sui generis* del imperio chino a súbditos también, pero ahora de una teocracia nacionalista e independiente. Su sucesor, en cambio, el mismo que con tanta pompa viera trasladar Heinrich Harrer camino del Norbulingka, apenas tuvo tiempo de reinar. Nacido en 1935 en una pequeña aldea muy lejos de Lhasa, en el actual Qinghai, habitada por tibetanos pero más allá de los límites del Tíbet político, como él mismo relatara en “Mi Vida y Mi Pueblo”: “El distrito oriental en donde nosotros vivíamos se hallaba bajo el gobierno secular de China...” Un comisión de altos lamas le

descubrió como reencarnación del difunto Dios-Rey cuando apenas contaba tres años, pero hasta 1940 no fue llevado a Lhasa para ser entronizado en el Potala. Como su antecesor, también Tenzin Gyatso, cuando era niño, prefería vivir en el Norbulingka en lugar de en el fúnebre mausoleo del Potala.

Norbulingka está lleno de sus recuerdos. Norbulingka está tan asociado a su persona que quizás por eso el Gobierno de la Región Autónoma no tiene demasiado interés en potenciarlo como atracción turística de primera. Desde un punto de vista artístico está claro que no puede compararse con el Potala o el Jokhang ni con los grandes monasterios de Lhasa. Estamos ante una muestra de arquitectura palaciega, civil, una “rara avis” para los tibetanos en la que nunca han destacado. Pero para el turista que lo que busca es evocar no ya el encanto general del viejo Tíbet sino el mucho más concreto del reinado de Su Santidad Tenzin Gyatso, decimocuarto Dalai Lama, Norbulingka es el lugar. Aquí sigue vivo el recuerdo de su infancia y de su juventud, pero sobre todo puede sentirse la huella de su estilo personal, tan diferente de sus reencarnaciones anteriores. Aquí no hay monasterios ni celdas de monjes, ni tumbas de los antepasados como en el opresivo Potala. Aquí no se respira un aire de enclaustramiento ni se vive en la oscuridad de las capillas de los Budas, tan sólo iluminadas con lámparas de manteca. Norbulingka es luz, vegetación, aire libre. Y si de primer impacto puede producir cierta decepción la escasa dimensión y hermosura de sus palacios o el descuido de sus jardines, quizás no sea por culpa del original sino por la inevitable comparación con el Norbulingka ideal que nos han transmitido las dos últimas superproducciones de Hollywood: “Siete Años en el Tíbet”, pero sobre todo “Kundun”. Aunque lo de confundir el Viejo Tíbet con un decorado cinematográfico viene de mucho antes. Sorprende la premonición de Vsevolod Ovchinnikov, el orientalista ruso que en los años cincuenta recorrió estos parajes:

“El ambiente que me encontré en Lhasa era como el de unos estudios de cine en los que se estuviera rodando una película ambientada en la época de Marco Polo”

Ya una década atrás, cuando el niño de cinco años fue entronizado en Lhasa, Tíbet, pero especialmente su capital, vivían una época dorada. Eran los tiempos de

la independencia, cuando el Tíbet, si no reconocido por las potencias extranjeras, tenía su bandera y su moneda propia, un ejército que desfilaba con uniformes copiados de las tropas coloniales de la India y al son de versiones tibetanas del “*God Save the King*” o “*It’s a long, long way to Tipperary*”. Tiempos en los que el Tíbet, desde su orgulloso aislamiento, soñaba con ocupar un lugar en el mundo, incluso a veces demasiado alto, como en aquellas fantasías con que adulaban al decimotercer Dalai Lama. Pero sobre todo una época en que las grandes familias aristocráticas, que llevaban siglos ancladas en una rutinaria forma de vida, empezaban a descubrir los numerosos placeres que, con abundante dinero mediante, podían hacerse traer del mundo exterior. Aparentemente nada había cambiado, los monjes seguían gobernando estrictamente la moral y la vida entera de los tibetanos, pero los nobles descubrían el fonógrafo y las fiestas sociales al ritmo del *fox trot*, el tenis, el patinaje sobre hielo y el badmington, los primeros coches, las primeras películas... Fue una época que tuvo su cronista galante en Heinrich Harrer, “el amigo de los aristócratas”, según le reprochan los comunistas chinos y tibetanos que por otra parte no suelen poner en cuestión la veracidad de lo que cuenta. El alpinista austríaco llegó a Lhasa al final de la gran guerra y supo describirla con deliciosa pluma, creando un “imaginario” que habría de convertirse en una nueva versión de Shangri-la ante el mundo: ese paraíso perdido de “Siete Años en el Tíbet” que intentara recrear en imágenes la versión filmica de su libro, dejándose por el camino, como hace siempre Hollywood que sólo entiende de “blancos” y “negros”, de héroes y canallas, la verdad de los “grises”, los matices y los detalles. Como el de que, en contra de lo que muestra la película y se suele pensar en Occidente, la década siguiente, esos años cincuenta en los que coexistieron los comunistas chinos y el Gobierno del Dalai Lama, siguieron siendo unos años felices en Lhasa. Las tropas chinas recién llegadas se dedicaban, más que a combatir o desfilar, a construir puentes y carreteras, las primeros que se vieron en el País de las Nieves. No era difícil deducir que tanta fiebre constructora era una imprescindible primera fase para poder seguir trayendo nuevos bastimentos y tropas, pero los nobles tibetanos estaban tan encantados con aquella oportunidad de multiplicar sus riquezas gracias a las nuevas comunicaciones, que ni se fijaron en el detalle. Con el viejo sistema de servidumbre todavía intocado, con sus grandes latifundios y siervos tan a su disposición como siempre, los aristócratas de Lhasa seguían organizando grandes fiestas y, puesto que en la nueva China comunista no

había gran cosa que comprar, viajando a Hongkong y Calcuta para abastecerse de novedades.

Había estado dando un largo paseo por el parque y para cuando llegué a las puertas del Nuevo Palacio de Verano, el más moderno de los pabellones del Norbulingka, me encontré con un grupo de tibetanos tan desastrados y miserables que les tomé por mendigos, aunque a mi no me pidieran nada. No eran mendigos, claro, sino peregrinos con las ropas destrozadas y cubiertos de polvo por el viaje. Llegados a Lhasa para el Día de la Iluminación, estaban aprovechando la víspera para visitar la capital y descansaban todos a la sombra de un enorme sauce. Entre ellos, había mujeres viejas, tan arrugadas y cetrinas como si hubieran sido momificadas en vida por el sol, pero también tres o cuatro mujeres jóvenes, con sus blusas rosas y turquesas, sus delantales, las largas trenzas recogidas sobre la cabeza y sus caras de luna tostada. Había niños pequeños, abrigados casi hasta el cuello pese al calor, que saltaban encima de sus padres, hombres delgados de aspecto fiero y también largas trenzas, vestidos con sus grandes “chubas” y las tradicionales botas de fieltro, tan sucio todo que apenas se adivinaba un resto de color. No debían haber visto muchos hombres blancos en su vida, pero me saludaron con sonrisas sin extrañeza ni recelo. Miré a mi alrededor. Allí era yo el único extranjero, ni siquiera había chinos a la vista. Justo como lo había soñado, como cualquiera hubiera deseado visitar aquel modesto pabellón, pomposamente titulado “Nuevo Palacio de Verano” construido por el actual Dalai Lama en 1956. Sólo le había dado tiempo a habitarlo tres años, sus últimos tres años en Lhasa, pero, como a mi, a aquellos tibetanos llegados de no se sabe dónde, era lo único que les interesaba del Norbulingka. Mirándoles tumbados sobre la hierba, bajo el gran sauce, experimenté una extraña emoción. Me fijé en que los bebés llevaban unas aberturas en la entrepierna de sus pantaloncitos por donde asomaban sus nalgas sonrosadas; una manera muy ingeniosa de evitar que se mojasen cuando la pobreza no permite pañales. Una de las mujeres estaba dando de mamar a uno de los bebés, sin importarle lo más mínimo mi presencia. Su sonrisa cordial, casi descarada, me emocionó más. ¡Componían todos un cuadro familiar, una estampa idílica de un Tíbet tan diferente al que yo había estado conociendo durante mi estancia en la capital!. El Tíbet de los campesinos y los nómadas que seguían constituyendo más del ochenta por ciento de la población. Un Tíbet sin chinos, un Tíbet aún intocado

por el progreso, un Tíbet mucho más fiel a sus tradiciones. El verdadero Tíbet con el que aún seguía siendo posible soñar. Me quedaba sólo un día en Lhasa y ya me costaba contener las ganas de echarme a la carretera a salir a recorrer el Techo del Mundo.

Uno de los hombres mayores se me acercó. Llevaba un sombrero viejo y descolorido, la camisa deshilachada y los pantalones rotos sujetos con un cordel. De los zapatos, asomaban sus tobillos huesudos, sin calcetines. Al sonreirme, comprobé que le faltaban todos los dientes. Sin importarle que no le entendiese, estuvo hablándome en tibetano un buen rato hasta que por fin llegó un encargado con las llaves del palacio, la cara malhumorada de quien ha sido despertado antes de tiempo de la siesta. También él era tibetano, pero capitalino y vestido a la occidental y se le notaba el desprecio hacia todos aquellos sucios y miserables compatriotas. De mi en cambio, tras cobrarme los veinte yuanes de la entrada, lo que más le interesó fue la cámara fotográfica. “Cuarenta yuanes”, me dijo. No me sorprendió, ya que en todos los monasterios, Potala incluido, los monjes solían cobrar un dinero extra por hacer fotografías. Doscientas pesetas no era demasiado, pero lo que ya me gustó menos fue cuando me explicó que se trataba de una cantidad a pagar por cada imagen. Regateamos en un macarrónico inglés y al final conseguí poder hacer todas las fotos que quisiera a cambio de ochenta yuanes.

En torno al Norbulingka, a este Nuevo Palacio de Verano, tuvieron lugar, en Marzo de 1959, los sucesos que acabaron provocando el exilio del Dalai Lama. De aquí salió una noche disfrazado, como uno más de los guerrilleros que le escoltaban. En el “Kundun” de Martin Scorsese, la escena constituye como era de esperar el momento álgido de la película, pero no se dan mayores precisiones sobre de dónde habían salido aquellos hombres armados convertidos en sus guardaespaldas. Eran Khambas, habitantes de una de las más salvajes regiones de la periferia del Tíbet. La historia de como aquellos pastores nómadas pasaron de vivir en sus tiendas y abandonaron sus ancestrales tierras de pastoreo para terminar convirtiéndose en la escolta armada del Dios-Rey durante su fuga, resulta tan apasionante que merece la pena detenerse en ella. En su libro, “Los Khambas, guerrilleros del Tíbet”, el francés Michel Peissel traza la epopeya de esta etnia tibetana, la única en alzarse en armas frente a los chinos, mientras los aristócratas

“bocas dulces” de Lhasa ejercían de colaboracionistas. Al estar oficialmente integrado en China, fue en el Kham donde primero intentaron llevarse a la práctica las reformas comunistas, provocando la inmediata reacción de los khambas. Azuzados por los terratenientes y jefes de clan, según la versión china, por más que resulta ingenuo pensar que la colectivización de tierras y rebaños, la revolución comunista, pudiera ser admitida pacíficamente por gentes que vivían conforme a un modo de vida anterior a la revolución neolítica. Aún fue peor cuando los comisarios del Ejército de Liberación Popular se propusieron desarmarles. Durante los años cincuenta, mientras en el Tíbet central chinos y tibetanos convivían, en el Kham se vivió en un estado de guerra continuo. Y al final de la década, derrotados y sin recibir la menor ayuda de sus hermanos de raza, los guerrilleros khambas decidieron trasladar la guerra al interior del Tíbet. Según cuenta Peissel comprendiendo que “la única forma de vencer a los chinos era entrar en Lhasa y forzar al Dalai Lama a apoyarlos”. En el 59, infiltrados entre peregrinos y refugiados, miles de guerrilleros khambas habían entrado en Lhasa. Pero poner de su parte al Dalai Lama y a los dirigentes del Tíbet no parecía una tarea fácil. “Tenía la impresión de hallarme entre dos volcanes, ambos a punto de entrar en erupción” escribió el Dalai Lama en su autobiografía y también, al evocar su ambigua posición de entonces:

“Lo peor era que mientras los chinos decían que mi Gabinete estaba en connivencia con las guerrillas khambas, yo no tenía la menor duda de que los khambas creían que era mi Gabinete el que estaba en connivencia con los chinos...”

Como suele pasar, a falta de una decisión, los acontecimientos tomaron la iniciativa, imponiendo su propio rumbo. Aunque por entonces el rey monje del Tíbet andaba más preocupado por la dimensión espiritual de su poder que por la política:

“.... El día primero de marzo de 1959, me encontraba yo en el Jokhang... durante las fiestas religiosas del Año Nuevo yo había pasado los exámenes finales para obtener el grado de doctor en metafísica... Pues como es natural,

en medio de nuestras desgracias políticas, había continuado mis estudios religiosos, que seguían siendo lo que más me interesaba...”

En aquellos días, entre refugiados del Kham y peregrinos que acudían a las fiestas, había en Lhasa más de cien mil tibetanos, más que nunca en todo su historia. Apenas quince días antes, los guerrilleros khambas habían tomado Tsetang, la próspera capital del valle del Yarlung, a escasos días de viaje de Lhasa. En la capital, el ambiente estaba muy enrarecido y corrían todo clase de rumores. Entonces le llegó al Dalai Lama la invitación a asistir a la famosa representación teatral en el Cuartel General chino, de parte de su comandante en jefe, el general Tan. Con tal invitación comenzaba, en palabras de Michel Peissel, “uno de los sucesos más extraños y peor interpretados de la historia moderna”. Aunque se le pedía asistir sin escolta, Tenzin Gyatso aceptó ir, pero las masas tibetanas, temiendo que los chinos quisieran secuestrarle, rodearon el Norbulingka. Más de diez mil tibetanos acamparon junto a la muralla exterior decididos a impedir su salida. Su cólera se descargó curiosamente en primer lugar, no contra los chinos, sino contra sus compatriotas “colaboracionistas”: Samdup Photang, uno de los ministros del Dalai Lama fue apedreado y tuvo que buscar refugio en el Cuartel General chino. El lama Phapka tuvo menos suerte: fue linchado por la multitud y su cadáver arrastrado por toda la ciudad. Lo extraño de la situación, tal y como lo mencionara Peissel, parecía radicar en que, mientras los rebeldes constituían un Comité de Liberación en el Potala y se comprometían a combatir con las armas la presencia china en el Tíbet, el Dalai Lama y el general Tan intercambiaban cartas en un tono de aparente y cordial colaboración. El 12 de Marzo, en su segunda carta secreta (que más tarde serían publicadas por los chinos en un intento de desprestigiarle), el Dalai Lama le escribía así al general:

“Querido camarada, oficial político Tan:

... Las actividades delictivas de la grey reaccionaria me producen infinita preocupación y tristeza. Ayer le dije a mis ministros que ordenaran la disolución de esa asamblea ilegal y la inmediata destitución de los reaccionarios que tan arrogantemente se han trasladado al Norbulingka con el pretexto de protegerme...”

¿Colaboracionismo o astucia política? En su autobiografía, el Dalai Lama justifica sus cartas como un intento de ganar tiempo, mientras se acababa de decidir su salida clandestina de Lhasa. Ganar tiempo llevaba siendo además el eje de su política desde hacía unos cuantos años. El uso de la palabra “reaccionario”, repetida dos veces en el párrafo, le provoca una irónica reflexión: desde el comienzo de la guerra en el Kham, los generales chinos se empeñaban todo el tiempo en que calificase de “reaccionarios” a los guerrilleros: “.... para los chinos, esta palabra tiene un significado emocional, pero para nosotros no significaba nada...”

Los acontecimientos seguían precipitándose. Encerrado en su palacio del Norbulingka, cercado o protegido por la multitud, el Dalai Lama recibió una última carta del general Tan en la que se le pedía que, ante el inminente comienzo de la represión, señalase en que lugar de los jardines se situaría con su familia, para evitar que fuera bombardeado por los cañones chinos por error... ¿Advertencia de colaboración entre amigos o una nueva muestra de astucia política, esta vez en el bando contrario? Sea como fuere, los consejeros del Dios-Rey temieron que pudiera tratarse de una trampa y que lo que el general Tan se proponía era bombardear allí donde el Dalai lama se situase. ¿Pero era ese su propósito o quería de verdad protegerlo? Aquellos días confusos se asemejaban a una magistral partida de mahjong, un juego al que tibetanos y chinos son por igual aficionados, en la que ninguno de los jugadores mostraba sus verdaderas fichas al otro. “Todo era incierto” —escribió en su autobiografía Tenzin Gyatso—, “salvo la apremiante inquietud de mi pueblo de sacarme de allí, antes de que comenzara la orgía destructiva de los chinos... Opté por irme.”

Esa misma noche, 17 de marzo, el Dalai Lama abandonó el Norbulingka disfrazado de guerrillero khamba, con rifle y todo. “¡Qué irónico disfraz para un pacifista, para el hombre que durante tanto tiempo se había opuesto a los guerrilleros!”, escribió Michel Peissel. Por su parte, el Dalai Lama no se olvidó de aclarar a sus nuevos protectores los malentendidos del pasado: “.... les rogué que no se tomaran a mal las proclamas del Gobierno en las que se les calificaba de reaccionarios y bandidos y les expliqué como literalmente nos habían sido dictadas por los chinos...”

El 19 de Marzo a las tres y media de la madrugada, las tropas chinas del general Tan bombardearon el Norbulingka. Aún creían que el Dalai Lama estaba en su interior, pero no existe constancia fidedigna de que intentaran bombardear sus habitaciones, aunque alguna bomba cayera muy cerca. Ese mismo día destruyeron a cañonazos la escuela de medicina en la cima del Chakpori, la colina de Hierro, en la que se habían hecho fuertes los rebeldes. Después atacaron el Potala. Para el día 22, habían terminado los enfrentamientos en Lhasa y los chinos controlaban de nuevo la situación. Cuatro días después, el Dalai Lama, escoltado por cuatrocientos guerrilleros khambas, emprendía el cruce de los Himalayas hasta la India. Tenía veinticuatro años cuando se convirtió en un exiliado.

¿Eran Khambas mis acompañantes? No tenía forma de saberlo, pero desde luego tenían aspecto de venir de muy lejos y de vivir al aire libre, todos con la piel arrugada y curtida por la intemperie. Uno de los hombres jóvenes llevaba incluso las largas trenzas de su cabello sujetas con cinta roja y gruesos pendientes en las orejas como, según había leído, era costumbre entre los habitantes del Kham. Apenas nos abrieron el palacio, sin detenerse lo más mínimo en la planta baja, como si supiesen muy bien lo que habían venido a visitar, los peregrinos se precipitaron en tromba escaleras arriba. Les seguí. Primero entramos en una pequeña sala de audiencias con el trono de Su Santidad. Aquí, según contara en su autobiografía, pasó rezando sus últimos momentos Tenzin Gyatso la noche de su fuga. Sobre el trono, su capa y su gorro amarillos parecían colocados de forma que daban la impresión de que su propietario seguía estando allí. De nuevo esa rara obsesión de las autoridades chinas por mantener las habitaciones tal y como las dejara al marcharse. ¿Quizás para demostrar a los tibetanos que siguen esperando su vuelta? Según contara Michel Peissel, al principio los chinos creían, o quisieron hacer que creían, que el Dalai Lama había sido de verdad secuestrado por los rebeldes. El 28 de Marzo se disolvió su Gabinete, pero él continuó siendo Jefe del Estado del Tíbet y Presidente del Comité Preparatorio de la nueva Región Autónoma. Incluso el 18 de Abril de 1959, en ausencia y por supuesto que sin consultarle, fue reelegido vicepresidente de la Asamblea Nacional de Pekín. En un alarde de cinismo político, pasarían varios años antes de que Mao le retirase tales títulos.

Tras pasar un buen rato en la sala de audiencias, los peregrinos rezando y haciendo postraciones ante el trono y yo disparando mi cámara a discreción, pasamos a las que fueron sus habitaciones privadas. Primero una antesala con un pequeño altar destinada a la lectura de sutras y luego un sorprendente dormitorio de muebles art-decò: la cama, la cómoda, dos butacas. Nada había allí de estilo tibetano, todo era occidental, incluso una aparatosa radio Philips de la época. Los peregrinos parecieron dudar. Sin duda era la primera vez que veían un mobiliario como aquel, tan alejado de sus costumbres. En sus remotas aldeas o campamentos de nómadas, no tenían referencia de nada parecido, pero al final se impuso la fè. Al fin y al cabo aquella extraña habitación había sido usada por Gyalwa Rimpoché, el “Precioso Conquistador”, por Kundun, “La Presencia”, por el Dalai Lama, el “Océano de Sabiduría”. Al fin y al cabo se trataba de la cama donde había dormido la sagrada reencarnación de Chenrezi, así que todos se arrojaron al suelo y lo tocaron repetidas veces con la frente en señal de veneración. Vací un carrete entero, fotografiando cuanto pude aquellas escenas de íntima adoración, tan acrítica y ferviente como ningún gobernante del mundo, y mucho menos exiliado, haya soñado recibir jamás. Mientras los peregrinos seguían postrándose, me asomé a la habitación anexa en la que había un cuarto de baño completo, igualmente a la europea, con su lavabo, su WC y también con una gran bañera inglesa de hierro fundido. Seguramente la misma que según había leído se hiciera traer el decimortercer Dalai Lama desde la India a hombros de porteadores, la primera bañera que se viera en el Tíbet. Cuando el primero de los peregrinos se asomó al cuarto de baño, precisamente una de las mujeres jóvenes, su desconcierto se volvió total. Presa de fervor, hizo ademán de tirarse el suelo para postrarse sobre las baldosas, pero antes de que los demás la siguieran, el encargado del palacio la sujetó a tiempo y les sacó a todos a empujones de allí, cerrando la puerta del baño. Tuve la sensación de que de no haber estado yo, no se hubiera mostrado tan expeditivo. Pero podía comprender perfectamente que, tibetano moderno como era, le molestase ofrecer semejante espectáculo a los ojos, y peor aún, a la cámara de un extranjero.

XI.-

EL DÍA DE LA ILUMINACIÓN

De un día para otro, Lhasa cambió. Como si quisiera demostrarme que a pesar de los pesares aún podía seguir siendo la “Roma Lamaísta”, “La Meca del Budismo”, como la bautizaran los primeros viajeros occidentales, sus calles se llenaron de gentes llegadas de no se sabe donde, de cientos, de millares de peregrinos que no dejaban de afluir a la capital. En los dos días anteriores, ya había empezado a notarse su presencia. Pero fue al amanecer del día quince, en ese Cuarto mes del escurridizo calendario lunar tibetano, cuando la gran masa de peregrinos, tras haber pernoctado por el camino, entró en la ciudad santa. Cien mil, según el cálculo que me ofrecieron en el hotel, una cifra que suponía ni más ni menos que duplicar el número de tibetanos que vivían en la ciudad.

El Tíbet del pasado era un país en continuo movimiento, en constante peregrinación. Como los hindúes, de quienes heredaran la tradición, también los tibetanos llegados a una edad decidían muchas veces abandonarlo todo y echarse al camino. “La vida es demasiado corta, hay que pensar en Buda”, dice un viejo dicho que expresa perfectamente el *leit motiv* de los peregrinos. Y aunque existan en Tíbet otros monasterios y santuarios, montañas sagradas y cuevas de famosos gurúes y ermitaños, Lhasa ha sido siempre la meta principal, el punto de destino por antonomasia que todos los tibetanos sueñan con visitar, al menos una vez en la vida. Pero llegar a Lhasa nunca fue fácil. Todavía hoy, para que tenga verdadero valor, la peregrinación debe hacerse a pie, sin importar los obstáculos ni la magnitud de las distancias; y aunque de Lhasa se haya dicho, como de Roma, que todos los caminos conducían a ella, no hay que olvidar que los caminos en el Techo

del Mundo son senderos de cabras (en puridad, de yaks) sepultados bajo la nieve o colgados de abismos vertiginosos.

En el viejo Tíbet, ver pasar peregrinos era la atracción más frecuente, por no decir la única, en los aislados pueblos y aldeas. Tan frecuente como el paso de las grandes bandadas de aves migratorias que, con cada cambio de estación, atravesaban el Himalaya. Constituían además una oportunidad de realizar buenas acciones, de acumular “karma positivo”, porque los peregrinos, durante su viaje, que a veces duraba meses, incluso años enteros, estaban obligados a alimentarse con sus propias provisiones y cuando se acababan, a mendigar. Durante la peregrinación no podían cultivar la tierra, ni ordeñar animales, ni dedicarse a la artesanía o al comercio. No importa si en invierno o en verano, habían de dormir al raso o en las tiendas o casas que caritativamente les acogían. El contacto con los peregrinos permitía a los aldeanos informarse de lo que sucedía en regiones distantes del país y hacía circular de un lado a otro la rica tradición de fábulas y leyendas tibetanas. Pero luego llegó el maoísmo y durante más de veinte años las peregrinaciones, como el resto de las prácticas religiosas fueron prohibidas. No exactamente todas, porque en aquellos años, los habitantes de las remotas aldeas del Tíbet se acostumbraron a ver pasar otro tipo de peregrinos, jóvenes, vestidos de uniforme y con un Libro Rojo en la mano, no menos sacrificados que los del pasado. Para acceder a los más remotos monasterios y santuarios del Tíbet, arrostraban también toda clase de penalidades; y en su santa furia destructora, raro fue el lugar santo que, antorcha o dinamita mediante, se olvidaron de “visitar”. Por aquel entonces, además de los peregrinos, también los pájaros desaparecieron. Incluidas las garzas de cuello negro, un ave única y hermosísima, antes muy abundante y hoy en grave peligro de extinción. Se cuenta, tanto en el Tíbet como en China, que una de las últimas locuras del “dios”- presidente Mao tuvo por benéfica finalidad evitar que las bandadas de aves esquilmasen las cosechas de los campesinos. Para ello, ordenó a la población espantarlas aplaudiendo sin descanso día y noche, hasta que los pájaros, agotados, caían muertos al suelo. Murieron por millares, por decenas de miles. Cierta o no, es difícil imaginar una parábola más sobrecogedora del poder absoluto.

También el Barkor había cambiado. Hoy no había puestos callejeros y todos los pequeños comercios habían cerrado. Por un día lo sagrado se había impuesto sobre lo profano y en lugar de compradores y vendedores, sólo se veían centenares de peregrinos dando vueltas en torno al Jokhang o postrándose e incorporándose una y otra vez frente a las puertas del templo; y sobre todo monjes, muchos monjes. Yo ya lo había leído: desde que volvieron a ser permitidas, las peregrinaciones habían experimentado un auge creciente en el Tíbet. Aunque no sólo por motivos religiosos. Según ha escrito la especialista francesa Katia Buffetville, las peregrinaciones no sólo constituyen la principal forma de manifestación del fervor popular, también son una expresión del sentimiento nacionalista. En las peregrinaciones no participan los Han; las peregrinaciones sirven para marcar la condición de budista, respecto de los que no lo son.

Precisamente en el Barkor se alza una estela de granito, el más antiguo documento de la historia del Tíbet y símbolo por excelencia de sus glorias pasadas, pero también de sus seculares relaciones con el poderoso vecino. Se erigió en el año 783 para conmemorar un tratado de paz firmado entre el entonces rey del Tíbet y el Hijo del Cielo, el emperador de China. Grabado sobre la piedra, el texto está escrito en chino y tibetano, pero no puede leerse porque una gran valla de ladrillo lo oculta por completo. Tras la valla, asoma apenas la copa de un sauce sagrado que según la leyenda, nació de un cabello de Buda enterrado bajo sus raíces.

A ambos lados de la estela amurallada, siempre de izquierda a derecha, los peregrinos, sin detenerse en su camino, arrojaban ramas de una planta olorosa sobre grandes hogueras. Quemar incienso al aire libre es una de las actividades tradicionales del Festival de la Iluminación; sin que, acostumbrados como están a la enrarecida atmósfera del Tíbet, a nadie parezca preocuparle ni la tos ni el enrojecimiento de los ojos ni mucho menos la disminución de oxígeno que la espesa humareda provoca. Entre toses y lágrimas, tuve pues que cruzar la asfíxica cortina de humo para llegar ante las puertas de la catedral del Tíbet, aquel día abiertas de par en par. Entré (no es que no lo hubiera hecho antes, pero un día como hoy me parece el mejor para contar mis impresiones del interior del Jokhang). Trás el pórtico, en el “San Pedro” de los tibetanos, me encontré en un gran patio a cielo abierto, en el que se estaba desarrollando un solemne ritual: dos o tres centenares de monjes, vestidos con gran pompa litúrgica participaban en una ceremonia para

celebrar el despertar de Buda. Sentados en el suelo con sus brillantes hábitos y capas naranjas, pero coronadas las cabezas con un tocado que yo no había visto nunca, ni siquiera en fotografía: unas grandes pelucas sobre sus cabezas rapadas, recogidas en tres moños de cabello negro, adornados con cintas y ceñidas por una tiara. “No es un accidente que los tibetanos recuerden inmediatamente a los indios americanos de las novelas de Fenimore Cooper”, escribió el perspicaz soviético Ovchinnikov. Y lo cierto es que con aquellas pelucas, los monjes lamaístas lo parecían más que nunca, tenían un verdadero aire de chamanes de las praderas, celebrando un ritual misterioso y salvaje. También las voces guturales de los lamas, subiendo y bajando en oleadas, provocaban una atmósfera mágica e inquietante. Sentado en su trono, el abad del Jokhang sostenía entre sus manos una rama de árbol, símbolo de los que allí se estaba celebrando: el día de la Iluminación del Buda Sakyamuni, la gran fiesta de los budistas de todo el mundo. Sólo que los budistas tibetanos lo celebran de una forma bien peculiar, como peculiar es su manera de entender el budismo. La inmensa mayoría de los budistas siguen una de las dos grandes escuelas fundadas en los siglos posteriores a la muerte de su fundador: el Hinayana, también llamado “Pequeño Vehículo” o el Mahayana, conocido como el “Vehículo Universal”. Pero en el siglo V de nuestra era, apareció en la India una forma sui géneris de budismo que incorporaba rituales védicos, mantras, mandalas, celebraciones, sexualidad, control de la respiración y yoga... y que se bautizó a sí mismo como el “Vehículo Supremo”: el Tantra. Esta variedad esotérica del Budismo, en pleno auge entonces, es la que llevaron al Tíbet los predicadores del subcontinente. Pero luego el budismo tántrico desapareció por completo en su tierra natal y los tibetanos se convirtieron en los únicos adeptos del mundo a este vehículo.

Las ceremonias tibetanas, como en general las budistas, pueden durar horas y horas y son muy aburridas. En apariencia, lo único que hacen los monjes durante ellas es recitar textos sagrados, punteados de vez en cuando con estruendosos toques de campana, tambor, trompas o címbalos, que aparte de su sentido litúrgico, cumplen también la finalidad de despertar al espectador del sopor que la continua salmodia produce. Pero los lamas tibetanos hacen algo más: mientras rezan o cantan, están poniendo en práctica una serie de ejercicios interiores, imperceptibles para el no iniciado. Tales ejercicios invisibles constituyen el verdadero centro del

ritual y cada uno los realiza a su modo, sin la menor pauta comunitaria. Son Tantras. Para explicarlos puede resultar clarificador recurrir a una tradición más cercana a la nuestra: la de los evangelios gnósticos o apócrifos. Los tibetanos son los gnósticos del budismo. Así como la mayoría de los budistas se limitan a seguir los SUTRAS, las escrituras ortodoxas basadas en las enseñanzas de Buda, los tibetanos creen que además el Maestro reveló a unos pocos discípulos antes de morir una serie de métodos secretos para alcanzar la Iluminación: los TANTRAS. Más que enseñanzas, los Tantras son métodos prácticos: no contienen normas de comportamiento espiritual ni mandamientos, sino ejercicios de concentración, meditación, respiración, visualización de objetos y deidades... Unas técnicas que se transmiten exclusivamente de maestro a discípulo a través de una serie escalonada y secreta de iniciaciones y transmisiones de poder. Gracias a ellas, los lamas tibetanos dicen conseguir lo que para los demás budistas es pura fantasía, alcanzar por sí mismos la Iluminación, incluso antes de la muerte. Una liberación que como es lógico sólo consiguen unos pocos, porque el budismo tibetano es una religión de dos niveles: al más alto, la versión hermética, esotérica, mística del tantrismo, sólo tiene acceso la casta sacerdotal, cuyos miembros dedican la vida entera a descifrarlo. Los demás, el pueblo llano tibetano, tan fervoroso, no pasa nunca de la mera apariencia, de dar vueltas en torno a la cáscara de su religión igual que circunvalan sin cesar templos y santuarios.

Como yo no era monje, me despreocupé de la ceremonia y me sumé a los peregrinos que, aún en el interior del Jokhang, continuaban dando vueltas. El llamado Nangkor o “círculo interior” transcurre en torno al cuerpo principal del templo, a través de una serie de patios porticados en los que se sucede una larga hilera de grandes y dorados “Molinos de Oración”. Tan religiosos como son, los tibetanos no dejan de tener sentido práctico y podrían patentar muchos métodos para practicar la religión con el mínimo esfuerzo. El mejor ejemplo es el de “los molinos de oración”: artilugios que giran sobre un eje movidos por la mano y en cuyo interior, en papel enrollado, ha sido escrita millones de veces una misma oración. Cada vez que se gira, las oraciones en él contenidas se rezan solas y el mérito espiritual que acumula con ello el practicante es igual que si las rezara. Hay molinillos de oración portátiles que todos los peregrinos llevan consigo haciéndolos girar sin cesar mientras caminan; y también están los mucho mayores que

circunvalan templos y monasterios, sujetos sobre postes para que los fieles los muevan al pasar. En todos ellos siempre está escrita una única oración, la misma que aflora sin cesar en los labios de los tibetanos, algo así como el padrenuestro, pero mucho más breve y fácil de memorizar: el llamado mantra de Avalokitesvara, el Buda patrón del Tíbet. OM MANI PAD ME HUM. Una oración que no sólo recitan, que escriben también en todas partes, en banderas y muros, sobre las piedras, incluso en las laderas de las montañas. OM MANI PAD ME HUM, cinco palabras convertidas en suprema oración budista y en símbolo del Tíbet, pese a que ni siquiera hayan sido traducidas del sánscrito. Por seguir con las comparaciones, el sánscrito, el idioma culto de la antigua India, es el latín del budismo. Como todos los *mantras* – breves fórmulas rituales que los tibetanos tomaron de los hindúes –, lo que importa del “Mani” no es su significado si no su sonido. “¡Gloria a la Preciosa Joya sobre el trono del Loto!”, podría ser una traducción más que libre. Buda es la “preciosa joya” y el loto es la flor sobre la que suele representársele, sentado en postura de meditación. Signifique lo que que signifique, el hecho de repetirlo millones de veces o de hacerlo girar en el interior de los molinillos, representa para los tibetanos del vulgo su principal manifestación de piedad. Fácil y sin complicaciones. Sólo adentrándonos por los vericuetos del budismo tántrico le descubrimos al OM MANI PAD ME HUM un sentido oculto: adecuadamente usadas, esas cinco palabras son también poderosas “sílabas simientes” capaces de hacer experimentar al iniciado un éxtasis místico: la fusión de “gran Gozo” con la “vacuidad”...

“ El olor es abominable, el aire espeso y cargado de emanaciones acres. Todo lo que se toca está impregnado de grasa. El humo de las lámparas de manteca que han ardido aquí durante tantos años, ha depositado una capa de suciedad sobre todas las superficies, cubriendo imágenes y paredes. Debido a la manteca caída, el suelo es deslizante como el cristal...”

La descripción no resulta ni muy espiritual ni atrayente para ser las palabras con las que el periodista Perceval Landon, corresponsal del Times de Londres, transmitía a sus lectores el momento histórico en que por primera vez un hombre blanco pisaba el Jokhang. Yo también encontré el interior del santuario muy oscuro, las paredes igualmente ennegrecidas por el humo de las lámparas y el suelo

peligrosamente resbaladizo. Respecto del olor de la manteca rancia, creo haber dicho ya que aunque penetrante a mi no me desagradaba. Y en lo que se refiere a la suciedad, tuve poca ocasión de fijarme en ella. El corresponsal británico realizó su visita a puerta cerrada y sin tibetanos, mientras que a mi me acompañaban centenares de peregrinos que abarrotaban por completo el templo.

“La política de aislamiento que ha sido durante mucho tiempo la característica principal del lamaísmo, se expresa mejor que de ninguna otra forma en el celo fanático con que este templo, corazón del budismo tibetano, ha sido preservado de todo contacto con los extranjeros... y a pesar de que haya circulado por ahí alguna falsa descripción de su interior, no puede aseverarse que ningún europeo antes de mi haya puesto aquí nunca los pies...”

Perceval Landon logró ser el primer europeo en ponerlos, pese a los riesgos de patinazo. Corría el mes de septiembre de 1904 y si no hubiera acudido acompañado de una fuerte escolta armada de soldados, seguramente hubiera sido linchado allí mismo por los lamas fanáticos que tanto criticaba. Con el comunismo, sobre todo tras la muerte de Mao, se empezó a permitir el acceso a los turistas. En 1982, cuando Heinrich Harrer visitó el Jokhang, se quejó de la profanación que representaba la presencia de extranjeros entrando y saliendo a su antojo y sacando fotografías, bajo la permisividad despreciativa de los chinos. Pero dado que en “Siete Años en el Tíbet” no se encuentra constancia de que le hubieran permitido visitarlo durante su primera estancia en Lhasa, cabe deducir que fue gracias a la permisividad de los chinos por lo que pudo al fin el alpinista austriaco adentrarse en el santuario. Igual que estaba haciendo yo, infiel entremezclado con los peregrinos, sorprendentemente acogido con sonrisas amables, sin el menor recelo, por los tibetanos que me acompañaban en mi incursión. Las cosas han cambiado en el Techo del Mundo: hoy los extranjeros son recibidos con entusiasmo en los templos y monasterios, especialmente por los monjes, conscientes de que el mundo exterior profesa una general simpatía por la causa tibetana.

Conforme a la antigüedad del santuario, las estatuas del Jokhang parecían mucho más primitivas que todas las otras que había visto hasta ahora. Aunque

tampoco podían verse apenas porque, aparte de la escasa luz, estaban literalmente cubiertas por bufandas blancas de seda. De izquierda a derecha, el movimiento de los peregrinos seguía siendo incesante, entrando y saliendo de las capillas. Ante cada imagen, los tibetanos juntaban fervorosamente las manos, dejaban a sus pies un pañuelo blanco y varios billetes arrugados. Me dejé llevar repitiendo sus gestos, sin que a nadie pareciera importarle que fuera o no budista. Ni siquiera me miraban. Tampoco los monjes, que en el interior del Jokhang se dedicaban por completo a ordenar el tráfico humano. Para qué iban a molestarse en decirme nada, si nos era imposible comunicarnos. Tras cruzar dos nuevos patios, llenos de estatuas, altares y capillas, entré en el sancta sanctorum del templo, allí donde la multitud se volvía más abigarrada. Ante mi, una larga cola aguardaba el momento de rendir homenaje al gran tesoro del Jokhang, la estatua de Jowo Sakyamuni. La atmósfera se volvió mucho más religiosa, incluso el humo de las lámparas parecía más denso. A mi alrededor sólo escuchaba rezos en cientos de tonos y voces, pero sobre todo el OM MANI PAD ME HUM repetido sin cesar entre cuchicheos. Sobrecogidos por la emoción, los peregrinos estaban a punto de culminar la última etapa de su viaje, delante de la imagen que llevaban soñando contemplar durante todo el largo camino: El joven Buda cuando todavía no lo era, antes de alcanzar la Iluminación, con apenas dieciseis años. Una imagen por completo inusual en las representaciones budistas. Como escribió Perceval Landon:

“... Por fin la estatua. Su aspecto a primera vista es muy impresionante. No por la estatua en sí, de rasgos planos e infantiles, ni siquiera por su valor artístico. Pero no es una representación característica de Buda, con la enigmática sonrisa de su iconografía habitual, hombre de mundo que ha renunciado a todo, Iluminado... Aquí es un niño, todavía príncipe Gautama, todavía inocente. El Palladium del Tíbet...”

Era el principio del siglo veinte. Todavía hoy, constaté, en el último año del siglo, la atmósfera de religiosidad que se respiraba en el Jokhang no tenía igual en ningún otro templo o monasterio del Tíbet. Para apartar a los peregrinos de la sagrada imagen, los monjes tenían que levantarlos del suelo y arrastrarlos, de modo que el siguiente pudiera postrarse. La cola no avanzaba. Desde mi posición podía distinguir la gran cara redonda y dorada del Buda. “No pictures”, me advirtió uno

de los lamas en el único inglés que sabía, pero yo no tenía la menor intención de sacar mi cámara fotográfica y estropear con ella ni la atmósfera mágica ni la fraternidad con que me acogían los peregrinos. Por más que no lo fuera, me encantaba sentirme allí como uno más, tratado con la indiferencia de quienes no tenían más ojos que para el venerado objeto de su Fé. Según había leído, la estatua de Jowo Sakyamuni, en teoría original del siglo VII, está hecha en oro, en aleación con los cuatro metales que para los tibetanos representan el mundo material: plata, cobre, zinc y hierro. Su corona aparece ornada de diamantes, lapislázulis y esmeraldas y la rodean por todas partes presentes muy valiosos, innumerables collares de oro, turquesas y piedras preciosas. Tesoros todos de incalculable valor que yo no pude contemplar, al menos no en detalle. Viendo a los peregrinos postrados en el suelo y musitando sus oraciones, me pregunté qué iba a hacer yo cuando me llegara mi turno: si arrojarme a rezar fingiendo una devoción que no sentía o dedicarme a husmear en el altar como un simple turista. Ninguna de las posibilidades me convencía en un día como aquel, así que aproveché que una vieja mujer harapienta a la que le faltaba un brazo andaba mendigando un lugar en la cola, para cederle el mío. Para mí aquella imagen, no era más que una imagen, por más que lamentara quedarme sin comprobar dos cosas: si se lo notaba a la estatua, en apariencia perfectamente restaurada, algún rastro de la salvaje decapitación que, según Harrer, sufriera durante la Revolución Cultural y si, como cuenta Vsevolod Ovchinnikov, las valiosísimas joyas amontonadas en su altar, seguían bajo la protección de unos peculiares guardianes: “gatos negros que hacen su trabajo mejor que si fueran perros, emergiendo ruidosamente de la oscuridad para atacar a cualquiera que se atreva a tocar el tesoro”

Cuando salía del templo, uno de los monjes se me acercó. En un perfecto inglés me preguntó de dónde venía. Su expresión era afable pero también de mucha inteligencia. Yo también sentí una viva curiosidad por saber de dónde salía él. ¿Cómo había aprendido inglés aquel lama? ¿Para qué? ¿Para comunicarse con los extranjeros? Aunque el común de los monjes, sobre todo los jóvenes, pareciesen más bien campesinos ignorantes, siempre acababas tropezándote con alguno como aquel, de mirada rápida y perspicaz, a todas luces personas cultivadas, mucho más que los chinos que se ven por el Tíbet. Cuando se enteró de que era español, me contó que había estado en Barcelona, acompañando al Dalai Lama durante su visita de unos años atrás. Me quedé de una pieza. ¿Cómo era posible que aquel monje

entrara y saliera a su antojo del Tíbet, viajara con el Dalai Lama y ejerciera después de *cicerone* de los extranjeros en el Jokhang? Cuando fui a preguntárselo, tan discretamente como apareció había desaparecido.

No fue hasta los treinta y cinco años que Sidharta Gautama, allá por el siglo VI antes de nuestra era, alcanzó la Iluminación. Antes había vivido como príncipe, hijo del jefe de los Sakyas, un poderoso clan del norte de la India. Incluso se había casado y tenido un hijo. Después de renunciar a trono y familia, decidido a descubrir el verdadero sentido de la vida, pasó seis largos años dedicado a la vida ascética, pasando toda clase de privaciones. Pero al final la búsqueda de tanto sufrimiento físico le pareció otra forma de orgullo, una expresión de vanidad, así que también renunció a él. Fue una noche, sentado tranquilamente bajo un árbol, cuando experimentó el despertar que habría de sacarle para siempre de las tinieblas. Después de combatir hasta el alba con las fuerzas oscuras, encarnadas por Mara, el tentador que reina sobre el mundo del deseo, descubrió la verdad suprema. Su liberación era ya irreversible. Desde entonces Sidharta Gautama se convirtió en Buda, que quiere decir “El Iluminado”.

Para poder seguir explorando tranquilamente la Lhasa sorprendente del Día de la Iluminación, tuve que pasar por la sucursal del Banco de China. Tras rellenar un montón de impresos, por treinta yuanes, algo más quinientas pesetas, me dieron un enorme fajo de billetes pequeños que parecían sacados del monopoly. Eran “jiaos”. Además de encender piras de incienso y por supuesto caminar sin cesar, dar limosna a la gente ya se trate de monjes, mendigos o incluso simples transeúntes, es la otra gran actividad a la que se dedican los peregrinos durante el Festival. Lo hacen con tanto frenesí, que para evitar que lleguen a arruinarse el paternalismo comunista ha debido inventar estos billetes de tan escasísimo valor que apenas nada puede comprarse con ellos. No importa, la tradición obliga a dar monedas o billetes, sin entrar en detalles de lo que valen.

En el Lingkor o “circuito exterior” tampoco había chinos, pero en cambio muchos más peregrinos que en el Barkor porque en realidad la circunvalación de la vieja ciudad, con sus ocho kilómetros y medio de recorrido, es la verdadera razón del peregrinaje. En el pasado, el Lingkor marcaba como un cuchillo los límites de la

Ciudad Santa: todo lo que quedaba dentro de él era tierra sagrada, lo que quedaba más allá, profana. Los peregrinos tenían que recorrerlo siempre antes de entrar a la ciudad, incluso aunque no llegasen a entrar. “Excepto la Vía Dolorosa, no existe otro camino en el mundo con tanto valor sacramental”, lo describió Perceval Landon, “hasta un infiel que lo recorra se vería limpio de todos sus pecados”. Partícipe de esta última categoría, yo también me dispuse a pasar por la lavandería espiritual en un día tan señalado como aquel. Pero el problema estaba en que desde los tiempos del periodista inglés hasta hoy, las cosas habían cambiado mucho en el Tíbet. Ahora la ciudad había crecido y el viejo anillo de circunvalación había quedado absorbido por ese crecimiento. Los nuevos barrios chinos se habían edificado sobre él, se habían abierto nuevas calles y plazas y los escasos coches de Lhasa lo atravesaban sin la menor consideración con sus ruidosos petardeos sacrílegos. El antiguo camino sagrado ya no existía, pero a pesar de ello los peregrinos, guiados por un mapa imaginario, grabado en su memoria genética, indiferentes a los cambios, seguían circunvalando el Lingkor. En la plaza de los Dos Yaks, uno de los centros neurálgicos de la nueva Lhasa, automovilistas y ciclistas, todos ellos Han, aguardaban pacientemente a que pasasen, la inmensa mayoría nómadas y campesinos, vestidos con sus ropas tradicionales, indiferentes a las normas de circulación. Pero no terminaban nunca de pasar. Me emocioné. Aquel espectáculo surrealista era la mejor prueba de la capacidad de resistencia de la cultura tibetana, de una Fe sino capaz de mover montañas, de llevar a sus fieles a seguir recorriendo su camino sagrado, pese a que hacía décadas que había sido destruido por las palas excavadoras. Especialmente en aquella plaza, bajo la moderna estatua de los dos Yaks dorados, erigida hacía menos de un lustro por las autoridades comunistas para conmemorar el 30 aniversario de la creación de la Región Autónoma del Tíbet. Un monumento laico, ya de por sí una excentricidad, pero sobre todo un enésimo intento de ilustrar a los tibetanos en la idea de que la prosperidad no venía del cielo, sino que se alcanzaba con el trabajo, representado por los dos sufridos yaks. Pero con los tibetanos no había manera.

El “Camino del Medio” fue como llamó Buda a su nueva doctrina para diferenciarla del camino de sufrimientos y renunciaciones que seguían los ascetas hindúes de su tiempo. Contemplando algunas de las prácticas de los budistas tibetanos, se diría que ellos han optado más bien por el camino extremo. Hoy como

en el pasado, buena parte de los peregrinos que circunvalaban el Lingkor no lo hacían caminando sino postrándose, arrojándose y levantándose del suelo una y otra vez, midiendo con sus cuerpos todo el recorrido. Me fijé en ellos. Había hombres, pero abundaban más las mujeres, jóvenes y ancianas. Tres pasos y una postración: recorrer de este modo los ocho kilómetros del Lingkor suponía un día entero, realizando casi 5.000 postraciones. Caso de no poder completarlo en una sola jornada, siempre podía retomarse el camino al día siguiente. En el pasado, existían en Lhasa “postradores de alquiler” que ganaban mérito por cuenta de los más ricos, aunque hoy en un régimen comunista, no parecía posible que pudiera seguir habiéndolos.

“Los fieles tibetanos que daban vueltas al Lingkor eran casi todos muy pobres y frecuentemente ciegos –observó en 1904 el otro corresponsal de la expedición británica, Edmund Candler- Parece que las gentes de Lhasa no empiezan a pensar en su reencarnación más que cuando nada les queda en el presente”

Se me rompió el hechizo. De pronto, como si una nube imposible surcara en ese momento el cielo siempre resplandeciente del Tíbet, sentí nublarse mi emoción. Aquellos peregrinos exóticos que caminaban o se arrastraban por el suelo, vestidos con ropas multicolores, ellas con sus delantales, ellos con sus *chubas* y trenzas, eran gente muy pobre, la gente más miserable que había visto nunca... Todos ellos sucios y costosos, muchos con enfermedades de la piel, muchos, incluso los niños, con los ojos cegados por las cataratas, la mayor parte desnutridos, vestidos con harapos... Era una humanidad doliente y no festiva la que desfílaba ante mis ojos; y cuando acabé de repartir todo mi dinero de *monopoly* entre los peregrinos, me quedé con la sensación de que aquello no servía para nada y no sólo por el nulo valor de los billetes. “La verdadera naturaleza de la vida es el sufrimiento” predicó el Buda Gautama durante su primer sermón en Benarés tras su despertar. El constante deambular con que los tibetanos conmemoraban aquel día era como el girar de la “rueda de la existencia” ese *Samsara* en el que para los budistas todos los seres vivos están atrapados naciendo y muriendo sin cesar, reencarnándose una y otra vez. Como la vida, los peregrinos giraban y giraban. Fuera de aquella rueda existía una remota posibilidad de escapar convirtiéndose en Buda, alcanzando la

Iluminación, algo completamente fuera del alcance de aquellas decenas de millares de seres ignorantes y pobres. Seguramente ellos se conformaban con mucho menos. Probablemente aquellos peregrinos empleaban toda su devoción y su capacidad de sacrificio –enorme, como estaba viendo- en la esperanza de unos objetivos menos ambiciosos. Les bastaba con acumular suficiente mérito para no renacer en la próxima vida en forma de animal – y dentro de los animales había una infinidad de grados, desde el león hasta la cucaracha- , ni convertidos en espíritus monstruosos que se consumen por su propia ávidez ni condenados en alguno de los dieciseis infiernos, ocho de fuego y ocho helados, creados por la terrorífica imaginería del budismo. Ni siquiera Buda logró romper el maleficio por el que todas las religiones acaban traicionando los propósitos de sus fundadores. Quiso predicar la liberación, pero a nivel popular sus enseñanzas arraigaron en el puro miedo.

“A pesar de la dureza de una vida amenazada permanentemente por lamas despóticos, seismos, viruela, lobos y bandidos, los viajeros de todas las épocas han encontrado en los tibetanos un pueblo afectuoso, dotado de un gran sentido del humor, hospitalario y digno de confianza...”

Así se planteaba el principal enigma de los tibetanos el inglés Peter Hopkirk, si no viajero, autor de un delicioso libro sobre el mito del Tíbet. Tenía razón, yo había podido comprobarlo: los tibetanos son extraordinariamente simpáticos, sonríen sin cesar. Pero tras verlos desfilar durante todo el día con su miseria a cuestas, en una ciudad que había dejado de ser suya, por un camino sagrado que ni siquiera existía ya, no pude dejar de plantearme la pregunta. Con tan duras condiciones de vida, atrapados en una Rueda inexorable... ¿Qué motivos tienen para sonreír tanto?

Mirémoslo por el lado bueno. Por muy miserable que resulte, ante la perspectiva que pueda depararles su próxima vida, hacen bien en sentirse agradecidos y felices en esta. Dados los infinitos seres que pueblan el *Samsara*, desde demonios, insectos a toda clase de animales, las posibilidades de tener suerte en la Rueda de las Reencarnaciones y volver a nacer como ser humano son muy escasas: “Tan difícil como que una tortuga nadando en medio del océano saque su cabeza para respirar y lo haga en un aro de corcho que hemos dejado flotar sobre la superficie”, dice un proverbio tibetano.

VIAJE A LOS DOS TÍBET

2ª parte:

Un Paseo por el Techo del Mundo

I.-

LAS CARRETERAS DEL TÍBET

Tenía ganas. Por mucho que me hubiera fascinado Lhasa, las enormes montañas que la rodeaban por todas partes hacía días que parecían llamarme, transformadas en un desafío, en un reclamo a traspasarlas, a descubrir que había detrás. En eso, mi viaje no se estaba pareciendo nada a los del pasado. Hacía tan sólo cuarenta años, cuando los viajeros llegaban a la capital del Tíbet, ya llevaban meses recorriendo el país y estaban familiarizados con su paisaje. Lhasa era el final, la culminación de un acercamiento progresivo. Pero hoy los aviones le han dado la vuelta por completo a la vieja forma de viajar y te trasladan directamente a la meta haciendo tabla rasa de las etapas; y era sólo después de haber conocido a fondo la “Ciudad Santa”, cuando me disponía yo a explorar el camino que permitía llegar a ella.

El coche que pude conseguir fue una vieja furgoneta, nada menos que de ocho plazas, completamente desproporcionada para un solo pasajero. En cuanto al chófer/intérprete, efectivamente era un tibetano, andaría en la treintena y se defendía en inglés, aunque era un hombre absolutamente parco en palabras. De Lhasa a Shigatsé, la primera etapa de mi viaje, había algo más de trescientos kilómetros, pero, para mi decepción, la salida de Lhasa no implicó remontar ninguna cordillera. Tratándose de la mayor concentración de montañas del mundo, la geografía del Tíbet impone su lógica a los caminos; y así como los ríos han ido excavando valles en las montañas, las carreteras siguen el curso de los ríos para no verse obligadas a coronar y descender sin cesar puertos de montaña, muchas veces

infranqueables. La salida natural del valle de Lhasa es la de su río, el Kyichu; y como hiciéramos en el camino de ida desde el aeropuerto fue siguiendo el río como dejamos atrás la ciudad. A unos sesenta kilómetros de Lhasa, el Kyichu desembocaba en el Yarlung Tsangpo, del que es afluente y nuestra furgoneta se desvió hacia la carretera que escoltaba al río principal, corriente arriba, en dirección sur.

Tíbet está lleno de montañas. Aparte de la gran barrera del Himalaya hay un montón de cordilleras más, orientadas en todas las direcciones: de norte a sur, de oeste a este, transversales y perpendiculares. Por todas partes hacia donde se mira se ven montañas: pardas o grises, algunas nevadas, pero todas enteramente desprovistas de vegetación. La altura de sus cimas supera siempre los cinco mil y muy a menudo los seis mil metros, pero puesto que las contemplamos desde un nivel del suelo de cuatro mil metros por término medio, su altitud no impresiona tanto como su cercanía y su cantidad. Las montañas son inhabitables. Entre una cordillera y otra, comprimidos por la enorme masa pétrea, se encuentran los estrechos valles en los que viven los tibetanos. Valles de origen glaciar cuyo centro suele constituirlo un lago (Tíbet es el país de los lagos, existen más de mil, en su mayoría salados, debido a la intensa evaporación) o de origen fluvial, excavados por los ríos turbulentos que descienden de las nieves eternas.

El Techo del Mundo es el manantial de Asia. La fuente que hace posible la vida en el continente más poblado del planeta. Aquí nacen todos sus grandes ríos. Por el sur el Ganges y el Indo que desaguan en el subcontinente indio. Hacia el este, el Mekong, que en su tramo final, riega toda Indochina. Al norte de la altiplanicie, fuera de los límites de la Región Autónoma, nacen los dos ríos-madre de la civilización china: el Yangtsé, el río azul y el Huangpo, el río amarillo. Pero curiosamente ninguno de estos grandes ríos deja huella en el árido Tíbet, limitándose a descender a toda prisa para irse a fertilizar el suelo de los países limítrofes. El río que estábamos recorriendo, el Yarlung Tsangpo, era la excepción. A lo largo de dos mil kilómetros cruza el Techo del Mundo de oeste a este, excavando, junto con sus afluentes, una serie de valles de montaña, en los que se concentra el ochenta por ciento de la población tibetana. Sin el Yarlung Tsangpo que significa en tibetano, “Agua de la nieve de las altas montañas”, no existiría el

Tíbet. Sería sólo un desierto de piedra y arena, inhabitable excepto para los nómadas. Pero el río Tsangpo no es sólo una bendición para los tibetanos; al final de su recorrido transversal por el País de las Nieves, rebautizado como el mucho más conocido Brahmaputra inunda las bajas llanuras del Golfo de Bengala, permitiendo el sustento de doscientos millones de indios y bengalíes.

Al principio, la carretera que seguíamos había sido excavada en la roca viva. Durante kilómetros y kilómetros colgaba de las márgenes de un estrecho cañón abierto por las aguas. Sobre nuestras cabezas, la mole inmensa de las montañas dejaba apenas ver, entre los grises y los ocre predominantes, una franja de cielo. Por lo demás el paisaje era completamente desértico. Me interesé por la carretera, un tema que a mi chófer pareció motivarle. Aunque estrecha y sin arcén, por lo menos estaba asfaltada. Según me explicó, aquella era la principal vía del Tíbet, conocida como la “carretera de la Amistad” que enlazaba Lhasa con Katmandú. Aún así, muy poco transitada. Sólo de vez en cuando algún viejo camión se cruzaba con nuestra furgoneta, envolviéndonos en una nube de polvo. Un tráfico demasiado escaso para el prodigio técnico que aquella obra de ingeniería representaba. La construcción de las primeras carreteras en el Tíbet constituyó para los chinos una epopeya comparable a la del ferrocarril del Pacífico que tanto celebran los westerns americanos. Si aquel ferrocarril permitió la Conquista del Oeste, las carreteras en el Techo del Mundo permitieron la conquista del Tíbet. Cuando el Ejército chino llegó a Lhasa, tras la rápida rendición de las tropas tibetanas, descubrió que vencer no era sinónimo de conquistar. Aparte de la capital, era imposible controlar aquel enorme país, cuya población se desperdigaba en pequeños núcleos autosuficientes y en muchos casos inaccesibles. Peor aún, la economía tibetana, de pura supervivencia, no daba para alimentar a un ejército de ocupación y sin carreteras no había manera de hacer llegar provisiones de China. Por otra parte, ¿cómo podía reivindicarse la soberanía sobre un territorio sin que existiese comunicación con la metrópoli? Durante varios años, postergando su misión bélica, los soldados del Ejército de Liberación Popular se transformaron en obreros de la construcción. Así fue como se construyeron las dos primeras carreteras que conectaron China con el Tíbet. Desde el Oeste, la carretera tuvo que atravesar las catorce cordilleras del Kham uniendo Lhasa con la provincia china de Sichuán. Desde el norte, una nueva vía de comunicación se trazó en línea recta

desde los oasis del Turquestán chino a través de todo el altiplano, hasta la frontera con Nepal. Las dos en las mismas rutas de las antiguas caravanas, verdaderos desafíos del tesón humano, asombrosas obras de ingeniería que lograron superar toda clase de obstáculos naturales, realizando buena parte de su recorrido por encima de los cinco mil metros. Las carreteras más altas del mundo. El desafío se cobró su precio. Tíbet había dejado de estar aislado, pero el número de obreros que murieron durante su construcción fue muy elevado. La carretera Qinghai-Nepal, la que nosotros estábamos recorriendo fue conocida durante años como la “Carretera de un muerto por kilómetro”. Y fueron varios miles de kilómetros...

A mitad de camino, el estado del firme comenzó a complicarse. Dos toyotas 4x4 transportando turistas nos adelantaron con facilidad. Yo había rechazado la oferta de un todoterreno considerándolo innecesario para circular por carreteras supuestamente en buen estado pero aún me quedaba por descubrir que las carreteras en el Tíbet no están en buen estado jamás. Grandes bloques de piedras empezaron a cortar la calzada, obligando a mi conductor a reducir la marcha para sortearlos. Los derrumbes eran cada vez más frecuentes resultado de la erosión de las montañas. Tuvimos que parar allí donde una cuadrilla de peones camineros tibetanos hacía sus trabajos de reparación intentando despejar el camino. De una manera completamente manual, partían las grandes piedras a golpes de mazo, formando trozos más pequeños que pudieran transportar en los brazos hasta el remolque de un pequeño tractor. Una tarea interminable como inacabables parecían ser las obras en aquella carretera. A partir de entonces, los derrumbes y cortes se volvieron constantes, durante algunos tramos cada cien metros. Construir la carretera había sido una epopeya en el pasado, pero también lo era mantenerla.

Entre parada y parada, me dediqué a admirar el paisaje. Sobre las laderas de las altísimas montañas se veían pequeños caseríos sin rastro de caminos que condujeran a ellos, aparentemente inaccesibles. Eran monasterios, algunos deshabitados, pero todos ellos contruidos en los lugares más altos, dominando los valles y los hombres. También se veían stupas, esas pequeñas ermitas budistas coronadas por un pináculo en las que, como en las cristianas, se guardan reliquias de santos. En aquellos tramos en que la corriente de río Tsangpo se remansaba algo, distinguí algún remolcador que transportaba gentes y animales de una orilla a otra. Unos diminutos burros tiraban desde la otra orilla del cable que sujetaba la barcaza.

También los pequeños rebaños de cabras y ovejas que trepaban por las laderas estaban formados por ejemplares en miniatura, sorprendentemente pequeños en la inmensidad de la naturaleza. En los pequeños valles del interior del desfiladero se veían casas y algunos campesinos trabajando los campos, pero durante la mayor parte del trayecto no había rastro de presencia humana. Sólo las montañas y el turbulento río Tsangpo.

“En el Tíbet la capacidad de concentración y autobservación se hace cien veces mayor en la soledad y el silencio de la naturaleza... La vida orgánica se reduce al mínimo y no representa ningún papel en la creación del paisaje, ni interfiere con su pureza plástica...”

Ernst Hoffman fue un alemán que viajó por el Tíbet en los años cuarenta y cincuenta. Convertido al budismo, cambió su nombre por el de Lama Anagarika Govinda. Escribió un libro, “El Camino de las Nubes Blancas”, en el que, como fervoroso creyente que era, llegó incluso a afirmar que la naturaleza desolada del País de los Nieves favorecía la telepatía y el desarrollo de los poderes psíquicos. Pero sobre todo incluyó en él los más bellos cantos a su paisaje:

“En ningún otro sitio he experimentado el fluir de la vida como en el Tíbet, en la inmensa soledad de su paisaje, la claridad de su atmósfera y la luminosidad de sus colores...”

Con la misma sensación a flor de piel, con los ojos saturados de imágenes tras más de seis horas de recorrido, dejé atrás el desfiladero del Tsangpo para ver desplegarse ante mi el fértil valle de Shigatsé, la segunda ciudad del Tíbet.

II.-

DOS PEQUEÑOS BUDAS

El responsable local que nos estaba aguardando en Shigatsé era tibetano, vestía pobre e informalmente y llevaba un sombrero de paja sobre la cabeza. Pasaba de los cincuenta y tenía el mismo aire de extrovertido patriarca que el presidente del comité vecinal que entrevistara en Lhasa. Antes de yo hubiera tenido tiempo de preguntarle qué hacía allí y quién le había avisado de mi llegada, me echó al cuello una “kata”, uno de esos pañuelos de seda blanca que los tibetanos obsequian tradicionalmente como saludo y, al enterarse de que no habíamos comido por el camino, nos llevó de inmediato al, en su opinión, mejor restaurante de la ciudad. Por supuesto que tibetano.

Pese a toda su religiosidad, a la hora de elegir entre llenar su estómago o respetar los preceptos budistas, los tibetanos se han inclinado siempre por lo primero. Llama la atención que así como Buda prohibió expresamente tanto comer carne como consumir alcohol, atracarse de carne y beber alcohol sean las dos aficiones favoritas de los tibetanos. Respecto de la segundo, no sólo consumen en grandes cantidades su cerveza local, el Tchang, de baja graduación alcohólica. Cualquier otra cerveza embotellada, sea china o tibetana les entusiasma. También son muy aficionados al aguardiente que destilan en alambiques caseros con grano de mijo o cebada. Por lo que se refiere a la carne, la consumen preferentemente de yak y, conscientes de estar cometiendo un grave pecado se han inventado toda clase de coartadas morales para disculpar ese hábito. La gente del vulgo endosándole la responsabilidad a quien mata el animal, no a quien se lo come: de este modo, los carniceros formaban en el Viejo Tíbet una casta de intocables, condenados a un

seguro infierno, con los que nadie se relacionaba. El hecho de que el consumo de carne esté tan extendido también es una forma de minimizar el pecado: al repartir la culpa entre tantos, a cada uno le toca sólo una pequeña parte. Pero en cuestión de hipocresía moral la palma se la lleva la clase sacerdotal dirigente. Siendo monjes, pastores religiosos, hubieran debido respetar más que nadie los preceptos búdicos. Pero los monjes tibetanos también son entusiastas carnívoros y su disculpa consiste en afirmar que, siendo hombres de espíritu superior, su adiestramiento tántrico les permite transformar un alimento impuro en elevado manjar espiritual. De este modo, a los lamas y monjes cultivados les estaría permitido comer carne y los verdaderos pecadores serían sólo los tibetanos del pueblo, glotones e ignorantes. Vivir para ver. Desde la quietud del Nirvana, si levantara la cabeza, probablemente el propio Buda no daría crédito de la extraña manera en que sus seguidores del Techo del Mundo interpretan sus enseñanzas. Aunque quizás lo aceptara como mal menor, consciente de que si les hubieran quitado su cerveza y su carne, los tibetanos nunca se hubieran convertido al budismo. O incluso peor aún, ni siquiera habrían sobrevivido. Unos preceptos concebidos originariamente para los habitantes de las ubérrimas llanuras del subcontinente indio, donde siempre han abundado los vegetarianos, son imposibles de cumplir a cuatro mil metros de altitud en unas tierras áridas en las que hasta hace bien poco eran desconocidas las verduras.

En el Tíbet, carne y cerveza son manjares de fiesta, sólo para las grandes ocasiones. La dieta diaria, acorde con la austeridad esencial del medio, la componen sólo tres alimentos básicos: el té, la mantequilla de yak y el *Tsampa*. De desayuno, de almuerzo o de cena, los tibetanos del pueblo comen siempre lo mismo, variando simplemente las cantidades. Del té ya hemos hablado y de la manera peculiar que tienen de prepararlo; la manteca de yak, batida a mano, se toma mezclada con el té o con *tsampa* que es una harina de cebada tostada que los tibetanos toman tal cuál, empapándola en agua y amasando con ella pequeñas bolas en la mano. El *Tsampa* es el alimento esencial de los tibetanos, niños y grandes, de los ricos y de los pobres. Acostumbrados a mantener durante siglos una dieta similar a la de los penados europeos de antaño, a base de pan y agua, los tibetanos no parecen echar de menos mayor variedad alimenticia. El *Tsampa* es un alimento además muy portátil y que, en el clima tan seco del Tíbet, puede conservarse

durante años. Cuando salen de peregrinación o simplemente de viaje, los tibetanos siempre llevan guardada en su chaqueta una escudilla y una bolsa con harina tostada. Para comer, lo único que tienen que buscarse es agua.

Saber no sabía prácticamente a nada; o al menos a mi no me lo supo, aunque entre las virtudes tradicionales del *Tsampa* no figura la de pretender ser agradable al paladar. Al margen de sus propiedades nutritivas, su función de alimento de pobres en uno de los países más pobres del mundo consiste en engañar al hambre: al empaparse con el agua, la harina se hincha en el estómago produciendo una sensación de saciedad.

Tras degustar la harina de cebada, aquel autonombado guía local que me había salido al encuentro en Shigatsé llenó la mesa de cervezas y se dispuso, con la mayor naturalidad del mundo, a cumplir con su obligación de presentarme su ciudad: Shigatsé era un importante centro agrícola y comercial con una posición estratégica en la ruta de las antiguas caravanas entre la China y el Nepal. En la comarca vivían actualmente unas 110.000 personas, ochenta mil dentro del casco urbano (más o menos la mitad que en Lhasa). Pero por encima de todo, así como la capital del Tíbet es conocida por ser la sede de los Dalai Lamas, Shigatsé era la sede de otro de los grandes Budas Vivientes del Tíbet: el Panchen Lama. Mucho menos célebre internacionalmente, pero objeto de una similar veneración entre los tibetanos que suelen atribuir al Panchen y al Dalai Lama el mismo rango espiritual. Ambos pertenecen a la misma orden, la de “los Sombreros Amarillos” y sus seguidores los consideran como “el sol y la luna”: para muchos incluso el Panchen Lama tendría mayor jerarquía religiosa, al ser reencarnación de Amithaba, el Buda de la Luz Infinita, de quien nació Avalokiteshvara, Buda de la Compasión, a quién encarna el Dalai Lama.

En cuanto a lo temporal, siempre estuvo claro que el Gobierno del Tíbet correspondía en exclusiva a los Dalai Lamas. Pero Shigatsé era el poderoso feudo de los Panchen Lamas, propietarios de sus mejores tierras y con derecho a recaudar impuestos a los campesinos.

- Pero hoy es voluntario. El que quiere no paga... – Me explicó con una sonrisa *Nuestro Hombre en Shigatsé*.

Aquello sí que me sorprendió. ¿Estaba tratando de decirme que los tibetanos de hoy, ciudadanos de un país comunista, seguían entregando parte de sus

ganancias a su viejo señor feudal? ¿y encima voluntariamente? La respuesta fue que sí. No todos, pero muchos de los habitantes de Shigatsé seguían haciéndolo.

¿Cuánto pagan los que lo hacen? – Me interesé. Pasaron un buen rato discutiendo el chófer y él, hasta que encontraron la respuesta que consideraron más razonable. El cuánto era difícil de calcular, cada uno daba lo que quería...

- Dice que es como si usted se enamorara perdidamente de una señora o señorita – me explicó el conductor-. Puede darle todo lo que tiene, una parte, un poco o nada...

-¿Quiere decir que no existe ningún control sobre las donaciones que recibe?

Dándose cuenta de mi asombro, el funcionario tibetano intentó arreglarlo:

- El Panchen lama es muy bondadoso. Además de para mantener a sus monasterios y sus monjes, también usa el dinero para ayudar a los más pobres –me aclaró. Y luego, desde su condición de *cuadro* local, no queriendo darme una impresión demasiado anacrónica de sus conciudadanos, añadió: - En el pasado el Tíbet estaba muy atrasado. Antes de la “Liberación” al Panchen y al Dalai Lama se les consideraba dioses.

- ¿Después ya no? –le pregunté.

- Después vino Mao. Y los campesinos le consideraron un Dios todavía más grande...

Llegó el plato fuerte del banquete. Una inmensa fuente llena de trozos de carne de yak sin guarnición ni acompañamiento. Carne hervida, casi cruda, como les gusta a los tibetanos, que tienen la creencia de que asada da dolor de cabeza. Según observara Alexandra David-Néel a principios de siglo, la manera en que matan a sus animales domésticos los habitantes del País de las Nieves constituye toda una exhibición de curiosísima doble moral: normalmente los asfixian, por considerarse una muerte menos violenta que el degüello. Otras veces los despeñan por un precipicio como a los reos de pena capital. De este modo, se puede decir que el animal se ha matado sólo. Los animales, al ser seres sensibles, se reencarnan, así que es frecuente que un Lama recite piadosas oraciones al yak recién sacrificado para favorecer el tránsito de su alma. Conforme a tales hábitos y por mucho que pueda resultar repugnante a los ojos de un extranjero, los tibetanos no le hacen demasiados ascos a la carne de los animales encontrados muertos: primero porque

la extrema sequedad del Tíbet retrasa enormemente los procesos de putrefacción, pero sobre todo porque tratándose de animales fallecidos de muerte natural o accidente, el comensal no asume culpa alguna al comérselos. “Sólamamente cuando el animal ha muerto de epidemia a los tibetanos les da cierta prevención” – escribió Alexandra David-Néel- “pero la medida de precaución que adoptan resulta enormemente extraña: entierran el animal durante un mes y luego lo desentierran y se lo comen”.

A veces, contar con información previa no constituye precisamente un estímulo. Como buenos tibetanos que eran, mis dos compañeros de mesa se lanzaron con entusiasmo a devorar aquellos sospechosos trozos de carne oscura. Yo no tuve opción. La cortesía es la cortesía y *Nuestro Hombre en Shigatsé* me había llenado hasta arriba el plato.

Por la tarde visitamos la fábrica de alfombras de la ciudad, una cooperativa promovida por la municipalidad que daba empleo a un centenar largo de mujeres. Los diseños eran bonitos, pero en cuanto me interesé por el precio, el guía local, pensando que quería comprar una alfombra, me llevó a un segundo taller, más grande y organizado que, en lugar de al Estado, pertenecía al Panchen Lama. “Aquí los precios son mejores y venden más en el extranjero...”, me recomendó. Iba a interesarme por aquella nueva paradoja, muestra de la singular connivencia que parecía existir en Shigatsé entre el poder comunista y el eclesiástico, cuando sentí unos espantosos retortijones. Tuve el tiempo justo de correr al baño y vaciarme por completo. Cuando se lo comenté, tanto mi chófer como el de Shigatsé me miraron incrédulos, ellos habían comido mucha más que yo y a los dos el almuerzo les había sentado estupendamente.

Shigatsé no me pareció especialmente bonito. Aunque también la hubiera, la población china era mucha menos visible que en Lhasa, pero los “cajas de hormigón” abundaban aún más, habitadas por tibetanos. Tampoco la ciudad vieja tenía el encanto de la de la capital. La miseria era mucho mayor. Todo estaba espantosamente sucio y ruinoso y bandadas de niños mendigos te perseguían sin cesar en busca de limosna. Claro que la visita a Thasilungpo, el monasterio-palacio de los Panchen Lamas, estaba programada para el día siguiente y de la otra joya de Shigatsé, el *Dzong* o castillo, que algunos viajeros del pasado habían elogiado como un segundo Potala, no quedaban más que un montón de ruinas. Fue

dinamitado durante la Revolución Cultural sin que al parecer las autoridades actuales hayan tenido hasta ahora fondos o interés en reconstruirlo. Según los tibetanos, por lo menos aquí sus Dioses se tomaron venganza: el jefe de los Guardias Rojos que encabezaba la destrucción murió en el umbral del *Dzong*, aplastado por una viga que se desplomó sobre su cabeza.

En un hotel anodino en la parte nueva de la ciudad encontramos alojamiento. Aunque ayuné el resto del día, aquella noche dormí mal. Tuve que levantarme varias veces para ir al baño y además una jauría de perros se pasó aullando y peleándose toda la noche. Pero además estuve dando vueltas a lo que iba a encontrarme al día siguiente en el monasterio, una visita en la que mi espontáneo anfitrión se había ofrecido a guiarme. No me importó porque me iba a hacer falta alguien al lado a quien poder preguntar. Shigatsé, en mi viaje, no era una etapa cualquiera. Una atmósfera siniestra envolvía aquella ciudad provinciana, por la que últimamente se habían interesado comisiones de Derechos Humanos y parlamentarios de media Europa. En Shigatsé habían pasado cosas. Para empezar el actual Panchen Lama cuya bondad tanto me había ensalzado el funcionario local no era más que un niño de ocho años. Y para terminar, ni siquiera era el verdadero Panchen Lama.

El primer Panchen Lama, oficialmente el IV, por esa afición que tienen los lamas tibetanos a inflar la antigüedad de sus linajes, recibió el título nada menos que del V Dalai Lama, el “Gran Quinto”, el primero en reinar sobre el Tíbet. Con tal honor quería honrar a su maestro espiritual, a quien le había educado en religión, el entonces abad de Thasilungpo. Panchen significa precisamente “Gran Maestro” o “Gran Erudito” y para honrarle todavía más, después de haberse proclamado él mismo reencarnación del Buda Chenrezi, no tuvo empacho en proclamar que su maestro era la reencarnación del Buda Amithaba. Así subieron los dos juntos a los altares como Budas Vivientes. Pasaron los siglos y la relación entre los Panchen y Dalai Lamas, “maestros” y “discípulos” fue siempre muy estrecha aunque la bicefalia espiritual, cuando no política, no dejaba de presagiar que terminarían por surgir luchas por el poder entre ambos. Al menos así lo pronosticó el padre Huc en 1846: “Una gran rivalidad no puede dejar de declararse más tarde o más temprano entre los dos grandes Lamas del Tíbet, entre Lhasa y Shigatsé arrojando a los tibetanos a funestas divisiones”

En ayunas, todavía afectado por una severa diarrea, inicié mi visita al monasterio. Una nueva ciudad monástica en la que en el pasado llegaron a vivir 8.000 monjes y que hoy habitan unos setecientos. Más de 3.500 celdas y capillas, en su mayor parte abandonadas... y perros, decenas, centenares de perros, dormidos en medio de las callejas del monasterio, tras una noche en vela de peleas y aullidos. No es que no hubiera perros en los demás monasterios, pero Thasilungpo se llevaba la palma. Todas las guías lo advierten: Tíbet es el país de los perros, pero no de unos canes cualesquiera, sino de perros feroces, agresivos y mordedores. Los más grandes de todos, los molosos o mastines tibetanos guardan a campo abierto las tiendas de los nómadas. También hay una raza en miniatura, los famosos Lhasa Apso, un perro de aguas tibetano que sirve de animal de compañía. Pero la mayor parte de los perros del Tíbet son animales vagabundos que no pertenecen a nadie, que se mueven a su antojo por ciudades y campos sin que los tibetanos les molesten. Por razones que nada tienen que ver con la espiritualidad humana, a los perros del Tíbet les gusta especialmente vivir en los monasterios. Los monjes los alimentan y los cuidan, ya que se dice que son reencarnaciones de aquellos ламas que no cumplieron bien con sus deberes religiosos en su anterior vida. Por la abundancia de perros, puede deducirse cuánto abundan en Tíbet los monjes pecadores. Aparte de su impresionante número, los que dormitaban por la mañana en Thasilungpo estaban llenos de terribles heridas, fruto de sus peleas de la noche anterior. Aparentemente ni se inmutaban cuando pasabas entre ellos, pero más valía tener cuidado. Los casos de rabia no son raros en el Tíbet. Pero en el pasado, cuando no había vacuna, eran mucho más frecuentes. Según muchos viajeros, la llamativa ferocidad que exhiben los perros tibetanos en un país pacífico y budista podría tener siniestras causas. Excepto en el caso de los grandes ламas que son embalsamados, los tibetanos tienen una forma particular de deshacerse de sus muertos: dada la escasez de leña para incinerarlos, ante la dureza del suelo árido y seco y tantas veces helado que dificulta enormemente el enterramiento, las exequias tradicionales tibetanas consisten en llevar los cadáveres a un lugar apartado, generalmente cercano a un monasterio, donde son despedazados por matarifes profesionales. Los *Ragyapas* o descuartizadores de cadáveres constituyen la casta más baja y despreciable del Tíbet, aún más que los carniceros. Son tan diestros con el cuchillo que en apenas unos minutos reducen un cuerpo humano a diminutas

porciones de carne y hueso capaces de servir alimento a los buitres. Las aves carroñeras del Tíbet son en principio las únicas invitadas a este último festín, conocido por ello como “funeral celeste” o “exequias aéreas”; pero los perros también rondan por ahí... Omnívoros y oportunistas como son y con el hambre a cuestas, no iban a desdeñar semejante bocado... Quedan pues advertidos los viajeros al Tíbet: esos perros aparentemente semidormidos que uno se encuentra por docenas en ciudades y monasterios, con la cabeza inocentemente cercana a nuestro tobillo, tienen una visión de él muy diferente a la de los perros de otras latitudes. Incluso es probable que lo hayan probado ya...

El conflicto surgió casi un siglo después de la predicción del padre Huc. Eran los años veinte, cuando el Tíbet acababa de proclamar su independencia y el IX Panchen Lama, acusado de simpatías prochinas fue obligado a exiliarse. Su oposición a la creación de un ejército tibetano le había enemistado con el XIII Dalai Lama, a lo que las intrigas del partido proinglés contribuiría decisivamente. Comenzaba así el cisma religioso profetizado por el padre Huc, del que los chinos inmediatamente intentaron aprovecharse. El Panchen Lama moriría en China en 1938 sin regresar nunca más al Tíbet. Su sucesor, el X Panchen Lama, fue entronizado en el monasterio de Kumbum, un territorio tibetano bajo secular administración de Pekín. Aunque la búsqueda del pequeño Buda se había ajustado a los rituales y normas tradicionales, Lhasa desconfió y exigió que el niño fuera llevado al Tíbet para ser examinado. Sus partidarios se negaron. El joven Panchen Lama no viajaría al País de las Nieves ni a su monasterio de Thasilungpo hasta 1952, dos años después de la entrada de las tropas chinas y tras haber pedido con entusiasmo a Mao que “liberara” el Tíbet.

Fue acogido con fervor, dado su alto rango religioso, pero el hecho de haberse formado en China y mostrar simpatías por los comunistas, le granjeó en la corte de Lhasa el apodo de “Lama rojo” o “Lama Han”, pese a ser tibetano de Amdo, exactamente igual que el nuevo Dalai Lama. Tenía entonces catorce años, tres menos que el Dalai y lo ignoraba todo de su país. A partir de su vuelta, la complicada vida del X Panchen Lama es todo un símbolo de las turbulentas experiencias y cambios que en las últimas décadas le ha tocado vivir al Tíbet. Pero además su peripecia es la de un auténtico personaje de novela, víctima de su destino histórico, traicionado por todos, oscurecido por la sombra demasiado grande del

actual Dalai Lama. En su autobiografía, “Mi Vida y mi Obra”, Tenzin Gyatso cuenta su impresión de aquel joven Buda Viviente, su par espiritual, educado por los chinos y que las autoridades comunistas pretendían instrumentalizar:

“... Los chinos estaban intentando hacer con nosotros lo que intentaron hacer en vano con la generación anterior y esta vez tenían la ventaja de tener en sus manos a uno de los jefes espirituales del Tíbet...”

Cuando en marzo del 59, el Dalai Lama huyó a la India, el Panchen Lama se quedó en el Tíbet. Probablemente no se hubiera marchado en ningún caso pero los ministros de Lhasa ni siquiera se lo propusieron ni mucho menos le mantuvieron al corriente de los planes de fuga. Desconfiaban del “Lama Han”. A partir de entonces, siendo la principal autoridad religiosa que les quedaba, los chinos jugaron a fondo la carta del Panchen Lama. Destituyeron al Dalai de sus antiguos cargos y nombraron al Panchen Lama primer presidente de la nueva Región Autónoma del Tíbet, un cargo más bien simbólico, en representación de la que había pasado a ser una más entre las minorías nacionales y regiones autónomas de la República Popular. Pero el Panchen Lama, pese a ser partidario de la integración en China, ni era ni podía ser comunista. Con veintitrés años, se encerró en su monasterio de Thasilungpo para redactar un largo informe a Chu Enlai, entonces primer ministro chino, denunciando el trauma que para los tibetanos estaban suponiendo el cierre de los monasterios y las colectivizaciones forzosas. En principio no pareció haber represalias. Pero si su religión le impedía ser comunista, esa misma fe budista le obligaba también a seguir respetando el magisterio espiritual del otro gran Buda Viviente exiliado. En 1964, en Lhasa, en pleno Barkor, durante las celebraciones del nuevo año, el Panchen Lama terminó su plegaria deseando una “larga vida al Dalai Lama”. Ahora sí hubo reacción. Fue destituido como presidente de la Región Autónoma y trasladado a Pekín, donde pasaría encarcelado en la prisión de Qin Cheng nada menos que trece años. El “Lama Han”, el “Lama Rojo” era ahora un prisionero de los comunistas. Durante el cautiverio, en plena Revolución Cultural, fue obligado a someterse a interminables sesiones de autocrítica, se le impidió rezar y estudiar y sufrió unas condiciones tan severas que, según se dice, llegó hasta a intentar suicidarse, el pecado más grave para un budista. Como tantos otros, en el 77, tras la muerte de Mao, fue liberado, pero a él se le mantuvo en libertad vigilada

en Pekín y hasta el 82 no se le permitió volver al Tíbet. Cuando lo hizo, era ya un hombre obeso y prematuramente envejecido que fue recibido por los tibetanos con multitudinarias manifestaciones de devoción y afecto. Con él llegaban nuevos vientos al Tíbet, aquella década de los ochenta en que la transición hacia un socialismo democrático pareció ser un sueño posible. En Thasilungpo, el Panchen Lama se dedicó fundamentalmente a las obras de reconstrucción de su monasterio, gravemente dañado por la Revolución Cultural. En el 85, en Lhasa, volvió a manifestar públicamente su respeto por la figura del Dalai Lama. En enero de 1989, en plena época de los motines proindependentistas, moría súbitamente en Thasilungpo de un ataque al corazón. Tenía entonces cincuenta y un años, de los cuáles sólo diecinueve había logrado vivirlos en el Tíbet.

“El X Panchen Lama fue un destacado líder del budismo tibetano, gran patriota y renombrado estadista chino... Siempre se opuso con firmeza a todo acto de separatismo e hizo imborrables contribuciones a la salvaguardia de la unificación de la patria y al fortalecimiento de la unidad nacional”

Así reza el elogio fúnebre que Pekín dedicó al Buda Viviente fallecido, obviando por completo sus años de prisión, sus amarguras y denuncias. Puestos a seguir instrumentalizándolo, el Gobierno chino costeó íntegramente la construcción de la capilla y la stupa funeraria que ahora tenía ante mis ojos, gastándose en ellas la astronómica cantidad de 66 millones de yuanes (1.300 millones de pesetas) y empleando para albergar sus restos mortales seiscientos kilos de oro e incontables piedras preciosas. Fue inaugurada con toda pompa en 1993. Muerto y embalsamado, recubierto de oro, el Panchen Lama había pasado a ser, después de Mao, el patriota con la tumba más cara de la China contemporánea. Según me explicó *Nuestro Hombre en Shigatsé*, el propio Jiang Zeming viajó desde Pekín dos años antes para supervisar la construcción del mausoleo, cuando todavía sólo era secretario general del Partido.

- Aquí no dice nada de los años que pasó en la cárcel el Panchen – le mostré al chófer el folleto en inglés que acababa de darme nuestro guía- Pregúntale por qué.

- No es un hombre informado. El no sabe de eso – me respondió sin molestarse en interrogarle.

Las tumbas de sus reencarnaciones anteriores habían sido profanadas y destruidas de tal modo por los Guardias Rojos, que el X Panchen consideró un deber restaurarlas, una vez que los chinos le permitieron regresar al Tíbet. Como el dinero entonces no daba para más, tuvo que conformarse con una stupa colectiva en las que están enterrados los restos de sus antecesores desde el V al IX Panchen. Cuando la inauguró en enero de 1989, el Panchen Lama pronunció un importante discurso en el que llegó a decir que “el progreso y las mejoras indudables traídas al Tíbet por los chinos no podían compararse con la destrucción y el sufrimiento causados al pueblo tibetano...” Fueron sus últimas palabras, a modo de testamento espiritual. Cuatro días después, un ataque al corazón acabó fulminantemente con su vida, lo que hizo sospechar a algunos exiliados tibetanos sobre la causa real de su fallecimiento.

- El X Panchen Lama tenía un ferviente deseo de reconstruir las tumbas de los Panchen anteriores, destrozadas durante la Revolución Cultural... Al acabarlas, estaba tan fatigado que se murió – me explicó *Nuestro Hombre en Shigatsé*.

- ¿Había tenido algún infarto antes?

- Estaba muy gordo –fue la respuesta.

En torno a la stupa colectiva, unas recientes pinturas murales retrataban a todos los Panchen Lamas incluido el último. Se le veía efectivamente gordo, aunque majestuoso.

- El retrato se lo hicieron en vida – me explicó nuestro guía- . Él se empeñó en que le pintaran, pese a que según la tradición no hubieran debido retratarle hasta que muriera...

- ¿y por qué se empeñó entonces? –pregunté

- Fue una premonición. Era un Buda Viviente. Muchos Budas Vivientes saben cuándo van a morir –me respondió con absoluto aplomo.

Pese a los intentos de manipulación, pese al hecho cierto de que nunca dejara de afirmar que el Tíbet formaba parte de China, el X Panchen Lama es muy querido por los tibetanos e incluso respetado también por los lamas del exilio. Su

desgraciada vida, sus años de prisión, su defensa de sus compatriotas en condiciones muy difíciles, le han hecho acreedor de ese afecto, obviando ciertas páginas de su biografía. Porque hay zonas oscuras de su vida de las que nadie habla, ni los chinos ni los tibetanos. Unos por no desmerecer a un patriota, los otros por no mostrarse irreverentes con un Buda Viviente. Dicen las malas lenguas que durante su cautiverio en Pekín, el Panchen Lama pecaba con frecuencia contra la gula, era un inveterado glotón y, peor aún, que rompiendo el voto de celibato, llegó a casarse con una china y tuvieron un hijo.

En Thasilungpo no había turistas. Ni siquiera había demasiados peregrinos. El ambiente era frío, sin asomo de hospitalidad. Nada más verme, los monjes desaparecían por las capillas y callejuelas por completo huidizos sin querer ser vistos hablando con un extranjero. Algo perfectamente comprensible con la información de que yo disponía, porque todavía estaban demasiado recientes unos graves hechos acaecidos en aquel monasterio apenas tres años atrás. El último encontronazo entre Pekín y el Dalai Lama, causa de una ruptura total de contactos y negociaciones que todavía hoy se mantiene. Un litigio nacido durante el proceso de búsqueda del niño-reencarnación del difunto Panchen, espinosa cuestión, como todo lo que tiene que ver con la sucesión de los altos lamas tibetanos. Ni aún de existir de verdad, hubiera tenido el hijo del Panchen Lama ninguna posibilidad de heredar el cargo de su padre. En el Tíbet, salvo muy raras excepciones, la condición de Buda reencarnado no se transmite de padres a hijos. Descubrir una nueva reencarnación, requiere en cada caso un complejo proceso de búsqueda y selección, incluyendo consultas a oráculos y secretas ceremonias rituales, en una exhaustiva investigación que en el caso del Panchen y el Dalai, los dos lamas principales, puede prolongarse años enteros.

Dadas las posibilidades de manipulación del proceso, ya he mencionado que dos siglos atrás, los emperadores chinos se habían atribuido la última palabra a la hora de confirmar el nombramiento de los pequeños Budas. Un viejo privilegio que las autoridades de Pekín, ahora comunistas, han vuelto a reivindicar, eso sí en apariencia comprometiéndose a no interferir en los métodos de búsqueda tradicionales. El procedimiento se ensayó por primera vez a principios de los noventa cuando tocó buscar al niño reencarnación del Lama Karmapa, máxima autoridad de la orden Kagyupa, la segunda más importante del Tíbet. Su antecesor

había muerto en el exilio, pero el niño fue encontrado en el interior del País de las Nieves y una vez superadas todas las pruebas fue reconocido como Buda Viviente tanto por el Dalai Lama como por el Gobierno chino. En el momento de mi viaje, el joven XVII Karmapa tenía ya unos catorce años, realizaba sus estudios budistas en su monasterio de Tshourpou, no demasiado lejos de Lhasa y era exhibido por Pekín como una demostración de la aparente normalidad religiosa que se vivía en el Tíbet. Incluso los turistas podían visitarlo. Durante mi estancia en la capital, solicité varias veces entrevistarle en su monasterio, pero siempre se me contestó con evasivas, argumentando que el joven Buda atravesaba un período especialmente arduo de sus estudios religiosos y no debía ser molestado.

Con el Panchen Lama, la búsqueda de su reencarnación empezó de parecida forma, pero los resultados fueron muy diferentes. Para empezar se trataba de una figura políticamente mucho más importante que el Karmapa, el heredero del “Lama Han” que aunque perseguido y represaliado, los chinos habían elevado a los altares de su propio nacionalismo, declarándole un gran patriota. Era impensable que su sucesor no lo fuera. Al principio se guardaron las formas: la misión de encontrar a su sucesor se encargó como era tradicional a los propios lamas de Thasilungpo, encabezados por su abad, Buda Viviente también, Tchedrel Rimpoché. Como parecía que el Panchen Lama había predicho antes de morir que habría de encarnarse en el Nordeste, por allí empezaron las búsquedas. En 1994, tras investigar a centenares de niños, se habían seleccionado a veinticinco candidatos. Y entonces surgió el problema, cuando, según se dice, Tchedrel Rimpoché, el abad de Thasilungpo, le pasó la lista de seleccionados al Dalai Lama (¿Con el consentimiento tácito de Pekín? Según señala Melvyn Goldstein en su libro “El Dragón y el León de las Nieves” , Tchedrel Rimpoché tenía que ser entonces un hombre de confianza de los chinos, porque si no, no le hubieran nombrado abad ni encargado la búsqueda). Los hechos son demasiado recientes para tener una visión objetiva sobre ellos: por lo que se sabe, tanto Tchedrel Rimpoché como el Dalai Lama, una vez vistas las pruebas, coincidieron en que uno de los niños era la inequívoca reencarnación del Panchen: un niño de seis años, un hijo de pastores llamado Guendun Tcheukyi Nyima. Ahora tocaba convencer discretamente a los chinos de que confirmasen su nombramiento, tal y como habían hecho varios años atrás con el niño Karmapa. Después de todo, a los chinos que podría importarles

quién fuera el niño elegido con tal de que se guardase la apariencia de que ellos tenían la última palabra. Esta vez no fue así. Sin que se sepa todavía lo que pasó entre bambalinas o si hubo o no negociaciones secretas entre ambas partes, el 14 de mayo de 1995 el Dalai Lama se adelantó a reconocer por su cuenta a Tcheukyi Nyima como XI Panchen Lama. La reacción del Gobierno chino al ver humillada su autoridad, fue fulminante. Según cuenta Gilles Van Grasdorff en su reciente libro “El Panchen Lama, un rehén de Pekín”, en la noche del 12 al 13 de julio, la policía entró en el monasterio de Thasilungpo, hasta entonces un monasterio “amigo”, arrestando a treinta y dos monjes, entre ellos al abad, Tchadrel Rimpoché, que más tarde sería condenado a seis años de cárcel. En previsión de que pudieran ser sacados del Tíbet, el pequeño Nyima y toda su familia fueron puestos bajo custodia en un lugar desconocido. Pero sobre todo, negando al Dalai Lama todo derecho a reconocer al nuevo Panchen, Pekín resucitó otra vieja tradición imperial, aquella del sorteo en la Urna de Oro que instituyera el emperador Qianlong. Excluido Nyima, otros tres niños fueron seleccionados y en noviembre de 1995, frente a la sagrada estatua de Buda en el Jokhang, uno de los nombres fue sacado por azar de la urna. La televisión tibetana retransmitió en directo la ceremonia. El agraciado fue otro niño, Gyantsen Norbou. Como el primero, también era de la provincia nortea de Lhari y tenía seis años. Apenas una semana después, fue solemnemente entronizado en su monasterio de Thasilungpo que ya contaba con un nuevo abad y con varias decenas de monjes, viejo abad incluido, entre rejas.

El gran Hall de Oraciones de Thasilungpo era muy amplio y al revés que la mayor parte de las edificaciones del monasterio, parecía realmente antiguo. Según me informó el guía, podían caber en él más de 3.000 monjes y había sido construido en 1546 por el primer Panchen Lama. En el centro de la gran sala, estaba el trono de los Panchen, construido con madera de sándalo, sobre el que había sido entronizado el pequeño Gyantsen Norbou. Ahora todo lo que había de él sobre el trono era una fotografía enmarcada. Me pareció un niño muy guapo.

- Todos dicen que es una persona muy sabia –me explicó *Nuestro Hombre en Shigatsé*.

-¿Con seis años? – no pude evitar sonreirme yo ante el despropósito del elogio.

- La edad no importa. Para ser escogido como reencarnación hay que ser muy inteligente. Si no, no se pasan las pruebas.

- ¿Dónde está el pequeño Panchen? –me interesé

- En Pekín

- ¿ En Pekín? ¿Por qué no está en su monasterio?

- Allí puede estudiar mejor. Aquí los tibetanos le agobiaríamos... Todo el tiempo pidiendo su bendición...

Para no ser un hombre informado, aquel funcionario local tenía respuestas para todo. En efecto, como más tarde confirmé, excepto alguna esporádica visita, desde 1995 el pequeño Gyantsen está siendo educado en Pekín, en un lugar discreto y desconocido. Según Van Grassdorf, con su alejamiento del Tíbet, los chinos quieren evitarle el desprecio de sus compatriotas que no le reconocen y le llaman el “Panchen chino” (Pero también llamaban así a su antecesor cuando era pequeño los lamas de Lhasa, lo que no impidió que de mayor sus protectores le encarcelasen dieciocho años). Respecto del otro Panchen, el reconocido por el Dalai, en el momento en que escribo este libro sigue en paradero desconocido con toda su familia. Parlamentarios occidentales y grupos de derechos humanos, incluso en una reciente visita la alta comisaria de Derechos Humanos de la ONU, Mary Robinson, se han preocupado por su suerte sin obtener respuesta alguna del Gobierno chino. Ni a corto ni a medio plazo, parece probable que Pekín deje de controlar estrechamente los movimientos del pequeño Nyima, ante el temor de que pueda escapar a Dharamsala donde sería recibido como el auténtico Panchen Lama.

III.-

CAMPESINOS Y ARISTÓCRATAS

Para no ser injusto con Shigatsé ni con su monasterio, allí también me tocó vivir algún descubrimiento agradable como mi primera experiencia de la medicina tradicional tibetana. Mi diarrea no mejoraba y mi solícito guía local se empeñó en llevarme, no al moderno hospital de la ciudad, sino al dispensario que en el monasterio de Thasilungpo mantenían abierto los monjes. Se trataba de una pequeña y bonita clínica, llena de flores, en la que hacía cola una muchedumbre de campesinos tibetanos, de aspecto muy pobre, vestidos con sus ropas tradicionales. Había médicos monjes y médicos seglares, como el que a mi me atendió, un hombre enjuto, con cara de pájaro, que se presentó como el doctor Nawang. Después de saludarme, se puso inmediatamente a tomarme el pulso, a la manera china, con tres dedos. Apenas llevaba medio minuto tomándomelo, cuando me comunicó su conclusión.

- Dice que tiene usted el estómago delicado – me tradujo el chófer. Un diagnóstico increíblemente certero, aunque desconfié. Quizás se lo había contado él previamente.

- ¿Ha tomado alguna fruta o zumo? – se interesó el doctor.

- Sólo comida tibetana.

- No puede decirle eso – se interpuso mi conductor/intérprete-. Sería poco cortés...

Me sorprendió tan inusual consideración por su parte. Luego él y el de Shigatsé se enzarzaron en una apasionada conversación con el doctor Nawang, mientras este escribía sobre un pedazo de papel de estraza unos rápidos caracteres tibetanos. Me lo tendió. Era mi receta. Cuando fui al dispensario, el herborista

estuvo un rato buscando en un montón de frascos y utilizó el mismo pedazo de papel de estraza para guardar en él un puñado de rugosas bolitas negras. Nada comparable con la variedad de píldoras, hierbas y polvos que el doctor Nawang le había recetado a *Nuestro Hombre en Shigatsé* para aliviar el elevado índice de colesterol que suelen padecer todos los tibetanos como consecuencia de una dieta basada, excluidos frutas y verduras, en un consumo desmesurado de grasas animales.

Mientras esperaba a que le preparasen sus medicinas, me llamó la atención en el dispensario una placa en inglés que explicaba que el centro era una donación de la Cruz Roja Suiza. Junto a él había un cuadro con tarjetas de médicos visitantes de Alemania, Filipinas, Estados Unidos... Cáritas Internacional figuraba como uno de los benefactores de la clínica.

- Tíbet es un país pobre. La ayuda internacional siempre es bienvenida... – me explicó *Nuestro Hombre en Shigatsé*, para luego seguir elogiando los méritos de la medicina tradicional tibetana y en concreto los del médico al que me había llevado:

- El doctor Nawang es una celebridad. Sólo con el análisis del pulso puede llegar a averiguar incluso la fecha de la muerte de una persona...

Me inquieté: ¿No le habría dicho a él...?

- Claro que no. Los médicos tradicionales son gente muy discreta. Aunque lo sepan, no van a decírtelo.

Si algo tienen en común los chinos y los tibetanos es la pasión por sus respectivas medicinas tradicionales. En el caso de la tibetana, sus prácticas médicas derivan en gran medida de las tradiciones chinas con influencias de la medicina ayurvédica hindú más una gran dosis de la desaforada imaginación propia. Como los chinos, los tibetanos practican la acupuntura y la herboristería, pero además creen que es posible curar mediante mantras y conjuros y que el análisis de orina puede determinar qué tipo de malos espíritus son los causantes de cada enfermedad. Respecto de la discreción de su doctores, la del doctor Nawang fue tanta que se le había olvidado decirme cuándo y con qué dosificación tenía que tomarme mis bolitas negras. Pensé que podía haberlo escrito en las letras garabateadas en mi paquete; pero cuando mi chófer logró traducírmelas allí tampoco se decía nada.

De Shigatsé a Gyantsé, nuestra siguiente etapa, había poco más de un centenar de kilómetros y como allí no había previsto nadie que nos esperase, *Nuestro Hombre en Shigatsé* se ofreció a acompañarnos en el viaje. Fui a protestar, pero lo planteó con tal cordialidad, como si de un altruista favor se tratase, que me dejó sin argumentos. Verdaderamente la maldición de *Nuestro Hombre en Lhasa* se estaba cumpliendo. Era prácticamente imposible viajar solo por el Tíbet.

- En el Tíbet gustan mucho las corridas de toros españolas. Suelen darlas de vez en cuando por la televisión – me tradujo de su parte el chófer apenas arrancó la furgoneta. No salí de mi asombro. No ya por el hecho de que la principal de nuestras fiestas patrias hubiera llegado tan lejos, hasta el mismo Techo del Mundo, me sorprendía aún más que unos budistas, obligados a respetar a todos los seres vivos, pudiesen disfrutar con el sacrificio de un animal.

- Los toros de ustedes nos recuerdan mucho a nuestros Yaks – me aclaró *Nuestro Hombre*, mientras yo decidía que definitivamente parecía existir una afinidad secreta entre españoles y tibetanos, históricamente inexplicable, pero constatable en la práctica. Lo de menos eran las corridas de toros. Las semejanzas de ambas religiones, la tradicional preminencia del poder eclesiástico en las dos sociedades, el gusto desmedido por la ceremonia y el ritual, el culto a las imágenes, a los santos y vírgenes, pese a ser religiones aparentemente monoteístas, las procesiones y fiestas populares, tan coloridas, variadas y multitudinarias en España como en el Tíbet. Y para rematar, una pasión común por la peregrinación, en mi país representada, de norte a sur, por el Camino de Santiago y el del Rocío.

- ¿Cómo se dice España en tibetano? – le pregunté por curiosidad al chófer.

- *Sibaniá*.

- Pero *Sibaniá* es el nombre en chino

Tuve que esperar a que los dos tibetanos terminaran de aclararse al respecto.

- En tibetano no tenemos una palabra para llamar a su país.

Más adelante, en la India, tuve ocasión de comprobarlo. Para no mencionar el nombre chino, los tibetanos exiliados se limitan a decir “Spain”. Al no haber existido nunca relaciones ni comerciales ni políticas en el pasado, el tibetano no ha acuñado un término para denominarnos, como hiciera con Francia, Rusia o Inglaterra. España no existe en el idioma tibetano, pero la ausencia de nombre no elimina, sino que todavía hace más sorprendentes las coincidencias.

Tampoco esta vez tuvimos que subir montañas. La carretera era una larga recta que seguía el curso del río Nyang Chu, un afluente del Brahmaputra/Tsangpo, a través de una fértil comarca llena de campos de labor. El paisaje era extraordinariamente bello. Aunque siguieran siendo omnipresentes, las montañas parecían más lejanas dada la amplitud del valle. Por todas partes se veían campesinos trabajando. Más allá de unos pocos núcleos urbanos, la mayor parte de los tibetanos, hoy como ayer, siguen viviendo en el campo. Entre pastores y campesinos suman el ochenta por ciento de la población y aunque la imagen típica del Tíbet sea la de un país de pastos y rebaños de yaks, las tierras cultivadas también abundan. Allí donde existe un valle con suficiente agua, los tibetanos siembran sus productos agrícolas: cebada en primer lugar, con la que se fabrica el *tsampa* y la cerveza, pero también trigo, guisantes, rábanos y nabos. Las verduras nunca se dieron bien en el Tíbet, pero hoy los experimentados ingenieros agrícolas chinos han conseguido introducir tomates, lechugas y coles, incluso sandías... Siempre a base de un intensísimo regadío porque el aire del Tíbet es tan seco que aún cuando llueve es necesario seguir regando las cosechas. Una sequedad que tiene sus ventajas a la hora de conservar los alimentos. Charles Bell, en su libro “La Gente del Tíbet”, fruto de sus viajes en los años veinte, observaba que gracias a su aire tan seco, frío y rarificado, el Tíbet poseía una feliz inmunidad frente a muchos tipos de gérmenes. Los alimentos no se pudrían. “Deben existir muy pocos países en el mundo en los que la gente mate a sus animales una vez al año y consuma la carne feliz y saludablemente durante los siguientes doce meses”. Si la carne podía conservarse cinco años, seguía diciendo Bell, el grano se mantenía en buenas condiciones cien años e incluso más. “Dadle al grano un granero con buena ventilación y el frío y seco clima del Tíbet hará el resto”.

En el fértil valle de Gyantsé, una de las zonas cultivadas más altas del mundo, a cuatro mil metros de altitud, las casas de campo tibetanas, coronadas por multicolores “banderolas de oración” daban un toque de color al paisaje. La solidez de las edificaciones que veía, verdaderas fortalezas, sólo podía responder a la dureza del clima. Durante los inviernos, personas y animales domésticos tenían que compartir el mismo techo para sobrevivir, dándose mutuamente protección y calor. Pero ahora estábamos en verano, y la vida se desarrollaba fuera. En muchas de las casas se veían boñigas de vaca o de Yak, puestas a secar sobre los muros y paredes.

Dada la escasez de leña, los excrementos del ganado constituyen aún hoy el combustible habitual de los campesinos tibetanos. Las usan tanto para cocinar como, lo que en el largo invierno del Tíbet es todavía más importante, para calentarse. En su libro “Memorias de un Viaje al Tíbet”, el padre Huc hizo un curioso recuento de las propiedades caloríficas de las distintas clases de bostas: según él – y a lo largo de su arduo viaje debió tener ocasión de probarlas todas- las mejores son las de cabra o cordero, capaces de dar una temperatura asombrosa. Los tibetanos las usan para trabajar los metales, ya que ponen el hierro al rojo en un instante. Las segundas mejores son las de camello: arden fácilmente y con llama, pero dan un calor menos vivo e intenso. Las terceras, las de bovino, sean de bueyes o yaks, constituyen el combustible más usado en el Tíbet: cuanto están bien secas, arden con mucha facilidad y no dan apenas humo. Las de caballo en cambio, producen una gran humareda y se consumen al instante. Sólo son útiles para encender el fuego.

Respecto del humo que pueden llegar a desprender los excrementos bovinos, el propio padre Huc rectificaría más adelante al entrar en su primera casa tibetana y comprobar lo negras y tiznadas de hollín que estaban las paredes, pero también sus habitantes. En plan bíblico, calificó las casas tibetanas de “sepulcros blanqueados”, por encaladas y limpias por fuera, pero increíblemente sucias por dentro. No sólo por causa del hollín: las basuras y restos de comida se amontonaban en el suelo sin que nadie se tomara la molestia de recogerlas. Como durante el trayecto no paramos en ninguna casa, no tuve ocasión de contrastar si en los últimos ciento cincuenta años habían mejorado los hábitos higiénicos de los campesinos tibetanos. Pero sí comprobé que aunque se veía algún que otro tractor, los faenas agrícolas seguían realizándose conforme a los métodos del pasado. Sobre los campos, en lugar de azadones, hombres y mujeres empuñaban por igual unas palas de largos mangos; el arado era a sangre, con yuntas de bueyes o de yaks, pero manejándolo no vi a ninguna mujer. Según había leído, entre los tibetanos, aquella era la única tarea agrícola tradicionalmente reservada a los hombres. Por el camino, de vez en cuando una edificación más grande que las otras exhibía un largo mástil con una bandera china en lo alto. Me interesé por ellas y resultaron ser escuelas rurales. De vuelta a casa, grupos de niños uniformados con gorras y pañuelos caminaban tranquilamente por en medio de la calzada, sin preocuparse del escaso tráfico. Escaso en coches y camiones, pero abundante en carros tirados por burros o

caballos, bicicletas y unos tractores diminutos, con un remolque enganchado, que se utilizaban por igual para transportar cargas y personas. En esa carretera nadie parecía tener prisa. Por más que, pese a mis protestas, el chófer no dejaba de tocar el claxon, ni los escolares, ni los carros ni los tractores se molestaban en cedernos el paso.

Era ya por la tarde cuando, todavía en pleno campo, a unos cuatro o cinco kilómetros de nuestro destino, la furgoneta se desvió por una pista de tierra y se detuvo frente a un conjunto de viviendas. Bajamos todos, en mi caso extrañado de que nadie me hubiese advertido de aquella parada.

- ¿Qué es esto? – pregunté- ¿Por qué hemos parado?

- Es un museo.

Me pareció tan inverosímil aquello de un museo en mitad del campo que expresé mi desconfianza: - ¿un museo? Un museo de qué?

- Puede preguntarle a ella –me respondió mi chófer-. La señorita se lo explicará.

Seguí sus ojos y, en efecto, del edificio principal salía en ese momento una joven tibetana, vestida con el delantal tradicional, que inmediatamente nos dio la bienvenida a la Hacienda Pa-lha, uno de los mayores latifundios del Viejo Tíbet, perteneciente a la familia aristocrática del mismo nombre.

“La Hacienda Pa-lha es un ejemplo de vieja hacienda aristocrática.... El conjunto constaba de 37 edificaciones, 12 tierras de pastos, 30.000 hectáreas de tierra 13.900 animales y más de 3.000 siervos repartidos en Gyantse, Lokha, Lhasa... En vísperas de la liberación, la mansión principal ocupaba 5.700 m² y a su servicio estaban más de 100 esclavos domésticos... El clan Pa-lha entró a formar parte de la aristocracia del viejo Tíbet alrededor de 1642. Durante cinco generaciones, los herederos del clan fueron todos altos funcionarios del antiguo Gobierno tibetano. La Hacienda Pa-lha es una más de las innumerables mansiones de la sociedad feudal imperante en el viejo sistema de servidumbre del Viejo Tíbet. En 1959, los últimos herederos del clan Pa-lha traicionaron a la madre patria y escaparon al extranjero con la camarilla del Dalai Lama. Como todos los grandes latifundios, Pa-lha fue expropiado y la tierra repartida entre los

antiguos siervos. En 1994, como ejemplo de la vida en el Viejo Tíbet, el Gobierno decidió transformar esta Hacienda en museo para contribuir a la educación patriótica de los habitantes de la Región Autónoma...”

El cartel en chino y tibetano era lo suficientemente expresivo de cuál era el origen, pero sobre todo el propósito de aquel museo. Los Han pero también los tibetanos que gobiernan la Región Autónoma, justifican la intervención china en el Tíbet en la necesidad de poner fin a un régimen feudal que mantenía en semiesclavitud al noventa por ciento de la población. Numerosos historiadores occidentales han equiparado la situación de los campesinos y pastores del Viejo Tíbet anterior a 1959 con la de sus pares en la Edad Media europea. En ambos casos, los siervos estaban sujetos a la tierra y no podían dejar la hacienda ni la localidad sin el permiso del terrateniente. Para obtenerlo, fuera para casarse o para cambiar de empleo, debían solicitar a su señor lo que en idioma tibetano se llamaba “Petición de Separación del Hombre”. A cambio debían pagar una gran suma, pero ni siquiera entonces la concesión estaba garantizada.

La polarización que caracteriza la cuestión tibetana ha enturbiado también este tema, convirtiéndolo en una arrojadiza arma política. Algunos viajeros occidentales minimizan la crueldad del viejo sistema, como Heinrich Harrer que en su libro “Reencuentro con el Tíbet” tras advertir que estamos ante el típico argumento de los chinos, señala que la situación de los “esclavos domésticos” era en el Tíbet menos trágica de lo que tan cruda denominación sugiere. Muchos tibetanos pobres estaban encantados de asegurarse así la comida, por muchas restricciones a su libertad que implicara. El francés Michel Peissel, cronista apasionado de la guerrilla Khamba, llega a decir que en el viejo sistema feudal del Tíbet no había odio de clases y que las prestaciones personales de los siervos a sus señores se debían al hecho de que, al no haber dinero, era una manera de pagar por el arrendamiento de sus tierras. Como es lógico, dada la situación que hoy vive el Tíbet, es poco esperable encontrar objetividad, por lo que me parece más conveniente para aclararnos en este tema, acudir a un viajero anterior a la ocupación china, de los tiempos en que el País de las Nieves era un país aislado volcado por completo a sus tradiciones. Charles Bell es el hombre. Diplomático inglés, alto funcionario encargado de los asuntos tibetanos, se relacionó a fondo con

los aristócratas del Tíbet, por entonces anglófilos en su mayoría. Viajó por estas tierras en las décadas de los diez y los veinte, apenas inmediatamente después de que el decimotercer Dalai Lama hubiese proclamado la independencia:

“...Tratándose de un país que vive en un régimen feudal, la nobleza del Tíbet ejerce gran poder e influencia. Junto con los monjes ocupan todos los altos puestos en la administración. La nobleza es una clase aparte, incluso hay un lenguaje especial para dirigirse a ellos... Tíbet es un país pobre. Pero en comparación con sus miserables súbditos, los nobles nadan en la abundancia...”

No eran muchos. Según Charles Bell las familias aristocráticas tibetanas no superaban las doscientas. El grupo más selecto y reducido era el de aquellos, como los Lha-gya-ri o los Ra-ka-Shor, que descendían de los primeros reyes del Tíbet. Luego venían las familias que habían tenido en su seno un Dalai o Panchen Lama. Todos sus miembros eran inmediatamente ennoblecidos y recibían un gran latifundio del Gobierno: era el caso de la familia Lha-lu. El último grupo era el de las familias que contaban con algún ilustre antepasado ennoblecido por el gobierno por haber prestado servicios importantes al país. A este último grupo pertenecía la familia Pa-lha.

De la mano de la joven guía visité la mansión, pretendidamente conservada tal y cómo vivían en ella sus amos y señores. Pero o bien los últimos Pa-lha habían tenido tiempo de llevarse sus pertenencias al exilio o la casa había sido saqueada en los tiempos de la reforma agraria, porque en ella apenas había mobiliario y el que quedaba era pobre y sin el menor interés. Afortunadamente yo podía contar con otras fuentes para reconstruir la vida en aquella casa, porque, Oh! casualidad!, resulta que Charles Bell estuvo aquí, pasó en Pa-lha tres noches como invitado de la familia en 1915.

“...Construido en torno a un gran patio cuadrangular, el palacio Pa-lha tiene cinco plantas. En la más alta viven en verano los miembros de la familia, pero en invierno bajan a la cuarta que es más cálida. En esa planta están sus dormitorios, salas de estar y cocinas... También hay una escuela para la

enseñanza de los niños de la casa y una pequeña sala de oraciones donde reza el capellán de la familia. Todas ellas calentadas con boñigas de yak, ya que la madera y el carbón son prácticamente desconocidos, incluso entre los nobles...”

Según anotó Charles Bell, en el resto de las plantas se repartían las capillas, comedores y salas de recepción; más abajo, las habitaciones de los sirvientes y las despensas. En la planta baja había dos habitaciones destinadas a la fabricación de cerveza y otras más para almacenar carne, cereal y legumbres. En la mansión actual, la que yo estaba visitando, la principal atracción la constituía un especie de gabinete-museo, lleno de vitrinas en las que se exhibían objetos personales del último de los Pa-lha. Eran sobre todo souvenirs de sus viajes al mundo exterior. Allí se exponían fotos del aristócrata vestido a la occidental: un hombre de aspecto cosmopolita, en nada diferenciable de los chinos occidentalizados del Shanghai de entonces... Colgados en sus perchas, allí estaban sus trajes y botas, completamente europeos, un montón de zapatos británicos de la época, todos iguales. Una colección de batines de seda... y toda clase de gorros y sombreros: de copa, bombines, de lana y con orejeras. A un lado, estaban sus ropas de gala tibetanas. Piel de zorro negro, las preferidas de los aristócratas, pesados trajes de mil colores, tejidos en seda, lana y brocado. Charles Bell dejó escrito que las modas no contaban para los nobles tibetanos y que la sequedad del clima permitía conservar sus vestidos tanto como sus alimentos. Durante las grandes ceremonias, algunas de las familias nobles vestían ropas muy antiguas... Según él, el más famoso traje del Viejo Tíbet estaba en posesión de la familia Pa-lha: un vestido que se decía sacado, quizás robado, del guardarropas de un emperador chino cientos de años atrás... ¿Se lo llevarían al exilio? Busqué en el vestuario, pero me era imposible identificarlo. Tan detallista como era, el diplomático inglés no había dejado del vestido ninguna descripción.

En aquella sala museo había también muchos otros curiosos objetos: bates y pelotas de béisbol, patines sobre hielo... En las paredes se veían fotos del aristócrata vestido a la europea, retratado en Calcuta y Bombay, en Londres, en París... La inmensa fortuna de los Pa-lha daba también para recorrer el mundo, un mundo en el que aquel hombre, perteneciente al inaccesible y aislado Tíbet de entonces, parecía moverse con entera familiaridad. Me quedé un largo rato allí. Sin duda el

propósito de los chinos al montar aquella exposición había sido el de mostrar a los visitantes, sobre todo a los tibetanos, los hábitos extranjerizantes y la decadente vida de lujo que llevaban sus nobles, pero para un extranjero la visita producía el efecto contrario: una sensación *naïf*, casi entrañable, al descubrir en el Techo del Mundo a aquel inesperado “Gatopardo”... Como el de Sicilia, último representante de un viejo régimen que él sabía condenado a desaparecer. La atmósfera del abigarrado gabinete era fascinante, única, todo un batiburrillo en el que se mezclaban épocas y mundos: objetos e imágenes de la Europa de los cuarenta y cincuenta, sedas y gorros chinos de mandarín, botas de fieltro, cuchillos y chubas tibetanas. Incluso una colección de látigos fabricados con cuero de yak.

- De donde han salido todos estos objetos? – le pregunté a la chica que actuaba de guía.

- Su viuda los donó. Primero se marchó con él al exilio, pero le hizo sufrir mucho porque tenía una concubina, así que ella le dejó y volvió al Tíbet. Ahora vive en Lhasa.

- ¿Y él?

- Murió exiliado en Suiza en 1984. No tuvieron hijos.

No pudo ser el mismo que conociera Charles Bell en 1915, porque en su libro “La Gente del Tíbet” contó que su anfitrión murió poco después de su visita, a los 49 años, habiendo llegado al más alto rango en la administración del Dalai Lama. Dejó tres hijos, dos de los cuáles murieron de viruela, la mayor causa de mortalidad en el Tíbet de entonces. El superviviente, sin duda aquel cuyas fotografías estábamos contemplando, se casó con una hija de la igualmente noble familia Sha-tra, un año más joven que él y mujer, según Bell, de excepcional belleza e inteligencia (Sin duda aquella misma que más tarde habría de convertirse en esposa traicionada y muchos años después en vengativa viuda, donando a aquel museo las pertenencias íntimas de su esposo)

Me tocaba ahora conocer el lado oscuro de la hacienda Pa-lha, la vida de sus siervos y esclavos. Una parte de la que Charles Bell nada cuenta en su libro porque seguramente no se la enseñaron durante su visita. Lo que no impidió que describiera bastante gráficamente cuál era el trato que las familias nobles daban por entonces a sus trabajadores:

“...Los señores tibetanos pueden golpear tanto como quieran a sus siervos, hasta cerca de la muerte. Pueden poner su cabeza en una picota y sus pies en cadenas de hierro... Pero hay ciertos límites: en la práctica actual, los latifundistas para infligir castigos más severos piden permiso previo al gobierno de Lhasa... Incluso para las mutilaciones se han establecido normas: cuando toca cortar la mano ha de hacerse por la muñeca y si toca la pierna debe hacerse por debajo de la rodilla...”

Ante tal panorama, el pragmático Bell aventuraba un fácil pronóstico:

“Cuando la educación occidental llegue al Tíbet, se abrirán muchos ojos y sin duda los trabajadores tibetanos reclamarán mayores derechos...”

El momento aún tardaría décadas en llegar, curiosamente incluso una más después de que las tropas chinas ocuparan el Tíbet. En los primeros diez años, la recién nacida República Popular tenía demasiados problemas instaurando el comunismo en su propio país y dejó las cosas como estaban en el País de las Nieves. Pero en el 59, al marcharse al exilio el Dalai Lama acompañado por muchos aristócratas, los chinos pusieron en marcha las Reformas. Se declaró la emancipación de los siervos, se quemaron públicamente los viejos títulos de propiedad que durante siglos habían mantenido a los campesinos sujetos personalmente a sus señores, se expropiaron los latifundios y se redistribuyeron las tierras. Con los aristócratas, el trato fue diferenciado: a aquellos que se habían exiliado se les confiscaron sus bienes directamente pero a los que aceptaron colaborar con el nuevo régimen, que fueron bastantes, muchos más de los que se piensa, se les compensó con alguna indemnización.

A un centenar de metros de la mansión, recorrimos las miserables cabañas de los siervos domésticos, ennegrecidas por el humo de las boñigas de yak... Reconvertidas en museo, en cada mínimo tugurio un cartel en tibetano y chino ofrecía datos de sus antiguos habitantes:

“...*Mimatumucho* (me extrañó el nombre, pero tal fue la traducción de mi chófer. Al parecer los antiguos siervos tibetanos ni siquiera tenían derecho a nombre y apellido. Les bastaba con un apodo) , su padre, su madre, su mujer y sus tres hijos vivieron en esta habitación de seis metros cuadrados hasta la “Liberación”. Gracias a las Reformas de 1959 ahora tiene su propia tierra de 32 fanegas, nueve vacas, tres caballos, cinco ovejas y una granja de 380 metros cuadrados...”

La emancipación de los siervos es el máximo logro, el acto fundacional del “Nuevo Tíbet”, lo que marca la diferencia entre el antiguo y el nuevo régimen. Un avance histórico que difícilmente puede discutirse por lo que, conscientes de ello, tanto los chinos como las autoridades de la Región Autónoma, lo utilizan abundantemente en su propaganda. Cuarenta años después, seguir justificando la presencia china en el Tíbet en dicha emancipación no parece demasiado justificado, pero sí sirve para recordar que, aún cuando los chinos se fueran, el Tíbet del pasado difícilmente volverá. Muchos de los tibetanos colaboracionistas, los “bicéfalos” como les llaman despreciativamente los exiliados, son en realidad comunistas convencidos que lograron convertirse en personas gracias a la emancipación del 59. La práctica totalidad de los funcionarios actuales de la Región Autónoma, sus médicos y maestros, son hijos y nietos de los antiguos siervos. Casi todos siguen siendo budistas, puede que hasta secretamente nacionalistas, pero resulta del todo improbable que aún en un Tíbet independiente aceptaran volver a vivir conforme a las normas del pasado.

Por ejemplo, *Nuestro Hombre en Shigatsé*. Cuadro medio, no sé si militante comunista, pero colaboracionista con los chinos. Su forma de vestir, el rostro y las manos curtidas, su manera de comportarse delataba bien a las claras el origen humilde de sus padres. Durante el recorrido por el Gabinete-museo, me estuve fijando en él. No mostró el menor interés, sus ojos resbalaban con absoluta indiferencia por los objetos allí expuestos. Sencillamente no tenía referencias: no sabía de dónde eran aquellas fotos ni los recuerdos de viaje, para qué servían esas extrañas ropas, las fotografías en tres dimensiones o el bate de beisbol... Pese a haber nacido todavía en él, aquel Viejo Tíbet que a mí tanto me fascinaba, no lo sentía en absoluto suyo.

IV.-

INGLESES EN LA CIMA

Al comienzo del siglo veinte, el Imperio Británico estaba en su apogeo. Al norte de sus posesiones de la India, el Tíbet, aunque nominalmente chino, representaba para los ingleses una tierra de nadie que sólo las dificultades geográficas y la ausencia de verdaderas riquezas y hasta de población que someter, habían logrado mantener a salvo. No del todo: en 1890, las tropas británicas se habían apoderado de Sikkim hasta entonces territorio tibetano, convirtiéndolo en un protectorado. Desde allí, exhortaron al Gobierno del Tíbet a que abriera sus mercados a la libertad de comercio, lo que en los términos imperiales de entonces venía a significar que los dejaran por completo en sus manos. El virrey Lord Curzon escribió varias cartas sobre el particular al decimotercer Dalai Lama, pero el soberbio Dios-rey ni se molestó en contestarlas. Aquel fue el pretexto. Una primera misión civil a cargo del entonces teniente coronel Younghusband se adentró unos kilómetros en territorio tibetano con el encargo de abrir una negociación. La respuesta de Lhasa fue que no estaban dispuestos a negociar nada, si los extranjeros no salían antes de sus fronteras. La gota colmó el vaso. Para demostrar de una vez a aquellos orgullosos lamas quien era el Imperio Británico, Lord Curzon obtuvo permiso de Londres para enviar al Tíbet una expedición militar. Younghusband, ahora ascendido a coronel, se hizo cargo de su dirección, reuniendo bajo su mando mil hombres, tropas gurkhas y sikhs, en su mayoría dotadas con cuatro cañones y dos modernas ametralladoras Maxim. Lo extraordinario del acontecimiento, puesto que hacía más de sesenta años que ningún extranjero había logrado adentrarse en el Tíbet, despertó un enorme interés en la metrópoli. Los principales periódicos ingleses de entonces enviaron corresponsales

que se unieron a la expedición: nuestros ya viejos conocidos, Edmund Candler, por el Daily Mail y Perceval Landon, periodista del Times. El doce de diciembre de 1903, acompañados de una enorme caravana de diez mil porteadores, siete mil mulas y cuatro mil yaks, corresponsales y soldados ingleses cruzaron la frontera del Techo del Mundo.

La nieve y los vientos helados fueron el único obstáculo que enfrentaron en los primeros días y semanas. Pero una vez franqueado el Himalaya, en el paso de Guru, les estaba esperando el “ejército” tibetano. Eran más numerosos que las tropas inglesas, unos dos o tres mil soldados, pero su armamento estaba formado por lanzas, espadas y viejos mosquetones con mecha de pedernal. Antes de la batalla, según las órdenes recibidas, Younghusband conminó a los oficiales tibetanos a franquear el paso y estos le conminaron a salir del Tíbet, conforme a la estricta política de los lamas de Lhasa de mantener el país cerrado a los extranjeros. Una fórmula que si había bastado hasta entonces para hacer retroceder a exploradores y misioneros, de poco iba a servir frente a un ejército de la mayor potencia militar de entonces. La batalla fue brutalmente desigual. En apenas cuatro minutos, las ametralladoras Maxim mataron a setecientos tibetanos. “Un ejército medieval se desintegraba ante la potencia de fuego del siglo veinte”, escribió en su reportaje Edmund Candler. Pero sobre todo le llamó la atención el estado de ánimo con que los pocos supervivientes abandonaban el campo de batalla:

“Estaban desconcertados. Lo imposible se había producido, las plegarias, los talismanes que les habían entregado los monjes les habían abandonado a la hora del peligro. Cada uno había ido a luchar llevando en el pecho un sello especial del Dalai Lama capaz de hacerles invulnerables contra las balas... y sin embargo... Marchaban con la cabeza baja, como si hubieran perdido la fe en sus dioses...”

Las crónicas de los periodistas no hacen mucho honor al comportamiento de las tropas británicas en aquella batalla. Mientras los tibetanos se retiraban, de espaldas, con la cabeza baja, los fusiles y ametralladoras ingleses siguieron disparando hasta sembrar el campo de cadáveres. Si llegaron a darse, en el fragor del tiroteo nadie escuchó las órdenes de alto el fuego. Frente a los centenares de muertos tibetanos, del lado “civilizador” sólo hubo dos heridos, un oficial británico

y el propio corresponsal Candler a quien un soldado tibetano le cercenó una mano con su espada. Avergonzado de la masacre, Younghusband ordenó que los médicos militares atendieran a los heridos enemigos, algo que desconcertó por completo a los tibetanos: aquello de matarles primero e intentar salvarles después, no entraba en absoluto en sus tradiciones guerreras. A pesar de la pérdida de su mano, Candler no dejó de elogiar en sus crónicas el valor de sus adversarios: “Estaban constantemente de un alegre humor, haciendo todo el tiempo bromas... –escribió sobre los heridos- No se movían durante las operaciones y soportaban sin una queja el dolor...”

En el camino de Guru a Gyantsé, varios cientos de tibetanos más perdieron la vida intentando detener el avance de los invasores. Cuando avistaron la ciudad, sobre todo la gran fortaleza que desde una colina la defiende, el inexpugnable *Dzong* de Gyantsé, los ingleses se hicieron a la idea de tener que hacer frente a un sitio largo y encarnizado. Pero tuvieron suerte. Según les explicaron al llegar, la totalidad de la guarnición había huido, espantada de los noticias que circulaban sobre el poder diabólico de sus armas.

De todas las ciudades del Tíbet actual, se dice que Gyantsé es la que más conserva su sabor tradicional, la que menos ha cambiado en estos últimos cincuenta años. No puedo estar más de acuerdo: cuando entré en ella, experimenté la sensación de estar asomándome, por fin, a una verdadera ciudad tibetana. Más pequeña que Lhasa y Shigatsé, en Gyantsé apenas se habían construido nuevos barrios y la mayoría de sus casas presentaban la fachada pintada en blanco y negro, techos planos y las características ventanas trapezoidales de las viejas viviendas tradicionales. Sobre los tejados flameaban banderas budistas de oración, la mayor parte de sus calles estaban sin asfaltar y sus habitantes vestían ropas tradicionales tibetanas. Al anochecer, entrando en Gyantsé, bajo una luz dorada, la silueta del Dzong sobre el picacho en medio de la llanura evocaba el encanto de un castillo de hadas. A ambos lados de la furgoneta, acabada la jornada, los campesinos regresaban a casa con sus largas palas a la espalda y sus cestos cargados de verduras. Los verdes campos de labor se extendían hasta las mismas puertas de la pequeña ciudad, pregonando la condición esencialmente agrícola de sus habitantes.

Nada más llegar, antes de que se hiciera por completo de noche, quise dar un paseo por Gyantsé. Las calles se veían animadas con sus tiendas todavía abiertas

que ofrecían té, sacos de harina, herramientas y cacharrería. Los omnipresentes perros vagabundos rebuscaban en las basuras o dormitaban en plena calle. Pequeños carros tirados por mulas constituían casi los únicos vehículos que circulaban. Un pastor cruzó frente a mi conduciendo una docena de yaks camino del establo. Los primeros que veía de cerca, con su larga pelambre negra y su tamaño a medio camino entre la vaca y la oveja. Los yaks que abrían y cerraban el rebaño lucían sobre el lomo un pequeño mástil con una banderola roja. Había mucha gente a esas horas, pero en Gyantsé no se veían niños mendigos ni una miseria tan deprimente como en Shigatsé. Tampoco nadie se fijó especialmente en mí, pese a ser el único extranjero a la vista. En una calle, en la rampa de subida al castillo, un grupo de tibetanos hacía corro; me acerqué a ver y descubrí sentados en el suelo a cuatro monjes que cantaban y tocaban címbalos y tambores. Parecían muy jóvenes y frágiles y eran en realidad monjas, algo que tardé en descubrir ya que los religiosos de ambos sexos se rapan por igual la cabeza y usan los mismos hábitos y capas. Se trataba de monjas mendicantes, que recogían fondos para su monasterio y una de ellas iba haciendo colecta entre los espectadores de billetes de *jiaos*, de tan escasísimo valor. Viendo que era extranjero, los tibetanos me abrieron un hueco para que pudiera contemplar mejor el rezo improvisado en la calle. El hueco tuvo que abrirse más porque dos policías chinos, salidos de no se sabe dónde, también se acercaron a ver lo que miraba el extranjero. No me dijeron nada a mí ni a los tibetanos, pero su mirada era de desconfianza. Uno era hombre y otro mujer, ambos muy delgados, de aspecto frágil, con sus talles de avispa acentuados por el apretado cinturón del uniforme. No llevaban armas.

El hotel –estatal– era el único de Gyantsé y aunque estaba rodeado de árboles y su fachada imitaba el estilo tibetano tradicional, su interior respondía mucho más al modelo de hotel chino que a los estándares occidentales. No a los modernísimos hoteles que se ven en las grandes ciudades como Pekín o Shanghai sino a los de provincias, esas modestas posadas para viajeros que yo había tenido ocasión de conocer en otro viaje por el interior de China. Como aquellas, la de Gyantsé también dividía sus habitaciones en tres categorías. Las de primera ocupaban la primera planta y conforme se subían escaleras iba descendiendo el precio y la categoría, primero las habitaciones de segunda y las de tercera más arriba, aumentando en proporción inversa la suciedad y la porquería acumuladas en cuartos y pasillos. Las de primera del hotel de Gyantsé tenían baño propio y un

grifo a media pared con un cubo para ducharse. El de mi cuarto estaba roto y un charco de agua cubría el suelo amenazando con extenderse a la habitación. Por la ventana, el paisaje era en cambio de lo más relajante: daba a un jardín frondoso a uno de cuyos árboles alguien había atado un yak. Antes de acostarme, esa noche rompí por primera vez mi ayuno tomando un par de tazones de arroz. Me sentía mucho mejor. Más que por las rugosas bolitas negras que me diera el médico de Shigatsé y que había ingerido con escasa fe y conforme a una dosificación inventada, por los antibióticos occidentales que llevaba tres días tomando.

Ganada sin combate Gyantsé, considerando que los lamas ya debían haber aprendido la lección, el coronel Younghusband acampó allí sus tropas y exigió al Gobierno de Lhasa que enviara una delegación para negociar. Mientras sus soldados mataban el tiempo cazando liebres, patos y gacelas en las sierras cercanas, el oficial esperó en vano noticias de la capital. Pronto se demostraría que la huida de la guarnición había sido más bien una retirada táctica y una noche, mientras más desprevenidos estaban y con el grueso de las tropas británicas de descubierta por los alrededores, ochocientos soldados enemigos atacaron el campamento inglés. Fueron de nuevo derrotados y sufrieron cuantiosas pérdidas pero el ataque era en realidad una maniobra de diversión: aprovechando la confusión, otros cientos de tibetanos habían recuperado el *Dzong*, la fortaleza militar, considerada por los ingenuos estrategas tibetanos una plaza absolutamente inexpugnable.

Eran doscientos metros de empinada subida, pero teniendo en cuenta la altura de Gyantsé muy superior a la de Lhasa, la experiencia fue agotadora. Durante el camino, incluso *Nuestro Hombre en Shigatsé* tuvo que pararse alguna vez a respirar. En la entrada de la fortaleza, había un pequeño museo cuyo centro lo constituía un monumento en escayola reproduciendo la defensa del castillo frente a los ingleses. Porque los británicos como era de esperar no tardaron en lanzar un contraataque. Aunque antes, Younghusband dio un último ultimátum a Lhasa. Si antes del 25 de junio no enviaban una comisión para negociar, destruiría primero el *Dzong* y luego marcharía con sus tropas sobre la Ciudad Santa. Pasada la fecha sin noticias, una semana después del plazo, al amanecer del 5 de julio, las tropas expedicionarias iniciaron el asalto. Los tibetanos estaban preparados y dispuestos a defender el castillo a toda costa. Sobre las almenas del *Dzong* sobresalían los

arcabuces, los arcos y ballestas y contra los muros se apilaban los montones de piedras que arrojadas desde lo alto, hubieran servido para poner en fuga a cualquier enemigo tradicional. Pero aquel no era un enemigo tradicional. En las primeras horas nadie se puso a tiro ni de los arcabuces ni de las piedras. Durante varias horas los cañones británicos bombardearon las posiciones enemigas destrozando los muros y abriendo varias brechas en la muralla.

En unas vitrinas del pequeño museo podían verse las armas que usaron entonces los tibetanos: el curioso trabuco con dos pinchos delante, a modo de bayoneta... Yelmos de hierro, lanzas y espadas... También había una especie de bombas primitivas que se encendían con mecha y se arrojaban a mano desde las almenas. “Son las armas originales”, me recordó nuestro guía tibetano con el orgullo de quien presenta un tesoro arqueológico y no un arsenal casi contemporáneo, correspondiente a 1904. Respecto de sus bombas caseras, los tibetanos tampoco tuvieron ocasión de usarlas. Uno de los cañonazos hizo explotar el modesto polvorín de los sitiados, justo antes de que las tropas gurkhas y sikhs se lanzaran al ataque. Encontraron una feroz resistencia y hasta el atardecer la bandera británica no logró ondear sobre la fortaleza en ruinas.

- Los defensores del castillo lograron matar a un oficial británico –me explicó *Nuestro Hombre en Shigatsé*, como máximo logro de los suyos. En realidad se había quedado corto porque además causaron dos bajas entre los gurkhas. Por el lado de los tibetanos murieron trescientos, entre ellos Kamba Bombo, el gobernador de la provincia nómada de Nagqu que el año anterior había cerrado el paso por el norte al explorador Sven Hedin.

El *Dzong* de Gyantsé seguía estando completamente en ruinas. No había sido reconstruido, probablemente a conciencia, para que siguiera sirviendo de testimonio de aquella heroica gesta en que los tibetanos hicieron frente al imperialismo. Algo que los chinos habían reinterpretado a su modo convirtiendo la defensa del castillo en una revuelta popular anticolonialista, como el pequeño museo de manera didáctica, pero también ingenua pretendía mostrar. Cada época tiene su discurso. En los tiempos en que tuvo lugar aquella batalla, el colonialismo era un timbre de gloria y la descolonización ni siquiera se concebía. Sin el menor complejo de culpa, obviando el hecho de que tuvieran cien veces menos víctimas, todo Londres celebró por entonces una acción de guerra que en palabras del

corresponsal Perceval Landon merecería figurar “entre las más brillantes realizadas en la frontera india”.

Durante mi visita no había coincidido ni con peregrinos ni turistas. A cuatro mil doscientos metros de altura, el horizonte se extendía sólo para mis ojos sobre la fértil vega de Gyantsé hasta el límite de las montañas. Así que es fácil imaginar mi sorpresa cuando en lo más alto de la fortaleza, en el lugar más remoto de mi viaje, me encontré con un equipo de TV occidental filmando tranquilamente las ruinas y las vistas. Me quedé de una pieza. Se suponía que era muy difícil filmar en Tíbet, se suponía que para conseguir un permiso era necesario vencer primero mil recelos y desconfianzas en Pekín, incluso realizar un viaje previo de exploración como el que yo estaba realizando.

El equipo resultó ser de una cadena de televisión holandesa, encabezado por un joven realizador, Willy H., y no estaban haciendo un documental si no un reportaje para los informativos y aún así les había costado muchísimo conseguir el permiso para grabar, desplazando un mínimo equipo. El realizador me los presentó a todos: Ingrid, una rubia muy alta que actuaba como su ayudante de dirección, Robert el cámara, Hans el sonidista... De los únicos que no me dijo los nombres fue de dos Han que observaban nuestra conversación algo apartados con aspecto de formar parte del grupo.

- Me los colocaron en Pekín –me explicó en inglés sin preocuparse de que le oyeran-. Así funcionan aquí las cosas: oficialmente son ayudantes de producción, pero su verdadera misión consiste en poner trabas...

Charlamos un buen rato de nuestras experiencias con la cordialidad de quienes se saben únicos extranjeros en un lugar inconcebiblemente remoto. Ellos llevaban mucho menos tiempo que yo en el Tíbet, pero lograron aportarme una valiosísima información. Viniendo de Lhasa habían seguido el camino de las montañas para llegar allí, atravesando una región de lagos y pastos altos totalmente diferente de los paisajes que yo había conocido hasta entonces. Un camino que yo estaba deseando recorrer, en lugar de tener que regresar de nuevo a Shigatsé, dormir allí y tener que seguir al día siguiente el mismo curso del río Tsangpo que habíamos recorrido a la ida. Volver a desandar el camino, tal era el plan de viaje que me había comunicado mi chófer con el argumento de que no existía otra

carretera. Y eso que yo había desplegado mi mapa para mostrarle una línea zigzagueante que lo cruzaba por ese punto.

- ¿Esto no es una carretera?

Nuestro Hombre en Shigatsé y él estuvieron discutiendo un buen rato hasta encontrar un nuevo argumento para oponerse al cambio de planes

- Está cortada. Hubo un derrumbamiento. No se puede pasar.

Me lo creí. Ya me había resignado a tener que regresar a Shigatsé, cuando el encuentro con los holandeses me abrió por completo los ojos.

- ¿Cerrada? ¡Qué va! –me respondió Willy- Nosotros hemos venido perfectamente...

Me fui directamente a por el chófer. Le hice venir. Interrogé al realizador en su presencia. No dijo nada pero por su gesto crispado comprendí que acababa de hacerle sufrir una tremenda e innecesaria humillación. Pillado en falta, en una flagrante mentira ante dos extranjeros. Tardó casi un minuto en reaccionar.

-Tenemos que volver a Shigatsé. Es el programa. El programa no puede cambiarse.

- ¿Por qué no?

- Hay que obedecer – dijo señalando con los ojos al funcionario de Shigatsé-
¿No lo entiende? Existen unos responsables, personas que organizan sus visitas...

¿Personas que organizaban mis visitas? Creía haberme propuesto prescindir de toda organización durante la segunda parte de mi viaje; quizás fuera imposible conseguirlo en el Tíbet pero de todos modos yo no estaba dispuesto a dejarme enredar otra vez, ni me sentía obligado por ninguna obediencia. Mi trabajo consistía en ver el Tíbet, cuanto más a fondo y fuera de programa mejor. Total, ir por una carretera u otra daba lo mismo, siempre que acabáramos llegando a la siguiente etapa prevista de nuestro viaje. El chófer acabó por ceder. De despedida, antes de seguir con sus tomas, Willy me preguntó que se podía filmar en Shigatsé.

-Perros –le contesté-. Centenares de perros.

- ¡Calla! Que no te oiga! A Ingrid le dan pánico.

No sabía hasta qué punto iba a resultar profético.

El conjunto ceremonial de Gyantsé está rodeado de una enorme muralla en pendiente que, en su mayor parte no abarca más que un inmenso solar. Según dicen, en el pasado había aquí muchas celdas de monjes y dieciocho pequeñas capillas pero fueron arrasadas durante la Revolución Cultural y, sin capacidad para reconstruirlas, el Gobierno actual había optado por retirar las ruinas. Afortunadamente junto con el templo principal, una de las grandes joyas del arte tibetano también había logrado salvarse: el Koumboum , la gran pagoda de treinta y dos metros de altura, con nueve plantas, ciento ocho puertas y el mismo número de capillas. Fue construida en el siglo XIV con la finalidad de alojar imágenes budistas y llegó a guardar en su interior casi cien mil estatuas de Buda. Pero lo que hace de verdad valioso al Koumboum de Gyantsé, una obra de arte única en el mundo, son los frescos pintados que cubren por completo las paredes y techos del centenar largo de capillas.

La visita no se pareció nada a la de un museo en términos convencionales y quizás por eso tuvo mucho más encanto. Una larga rampa en espiral ascendía alrededor de la pagoda y a ella se abrían las puertas de las capillas que constituían su única iluminación. Por un lado la oscuridad y por otro los reflejos del intenso sol dificultaban enormemente la contemplación de las pinturas; y eso cuando los peregrinos no se amontonaban en las puertas para realizar sus postraciones obstaculizando aún más la visión. Me resigné. Estaba en un santuario, no en una galería de arte y aquellas maravillosas imágenes habían sido pintadas no para ser admiradas por su belleza sino como expresión de piedad. En las capillas, los frescos mostraban imágenes de Budas y deidades tántricas, muchas de una magnífica factura naturalista, tan refinados como los frescos de los conventos italianos del *Quattrocento*. Pero junto a ellas también se veían pinturas nuevas, mucho más vulgares y sobre todo estatuas de escayola pintada parecidas a Ninots de una Falla. Los rostros de algunas imágenes desentonaban tanto de sus cuerpos, constituían un pastiche tal que despertaron mi curiosidad. Según logré saber, la respuesta a aquella mezcla tenía que ver, como casi todo en el Tíbet, con la Revolución Cultural. La decapitación de imágenes religiosas fue una de las ocupaciones favoritas de los iconoclastas guardias rojos; por eso, aunque la mayoría de los frescos lograron salvarse, casi todas las imágenes en los altares mostraban cabezas nuevas que nada tenían que ver con sus centenarios cuerpos.

Conforme se ascendía, la antigüedad de las pinturas aumentaba y también su belleza. Sobre los muros abombados, llenos de grietas, oscurecidos por el humo de las lámparas de manteca y medio diluidos por la humedad, las pinturas de las capillas más altas pedían a gritos una intervención que les salvase de una inminente destrucción. Allí no había imágenes ni rostros de Budas, sólo Mandalas, esos complicados laberintos circulares que los budistas tibetanos consideran las casas de sus dioses y que utilizan para meditar. Antiquísimos mapas de territorios inventados, representaciones esotéricas de mundos secretos, indescifrables para el no iniciado en los que un extranjero se perdía sin remedio, como yo no dejaba de perderme en el Tíbet, buscándole un sentido, una salida que no condujese siempre al mismo sitio.

Cuando descendí de la Pagoda, *Nuestro Hombre en Shigatsé* ya llevaba anudada al cuello la cinta roja bendecida que los lamas entregan como talismán a los peregrinos. Tras hacer unas postraciones ante el altar del templo principal, le vi dar un fajo de billetes a unos monjes para que lo colocaran a los pies de la imagen de Sakyamuni.

- Pregúntale para qué ha dado ese dinero a los monjes – urgí a que averiguara mi intérprete.

- Es una ofrenda que le ha pedido su anciana madre que haga por ella - Me contestó él mismo.

- O sea que es creyente.

- Su madre sí.

- Me refiero a él.

- El claro que no –me respondió de mala manera, todavía enfadado por el cambio de planes que yo había decidido imponer.

Me fijé en que junto al altar había una fotografía del pequeño Panchen Lama, el reconocido por los chinos, protagonista del más reciente intento de las autoridades comunistas de inmiscuirse en la religión de los tibetanos. Inútilmente, porque si en el laberinto del Tíbet los no iniciados no terminaban de aclararse, no digamos ya los ateos; como aquella ficción de que los *cuadros* comunistas, ya fueran Han o tibetanos, no podían ser creyentes, cuando era evidente lo que los dos acabábamos de ver: que *Nuestro Hombre en Shigatsé* lo era. Y en cuanto al pequeño Buda Viviente de la fotografía, pese a todos los intentos de

adoctrinamiento, pese a todos los lavados de cerebro a que pudieran someterle, ¿cuánto iba a tardar una vez llegado a la edad adulta en proclamar como su anterior reencarnación su fidelidad al Dalai Lama?

La pérdida del *Dzong* de Gyantsé desmoralizó por completo a los tibetanos. Una antigua tradición decía que si aquella gran fortaleza caía ante un invasor, toda resistencia posterior sería inútil y desde esa tranquilidad, las tropas británicas de Younghusband emprendieron el camino hacia Lhasa. Precisamente por la misma ruta que yo me disponía a recorrer, atravesando varias cadenas montañosas y siguiendo las riberas del lago Yamdrok. En el aparcamiento del hotel, mientras terminábamos de cargar el equipaje, regresó de filmar el equipo de la televisión holandesa. El realizador se acercó a despedirme, pero al ver el aspecto de la furgoneta, no pudo evitar mover la cabeza.

- ¿Viajas en *eso*?

Ante mi afirmación, intentó no desanimarme

- Bueno, no es exactamente una carretera sino una pista de tierra. Hay que vadear algunos ríos, subir unos jodidos puertos de montaña... La pista no está en buen estado, abundan los derrumbamientos... No hay tráfico ni poblaciones en el camino... pero nosotros hemos pasado...

Me fijé en sus coches, dos modernísimos jeeps con tracción en las cuatro ruedas. A su lado nuestra vieja furgoneta de neumáticos desdibujados y suelo muy bajo, no resistía la comparación. ¿Me habría equivocado al modificar nuestra ruta? Quizás la carretera estaba efectivamente intransitable para vehículos como el nuestro. Me alegré de que al menos el chófer no llegara a enterarse de nuestra conversación. Acababa de descubrir la verdadera razón de su empeño en regresar por la otra carretera, que no obedecía a oscuros manejos sino a lo que él consideraba una elemental educación. *Nuestro Hombre en Shigatsé* nos había acompañado desinteresadamente en un tramo de nuestro viaje y lo correcto hubiera sido llevarle de vuelta a su ciudad. En cambio, por culpa de mi empeño en cambiar de ruta, ahora iba a tener que regresar a Shigatsé en un medio de transporte mucho peor. Sentado sobre un saco, en el remolque de un pequeño tractor cargado hasta los topes de tibetanos, todos con su pañuelo al cuello de peregrinos, me dedicó una última sonrisa y todo tipo de gestos de despedida. *Thasi Delai*. No parecía en absoluto molesto. Tampoco a mí, en el fondo, me había molestado su compañía

pese a que no hubiera sido solicitada. Creyente y comunista, era un hombre del pueblo, que sabía caer bien; y sobre todo, un superviviente nato.

El primero de agosto de 1904, el comandante de la infantería montada, W.J. Ottley se atribuyó el honor de ser el primer occidental que entraba en Lhasa. Detrás de él llegaría el grueso de las tropas expedicionarias. De resultas del consiguiente Tratado negociado a punta de bayoneta, Younghusband arrancó a los tibetanos el permiso para instalar una oficina comercial británica precisamente en Gyantsé, con una pequeña guarnición adjunta. Más tarde incluso se abriría aquí una escuela inglesa. Cuando las tropas chinas llegaron a Gyantsé en 1950, todavía seguía existiendo una oficina y un destacamento militar, ahora bajo bandera india, en aplicación de las cláusulas de aquel Tratado. Hasta entonces, salvo muy raras excepciones, Lhasa continuó siendo una ciudad prohibida pero distintos oficiales británicos pasaron largas temporadas en Gyantsé, incluido Charles Bell, quien en 1923 dictara una orden de expulsión fulminante contra una temeraria viajera de nacionalidad francesa que intentaba entrar al Tíbet desde Sikkim. “¿Qué derecho tienen los británicos a levantar barreras en torno a un país que no es suyo?”, protestó entonces la irreductible Alexandra David-Néel. Al año siguiente, esta vez desde el norte, logró realizar la proeza de convertirse en la primera mujer occidental que entraba en la Ciudad Santa. La manera en lo hizo marcaba una curiosa diferencia con la de los primeros hombres que lo habían precedido, a sangre y fuego, al frente de un ejército, veinte años antes: Alexandra David-Néel atravesó sola el Tíbet de punta a punta, pasó cuatro meses en la ciudad prohibida disfrazada de peregrina y sin que nadie se apercibiese de su presencia. Cuando a finales del mes de agosto de 1924, al fin de su aventura, se presentó en Gyantsé para descubrir su verdadera identidad al agente comercial británico, David Macdonald se quedó estupefacto ante el relato del viaje realizado por una mujer sola, de cincuenta y cuatro años y salud frágil.

V.-

NÓMADAS, LAGOS, GLACIARES

En el pasado, cuando el Gobierno del Dalai Lama despachaba a un mensajero a Gyantsé solía especificarse si debía seguir el camino de los RONG, a través de los valles, siguiendo el curso de los ríos como habíamos hecho para llegar nosotros, o bien el camino de los GANG, las sierras, subiendo y bajando puertos de montaña. Sobre el papel, este camino era mucho más corto, pero pronto iba yo a comprobar que los mapas del Tíbet tienen muy poco que ver con la realidad. Para empezar no suelen molestarse en especificar qué carreteras entre las principales están asfaltadas y cuáles no (la inmensa mayoría) ni dan datos sobre pendientes ni cotas a superar. Apenas dejamos atrás el valle de Gyantsé, comenzamos a subir un larguísimo puerto rodeados de montañas pardas y sin vegetación, entre laderas áridas y arenosas. En apenas media hora, el paisaje había cambiado tanto que no quedaba ni rastro de la fértil vega que habíamos recorrido los días anteriores. Los torrenteras secas habían dejado profundos surcos como enormes heridas que descendían desde las cimas. La erosión en las montañas del Tíbet es tal que las tormentas de arena son frecuentes, especialmente en la estación seca.

Afortunadamente yo no había tenido ocasión de experimentar ninguna, como aquellas que según cuenta Harrer asolaban durante días enteros Lhasa obligando a sus habitantes a refugiarse en sus casas. Pero aún sin tormenta, subiendo las montañas, el más mínimo viento levantaba nubes de polvo de las laderas que se introducían por la ventanilla. Las tormentas de arena abrasan los cultivos y la repoblación forestal es la única manera de combatirlos. Por eso las tierras cultivadas suelen rodearse de enormes alamedas en un intento por detener el avance de la

desertificación, hoy por hoy, desde el punto de vista ecológico el gran problema del Tíbet.

Arriba, en el cauce del recién nacido río Nyang Chu, nos encontramos con una presa y una central hidroeléctrica en construcción. Por su magnitud, sin duda tenía que tratarse de uno de los 62 grandes proyectos puestos en marcha por el Gobierno central. En las inhóspitas montañas, las necesidades de la obra hidráulica habían obligado a levantar a su alrededor el típico poblado para alojar a las brigadas de obreros con sus barracones de techo de chapa y banderas chinas en lo alto. Mientras cruzábamos el poblado un puesto de control nos obligó a detenernos. No eran policías sino soldados, de guarnición permanente en las obras. Examinaron los papeles que les tendió el chófer sin excesivo interés y sin prestar atención al extranjero dejaron pasar a nuestra furgoneta. Grandes máquinas y camiones formaban hileras a ambos lados de la pista. Tras los barracones de los obreros atravesamos una pequeña aldea tibetana con su techos planos de tierra coronados no por la bandera roja china sino por multicolores banderas de oración. ¿Existía ya allí esa aldea o había sido construida por los trabajadores tibetanos de la presa? No tenía forma de saberlo. Sobre la ladera de la montaña una consigna escrita en chino, con enormes caracteres blancos, daba aliento a los trabajadores. Típicas de las obras públicas comunistas en toda la República Popular, se trataba de frases que llamaban a la disciplina en el trabajo, al amor por la obra bien hecha, incluso a veces a cumplir con las normas de seguridad... Lo que decía esta me quedé también sin saberlo porque mi chófer seguía tan enfadado con mi cambio de itinerario que parecía dispuesto a no abrir la boca durante todo el día.

La Región Autónoma del Tíbet carece de una bandera propia aparte de la oficial de la República Popular China, pero eso no quiere decir que los tibetanos no la tengan. Fue diseñada en tiempos del Decimotercer Dalai Lama, durante la breve independencia del país y es una de las banderas más bonitas del mundo, capaz de sintetizar en un sólo símbolo toda la fascinación del País de las Nieves. Sobre una blanca cumbre nevada, sale o se pone un brillante sol, cuyo rayos rojos y azules se parecen sospechosamente a los colores de la Union Jack. A los pies de la montaña, dos leones blancos sostienen en sus manos una rueda del Dharma, único símbolo budista en esta bandera civil, creada *ex profeso* cuando los tibetanos descubrieron que en nuestro mundo civilizado un país no tenía derecho a existir sin bandera,

moneda y sellos postales propios. Como era de esperar, la bandera del sol y los leones está hoy terminantemente prohibida en la Región Autónoma y es la enseña oficial de los tibetanos en el exilio. Pero al margen de tan reciente emblema, los tibetanos tiene un símbolo mucho más universal y antiguo que, sea en su propio país o en el extranjero, todos utilizan por igual. Sólo con verlas, ya sabemos que estamos en el Tíbet o al menos en un lugar habitado por tibetanos. Son las banderas de oración, trozos de tela de colores en las que se han impreso diferentes oraciones budistas y que sujetas en cuerdas o palos coronan cuanta altura exista, desde los tejados de las casas y templos a los más altos puertos de montaña. “Caballos de Viento” las llaman los tibetanos, porque creen que el viento al flamearlas hace repetir constantemente la oración en ellas escrita, extendiendo hasta los confines del mundo el mensaje de salvación de Buda.

En lo alto del puerto, el viento había desgarrado por completo las banderolas más antiguas pero sus jirones seguían repitiendo sin cesar su oración, con un ruido seco de telas a punto de rasgarse. Eran cientos, de todos los colores, sostenidas por mástiles y palos curvados de los que pendían los gallardetes, deshilachados por el viento, descoloridos por el sol... Envolviendo los palos y las cuerdas, se amontonaban las *katas*, bufandas blancas, dejados allí por los viajeros como una ofrenda para implorar un buen viaje. Pedí que nos detuviéramos. En la soledad total de las montañas, los “caballos de viento” de aquel paso apenas constituían una leve pincelada, una mínima huella, un insignificante intento de los seres humanos por congraciarse con una naturaleza gigantesca y aterradora. A los pies de las banderolas, grandes montones de piedras apiladas, algunas con inscripciones en ellas, otras incluso con toscas imágenes grabadas, constituían la ofrenda de los viajeros que durante siglos habían atravesado el puerto de montaña. El explorador Sven Hedin explicaba así la razón de estos altares de piedra tan frecuentes en pasos y cumbres:

“Según las doctrinas del lamaísmo, todas las montañas, pasos, valles, ríos y lagos y todos los objetos de la naturaleza están animados por espíritus que descargan su cólera sobre los mortales que no les presentan humildemente la veneración y el respeto que exigen. No dejar una piedra en el montón puede

traducirse en malaventura. Quizás el granizo nos golpee al bajar o el caballo sea descuartizado por un lobo...”

Ignoro si los lobos son hoy tan abundantes en el Tíbet como en el pasado, pero la cólera de las alturas sigue constituyendo un grave peligro. Se dice que en el Techo del Mundo las cuatro estaciones pueden sucederse en una misma jornada, tan cambiante es el tiempo. En un día soleado como en el que estábamos viajando nosotros, los cielos del altiplano podían oscurecerse de pronto, sin que pastores o viajeros tuviesen tiempo de guarecerse. El granizo es uno de los meteoros más frecuentes en Tíbet; tan devastador que a veces puede acabar con un rebaño de yaks y hasta con sus pastores si les pilla alejados de sus tiendas. En los valles cultivados, el granizo junto con las inundaciones constituye la mayor amenaza para las cosechas. No es de extrañar que la religión tibetana acostumbrada a dar respuesta por igual a las necesidades y terrores de sus habitantes, haya acuñado una institución propia para hacer frente a semejante peligro: la de los NGAK-PAS u “Hombres-Granizo”, a la vez sacerdotes y magos, especialistas en encantamientos, entre cuyos poderes se decía que figuraba el de poder alejar el granizo. Pero hasta entre los tibetanos la fe tiene sus límites y los “Hombres Granizos” tenían que demostrar a veces en la práctica la eficacia de su poder. Siendo los lugares más sagrados del Tíbet, estaba prohibido que granizase sobre el Potala, el Norbulingka y el Jokhang. En 1920, durante el año que Charles Bell pasó en Lhasa invitado por el Dalai Lama, granizó precisamente sobre estos tres santuarios y como castigo a su inhabilidad o negligencia, los Ngak-pas fueron condenados a plantar sauces en el río, según Bell, un castigo habitual en el valle de Lhasa.

Tras casi dos horas de recorrer un camino desolado, sin tráfico alguno, con el motor de nuestra furgoneta al borde del extenuamiento, el paisaje comenzó a cambiar. Primero aparecieron pequeños arroyos que atravesaban la pista, obligándonos a vadearlos y luego, poco a poco, el color verde fue haciéndose un lugar entre los grises y los ocreos del paisaje. Conforme ascendíamos, el desierto se fue quedando atrás. Entrábamos en un paisaje de prados verdes y cimas onduladas, semejante a los altos valles suizos. De la aridez, de aquella sequedad que yo consideraba consustancial al Tíbet, no quedaba ni rastro allí. Este era otro paisaje distinto por completo, desolado también pero mucho más bello, de tipo alpino, más

acogedor y habitable, pese a la enorme altura, al menos en verano... Entrábamos en lo que los tibetanos llaman DROK, las tierras altas de pastos, normalmente por encima de los cuatro mil cuatrocientos metros. Los primeros rebaños que vimos fueron de ovejas. Después, empezaron a aparecer ejemplares de ese animal característico del Tíbet del que Alexandra David Néel dijo que era el más extraño rumiante del mundo porque en lugar de mugir, gruñía como un cerdo. Vsevolod Ovchinnikov también definió el Yak: “descrito de forma rápida es un oso con cabeza de vaca y cola de caballo”. Se le olvidó añadir que además tiene pies de cabra.

Se calcula que aún existen unos diez mil yaks salvajes en las regiones más apartadas del altiplano, pero es su versión doméstica la que ha permitido la supervivencia de la especie humana en estas inhóspitas altitudes. El yak es el animal totémico del Tíbet. Un curioso rumiante peludo inseparable de la civilización tibetana, porque el yak lo da todo: su carne, de sabor fuerte y sabroso, que los tibetanos comen bajo todas las formas, fresca o desecada, cruda o hervida. De la DRI, la hembra del yak, se obtiene la leche; y de la leche se hace yogourth y sobre todo mantequilla, otro de los alimentos básicos de la dieta tibetana, que además, una vez rancia, se usa como combustible para las candelas que arden en templos y altares e iluminan tiendas y casas.

El generoso yak aún sigue dando cosas: en los escarpados caminos del Tíbet, los yaks sirven de imprescindibles caballerías y bestias de carga, mucho más ágiles y resistentes que los caballos. Pero además su cuero se utiliza para construir unas canoas con las que los tibetanos vadean los ríos: tan ligeras que un solo hombre puede llevarlas a la espalda y tan resistentes que pueden transportar ocho o nueve personas durante días. El largo y duro pelo de los yaks se usa para hacer mantas, bolsas y ropas y sus rabos han constituido durante siglos el principal artículo de exportación del Tíbet: unos peculiares espantamoscas muy apreciados por los hindúes... Vista la cantidad de dones que el yak aporta a los habitantes del Techo del Mundo, Charles Bell concluía así sus observaciones en los años veinte: “Es natural que los tibetanos se maravillen de que haya naciones en el mundo que puedan sobrevivir sin el indispensable yak”

No hay ganado sin sus pastores. Llevaba ya unos interminables minutos ojo avizor, casi colgado de la ventanilla, cuando experimenté una intensa emoción al

divisar las primeras tiendas negras. El otro Tíbet que estaba deseando conocer. Antes, mucho antes de convertirse en un país de monjes, Tíbet era un país de pastores. En el pasado, como todos los demás pueblos del Asia Central, los tibetanos estaban integrados en tribus y clanes errantes que se desplazaban constantemente en busca de pastos para sus ganados. Ni conocían ni les interesaba la agricultura. El nomadismo era la forma de vida que mejor se adaptaba a las necesidades de supervivencia en el Techo del Mundo y todavía lo sigue siendo para buena parte de su población: Todavía hoy, al comenzar el siglo XXI, una cuarta parte de la población del Tíbet está formada por nómadas, cuya forma de vida se mantiene completamente fiel al pasado... “Los hombres y mujeres que pastorean sus rebaños en los amplios espacios del Tíbet son probablemente el más puro espécimen de su raza...” , escribió Charles Bell. Entonces no había chinos, ni automóviles, ni socialismo ni capitalismo, ni escuelas ni hospitales. Cosas todas ellas que para buena parte de estos pastores transhumantes siguen sin existir.

A una distancia prudencial, detuvimos la furgoneta. Apenas descendimos, a unos doscientos o trescientos metros, percibimos la agitación en la media docena de tiendas negras. Los grandes mastines comenzaron a ladrar furiosamente y un grupo de niños echó a correr hacia nosotros, seguidos a paso más tranquilo por los adultos. Pronto nos vimos rodeados de niños y perros afortunadamente más pequeños, porque los mastines no se separaron de las tiendas. Guardarlas era su trabajo. Durante el día, mientras los hombres suben a los pastos, las mujeres y los niños permanecen en los campamentos, protegidos de lobos y bandidos por los feroces mastines tibetanos. Los molosos, de los que tanto han hablado los viajeros del Tíbet. Con tales guardianes, acercarse de noche a un campamento sin ser invitado, podría resultar una aventura suicida.

Los niños nos rodearon primero, especialmente a mí, mostrando una curiosidad sin inhibiciones. Sin duda esperaban algún regalo, acostumbrados a que los escasos camiones y jeeps que pasaban por allí les regalaran alguna cosa: un bolígrafo, un cuaderno... incluso las botellas de agua mineral las recibían como un valioso obsequio, no por su contenido, perfectamente inútil en esta tierra de puros manantiales, sino por la utilidad del envase. Los adultos, un par de hombres y varias mujeres también sonreían, contemplándome con la misma curiosidad de los niños. Me decían cosas en su idioma, pero no tenía manera de entenderlas.

Tampoco mi chófer porque según me explicó aquellos nómadas semisalvajes hablaban un tibetano de las tierras altas incomprensible para alguien de Lhasa. Debido a la inmensidad de su territorio lingüístico, aunque haya adoptado una única forma escrita, el tibetano es una lengua dispersa con numerosas variantes dialectales. El tipo humano también es muy variado: al vivir tan aislados y casarse entre sí, muchos clanes tienen herencias genéticas propias. Aunque la mayor parte de los tibetanos pertenezcan a la raza mongoloide, los de las regiones del sur exhiben algunos rasgos caucásicos, fruto de la mezcla con indios y nepalíes. Hay tibetanos con barba, aunque la mayoría, como los que tenía delante, eran tan lampiños como los chinos y con ese aire de indios americanos, acentuado por las largas trenzas y los pesados pendientes de turquesa y coral. “... A menudo olvidamos –escribió Michel Peissel– que los pueblos europeos somos una excepción entre los pueblos del mundo: tenemos pelo en la cara...” Durante sus encuentros con los nómadas de Amdo, Peissel se fijó en cuánto llamaba a estos la atención la pilosidad de los europeos, especialmente el vello de sus brazos. No es que yo sea especialmente peludo pero también una de las mujeres se acercó sonriente a mirar el mío y sin poder reprimir su curiosidad, lo tocó con sus dedos. “!Heinrich, eres peludo como un mono!”, cuenta Harrer que le dijo el Dalai Lama, entonces un niño, la primera vez que se vieron. Anticipándose a Darwin, una antigua leyenda tibetana cuenta que los habitantes del País de las Nieves son descendientes de un mono ermitaño que se apareó con una diablesa. Gracias a ser alimentados con grano mágico, sus retoños, los primeros seres humanos, perdieron sus características simiescas... que los europeos hemos conservado...

Sonreí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aquel era mi primer contacto con nómadas y no tenía manera de comunicarme con ellos más que por señas. De vez en cuando, el chófer también lograba entender algo.

- Dicen que puede usted fotografiarles si quiere...

Las largas trenzas anudadas en torno a la cabeza son una señal de identidad que comparten los hombres y mujeres nómadas, como los grandes pendientes en las orejas. Pero aquellas mujeres además llevaban sujetas al cabello enormes trozos de ámbar y turquesa, directamente en bruto, sin pulimentar. En lo demás vestían parecido: ambos sexos se cubrían con las mismas *Chubas*, viejas y sucias, de largas mangas. Estas eran de paño, pero en invierno las *chubas* de los nómadas se

hacen directamente con pieles de oveja o de yak sin curtir, con el pelo hacia dentro. Aunque sin bolsillos, las *chubas* son para los nómadas un armario ambulante en cuyos pliegues todo se guarda: el dinero, el cuchillo, el rosario, la bolsa de *tsampa* y la escudilla para el té...

Otra cosa suelen tener en común todos los nómadas: la suciedad. No es que en ciudades y campos los tibetanos sean devotos del baño: La sequedad del clima hace muy difícil sudar, uno se ensucia menos y la temperatura de sus ríos y lagos no anima a la inmersión. Pero entre los nómadas la mugre constituye además una manera de proteger la piel de los rayos del sol especialmente intensos a estas alturas. Según dicen, la tez de las mujeres tibetanas es muy blanca, pero la de las que yo tenía delante era imposible descubrirla bajo las capas de hollín y suciedad petrificada. A falta de conversación que mantener, también a los adultos les entregué algunos bolígrafos y cuadernos. A cambio, entre amplias sonrisas, comenzaron a gesticular.

- Nos invitan a visitar su tienda –interpretó el chófer.

Acepté encantado, pese a que la proximidad de los grandes mastines no dejaba de provocarme aprensión. Pero aunque ladraron, ni siquiera se acercaron a nosotros. La compañía de sus amos, eclipsaba su desconfianza. Este apenas lo integraban media docena, pero los campamentos de nómadas suelen estar formados por una veintena de tiendas, las de la veintena de familias que se agrupan para pastorear juntos el ganado. En propiedad no puede hablarse de campamento porque las tiendas se plantan bastante separadas unas de otras, para que los rebaños no se confundan. A la hora de hacer sus casas, el yak pasa a convertirse en material de construcción fundamental: es con su largo y espeso pelo con lo que fabrican sus tiendas los nómadas. Por eso son negras. Un color ideal para absorber la intensa radiación solar de los días tibetanos y mantenerla por las noches. Pese a su apariencia, cuando entré, el interior no me pareció oscuro. La lana se trenzaba de tal modo que dejaba filtrar la luz, incluso permitía ver el cielo. De unos diez metros por cinco o seis, el espacio me pareció muy amplio aunque caóticamente lleno. Mantas, pieles, montones de lana, ollas y recipientes de plástico, carne puesta a secar colgando de nuestras cabezas... y suciedad, mucha suciedad. En el centro de la tienda, una mujer anciana estaba sentada junto a un fuego, alimentado, cómo no, con boñigas secas de yak. En las tierras altas del Tíbet sólo crecen hierbas y flores. No hay árboles ni siquiera arbustos que puedan servir de combustible. Con esta

última función, la bendición que para los tibetanos supone su rumiante peludo alcanza el grado máximo: después de haberles proporcionado alimento, luz, vestido, transporte y cobijo, en los durísimos inviernos, todavía les da un regalo más importante: calor.

Me fijé en las dimensiones de aquella vivienda, supuestamente portátil, pero tan grande que desmontada debía de pesar casi una tonelada. Siendo nómadas, ¿cómo se las arreglaban para transportarla? A lomos de yak, por supuesto. Y eso que aún me quedaba por descubrirle una última virtud a tan portentoso animal. “La lana de yak es increíblemente ligera” – me explicó el chófer- “una tienda como esta no pesa más de doscientos kilos”. Esta vez el té a la tibetana sólo lo probó él. Muy a mi pesar, rechacé terminantemente el tazón de madera que me ofrecieron, lleno de turbio té con manteca. Acababa de salir de una gastroenteritis y no estaba dispuesto a caer en otra.

Younghusband y sus hombres se equivocaron al menospreciar la disposición al combate de los tibetanos. De camino hacia Lhasa, a unos ochenta kilómetros de Gyantsé, en Karo-La, el paso de Karo, tres mil soldados tibetanos esperaban a las tropas inglesas. Su resistencia fue encarnizada y lograron causar cinco bajas a los expedicionarios a costa de sufrir más de cuatrocientas en su bando. Para los británicos fue una fácil victoria más, en apariencia poco reseñable si no fuera porque como subrayaron los corresponsales de prensa, aquella batalla merecería pasar a los anales de la Guerra como la librada a más altura: a cuatro mil novecientos metros.

En el paso de Karo no quedaba el menor recuerdo de aquella gesta ni afortunadamente se les había ocurrido todavía a los del Guinness poner una de sus placas certificando un nuevo récord. Pero allí me estaba aguardando una de las más maravillosas sorpresas del viaje. A esa altitud, en medio del paisaje alpino, casi tocando el mismo borde de la pista, me encontré un enorme glaciar. Una majestuosa montaña enteramente cubierta de hielo desde la cima hasta la base. Al descender del coche, comprobé que la temperatura había cambiado por completo. A finales de junio, pararse al pie de la montaña equivalía a abrir la puerta de un gigantesco congelador. Tiritando de frío me acerqué a los brazos de hielo sucio entremezclado con tierra en los extremos inferiores de la morrena. ¿Qué antigüedad tendría aquel hielo que había ido descendiendo hasta allí, durante miles de años, a

una velocidad imperceptible desde la cima? ¿Y qué altura tendría la montaña helada? Dos mil metros parecía una cifra razonable, lo que sumado a la altitud a la que estábamos la convertía en un gigante de siete mil metros. En el Tíbet, las más altas cumbres del planeta están siempre muy cerca, casi al alcance de la mano. Y son tantas que muchas de ellas no tienen nombre, como aquella a la que el chófer se refería por el mismo nombre del puerto de montaña: Karo-La. El glaciar del paso de Karo.

En la loma el viento soplaba fuerte, cortante y frío. Impresionaba tan sólo imaginarse como debía de ser allí la temperatura en invierno, cuando la nieve viniera a sumarse a los gigantescos bloques de hielo en las alturas. Pero ahora estábamos en verano y mil regueros de agua corrían por los verdes prados, alimentados por los neveros de la montaña. Pese a que a semejante altitud me costaba respirar más que nunca, a pesar de que no llevábamos suficiente ropa de abrigo para resistir el inesperado frío, ninguno de los dos buscó refugio en la furgoneta. El paisaje era tan bello, una imagen del Tíbet tan deseada, tan soñada, que hasta el chófer me pidió que le hiciera fotografías junto al glaciar para mostrárselas a su familia. Por primera vez aquella denominación de “País de las Nieves” que tan injustificadamente venía usando durante mi periplo veraniego, parecía corresponderse con la realidad. La imagen del Tíbet que cualquier extranjero esperaba ver.

Del otro lado del glaciar, aprovechando el agua y los pastos había una tienda solitaria de nómadas. También la curiosidad les llevó a acercarse a nosotros, pero más tímidos o menos acostumbrados a la presencia de extraños, se detuvieron a una docena de metros. Me alegré porque ya no tenía bolígrafos ni cuadernos que darles. En el pasado, según cuenta Charles Bell, cuando no iban en peregrinación, los pastores descendían a los valles tan sólo una vez al año para vender sus productos y abastecerse de provisiones. Bajaban sal, lana, soda para el té y mantequilla, además de algunos yaks y corderos para vender (sin olvidar esos espantamoscas de rabo de yak tan solicitados por los hindúes). Un mes solía bastarles para llevarse de regreso a sus tiendas lo que no podían obtener allí, cebada para hacer *tsampa*, té y ropas de lana. El grupo que nos estaba mirando ahora a nosotros lo formaban un par de hombres, una mujer joven y cuatro chiquillos. Sin duda una familia, pero quizás de un tipo muy particular, tan extendido en el pasado entre los tibetanos y que hoy día sólo siguen practicando los nómadas: una familia poliándrica. Durante el Viejo

Tíbet, en las familias de pastores era corriente que todos los hermanos varones compartieran una misma mujer. De esta forma, con una mujer y unos hijos comunes evitaban que el precioso ganado tuviera que repartirse, como hubiera ocurrido si cada hermano hubiese constituido su propia familia. En la comunidad sexual poliándrica, el papel de cabeza de familia corresponde siempre al hermano mayor: él es quien tiene preferencia a la hora de acostarse con la mujer común y quien resuelve las disputas que sobre tan espinoso asunto puedan surgir entre los demás hermanos. También todos los hijos, sea quien sea el que los haya engendrado, figuran como suyos. Como era de esperar, una institución tan exótica fascinó a los primeros viajeros occidentales que sacaron de ella la conclusión de que el matrimonio poliándrico era una prueba de la extraordinaria libertad de la mujer tibetana que, como los hombres musulmanes, podía disfrutar ella sola de varios cónyuges. El marxista Han Suyin vino a echar un jarro de agua fría a tan inocentes valoraciones: Lejos de suponer una posición privilegiada para la mujer, la poliandria –prohibida por sus compatriotas- a él le parecía una espantosa carga. No veía que privilegio podía suponer para una mujer casarse, además de con un hombre que no había elegido, con sus cuatro o sus cinco hermanos, igualmente sin elección... Y además de acostarse, tener que cocinar, lavar y realizar las tareas domésticas para todos ellos. “En realidad, en la familia poliándrica, la mujer se convierte en una bestia de trabajo para todo el grupo de maridos”, concluía el viajero chino.

Comenzamos a descender. Mientras abandonábamos las DROK, las tierras altas de pastos, el país de los nómadas, recordé que aquellos pastores transhumantes, símbolos de la libertad y el desapego de cualquier raíz o atadura, eran en el pasado, paradójicamente, siervos en su gran mayoría. Los ganados rara vez eran suyos sino de un monasterio o familia aristocrática (como los PA-LHA de Gyantsé que mantenían en estas tierras un rebaño de más de veinte mil ovejas y yaks) Junto a determinadas cantidades de leche y mantequilla, los pastores tenían que entregar a sus amos anualmente un cordero o un becerro de yak por cada tres que apacentaban. Si el granizo y los lobos no se cebaban en la cabaña, el resto de las crías pasaban a ser tuyas.

Conforme bajábamos, el paisaje volvió a cambiar. Desaparecieron los pastos, las montañas recuperaron su tonalidad y la aridez volvió a adueñarse del paisaje. No del todo porque estábamos entrando en un valle de altura, a unos cuatro mil cuatrocientos metros del nivel del mar, formado por un enorme lago de origen glaciar, el Yamdrok- Tso. Un lago cuyo interés trascendía a lo geográfico porque los tibetanos, tan dados a divinizar la naturaleza, lo consideran uno de sus cuatro lagos sagrados en un país en el que, entre pequeños y grandes, existen más de mil. Su circunvalación es pues una obligación piadosa, en el caso del Yamdrok Tso especialmente ardua para los peregrinos que se atreven a acometerla, dado más que un lago parece un largo y ancho río lleno de meandros que dan vueltas sobre sí mismo. En sus orillas existen antiguos y escondidos monasterios, fundados como ofrenda a las deidades de sus aguas. El más famoso de ellos, el de Samding, quedaba apenas a quince kilómetros de la pista que nosotros estábamos atravesando, pero aunque insistí en visitarlo, esta vez el chófer no cedió. Quedaba poco para que anoheciera y con tales caminos, quince kilómetros podían suponernos más de una hora. Fundado en el siglo XIV, lo que destaca al monasterio de Samding del resto de conventos del Tíbet no es su valor artístico sino el hecho de que siendo un monasterio de hombres sea el único que tiene una abadesa mujer. Dordjé Pagmo, “la Cerda de Diamante” cuyo curioso nombre deriva de un milagro que una de sus abadesas realizara a principios del siglo dieciocho cuando su monasterio se veía amenazado por una incursión musulmana. Usando sus poderes mágicos, la rectora del monasterio lo transformó en una pocilga, convirtiendo a sus monjes en jabalíes y a ella misma en una cerda... Animales impuros para los musulmanes que optaron por pasar de largo, respetando el lugar. De ahí viene su nombre en tibetano: Dordjé Pagmo, “la Cerda Adamantina”. La única mujer Buda Viviente del Tíbet.

Durante su estancia en Lhasa, Harrer cuenta que vio en varias ocasiones a la actual reencarnación, entonces una niña de apariencia insignificante, paseando por el Barkor: donde quiera que fuera, la multitud la reverenciaba arrojándose al suelo a su paso y solicitando su bendición. No era para menos porque en la lista de los más importantes lamas reencarnados del Tíbet, aquella niña insignificante ocupaba el tercer lugar, inmediatamente después del Dalai y el Panchen Lama. Las niñas crecen y a Dordje Pagmo iba a tocarle, siendo la única mujer en una jerarquía de hombres, protagonizar el mayor escándalo que ha sacudido al clero tibetano en el

más que movido siglo veinte. En 1959, como tantos otros abades y lamas, la XII Dordje Pagmo siguió al Dalai Lama al exilio. Pero luego regresó al Tíbet y se unió a los chinos. Saltándose las leyes religiosas y su propia condición sagrada, abandonó los hábitos, se casó y tuvo un hijo. Más tarde se divorció y, según dicen, llevó una vida alegre y poco edificante. El relajo moral vino acompañado de una significativa militancia política: representó durante mucho tiempo al Tíbet en la Asamblea Nacional de Pekín y hoy es vicepresidenta de la Asamblea Popular del Tíbet aunque, debido a su condición de creyente, no se le haya permitido militar en el Partido Comunista.

Con semejante expediente auestas es natural que los lamas exiliados hablen muy poco de ella y que la XII Dordjé Pagmo sea muy poco conocida en el extranjero. Pero su condición de Buda Viviente y su importancia en la jerarquía religiosa sigue intacta: se trata de una cualidad irrenunciable por más pecados que se cometan, como la capacidad de aportar bendiciones a los fieles. Dordje Pagmo es una de las más importantes deidades tántricas. Si decidió encarnarse en una abadesa madre y divorciada, colaboradora con los chinos, sus razones tendría. A sus escandalizados compañeros de religión les queda la esperanza de que al morir la actual reencarnación, la diosa opte por renacer en un cuerpo más discreto y piadoso.

Dejé atrás la desviación del monasterio de Samding con el consuelo de que la Dordje Pagmo no podía estar allí. Tratándose de un monasterio de monjes célibes, a la abadesa no se le permitía residir en él y sólo acudía a su monasterio para presidir las grandes ceremonias y rituales. Tenía su propio palacio en Lhasa, en el que aún vivía, pero no solía recibir visitas.

Había dejado de verse nieve, pero en las orillas del lago los pastos seguían siendo verdes en contraste con el azul de las aguas. El paisaje conservaba su encanto. Paramos un momento y me acerqué a la orilla. Como suele pasar en las riberas de nuestros pantanos, las del lago Yamdrok estaban cubiertas de barro. Vistas de cerca, sus aguas eran turbias, debido al fango en suspensión. Tampoco las encontré demasiado frías. ¿Habría peces? Seguramente sí porque los tibetanos no los pescan ni forman parte de su dieta. Matar un pez es para los tibetanos un pecado mucho mayor que sacrificar un yak o una oveja. En el Viejo Tíbet estaba estrictamente prohibido pescar, un tabú del que existen muchas y variadas explicaciones: que si es porque los peces se alimentan de la carne de las personas y

animales muertos que se arrojan en ríos y lagos; que al ser cada vida sagrada, un solo yak sirve de alimento a varias personas, mientras que en la red mueren a la vez centenares de peces. Puestos a elegir, me quedo con la explicación más poética: matar a un pez es un grave pecado porque los peces no pueden llorar ni por tanto implorar compasión a sus verdugos pescadores.

Durante más de una hora, seguimos la ribera del lago, cruzando pequeños pueblos agrícolas con sus banderolas de oración en los tejados. A veces en las colinas junto a los pueblos, se veían letras escritas con grandes piedras blancas, mensajes dirigidos al cielo, de enormes dimensiones. Siempre las mismas letras, estas en tibetano que en contraposición a los mensajes de los chinos no contenían loas al trabajo o a la patria sino una oración. Siempre la misma, el omnipresente OM MANI PADME HUM que escrita así, en las montañas, parecía pretender proclamar que en el Tíbet hasta las piedras, incluso la naturaleza era budista.

Por el camino había algo más de tráfico, en su mayoría camiones y vehículos militares. También de vez en cuando cruzábamos pequeños cuarteles con su bandera china y sus soldados ocupados en distintas tareas, casi ninguno armado. Curiosamente, en las riberas del lago Yamdrok la presencia del Ejército chino parecía mucho más patente que en los mucho más poblados valles bajos. ¿Se trataba de un lugar estratégico? Los soldados chinos en el Tíbet no constituyen hoy un visible ejército de ocupación, pero en otras épocas han tenido un papel mucho más activo: durante los primeros diez años del Tíbet chino el Ejército de Liberación Popular era el verdadero administrador del país. Más tarde se enfrentaron a la guerrilla Khamba independentista y combatieron a la vez a los guardias rojos. Hace sólo diez años, apenas unos meses antes que en Tiananmen, los tanques chinos marcharon frente al Potala, cuando la ley marcial vino a poner fin a tres años de manifestaciones nacionalistas en Lhasa. “Normalizada” hoy aparentemente la situación, el ejército ha devuelto a la policía la función de mantener el orden público mientras sus tropas se concentran en su otra importante misión: vigilar la inmensa frontera de varios miles de kilómetros que separa al Tíbet de la India, un potencial enemigo, con quien en el año sesenta y dos, ya se enzarzaron en una rápida y confusa guerra. China venció pero sus ejércitos se retiraron de las posiciones conquistadas. India era entonces aliada de la URSS, con la que Mao acababa de romper relaciones acusando a sus dirigentes de revisionistas. Juntos constituían un enemigo demasiado peligroso. Desde entonces ambos países

mantienen reivindicaciones territoriales sobre amplias zonas fronterizas lo que les obliga a mantener también fuertes contingentes militares a ambos lados de la frontera. El número de soldados que China mantiene allí se considera un secreto estratégico pero dado el territorio a cubrir deben de ser decenas de miles. Con sus propios cuarteles y vehículos, sus propios economatos y medios de abastecimiento, alejados de zonas habitadas y sin mezclarse con la población. ¿Hay armas atómicas en el Tíbet? En 1975, Han Suyin decía no saberlo, pero parece lógico que las haya siendo China una potencia nuclear. Todavía hoy las carreteras del Tíbet, de gran importancia estratégica en caso de conflicto, siguen bajo el control del Ejército de Liberación Popular. Ellos las construyeron y ellos tienen prioridad absoluta para utilizarlas. También las estaciones de gasolina pertenecen al Ejército, como en la que paramos a repostar.

Dejando atrás el lago, del que no habíamos recorrido más que uno de sus brazos, comenzamos de nuevo a subir. Un nuevo puerto que cerraba aquel valle glaciar por el norte, igual que el paso de Karo lo hacía por el sur. Esta vez Kambala, el mítico puerto de Kamba que comunicaba el valle de Tsangpo con el del lago Yamdrok. Un paso frecuentado por las antiguas caravanas, especialmente durante los meses de crecida, cuando el turbulento río Tsangpo cortaba la otra ruta hacia el sur. En 1904, por aquí tuvieron que subir penosamente las tropas de Younghusband y desde lo alto sintieron que el camino de Lhasa se abría ya sin obstáculos ante sus ojos. Desde el paso de Kamba vieron como yo atardecer, una experiencia única y especial en un país de montañas, horizontes abiertos y atmósfera limpia, que el corresponsal Perceval Landon intentó transmitir a sus lectores de Londres:

“ Durante las horas cálidas de un día de verano, el Tíbet puede no parecer muy diferente de otras comarcas tropicales a la misma hora del día: aquí como en cualquier otra latitud semejante, el sol ardiente hace desvanecerse los matices más delicados... Pero por la tarde, la cosa cambia: los detalles de flores, campos y árboles reaparecen. El puro color azul del mediodía se transforma en azul de ultramar; las nubes, semejantes a plumones de plata se acumulan al oeste; aumentan, se estiran, forman una masa abigarrada en la que desaparece el sol al ocaso... El cielo se ensombrece: del azul pasa al amarillo ambar... Pero todavía no es la verdadera puesta de sol. Al cabo de

unos minutos, comienza el espectáculo más característico y exquisito que el Tíbet puede ofrecer...”

En lo alto del puerto, un mojón de altitud señalaba exactamente 4.974 metros, veintiseis menos de cinco mil. No había nieve pero un viento gélido y fortísimo hacía flamear las desgarradas banderas de oración ancladas en el habitual altar de piedras. En lugar de mirar hacia Lhasa yo preferí mirar atrás, contemplando uno de los panoramas que las guías de viaje califican entre los más bellos del Tíbet. El lago Yamdrok es conocido como el “lago turquesa” y sólo desde el alto de Kamba comprendí por qué: allí abajo sus aguas brillaban con el azul más bello que yo había visto nunca, rodeadas de mil montañas, cadena tras cadena hasta perderse en el horizonte. Por el sur, el sol se ponía sobre una gran cordillera nevada que, sin llegar a verla, habíamos dejado atrás y de la que el glaciar de Karo que tanto me cautivara seguramente formaba parte. El atardecer no duró mucho. Nubes tormentosas cubrieron de repente nuestras cabezas y el viento se hizo más huracanado. El conductor me metió prisa. No quería bajar el puerto de noche.

El descenso del Kamba-la fue de vértigo y mucho más largo que la subida, puesto que pasábamos a un valle situado seiscientos metros por debajo del del lago Yamdrok. La pista serpenteaba ladera abajo cada vez más a oscuras, con curvas cerradísimas, abiertas por completo al abismo, sin la menor protección. Sólo mediante el freno lograba contener el conductor la inercia de las pronunciadas pendientes; y sólo de pensar en que los frenos de aquella vieja furgoneta pudieran llegar a recalentarse... Durante el descenso no hablamos, cada uno a solas con su propio miedo. Tardamos una hora, mucho más que en subir. Ni un solo coche o camión se cruzó con nosotros por el camino, pero a pesar de todo llegamos abajo tan cubiertos de polvo que hasta los cabellos del chófer, negros azabache como todos los de los orientales, parecían haber encanecido.

Una vez en el nuevo valle, alcanzamos carretera asfaltada y fuimos bordeando el río Tsangpo, por el mismo camino que recorriéramos a la ida. Pero en el cruce del camino a Lhasa, en lugar de tomar la carretera hacia la capital, pasamos de largo. Aún no era tiempo de volver, todavía me faltaba conocer una nueva región del Tíbet, el valle de Yarlung, la cuna de la civilización tibetana. Para llegar a él, fueron necesarias dos horas más de viaje, ahora de noche, por una carretera de

firme en buen estado que no se separaba del curso del gran río. Por el camino cruzamos pueblos y ciudades. A las diez de la noche entramos en Tsetang una ciudad enteramente nueva, populosa y llena de comercios. Al menos el hotel sí constituyó una agradable sorpresa: era muy moderno, más que el de Lhasa, con habitaciones confortables, incluso de lujo. Un buen lugar para reponer nuestros cuerpos maltrechos, molidos por la batidora del viaje.

VI.-

DEMONIOS Y ERMITAÑOS

“Samye es uno de los lugares históricos más célebres del Tíbet. Allí se erigió el primer monasterio budista del País de las Nieves hacia el siglo VIII de nuestra era”. Con tales palabras justificaba Alexandra David-Néel una visita que a mí también me pareció absolutamente justificada y necesaria, pese a que el chófer insistía en que debíamos esperar en Tsetang a que algún responsable local se pusiera en contacto con nosotros para organizar la excursión. No vi la necesidad. Al amanecer del día siguiente salimos los dos en la furgoneta rumbo al monasterio que, al encontrarse en la orilla opuesta, exigía atravesar el Brahmaputra, un aliciente extra del viaje.

En el embarcadero, a unos treinta kilómetros de Tsetang, el conductor me anunció que él permanecería allí esperándome. Sin él, yo me quedaba huérfano de traductor del tibetano, pero no hubo manera de convencerle de que se alejara de un vehículo que era su medio de trabajo. Solo pues, salté a una de las viejas barcasas de madera que actuaban de “ferrys”, movida por un viejo motor fueraborda ridículamente pequeño. Como comprobaría durante la navegación, la velocidad no servía de gran cosa para vadear el Tsangpo, convertido a esas alturas de su curso en un lago tranquilo y remansado de aguas color de chocolate. Nada que ver con el río turbulento, encajonado entre montañas, que había recorrido días atrás al comienzo de mi viaje. Pero aún sin corrientes, tardamos más de una hora en alcanzar la otra orilla tras dar vueltas y vueltas en los bancos de arena, incluso teniendo que detenernos y subir el motor varias veces, para que la hélice no tocara. En muchos tramos la profundidad del río no superaba los veinticinco centímetros. Veníamos de una margen fértil y muy habitada, pero en la orilla izquierda del Tsangpo sólo se

distinguían montañas áridas y dunas. En esa soledad, la única huella humana la ofrecían unas pequeñas edificaciones con tejados de oro que refulgían al sol. El piloto me sonrió extendiendo la mano: “Samye”. No podíamos desembarcar allí debido a los bancos de arena y la barcaza tuvo que desviarse una decena de kilómetros río arriba. Durante la travesía tuve tiempo de fijarme en la docena de personas con las que viajaba. Un lama, en apariencia de alto rango porque le acompañaban dos monjes más jóvenes, uno de los cuáles abría una sombrilla anaranjada para protegerle del sol. El clérigo lucía unas curiosas gafas de espejo, del todo incongruentes con su hábito. Los demás eran peregrinos en visita piadosa al monasterio, incluido un campesino enjuto que llevaba dos enormes sacos a la espalda, cada uno de ellos más grande que él.

Un camión de caja abierta y un moderno vehículo todo terreno nos estaban esperando en la arena. Antes de que pudiera negociar nada, el lama y sus monjes se acomodaron en el jeep y a mí no me quedó otra que subir a la caja del camión con el resto de los peregrinos. Agarrados como pudimos, dando botes durante una interminable hora, seguimos un camino semienterrado entre las dunas.

“ Samye es un oasis cercado a medias, plácidamente absorto en los recuerdos de su brillante pasado... Las altas montañas que rodean al monasterio están ya cubiertas de arena hasta la cima y, a su misma puerta, dunas nacientes, de donde sobresalen las copas lastimosas de los árboles, invaden lo que antes fue una avenida...”

En 1924, Alexandra David Néel encontró el monasterio muy abandonado, amenazado por la invasión de la arena y el abandono de sus monjes, de los que solo quedaban una treintena. Tres cuartos de siglo después, alrededor de Samye seguía sin haber casas y el convento continuaba constituyendo un oasis en medio de una naturaleza poderosa y deshabitada, pero a mí me recibió un monasterio en obras, preso de una febril reconstrucción. Un cartel a la entrada de Samye presentaba al promotor de la misma: “En 1982 el Gobierno de la Región Autónoma del Tíbet destinó una gran suma de dinero para restaurar el monasterio, atendiendo el deseo de las masas de seguidores budistas...” Las obras todavía seguían en marcha, pero lo que no decía el cartel era quien había sido el responsable de la necesidad de acometerlas. Ni una palabra sobre quién había destruido el monasterio, con una

ferocidad mucho mayor que la del paso del tiempo. Una nueva muestra de la mala conciencia de los chinos de hoy respecto del período más oscuro de su historia contemporánea: la Revolución Cultural.

Curiosamente, el juego de destrucciones y reconstrucciones ya había empezado aquí en el mismo momento de la fundación mítica de Samye. Allá por el brumoso siglo VIII, el rey Trisong Detsen, descendiente de Songtsen Gampo, se propuso fundar en estas dunas un monasterio budista, el primero del Tíbet. Cuenta la leyenda que los demonios del lugar obstaculizaban con sus hechicerías su construcción, destruyendo de noche lo que los albañiles levantaban de día. Para combatirlos, el rey del Tíbet hizo entonces venir de la India a un maestro reputado, un poderoso mago iniciado en los misterios del Tantra: Padmasambhava, el Guru Rimpoché. Era tal su poder, que no sólo sometió a los demonios sino que los puso a construir el monasterio a una velocidad asombrosa. Después se quedó en el Tíbet predicando la nueva religión y convirtiéndose en el primer difusor del budismo. A su muerte, pasaría a ser considerado por los tibetanos un “Segundo Buda”, tan venerado como el histórico.

Inspirado en los Mandalas hindúes, el conjunto ceremonial de Samye tiene una curiosa forma circular que fue copiada del antiguo templo de Odantapuri en Bihar, India. Respecto a los mandalas que yo había visto hasta entonces, como los pintados en las paredes del Koumboum de Gyantsé, el de Samye ofrecía la peculiaridad de ser arquitectónico. Todo él era un mandala, todo el conjunto de edificaciones constituía un símbolo mágico que aspiraba a representar el entero universo. El Templo central de Samye ocupaba el lugar del Monte Meru, el centro del mundo en la cosmología budista y el resto de los templos que lo rodeaban representaban los océanos y los continentes. Al norte estaba el templo de la Luna. Al sur, el templo del Sol. Otras doce capillas, todas ellas en obras, se agrupaban en el interior del mandala. Cuatro grandes stupas señalaban los cuatro puntos cardinales, identificables por sus colores: roja, negra, verde y blanca. Desgraciadamente a estas últimas se les notaba mucho que eran nuevas porque los guardias rojos dinamitaron las originales y habían sido reconstruidas en hormigón y no con la argamasa tradicional.

El *Utse* o templo principal es una muy original construcción con tres plantas de distintos estilos: tibetano, hindú y chino. Aquí fueron ordenados hace 1.200 años

los siete primeros monjes budistas tibetanos... y aquí tuvo lugar por esas fechas lo que se conoció como “El Gran Debate”: terminado su monasterio, el rey del Tíbet tuvo que decidir cuál de las dos escuelas budistas entonces de mayor difusión convenía más a sus súbditos: el budismo zen dominante en China o el tántrico que practicaban los hindúes. Para que le expusieran sus distintas doctrinas, hizo venir a Samye a sabios budistas de China y la India. Como era de esperar, el poderoso mago Padmasambhava derrotó a sus colegas del Imperio del Centro y a partir de entonces los tibetanos adoptaron la versión india del budismo.

“Samye, obra de un mago, ha quedado impregnado del espíritu de su fundador. El sitio huele a brujería en todos sus rincones, y hasta los inocentes animales que vuelven a sus establos en la hora del crepúsculo, parecen tener no sé qué aire extraño y astuto propio de las criaturas diabólicas disfrazadas”

El día era plácido y luminoso. Vistos desde lo alto del templo principal de Samye, los trabajos de reconstrucción transmitían una sensación de relajada laboriosidad. ¿Dónde estaba ese ambiente extraño y diabólico, cargado de brujería, que Alexandra David-Néel decía haber experimentado en Samye? Según ella, los peregrinos del pasado no acudían al solitario monasterio atraídos tan sólo por las controversias teológicas que allí se desarrollaban. Siendo el primero que se fundó en el Tíbet, fue aquí donde primero se fundieron la religión recién llegada y los antiguos cultos tibetanos hasta dar forma a ese prodigio de sincretismo que es el budismo tántrico. En Samye, los primitivos dioses del País de las Nieves fueron rebautizados por el budismo como Protectores de la Fe, algo que por otra parte ya había hecho Buda con los dioses hindúes de su tiempo.

Todavía hoy, pese a su devoción budista, los tibetanos siguen creyendo en sus viejos demonios. De cara a la gran masa de fieles, la función del lamaísmo oficial, el poder de los monjes radica en su capacidad de pacificar y exorcizar a las fuerzas del mal. Las enfermedades son causadas por demonios, como las tormentas, inundaciones y catastrófes naturales. Tíbet es el país de los demonios y en Samye viven los más terribles de todos: las *Singdongmos*, diablesas con cabeza de león que se alimentan devorando el “aliento vital” de los seres que acaban de fallecer.

Cuenta la tradición que antes de volver a nacer, todas las almas de los muertos han de pasar por Samye. Por eso acuden los peregrinos, con la esperanza de aprenderse el camino para que, tras la muerte, sus almas no se extravíen. En su libro “Magos y Místicos del Tíbet”, Alexandra David Néel dice haber visitado en Samye un templo muy especial, el *Ugs Khang* que significa la “Casa del Aliento Vital”. En él existiría una habitación siempre cerrada, cuya puerta sólo podía abrir el Dalai Lama. Dentro, las *singdongmos* se dedicaban a despedazar y comer el “aliento vital” de los muertos, del mismo modo que los matarifes tibetanos siguen descuartizando hoy los cuerpos sin vida de sus congéneres para dárselos a comer a los buitres. Pasar por el *Ugs Khang* era muy importante para las almas. Si el “aliento vital” no era devorado en el festín ritual de las diablesas, no había posibilidad de reencarnación para el fallecido. La habitación donde moraban las *singdogmos* había de tener siempre en su interior un cuchillo afilado y un tajo para que las mujeres demonios pudiesen realizar su función. Una terrorífica estancia que pertenecía al mundo subterráneo, al reino de los muertos, cuyas puertas se mantenían siempre cerradas con candados y sellos mágicos. Nadie, excepto alguien de tanto poder espiritual como el Dalai Lama, podía entrar en él, so pena de que su aliento vital fuese devorado y morir fulminado al instante.

Me cansé de preguntar por el *Ugs Khang* a los monjes que supervisaban las obras y a los que custodiaban los altares. No parecían entenderme o no querían saber. Según sus detractores, Alexandra David-Néel pecaba de excesiva imaginación, pero también es cierto que hay cosas de la religión tibetana que a los lamas de hoy no les gusta contar a los extranjeros. Manifestaciones de la religiosidad popular muy arraigadas en el pueblo pero que poco tienen que ver con el budismo. Conocedores de la mentalidad occidental, a sus sacerdotes, más ilustrados, no les agrada verse tomados por idólatras supersticiosos.

En los alrededores de Samye, a unos quince kilómetros, muchos devotos eligen poner fin a su peregrinación en una atmósfera menos opresiva que la de ultratumba, en plena naturaleza. La montaña de Chimpuk es un lugar tan sagrado como el primer monasterio del Tíbet, porque en ella nació una práctica no menos importante que la vida monástica e igualmente característica de la forma de ser tibetana. La otra vía para la Iluminación, el camino que siguen los yoguis y

ermitaños, el de aquellos que buscan refugiarse en la soledad de la naturaleza, lejos de templos y ceremonias. Los practicantes del “Sendero Directo”, los *Nardjopas*.

La inmensa soledad de los paisajes del Tíbet hace fácil perderse. Su esencialidad, la austeridad de su naturaleza facilita extraordinariamente la concentración, liberándonos de apegos y necesidades superfluas. ¿Y qué otra cosa persigue el budismo para lograr despertar la Iluminación? En su variedad tántrica, el budismo hizo suya la práctica de los yogas hindúes y con ellos incorporó a los yoguis, santones ermitaños y errantes tan característicos de la India, donde la vida monacal nunca acabó de echar raíces. El propio Padmasambhava era un consumado yogui hindú y apenas terminado el monasterio decidió retirarse a meditar a una cueva en la montaña de Chimpuk. Con ello, tras institucionalizar el monacato, introdujo también en el Tíbet una vía espiritual mucho más radical e individualista que seguirían después millares de tibetanos, cada uno buscando un lugar más inaccesible que el otro y creando una riquísima tradición de vidas y milagros de los eremitas del Himalaya.

“... Hoy debemos buscar a los místicos y los magos del Tíbet más bien fuera de los monasterios...”, escribió Alexandra David-Néel a principios del siglo XX. Ella misma pasó varios años como discípula de un ermitaño en la frontera con Sikkim. A las puertas del siglo XXI, en un Tíbet comunista y oficialmente ateo, yo también me propuse ir a buscarlos a la montaña de Chimpuk. Para llegar allí, el único medio de transporte disponible era el camión de la caja abierta y aunque esta vez me hice yo cargo de la totalidad de la carrera, dejé subir también a una pareja de peregrinos y al hombre enjuto de los dos grandes sacos que había viajado en mi misma barcaza. Cuesta arriba, el camino resultó mucho más complicado que el que seguía la margen del río: comenzamos a ascender dando botes, con curvas cerradísimas y la arena invadiendo la pista, a menudo hasta hacerla desaparecer. La subida era tan empinada y sobre todo tan nulamente peraltada que el camión no podía subir: en las curvas se clavaba en tierra y entonces el conductor ponía el punto muerto y lo dejaba caer hacia atrás, hasta el mismo borde del precipicio, donde volvía a intentar la remontada. Al principio, agarrado como podía, intenté tomármelo a broma, pero al cabo de un rato todos, incluidos los del país, viajábamos completamente atemorizados. El motor rugía inútilmente, los neumáticos echaban humo y los peregrinos pasaban cada vez más nerviosamente

las cuentas de sus rosarios. El instinto de supervivencia me llevó a encaramarme, con una sorprendente agilidad, en la valla de la caja dispuesto a saltar en cualquier momento: prefería romperme una pierna rodando montaña abajo a morir aplastado por el camión. Afortunadamente no tuve necesidad de hacerlo porque el motor exhaló un último estertor y se apagó. Antes de que el conductor echara el freno de mano, ya habíamos saltado todos fuera del camión con un enorme alivio.

Ahora sí me tocaba hacer *trekking* por el Tíbet. Allí arriba, en la cima de la montaña, las banderas de oración anunciaban el templo-cueva de Padmasambhava, lejano incluso para la vista. A esas horas de la tarde, el sol caía a plomo y aunque Chimpuk constituía la única mancha de verdor en las arenosas montañas, su vegetación estaba formada por jaras y retamas sin un sólo árbol. Eché mano del protector solar. Estábamos por encima de los cuatro mil doscientos metros y aunque mi organismo ya estaba acostumbrado a la escasez de oxígeno, subir a esa altitud seguía costando mucho más que hacerlo a nivel del mar. Me agotaba tanto que tenía que parar cada cincuenta metros para recuperar la respiración. La pareja de viejos peregrinos tibetanos, me tomó enseguida la delantera. También el hombre de los dos sacos a la espalda. Poco a poco, me fui quedando atrás, ensimismado en mi propio camino. No me importó porque al fin y al cabo, era la soledad lo que yo estaba yendo a buscar a Chimpuk. Pese al agotamiento y la insolación, el día era magnífico y aquel paseo por la montaña tibetana una experiencia de lo más agradable.

De entre todos los ermitaños del Tíbet, Milarepa fue el más famoso. Vivió en el siglo XI cuando en el País de las Nieves se vivía la segunda y definitiva difusión del budismo. Antes de retirarse del mundo, Milarepa había sido un gran pecador. Cuando tras muchos años de retiro en distintas cuevas logró el definitivo despertar, se convirtió en un personaje muy popular y querido entre sus compatriotas. Hasta él, los tibetanos tenían la idea de que sólo los indios podían alcanzarlo; Milarepa fue el primer tibetano que se convirtió en Buda perfecto en el transcurso de su vida. Pero sobre todo es el mayor poeta del Tíbet, capaz de componer cantos maravillosos como aquel en que enseñara a una joven ermitaña cómo meditar en la naturaleza:

“ Escúchame muchacha afortunada y fiel!

Si te sentías feliz meditando el cielo,
Las nubes no son más que milagros del cielo;
¡Míralas como el propio cielo!
Si te sentías feliz meditando el sol y la luna,
Los planetas y las estrellas no son más que milagros del sol y la luna;
¡Míralos como si fueran el sol y la luna!
Si te sentías feliz meditando la montaña,
Los árboles no son más que milagros de la montaña;
¡Míralos como la realidad de la montaña!
Si te sentías feliz meditando tu mente natural,
Los pensamientos no son más que milagros de la mente;
¡Colócalos pues en la realidad de la mente!”

Milarepa nunca hubiera encontrado él solo el camino. Fue su maestro Marpa quien se lo enseñó, haciéndole pasar terribles pruebas. Durante años le hizo construir una casa para él que luego echaba abajo y le obligaba a levantar otra vez. Las manos y la piel del discípulo eran una pura llaga de tanto acarrear piedras, pero siguió adelante con su aparentemente inútil tarea... Una historia tantas veces repetida en el Tíbet: el joven novicio, a quien no acaba de satisfacer la vida reglada de los monasterios, que elige echarse a andar en busca de un maestro que de verdad le enseñe el camino. No tiene indicaciones previas, no sigue ninguna dirección específica, pero sabe que cuando encuentre a su maestro, le reconocerá. Y entonces aún tendrá que pasar la última prueba de ser aceptado a su lado.

De todos los relatos budistas de maestros y discípulos, el de Tilopa el bengalí y su discípulo Naropa es sin duda el más fascinante. Durante años, Naropa persigue a su maestro para ser aceptado por él, pero éste se le aparece y desaparece todo el tiempo con apariencias muy distintas, desde una vieja mendiga a un impuro descuartizador de cadáveres. En cada aparición, le propone a Naropa realizar actos inmundos o pecaminosos. Cuando éste se niega, Tilopa descubre su verdadera identidad y, decepcionado por la desobediencia del aspirante a discípulo, vuelve a esfumarse. Naropa no se rinde y prosigue incansable la persecución de su maestro. Al final, después de tanto esfuerzo, Tilopa le hará descubrir la verdadera naturaleza de las cosas quitándose un zapato y golpeándole en la cara con él: “Vio las estrellas y alcanzó la Iluminación”, se dice.

Existen más de cien cuevas de ermitaños en Chimpuk, todas ellas muy antiguas. Durante siglos, los ermitaños se han ido sucediendo en habitarlas con el fervor de compartir el mismo paisaje que Padmasambhava, el Guru Rimpoché,

contemplara durante su retiro hace mil doscientos años. Casi siempre es el discípulo quien, a la muerte de su maestro, después de pasar años estudiando y meditando a su lado, hereda su cueva. De este modo le llega a él el turno de convertirse en maestro del próximo joven aprendiz de yogui que se atreva acercarse a su lado. El entrenamiento espiritual de los iniciados tántricos nunca ha sido fácil; en el pasado llegaba a incluir algunas experiencias bastante escalofrantes: solos de noche, en cementerios y descampados, a veces junto a cadáveres descuartizados o en lugares infestados de fieras salvajes, los novicios tenían que invocar a los demonios y ofrecerles su propio cuerpo como banquete. El objetivo que perseguían sus maestros con ese tratamiento de choque era hacerles comprender que las visiones que sufrían no eran más que representaciones de su propia mente. “ Los demonios no matarán nunca a quienes no creen en ellos”, le explicó a Alexandra David Néel el ermitaño que la adiestraba. Lo malo era que, como señaló la viajera francesa, muchos novicios no llegaban a descubrirlo, porque se volvían locos de terror antes.

Poco a poco, camufladas entre los arbustos y las jaras, semiocultas en los barrancos, empecé a descubrir las cuevas. Muchas de ellas, para mi sorpresa, todavía habitadas como señalaban las banderolas de oración o las piedras talladas con el OM MANI PADME HUM en las bocas de cada oquedad. Conforme ascendía la montaña, empezaron a verse los ermitaños, algunos meditando en solitario a la puerta de su cueva y otros paseando en grupos de dos o tres, rezando y pasando sin cesar las cuentas de sus rosarios. Seguían habitando las viejas grutas, pero aquella moderna comunidad de eremitas parecía haberse olvidado del estricto aislamiento y las terribles penitencias que se autoimponían sus antecesores.

“El monasterio de los monjes sepultados en vida”, tituló el corresponsal Perceval Landon una de las primeras crónicas que enviara a Londres en 1904. En ella contaba cuánto le impresionó contemplar unas cuevas tapiadas donde hacían retiro los novicios, sin distinguir el día de la noche, en la más absoluta oscuridad. Una vez al día les pasaban comida por un agujero. Los encierros podían durar meses, años, incluso toda la vida. A Landon le contaron que esa misma mañana de su visita acababa de morir un ermitaño que había vivido 25 años emparedado. “¿Son realmente voluntarios estos enclaustramientos?”, se preguntaba el periodista británico. En teoría sí, aunque él llegó a sospechar que el poder sin límites que ejercían los lamas sobre la superstición de los tibetanos era la explicación de la

conformidad con que se sometían a tan crueles encierros unos muchachos en plena juventud.

Hijo de un siglo racionalista, Perceval Landon ni sabía ni intentó entender el budismo. No podía comprender que para un budista la vida es ilusión, carece de existencia real, que es sólo un espejismo producto de la ignorancia, el deseo y el apego a los cosas mundanas. Encerrándose en una cueva y dejando de ver, oír, hablar y hasta de sentir, los ermitaños tibetanos aspiraban a deshacer el espejismo de la vida, despertando a su verdadero yo interior. En 1903, un año antes que el inglés, también el explorador Sven Hedin visitó cerca de Shigatsé una cueva tapiada en cuyo interior había un hombre que había decidido emparedarse de por vida. Nadie sabía su nombre, le llamaban tan solo “Venerable Lama”, y según le contaron, tendría alrededor de cuarenta años. Llevaba ya tres años encerrado y había hecho voto de no ver nunca más la luz del sol, de no salir nunca de allí hasta ver la clara luz de la muerte. Sven Hedin tampoco era budista pero tenía el alma sensible de quien había pasado muchos años viajando solo por el Tíbet y no como corresponsal de una expedición militar. Junto a la puerta tapiada de la cueva intentó imaginarse qué sentía, cómo había sido la vida de aquel desconocido ermitaño desde el primer día en que decidiera encerrarse:

“... Cuando el último rayo de la luz del día muera, él sabrá que su aliento se ha ido para siempre. Es consciente de que el sol estaba en su zénit y que el anochecer está ahora interminablemente lejos en la soledad y la oscuridad. No puede saber cuando vendrá la noche porque la gruta está siempre a oscuras. Pasa la primera noche. Se despierta, se arrastra hacia el canalón y busca con las manos el tazón de té y *tsampa*. Sentado con las piernas cruzadas, de cara al muro, con el rosario en las manos reza sus oraciones y medita. Termina el día. Nuevos días y noches se suceden. Llega el otoño, pero él no puede oír la lluvia. El invierno está aquí con la mordedura del frío intenso. Es incomprensible que pueda sobrevivirlo, porque no tiene ni ropa de abrigo ni fuego. Es incapaz de contar los días, pero al llegar el verano, sabe que un año ha pasado. A partir de aquí, la cuenta de los años cesa, pero las cuentas del rosario en sus manos le permiten contar el número de sus plegarias. A cada año que pasa él va desprendiéndose de su memoria terrenal y olvida las antiguas sensaciones vividas a la luz del sol. Descubre

un nuevo valor del tiempo. La vida en la gruta es sólo un episodio, infinitesimalmente breve, en comparación con la felicidad eterna...
... Espera la muerte. Pero la muerte nunca se apresura cuando es una invitada deseada. Pasan más años... finalmente, después de muchos años, un golpecito se escucha en el muro que cierra la gruta. El ermitaño extiende las manos para recibir al amigo que ha estado esperando tanto tiempo... El ciego ermitaño, sepultado por décadas en una impenetrable oscuridad, de repente ve una luz radiante. Está muerto, ha pasado fielmente la prueba...”

¿Seguiría quedando algún ermitaño emparedado de por vida en Chimpuk? Seguramente no, porque la educación y el laicismo traídos por los chinos algún efecto habrían debido tener, desterrando una práctica sublime y espantosa a la vez, como la describiera Hedin. O quizás sí, vista la forma en que los tibetanos seguían aferrados a su religión y sus prácticas, contra viento y marea, pese a todas las prohibiciones y a los intentos de readoctrinamiento de Pekín. Puede que incluso más arriba, en algún lugar perdido de la montaña, apartado de cualquier camino, existiese todavía algún monje encerrado en una cueva tapiada, cuyo secreto guardaban celosamente sus compañeros eremitas. Ni pregunté – en qué idioma iba a hacerlo- ni me acerqué a las cuevas. Tras casi dos horas de subida, agotado, al borde de la congestión, terminé llegando a un pequeño monasterio de monjas perdido en las alturas. Tenía muchísimo encanto, con su pequeño templo y las muchachas de cabeza afeitada, todas ellas adolescentes, con quince o dieciseis años, vestidas con hábitos naranjas y granates. Con sus ojos rasgados y sus óvalos de luna llena, formaban una congregación de hermosas vestales, a la vez tímidas y hospitalarias. Sin duda algunas hermanas de más edad tenían que estar a cargo del convento pero por suerte para mí en aquel momento no estaban allí para impedir el paso al hombre y además extranjero que se había colado en su monasterio. Libres de autoridad, manteniendo las distancias pero disfrutando a la vez de la novedad que yo representaba, las muchachas me enseñaron los modestos altares de su templo donde yo dejé billetes en ofrenda y me hicieron girar el gran molino de oración del pórtico. Luego me senté a la sombra de un árbol a intentar normalizar mi respiración. Ya no quería subir más arriba; la cueva de Padmasambhava en la cima de la montaña, había dejado de interesarme. Y no sólo porque me sintiera por completo exhausto. Aquel me parecía el lugar más idóneo para poner fin a mi

excursión, una muestra más de lo paradójico que era el Tíbet: uno se proponía subir una montaña en busca de la soledad de los ermitaños y terminaba encontrándose rodeado de una docena de hospitalarias novicias. La leyenda de las *Singdongmas*, las mujeres-demonio que en aquellos mismos parajes devoraban el aliento vital de las almas, me vino a la cabeza. ¿Qué hacían aquellas adolescentes en un lugar de retiro sagrado, dedicado desde hacía más de mil años a la meditación y a la renuncia? Traté de imaginarme cuán turbulentos podrían llegar a ser los sueños de los ermitaños varones de la montaña de Chimpuk, sabedores de tal compañía; y cuanto más esfuerzo debía de suponerles doblegar el deseo teniendo la tentación tan cerca. Pero quizás de eso se trataba. Respecto de las muchachas, no tenían nada de demoníacas ni mostraban ante un extranjero temor ni desconfianza. Siendo casi unas niñas, no parecía importarles vivir aisladas, en medio de la más salvaje naturaleza. Con sonrisas alegres me enseñaron algunas de sus celdas desperdigadas por la ladera. En ellas además de un camastro, había un pequeño altar y una pequeña cocina, todo ello muy aseado y en orden, incluso con buen gusto. Cada casita tenía su ventana y resultaban muy luminosas, sin visos de siniestros emparedamientos. En los relatos que había leído no se hablaba de monjas que se encerrasen en cuevas de por vida, una mortificación reservada a los monjes. Parecía lógico ya que, como muchos tibetanos creen, las mujeres no pueden alcanzar la Iluminación y para aspirar a ella, han de reencarnarse previamente en un hombre. En sus viajes de los años veinte, Charles Bell observó que la máxima esperanza de los tibetanos consistía en regresar en una próxima vida reencarnados en lamas, salvo en el caso de las mujeres que se conformaban con nacer hombres. “Concédeme nacer en un cuerpo de hombre y que pueda encontrar la Sagrada Religión”, dice la oración más frecuente que aún siguen elevando a Buda los tibetanos de ambos sexos.

El descenso fue fácil y además el conductor había logrado reparar el camión y me estaba esperando a medio camino. Como deferencia especial, me permitió viajar con él en la cabina con lo que me ahorré saltos, sacudidas y ataques de pánico. El mismo camión me llevó al embarcadero de las barcazas. Con el atardecer, el sol había apaciguado su rigor y la travesía del Brahamaputra también fue mucho más suave y relajante. Entre el pasaje, volvía a viajar el enjuto hombre de los sacos, ahora ya sin ellos. Una vez desembarcamos en la otra orilla, gracias a

mi chófer pude averiguar que su destino había sido precisamente el mismo monasterio de monjas en el que me había detenido yo. Todos los meses tenía que repetir aquel viaje para llevar sacos de *tsampa* al pequeño monasterio en el que tenía recogida a una hija. Conforme a la peculiares reglas monásticas tibetanas, era su obligación alimentarla como lo había sido también construirle la celda donde se dedicaba a la vida contemplativa. De vuelta a casa, liberado del peso de su carga, al campesino se le veía feliz. Pese a su miseria, tener que mantener la vida beata de su hija no parecía importarle. A cambio de sus rezos, el resto de la familia esperaba conseguir el milagro de salir adelante en las durísimas condiciones del Tíbet.

VII.-

EL MONZÓN LLEGA

La torre fortaleza de Yumbulakang pasa por ser el monumento más antiguo del Tíbet y uno de sus símbolos nacionales. Situada sobre un risco estratégico, dominando el valle de Yarlung, es sin duda un resto de una fortaleza mayor, edificada con fines defensivos y civiles. Pero como todo en el Tíbet, Yumbulakang es hoy un pequeño monasterio, en el que viven media docena de monjes pertenecientes a la orden de los “Sombreros Amarillos”. En la capilla de lo alto, se custodian viejas escrituras, pero sobre todo hay una vista espléndida sobre un Tíbet de campos verdes regados por el Tsangpo. También me encontré allí fotografías del desventurado X Panchen Lama, pero ninguna de su discutido sucesor. Acorde con su antigüedad, Yumbulakang está rodeado de leyendas: se dice que aquí dejó caer Buda las primeras escrituras budistas del cielo en el siglo VI y que el primer rey mítico del Tíbet también descendió en esta torre desde su trono celestial para reinar sobre los hombres.

Antes de regresar, todavía me dio tiempo a una última visita. De la misma época que el Jokhang, construido en el siglo VII, el monasterio de Tandruk forma parte de la leyenda de la diablesa sometida. En ese mapa mágico que se supone que dibujan los más antiguos monasterios del Tíbet, el de Tandruk ocuparía el hombro izquierdo de la mujer demonio. Cuando lo visité estaba en plenas obras de restauración, recuperándose, cómo no, de los destrozos de la Revolución Cultural. Era un convento pequeño y de todos los que había visitado, el que parecía mantenerse más fiel a la vida tradicional, con sus monjes dedicados a sus tareas cotidianas. Unos cortaban leña, otros sacaban agua del pozo y los más artistas

trabajaban en la restauración de los frescos del pórtico principal. Por todas partes se escuchaban música y cánticos en un curioso y fascinante concierto cuyos ejecutantes, distribuidos por todo el monasterio, cantaban y tocaban por separado. En la azotea, dos jóvenes monjes hacían sonar unas largas tubas de tres o cuatro metros. Dentro del templo, al ritmo que marcaban las trompas, otro grupo de monjes cantaba sutras. Pero había otros sonidos que tardé más en localizar hasta que encontré en una oscura capilla a un monje solitario tocando el tambor frente a una diosa tántrica que sostenía en las manos una calavera sangrante.

Fue apenas una breve incursión en la música sagrada del Tíbet, tan diferente de la occidental por cuanto no pretende expresar emociones individuales ni persigue resultados artísticos. Lo que busca es crear una atmósfera como la que experimenté aquella última mañana en el monasterio de Tandruk, asistiendo a un concierto caótico en el que músicos y cantores parecían ir cada uno por su lado. Daba lo mismo. Como la meditación, la música y los cantos de los monjes no aspiran a construir una armonía; lo que intentan expresar es un universo intemporal donde no existen las emociones, ni las alegrías ni los sufrimientos. “Como mareas en un océano de sonido” describió el lama alemán Anagarika Govinda la impresión que pretende causar la música ritual tibetana.

Al día siguiente, casi al amanecer, despegaba mi avión y en el hotel Lhasa me estaban esperando *Nuestro Hombre en Idem* y el mismo responsable del Comité de Relaciones con los Extranjeros con el que hablara sobre libertad religiosa un par de semanas atrás. Querían despedirse y de paso saber qué tal me había ido en mi periplo. No entré en detalles porque me pareció un esfuerzo inútil. Ellos ya lo sabían todo de antemano. Incluso me dio la sensación de que todas mis propuestas de cambios de plan e itinerarios durante el viaje les habían sido consultadas; porque mi chófer, claro, no era un simple chófer. Siendo el último, esta vez el discurso del miembro del Comité no versó sobre cuestiones religiosas sino más bien sociales, temas en los que me sorprendió descubrirle una capacidad más que notable para la ironía. Estaba perfectamente al tanto de la mala opinión que los últimos cuarenta años de la historia de su país despertaba en el extranjero. Pero muchas de las acusaciones eran injustas y distorsionadas como la de que el Gobierno autónomo intentaba acabar con los vestimentas tradicionales de los tibetanos. ¿Qué tenía que ver en eso el Gobierno? Muchos trabajadores y trabajadoras de hoy sencillamente

no querían ponerse los trajes tradicionales. Eran incómodos y daban demasiado calor. En Japón la mayoría de los japoneses habían dejado de usar el kimono hacía muchos años y nadie criticaba a su gobierno por ello.

Antes de que anocheciera, quise decir adiós a Lhasa, volviendo a contemplar el Potala y dando un último paseo por el Barkor. Pero por el camino me di cuenta de que la luz del Tíbet estaba cambiando. Poco a poco, había ido adquiriendo una tonalidad gris y marfileña. El sol dejó de herirme con su omnipresente claridad y el aire se volvió de repente mucho más frío y húmedo. “Durante el año que pasé en Lhasa –escribió Charles Bell en “La Gente del Tíbet”- hubo una severa sequía. Estábamos en el mes de junio y no había llovido ni prácticamente nevado en los ocho meses anteriores”. De la sequía que padecía el Tíbet en el mismo mes en que viajaba yo, ochenta años después, me habían ido hablando todos los tibetanos con los que fui encontrándome. Una de las peores de los últimos veinte años, responsable de que el Tíbet ofreciera ese aspecto desértico que yo le había creído seña de identidad habitual. “Normalmente tendría que seguir habiendo nieve en las montañas, pero este invierno no nevó”, me explicaron; y también: “En cuanto llegue el monzón, todo el Tíbet se pondrá verde, cubierto de flores”. Parecía difícil de creer una metamorfosis tan radical en aquel árido paisaje.

“Un tibetano amigo me dijo que era vital tener lluvia en el cuarto mes del calendario tibetano –seguía contando Bell sobre la climatología en el Viejo Tíbet-; las lluvias en los meses quinto y sexto no compensaban la falta de lluvias en el cuarto. Cuando no llueve en junio, los altos lamas celebran “rogativas para traer la lluvia”. Van a los manantiales sagrados, próximos a Lhasa y allí celebran ceremonias religiosas. Si la lluvia sigue sin venir, el Dalai Lama examina a los miembros de su Consejo por si alguno se ha portado incorrectamente atrayendo sobre los tibetanos ese castigo. Si no llueve aún, entonces ordena que se celebren ceremonias en todo el país, especialmente en los tres grandes monasterios, Ganden, Sera y Drepung...”

Llovió. Esta vez sin necesidad de ceremonias, salvo que aquel disarmónico concierto que había escuchado en el monasterio de Tandruk formase parte del

programa de rogativas. En el Tíbet cualquiera sabía. El propio gobierno de la Región Autónoma mantenía un programa diario de televisión en el que los astrólogos oficiales ofrecían sus predicciones sobre lluvias, tormentas y terremotos. Prescindían por completo de los modernos estudios meteorológicos, pero los tibetanos les tenían mucha más fe que a los “hombres del tiempo” convencionales. Para eso formaban parte de sus tradiciones, para eso eran suyos. ¿Habrían acertado esta vez? Con pronóstico o no, de golpe se abrió el cielo, el viento se volvió completamente huracanado y el tardío monzón comenzó a derramarse sobre el valle de Lhasa con el fragor de una catarata. Las trombas de agua barrían las calles haciendo batir puertas y ventanas y formando rápidos arroyos.

Ante la imposibilidad de llegar a la ciudad vieja busqué refugio a mi alrededor y acabé entrando en un *karaoke*. Uno de los cuatrocientos que se habían ido abriendo en los últimos años en Lhasa. Las luces de neón chisporroteaban bajo la lluvia con un reclamo entre discoteca y prostíbulo occidental. ¿Pero eran de verdad prostíbulos encubiertos los *karaokes*? Aquel lo parecía: en su interior, una docena de chicas jóvenes, todas ellas chinas, esperaban con gesto aburrido la llegada de los clientes. La lluvia no parecía buena para el negocio y en una noche tan desapacible, el único hombre que se encontraba allí era precisamente un hombre blanco; nada menos que Willy H., el realizador de la televisión holandesa que me encontrara en Gyantsé. Me recibió calurosamente y me invitó a sentarme a su mesa. Tras encargar una nueva ronda de cervezas, me contó que él también había puesto fin a su *tour* por el Tíbet, sin sacar demasiadas cosas en claro. Sus ayudantes-vigilantes no habían parado de agobiarle durante todo el viaje, poniendo infinitas trabas a sus propuestas para filmar.

- Por ejemplo, yo quería hacer un reportaje sobre la presencia militar china, pero no me dejaron ni acercarme a la más mínima instalación militar... Entonces les propuse filmar el aumento de la prostitución en el Tíbet y tampoco les pareció bien...

Se trataba desde luego de una limitación a la libertad de prensa, pero también era fácil comprender que a los dos Han no les entusiasmaran demasiado las facetas del Tíbet que pretendía mostrar Willy H. Cuando me interesé por el resto de

su equipo, el realizador me contó que su rubia ayudante había sido atacada por una jauría de perros en el monasterio de Thasilungpo.

- Los demás estábamos rodando. Ingrid había ido a uno de los todoterrenos a buscar nuevas cintas cuando la acorralaron. Esos perros son verdaderos demonios. Uno le mordió en una nalga y el otro en un brazo... La trajimos a Lhasa y todavía está en el hospital. Han tenido que ponerle la vacuna de la rabia...

Me despedí de él. Fuera seguía lloviendo con gran estruendo de truenos pero yo no quería pasar mi última noche en el Tíbet hablando con otro extranjero en un *karaoke* de la ciudad nueva. El holandés en cambio prefirió quedarse. Todavía iba a permanecer unos cuantos días en Lhasa y aquel le parecía un buen lugar para investigar. Podía ser un ovillo desde el que conseguir una información mucho más preciosa.

- La prostitución no es lo que me interesa –Me dijo señalándome a las muchachas chinas que esperaban educadamente en sus mesas una señal para acompañarle-, pero las prostitutas siguen a los soldados. Sólo ellas saben de verdad cuántos soldados chinos hay en el Tíbet.

Al salir, un relámpago iluminó durante un instante el *karaoke*, descubriendo un rápido ir y venir de sombras de un lado a otro del local. Eran ratas, enormes ratas marrones que corrían excitadas por el aguacero. Bajo las mesas, por entre las piernas de las chicas. Una de ellas me pasó prácticamente por encima de los pies. Me dio asco pero también comprendí que se trataba de un último y necesario toque de atención. De las ratas del Tíbet se me estaba olvidando hablar en el relato de mi viaje pese a ser un animal tan emblemático y abundante en el País de las Nieves como los perros y los yaks. Ya en los años veinte, Charles Bell constató que las ratas eran uno de los principales problemas de los campesinos tibetanos, tanto como el granizo o las inundaciones. Siendo como eran seres sensibles, sujetas como el hombre al ciclo de las reencarnaciones, los tibetanos no las mataban. En 1904, durante su visita al Jokhang, Perceval Landon se fijó en que sobre las imágenes y altares del templo más sagrado del Tíbet, las enormes ratas marrones correteaban a su antojo, “tan poco salvajes que dejaban que las acariciáramos sobre las rodillas de los Budas”. Mucho más recientemente, hace diez años, Alec le Sueur, jefe de *marketing* del *Holiday Inn Lhasa* contaba en sus memorias la diaria batalla sin

cuartel que mantenían contra las ratas marrones que se metían por los conductos de aire acondicionado y aparecían en restaurantes y salones para horror de los extranjeros que entonces viajaban al Tíbet con mucha mayor asiduidad. Los empleados del hotel solían tranquilizarles diciendo que no eran en realidad ratas sino una rara variedad de “hamsters himaláyicos”.

Cuando uno se marcha de un lugar tan lejano e inaccesible que sabe que no tendrá ocasión de volver a él, es difícil no ponerse solemne. Cada mirada se vuelve la última. Empapado, de regreso a mi hotel sin haber podido alcanzar la ciudad vieja, alcé la vista para despedirme al menos del inolvidable cielo del Tíbet pero no había cielo del que despedirse. Ni una sola de las resplandecientes estrellas que habían acompañado hasta entonces mis noches en el altiplano. Tampoco se veía un alma por las calles, ni un tibetano a quien decir adiós. El monzón había deshabitado Lhasa, transformándola en un poblado tropical batido por mil huracanes. Tras la manta de agua, ni siquiera se distinguía el Potala. No era la mejor manera de marcharse de ninguna ciudad y mucho menos de una ciudad mítica, La “Roma Lamaísta”, “La Meca de Asia Central”, corriendo calle arriba asediado por una plaga de nerviosos roedores, pero las despedidas no se eligen. La casualidad había querido que cuando yo me iba, alguien mucho más importante llegara. Incluso las ratas parecían haber salido a recibir a tan demorado visitante, a la espera del cambio radical que el monzón iba a provocar en el paisaje tibetano. El fructificar de las semillas sepultadas en la tierra reseca, la eclosión de pastos y praderas. Llegaba la estación húmeda y a partir de entonces las lluvias se sucederían día a día en el Techo del Mundo, con pródiga regularidad. Una bendición por igual para seres humanos y roedores. Durante dos meses, todo el Tíbet se convertiría en un país verde y lleno de flores, que yo iba a quedarme sin conocer. Aunque mi viaje todavía no había terminado y sino del paisaje, de los habitantes del Tíbet todavía me quedaban muchas cosas por descubrir.

VIAJE A LOS DOS TÍBET

3ª parte:

La Asamblea de los Lamas

I.-

SHANGRI-LA

Allá por los años veinte, Hugh Conway, joven cónsul británico destinado en Afganistán, recibió la misión de evacuar a los residentes ingleses ante una inminente toma de su capital por los rebeldes afganos. Él mismo embarcó en el último de los vuelos, acompañado de otros tres compatriotas, pero el avión fue secuestrado por un falso piloto que en vez de dirigirse a Peshawar, enfiló directamente hacia el Himalaya. Varias horas después aterrizó sobre la nieve, en algún lugar del Tíbet, completamente perdido entre las montañas. En aquellas heladas soledades, Conway y sus compañeros ya se consideraban condenados a una muerte segura, cuando un viejo monje les salió al encuentro ofreciéndoles la hospitalidad de su monasterio, un remoto convento de lamas, por completo aislado del mundo, llamado “Shangri-La”.

De este modo comienza la novela “Horizontes Perdidos”, escrita por el inglés James Hilton en 1933 y que se convirtió inmediatamente en un *best-seller* mundial. Tanto que cuatro años después, Hollywood decidió por primera vez tomar cartas en el asunto y “Horizontes Perdidos” pasó a ser también una película nada menos que de la mano de Frank Capra, el genial director de “Arsénico por Compasión”. Gracias a la película y al libro, el nombre de aquel imaginario monasterio de lamas, “Shangri-La” logró alcanzar el más alto honor a la que una criatura del ingenio humano puede aspirar, convirtiéndose en mito, una palabra usada y repetida a lo largo de todo el siglo XX como sinónimo de paraíso, soñado y perdido a la vez. Pero aunque se trate de una fabulación literaria, aunque no tenga

existencia real, James Hilton sabía lo que se hacía; no es por casualidad que situó su monasterio de lamas en los Himalayas. Por encima de todo, “Shangri-La” no es sino un nuevo nombre para llamar al viejo mito, a la eterna fascinación de los occidentales por el País de las Nieves, una nueva manera de seguir soñando con el Tíbet.

Según la novela, el avión en el que Conway y sus compañeros fueron secuestrados era un pequeño avión de recreo, cedido a los ingleses por un maharajá hindú. Imagino que no muy diferente del bimotor de hélice de apenas doce plazas perteneciente a una pequeña y desconocida compañía privada, *Jagson Airlines*, en el que, rumbo a Dharamsala, despegué yo del aeropuerto de Nueva Delhi. Largo y tan estrecho que sólo cabía un asiento por fila, pero con la ventaja de que al volar a baja altura, permitía contemplar el paisaje indio con mucho más detalle que a bordo de un reactor. La fértil llanura indostánica se extendió ante mis ojos durante casi una hora sin que, pese a que no dirigiésemos hacia el norte, las montañas terminasen de aparecer. Desde mi asiento, todo lo que podía ver del piloto era el cabello oscuro y su cuello moreno, un indio sin duda, tan semejante de espaldas al afgano que secuestrara el avión de Conway. ¿Me secuestraría a mí? ¿Me llevaría aquel piloto más allá de las montañas hasta el mismísimo “Shangri-La”? Pasado el primer susto, no me hubiese importado. Aunque parecía muy difícil teniendo en cuenta que esta vez no viajaba solo, sino formando parte de todo un equipo completo de rodaje. Productor, director, sonidista y dos cámaras. La mayor parte del material había tenido que hacer su viaje por tierra y aún así el pequeño avión iba tan cargado que no hubiera podido remontar ni la sierra de Guadarrama.

Cuando en 1959 el Dalai Lama se presentó en la India tras haber denunciado la ocupación china en el Tíbet, Jawaharlal Nehru, primer *premier* de la India independiente, se encontró en una difícil situación: por un lado, la India madre de la religión tibetana no podía dejar de brindar asilo al Rey-Sumo Pontífice del País de las Nieves, y por otro, el líder del Partido del Congreso no quería tener problemas con un poderoso vecino con quien por entonces compartía una misma lucha anticolonialista y la militancia en el Movimiento de Países No Alineados. Para no molestar a los chinos, la solución consistió en acoger al Dalai Lama como líder religioso, obviando su condición de jefe de Estado. A la hora de fijarle residencia,

Nehru tuvo el mismo exquisito cuidado: desdénando Kalimpong o Darjeeling, ciudades fronterizas y con tradicional población tibetana desde las que existían fáciles comunicaciones con el Tíbet, eligió otra estación de montaña, Dharamsala, también cercana al Himalaya pero mucho más aislada, sin carreteras, pasos ni caminos que la uniesen con el altiplano.

Aquel era el lugar al que nos dirigíamos. Un pequeño pueblo apartado del mundo, mal comunicado y situado más o menos en ninguna parte. Ideal para hacer desaparecer en el olvido a un anacrónico monarca exiliado y no para quien, con el paso del tiempo, iba a convertirse en un líder mundial, Premio Nobel de la Paz y para muchos, casi en una conciencia moral del mundo. Eso sí, como lugar de retiro, era justo reconocerle a Nehru la hospitalidad de haberle ofrecido al Dalai Lama un entorno bellissimo, entre los mejores de la India, un paisaje de montañas, ríos y bosques maravillosos. El resto de los refugiados que en los meses siguientes emprendieron en masa el mismo camino de su rey, tuvieron menos suerte: fueron autorizados a quedarse en la India, pero para evitar que pudieran provocar incidentes en la frontera se les obligó a asentarse en los Estados del sur del subcontinente, húmedos y tropicales, a varios miles de kilómetros del Tíbet.

Apenas empezamos a ver montañas, la avioneta inició el descenso con un inquietante balanceo. Aterrizamos en el pequeño aeródromo de Gaggal, uno de los tres con que cuenta el Estado norteño indio de Himachal Pradesh. Desde allí apenas había que recorrer quince kilómetros para llegar a Dharamsala, pero fueron quince kilómetros de constante subida, en una vieja camioneta tan excesivamente cargada como el avión. Por lo que podía ver, el Himalaya indio nada tenía que ver con el tibetano. Todo lo que en aquel era aridez era aquí vegetación exuberante. La magnífica desolación del altiplano se convertía en la vertiente sur de la cordillera en una amable panorama alpino, pleno de agua y de verdor. Con sus escasos seis millones de habitantes, Himachal Pradesh es un pequeño Estado que ha vivido siempre de un selecto turismo: hoy día las clases acomodadas hindúes no hacen más que seguir los pasos de los británicos que en el pasado eligieron estas montañas para escapar del calor asfixiante de Delhi. A principios de siglo, los virreyes británicos incluso llegaron a pensar en instalar en Dharamsala su

residencia estival, pero al final acabaron inclinándose por Simla, convertida durante muchos años en mítica capital de verano del Raj, el Imperio británico de la India.

Mientras la furgoneta nos conducía a nuestro destino yo no podía dejar de pensar en la paradoja de cómo aquella desdeñada estación de verano había logrado alcanzar con el paso del tiempo tanto protagonismo internacional. ¿Quién se acuerda hoy de Simla? En cambio, para políticos de todo el mundo, luchadores por los derechos humanos e interesados por la cultura o la religión tibetana, Dharamsala es hoy un destino de referencia. Los jóvenes occidentales que viajan por la India lo han convertido en los últimos años en parada obligada y mítica, tanto como lo fue Goa en el pasado e incluso hasta Katmandú. “Menos mal que viajan fuera de estación, en primavera y verano no hay una plaza de hotel libre allí”, le habían advertido a nuestro productor en la agencia tibetana con la que organizara el viaje. Una afluencia que año a año no dejaba de crecer, especialmente desde que entre sus visitantes asiduos se encontraban los mayores *iconos* de la cultura audiovisual de masas: conocidos actores como Harrison Ford y Richard Gere y directores de la talla de Martin Scorsese y Bernardo Bertolucci.

Puesto que era una película, aunque documental, lo que íbamos a rodar, puesto que esta vez viajaba acompañado de un nutrido grupo de profesionales de la imagen, no es cuestión de olvidarme del cine. Su historia como es lógico es mucho más corta, ni son tantas ni tan maravillosas como los libros que sobre él se han escrito, pero el Tíbet también tiene sus películas. Las más famosas curiosamente rodadas todas en esta década. Del “Horizontes Perdidos” de Capra habrían de pasar muchos años hasta que en 1993, el director italiano de “Prima della Rivoluzione”, “El Conformista” o “Novecento” decidiera abandonar el marxismo militante de sus primeras películas para hacer un film sobre lamas reencarnados y misticismo budista: “El Pequeño Buda”. La fecha quizás pueda darnos una pista sobre las razones de tan radical cambio de tema. Cuando Bertolucci comenzó su rodaje, habían transcurrido apenas tres años de la caída del muro de Berlín, desde que los comunistas fueran desalojados del poder por sus propios pueblos en Rusia y Europa oriental y, entre las ruinas de la gran utopía desmoronada, la mirada perpleja de uno de los más emblemáticos directores del cine “comprometido” europeo salió en busca de una nueva certeza, de un nuevo sueño en que creer y se encontró con... el Tíbet.

“El Pequeño Buda” no es, desde luego, una obra memorable y viniendo de un director experimentado y maduro, sorprenden tanto la elección de Keanu Reeves para encarnar un almíbarado príncipe Sidharta como la falta de sentido crítico al enfrentar el tema. Parece como si la mirada de Bertolucci hubiera necesitado infantilizarse para acercarse al mito del Tíbet, como si se sintiera desarmado, incapaz de ejercer ante él su bien acreditada ironía. No es el único al que le pasa. Jean Jacques Annaud, el director francés de las memorables “En Busca del Fuego” y “El Nombre de la Rosa” convierte “Siete Años en el Tíbet”, su versión de las memorias de Heinrich Harrer, en un pálido reflejo del libro. Su protagonista, Brad Pitt, encarna el punto de vista de un eterno adolescente inmaduro y el Tíbet que nos muestran sus ojos es un puerilizado país de cuento, igual que lo era la biografía del fundador del budismo interpretado por Keanu Reeves. ¿No existe otra manera para los occidentales de hoy de mirar a la religión tibetana, de aproximarse a su cultura? Pero el caso más interesante, por tratarse también del proyecto más ambicioso, es el de “Kundun”, la película que Martin Scorsese dirigió en 1997, el mismo años en que Jean Jacques Annaud ponía en marcha “Siete Años en el Tíbet”. “Kundun” (una palabra que significa “Presencia” y que los tibetanos usan tradicionalmente para dirigirse a sus dioses-reyes) es una biografía del actual Dalai Lama, escrita por Melissa Mathisson, prestigiosa guionista de Hollywood y como su marido, el actor Harrison Ford, incondicional de la causa tibetana. Estamos ante un film de excelente ambientación histórica, estupendo trabajo de actores, una banda sonora excepcional obra de Philip Glass y que pese a ello, constituyó un sonoro fracaso comercial y también un fracaso artístico. La razón está en el exceso de incienso laudatorio que imposibilita toda distancia y que termina desembocando en aburrida hagiografía, de la que se hace normalmente para honrar la memoria de algún gran personaje fallecido y no mientras todavía vive. “Conocí al Dalai Lama a través de Melissa (Mathisson) y enseguida sentí que me gustaría ser como él. Algo que no siento con muchos sacerdotes de mi propia religión...”, explicaba Martin Scorsese en una entrevista sobre los motivos que le llevaron a dirigir “Kundun”. Y también:

“De todas mis películas, tal vez sea ésta la que he hecho más para un público que de antemano concordaba con ella... No intenté en absoluto reflejar un escenario sociológico real ni la verdadera situación política del Tíbet. Eso sería un tema para otra película...”

Dharamsala no está exactamente en Dharamsala sino diez kilómetros más arriba en lo que se conoce como “alto Dharamsala” o popularmente entre los extranjeros como McLeod Ganj. Una pequeña población de montaña llamada así en memoria de David McLeod, Gobernador del Punjab que en 1850 estableció aquí una primera guarnición británica. Con el tiempo llegaría a convertirse en una importante estación de turismo estival hasta que en 1905 resultó completamente destruida por un terremoto. La población se desplazó diez kilómetros más abajo a lo que hoy es la ciudad india de Dharamsala. McLeod Ganj se quedó en ruinas y estaba prácticamente deshabitado cuando en 1959, el primer ministro Nehru le ofreció al joven Dalai Lama exiliado establecer allí su residencia.

Curiosamente, la carretera que llevaba desde Dhamarasala de abajo a McLeod Ganj atravesaba numerosos cuarteles e instalaciones del Ejército indio. Pero pronto empecé a distinguir banderas budistas de oración colgadas en los árboles, señal de que estaba adentrándome en un territorio familiar. Pequeñas *stupas* en el bosque me trajeron el recuerdo de la arquitectura del Tíbet y una pancarta apareció de pronto colgada de lado a lado de la carretera, deseando a los viajeros un “Happy Losar”, el año nuevo tibetano que este año se había celebrado, conforme a su calendario lunar tradicional, apenas quince días atrás. Justo a la entrada de pueblo, una nueva pancarta más reciente daba la bienvenida en inglés al gran acontecimiento que había precipitado nuestro viaje fuera de estación, cuando el invierno se apoderaba del Himalaya indio haciendo huir a los turistas nacionales e internacionales: “Febrero, 2000: La Asociación de Amistad indo-tibetana felicita a Su Santidad el Dalai Lama con motivo del 60 Aniversario de su Entronización”.

Sesenta años atrás, con sólo cinco años, el último de los Dalai lamas había sido entronizado como decimocuarto Dios-Rey del Tíbet en su monasterio palacio de Lhasa. Un aniversario que sus seguidores en el exilio se disponían a conmemorar por todo lo alto, razón por la cuál los numerosos hoteles y pensiones de McLeod Ganj estaban al completo, a pesar de los rigores del clima. Se esperaban muchos tibetanos provenientes de todos los rincones de la India, budistas y simpatizantes de Occidente, personajes famosos y también periodistas. Previsoramente, teníamos reservada habitación en el Hotel Tíbet, perteneciente a la Administración tibetana en el exilio, un hotel pequeño y modesto, construido en el más puro estilo tibetano.

Era de noche, debíamos estar a dos o tres grados sobre cero y en los cuartos no había nada con qué calentarse, ni siquiera una pequeña estufa, así que, mientras mis compañeros revisaban el estado de sus sofisticadas herramientas de trabajo, yo, que no tenía otras que el bolígrafo y mi pequeña grabadora, preferí salir a la calle a intentar entrar en calor caminando por McLeod Ganj.

Pese al frío, incluso en plena noche, me pareció un relajante y agradable lugar. Apenas cuatro calles llenas de pequeñas pensiones, restaurantes y comercios, un pequeño pueblo tibetano rodeado de bosques de pinos y rododendros, con el macizo blanco del Dhauladhar, última estribación del Himalaya, a la espalda. Era curioso haber estado en el Tíbet en verano y venir a conocer la otra cara de sus montañas, ahora nevadas, en el invierno indio. Más de un año después, cuando ya el en principio hipotético documental había empezado a tomar forma y en un viaje además tan diferente, no para escribir e informarme en solitario como había sido el primero, sino directamente para ir filmando todo lo que viéramos sobre la marcha. Aquella reunión de todas las grandes figuras del budismo tibetano para celebrar el aniversario del Dalai Lama representaba una ocasión única para acercarme a la religión del Tíbet, algo que no había podido hacer en el propio País de las Nieves, convertido en un país comunista y con su jerarquía religiosa descabezada; pero también constituía una preciosa oportunidad de conseguir imágenes e importantes entrevistas para el documental. Sobre mi cabeza, una luna creciente iluminó de pronto bosques y laderas resaltando todavía más la belleza del paisaje nocturno. “El Valle de la Luna Azul”, me acordé que llamaban los lamas de “Horizontes Perdidos” al lugar donde se ubicaba “Shangri-La”. Un valle lejano en el que sus habitantes no envejecían nunca, a costa de mantenerse por completo apartados de las turbulencias del mundo exterior. Quizás era una utopía así, decepcionados de tantas otras, lo que habían intentado recrear Bertolucci, Annaud y Scorsese en el Tíbet idealizado de sus películas. Quizás era lo mismo que andaba buscando yo. Con la diferencia de que en la época en que James Hilton escribió su novela, los lamas de “Shangri-La” aún vivían en el Tíbet y no llevaban cuarenta años de exilio a costas.

II.-

LARGA VIDA AL DALAI LAMA

Cuando el decimotercer Dalai Lama murió, en 1933, su cuerpo fue encontrado mirando al sur; pero durante el embalsamamiento, sin la menor explicación lógica, su cabeza apareció girada por dos veces en dirección este. En la misma habitación donde se velaba su cadáver se produjo otro hecho extraño: una mañana, los servidores del Potala descubrieron un champiñón en forma de estrella que había brotado sobre uno de los pilares al nordeste de la estancia. Detalles todos ellos quizás insignificantes para cualquier otra mentalidad, pero no para la tibetana, sobre todo cuando, una vez terminados los solemnes funerales y construida la stupa funeraria del difunto Dios-Rey, tocaba comenzar la búsqueda de su heredero conforme a uno de los rituales más mágicos y misteriosos en el reino por antonomasia del misterio y la magia que es el Tíbet. La tradición establecía como primer paso obligado tras la muerte de todo Dalai Lama, una visita al Lhamo Latso, el “Lago de las Visiones”, un pequeño lago glaciario situado en una comarca deshabitada y remota; y hacía allí se dirigió con discreción el recién nombrado Regente, pretextando una peregrinación a Samye. Durante varios días, situado en un mirador entre las montañas desde el que se contemplaba el lago, el Regente rezó y ayunó en espera de que el “Lago de las Visiones” hablara. Por fin se agitaron las aguas y en la superficie esmeralda del lago, el Regente creyó ver dibujados tres caracteres tibetanos: *Ah*, *Ka* y *Ma* y luego, sucesivamente, un monasterio con tejados de oro y jade verde y una casa con unos canalones de forma rara que la coronaban.

A la vuelta a Lhasa, sus visiones fueron interpretadas por los oráculos y los más sabios maestros tántricos. La conclusión fue que había que buscar al niño-reencarnado en la región que los tibetanos llaman Amdo (la que hoy es la provincia china de Qinghai y entonces era el Kokonor, igualmente fuera del control político de los Dalai Lamas). En otoño de 1936, una comisión de búsqueda partió hacia esa remota zona, mientras que, por si acaso, una segunda comisión viajaba hacia el Este, hacia el Kham. Unos meses después, ya en el Qinghai, Keutsang Rimpoché, jefe de la primera delegación de búsqueda, logró entrevistarse con el IX Panchen Lama, entonces exiliado y fuertemente enemistado con el Gobierno de Lhasa. Pese a todo, aceptó colaborar en la identificación del niño y en una demostración de la íntima comunión espiritual que según los tibetanos une a Panchen y Dalais tanto en la vida como en la muerte (pese a que la Historia demuestra que han estado más bien siempre a la gresca) le transmitió a Keutsang Rimpoché quien era y donde vivía el nuevo Dalai Lama. Los signos vistos por el Regente en el “Lago de las Visiones” confirmaban su clarividencia: *Ah* significaba la región de Amdo y *Ka* y *Ma* designaban bien al cercano monasterio gelupga de Koumboum o bien el pequeño monasterio karmapa que presidía la aldea tibetana de Taktser, en dicha región. El monasterio de tejados de jade verde y la casa de los extraños canalones donde vivía el niño no eran más que edificios de estilo chino, ajenos al estilo tibetano tradicional, pero frecuentes en una región más sinizada ya entonces como era el caso del Amdo-Qinghai.

Después de haberse informado sobre la familia y el niño de dos años que vivía allá, los lamas de la delegación acordaron disfrazarse. Keutsang Rimpoché se vistió de criado y el monje auxiliar que le acompañaba se puso sus ropas. Una visita de la que contamos con el relato de su principal protagonista, descrita en su autobiografía “Mi Vida, Mi Pueblo”:

“... Mis padres acogieron a los extranjeros a la puerta de la casa. Hicieron entrar a quien creían jefe de la delegación en la estancia principal, mientras que su criado fue atendido en los alojamientos domésticos y allí se encontró con el niño de la familia. En cuanto el niño vio al criado fue hacia él y pidió que le dejara sentarse sobre sus rodillas. El lama llevaba como disfraz un abrigo de piel de cordero pero se le había olvidado quitarse un rosario que llevaba al cuello y que pertenecía al XIII Dalai Lama. El niño pareció reconocer el rosario y le pidió que se lo diera. El

falso criado le dijo que se lo daría si adivinaba quien era y el niño de dos años respondió: “Lama de Sera”....

Sin descubrir su identidad, el lama pasó un día entero observando al niño con un interés creciente hasta que llegó la hora de irse a dormir. Todo el grupo pasó la noche en la casa. Por la mañana, mientras se preparaban para partir, el niño salió de su cama y les pidió que le dejaran ir con ellos... Aquel niño era yo.”

La calle más larga del alto Dharamsala, *Temple Road* conducía a una pequeña colina boscosa, la cota más alta de la localidad, donde los exiliados habían construido un templo con el mismo nombre del Jokhang y más arriba todavía la residencia-palacio, situada de forma que, como manda la tradición, ningún mortal pudiera mirar desde más alto a su líder político y espiritual. En torno a la colina una serie de construcciones superpuestas, levantadas conforme la generosidad de los fieles y la solidaridad internacional habían ido aportando los necesarios fondos, constituían el monasterio personal del Dalai Lama, a imagen y semejanza del que, en la vieja Lhasa, había sido el Potala. De este modo, la lógica nostalgia del exilio había intentado reproducir de este lado de los Himalayas todos los viejos símbolos de su pérdida capital: la catedral y el monasterio-palacio del Dios-Rey. A una escala, claro, mucho más modesta y sin la pátina de antigüedad ni los fabulosos tesoros artísticos de los originales.

Desde las seis de la mañana, aquel segundo día, nos habían despertado las trompetas y cánticos y *Temple Road* fue poco a poco convirtiéndose en un hormiguero de túnicas rojas y azafranadas, de monjes y monjas que acudían a la primera de las ceremonias programadas en Dharamsala para celebrar el gran aniversario. Por supuesto, una ceremonia religiosa y, por supuesto, en el nuevo Jokhang.

Fue el último en llegar. Un murmullo de voces precedió a su llegada, conforme a la tradición, circunvalando de izquierda a derecha el templo por el exterior. La marea de los mantras que recitaban los monjes y seglares (reunidos los primeros dentro del templo y los segundos, al aire libre, en la explanada que lo rodeaba) fue creciendo, punteada por el estruendo de cuatro jóvenes monjes trompeteros que, con los característicos sombreros amarillos de lamas sobre sus cabezas, anunciaban solemnemente su paso. Supe que estaba encima de mí, cuando un soldado indio situado a mi lado levantó su pesado fusil, se cuadró militarmente y

le presentó armas. A mi alrededor todos los tibetanos inclinaron sus rostros para no cometer la irreverencia de mirarle directamente. Tardó apenas un par de segundos: precedido de sus trompeteros, pasó junto al lugar reservado a la prensa, igualmente fuera del templo, y tras dedicarnos una amplia sonrisa, entró con paso atlético al interior.

Todavía Keutsang Rimpoché habría de realizar una segunda visita, antes de estar seguro de haber encontrado al niño que buscaba. Desde Lhasa, el Regente mostró enseguida su conformidad, pero conducir al nuevo Dalai Lama a la capital del Tíbet no fue una tarea fácil. La región del Qinghai estaba gobernada entonces por un “señor de la guerra” chino pero de religión musulmana, llamado Ma Bufang. En cuanto se enteró del valioso tesoro que había sido hallado en su territorio, exigió a los lamas de Lhasa una exorbitante cantidad, nada menos que trescientos mil piezas de plata por dejar salir al pequeño Dios-Rey. La situación en el Tíbet era por entonces muy complicada: los enfrentamientos entre tradicionalistas y partidarios de las reformas eran constantes, el Panchen Lama acababa de morir en el exilio y sus seguidores responsabilizaban de ello al Gobierno de Lhasa; además, en un Tíbet nominalmente independiente, las facciones prochina y probritánica luchaban en secreto por inclinar a un lado o a otro la política tibetana. Ante tal estado de cosas, incluso hubo quien dentro del Gobierno criticó la actuación del Regente por haberse precipitado a reconocer a un niño nacido en territorio bajo administración china y que por tanto podía ser fácilmente instrumentalizado. Habrían de pasar dos largos años hasta que, gracias a los buenos oficios del *Kuomintang* y al pago de un cuantioso rescate, el codicioso gobernador del Qinghai permitiera a la reencarnación del Decimotercer Dalai Lama partir para Lhasa. En cuanto llegó, acompañado de sus padres y sus hermanos, el Gobierno tibetano puso inmediatamente a trabajar a los astrólogos oficiales para fijar la fecha más propicia para su entronización.

Aquel solemne día, celebrado en el sagrado Jokhang, asistieron como invitados extranjeros, junto a legaciones de Sikim y Bután, sir Basil Gould en representación británica y Wu Zhongqing, presidente del Comité de Asuntos Mongoles y Tibetanos, por el *Kuomintang*. Según los tibetanos, todos fueron tratados con el mismo rango protocolario; pero los chinos hacen valer que su representante protestó, consiguiendo que se le sentase en un sitio más alto que el

resto de los invitados. Polémicas sino-tibetanas al margen, la ceremonia se desarrolló con toda la pompa y solemnidad que mandaban las tradiciones y el nuevo Dalai Lama recibió del Regente del Tíbet los dos símbolos sagrados, la Rueda del Dharma de oro y la Concha blanca, símbolos de los poderes espiritual y temporal. Todos los presentes le desearon un larga vida y allí mismo le fue rasurado el cráneo como señal de que entraba en la vida monástica y recibió su nuevo y definitivo nombre: Djampel Ngawang Lobsang Yéshé Tenzin Gyatso. Era el 22 de febrero de 1940 y el XIV Dalai Lama aún no había cumplido los cinco años.

Sesenta años después, conmemorando aquella fecha, la altura del trono en que se sentaba, metro y medio por encima del resto de los oficiantes, no dejaba lugar a dudas sobre la preeminencia de su rango, pero ya no estábamos en el genuino Jokhang ni tampoco en Lhasa. Y pese a todo, aunque esta vez no hubiera delegaciones extranjeras, probablemente entonces no pudieron reunirse en torno a él tantos grandes lamas como los que le acompañaban hoy, llegados de todos los rincones de la India y los reinos budistas del Himalaya, pero también de Europa, Australia o Estados Unidos, las lejanas regiones en los que el budismo tibetano estaba experimentando una extraordinaria difusión. Allí estaban sentados el Ganden Tripa, cabeza de la orden de los Gelupgas, Penor Rimpoché, el líder espiritual de los Nyngmapas, Chogyé Tridzin, gran lama de la Orden Sakyapa, Trushik Rimpoché y Khantul Rimpoché, grandes yoguis Nyngmas, Karak Tcheuchung Dampa, cabeza de los budistas mongoles, distintos jefes de las órdenes lamaístas de Bután y Sikkim y hasta Sangye Tenzin, jefe espiritual de los Bönpos, la “otra” religión del Tíbet, tradicionalmente enemistada con el budismo. Sentado frente a su trono, como oficiante de la ceremonia en honor del Dalai Lama, un invitado de excepción: el Quadragésimo primer Sakya Tridzin, el más antiguo de los Budas Vivientes del Tíbet, cabeza de un linaje ininterrumpido desde el siglo XI, uno de cuyos antepasados logró convertir al budismo al mismísimo hijo de Gengis Khan.

Pero entre tantos dignatarios religiosos, nuestras cámaras y las miradas de buena parte del público, más que de los lamas ancianos, estaban pendientes sobre todo de un muchacho joven, recién cumplidos los catorce años: Su Santidad el decimoséptimo Karmapa para muchos budistas tan venerado como el propio Dalai Lama y que apenas unos meses atrás, durante mi viaje al País de las Nieves, era todavía la máxima autoridad religiosa residente en el Tíbet chino. ¿Qué había

pasado? Sin que nadie supiera cómo, el pasado cinco de enero, el Lama Karmapa se había presentado en Dharamsala, tras haber cruzado los Himalayas en invierno, en una fuga aparentemente inesperada tanto para los chinos como para los tibetanos del exilio. Al principio, Pekín había tratado de minimizar aquella huida, diciendo que el joven Lama había viajado en peregrinación a la India a buscar ciertos objetos rituales. Tampoco Dharamsala había querido hacer demasiado ruido, prohibiendo al fugitivo hacer declaraciones, mientras tramitaban con el gobierno indio la concesión de asilo político. Pero la noticia había saltado inmediatamente a todos los periódicos y televisiones internacionales por lo que tenía de fuga romántica, pero sobre todo de inexplicable pérdida de papeles para el Gobierno chino. Cómo era posible que se les hubiera escapado aquella baza, el adolescente que hasta entonces habían venido exhibiendo en su monasterio de Tshourpou como prueba de la normalidad religiosa que se vivía en el Tíbet. Aquella era la primera vez que aparecía en público, todavía no había hecho ninguna declaración sobre las razones de su fuga, pero con su sola presencia bastaba. Con el Karmapa fuera, hoy día podía decirse que la totalidad de la jerarquía religiosa tibetana estaba en el exilio y todos más unidos que nunca en torno al Dalai Lama, celebrando un aniversario que en realidad era doble porque además de los sesenta años de su entronización, se conmemoraban también los cincuenta transcurridos desde su asunción efectiva del poder.

“¡Hacedle Rey!” gritó el oráculo del Estado en Noviembre de 1950 cuando el inquieto Gobierno de Lhasa le preguntó sobre la conveniencia de adelantar unos años la mayoría de edad del Dalai Lama, que entonces contaba sólo con quince años. La ocasión era grave: Un año antes, Mao había tomado Pekín, poniendo fin a la larga guerra civil con el *Kuomintang* y su primer mensaje había sido una llamada a liberar el Tíbet “del yugo imperialista de la Gran Bretaña”. Pero en el Tíbet no había soldados ingleses y la antigua potencia imperial que acababa de conceder la independencia a la India se había desentendido por completo de sus intereses en Asia. Ninguna ayuda podía esperarse por ese lado. En el momento en que el Dalai Lama asumía su poder temporal, cuarenta mil soldados chinos habían entrado ya en el Tíbet y tras derrotar fácilmente al anacrónico ejército tibetano, ocupaban la ciudad fronteriza de Chamdo. La primera decisión del monarca-niño, o más bien de sus consejeros, fue intentar ponerse a salvo – él y la institución que

representaba- en la India. Pero hasta la frontera fue a buscarle un persuasivo alto oficial chino, el general Chang, que le ofreció todas clase de garantías si regresaba a Lhasa. Dos meses después de su regreso, las tropas chinas entraban en la capital y por el Acuerdo de Liberación Pacífica, Tíbet aceptaba integrarse en la República Popular China. Comenzaban así los nueve años del corto reinado del XIV Dalai Lama, todos ellos en un Tíbet bajo tutela china en el que, aunque aparentemente se respetaran las viejas instituciones de autogobierno, en realidad, como él mismo señalara en sus memorias, “las decisiones se tomaban siempre antes en un Comité del Partido Comunista chino en el Tíbet, en el que no había ningún tibetano”.

En el Tíbet o en el exilio, las ceremonias budistas son igualmente interminables. Ateridos de frío, llevábamos casi dos horas a la intemperie, como mucho a cinco grados sobre cero, filmando desde la ventana abierta reservada a los periodistas, que tampoco teníamos, como los seglares, derecho a acceder al templo. Dentro, sentado en su sitio, a cuatro metros de distancia de nuestros objetivos, el Dalai Lama no paraba de bostezar. ¿Se aburriría? Mientras el Sakya Tridzin entonaba su interminable salmodia, él se balanceaba graciosamente sobre el trono, como si estuviera columpiándose; sus ojos vivos miraban a todas partes y a menudo su boca se abría en una amplia sonrisa dirigida a no se sabe qué lama reconocido entre los invitados. La risa, como el buen humor del Dalai Lama, son proverbiales. Todas sus biografías y los numerosísimos libros de entrevistas a él dedicados hacen hincapié en ello. Pero a mi me llamó la atención el hecho de que entre todos aquellos centenares de lamas reunidos para homenajearle ningún otro más que él se atreviera a reírse o a bostezar. Ni el Sakya Tridzin ni los demás grandes lamas y cabezas de órdenes budistas perdieron la compostura ni su solemne expresión en ningún momento de la ceremonia. Tampoco, desde luego, el joven Karmapa, el último y más ilustre fugitivo del Tíbet chino, a quien ví todo el tiempo tenso y cohibido. Una incomodidad perfectamente comprensible en cualquier adolescente tímido que se siente de golpe objeto de todas las miradas, incluidas las cámaras de los periodistas. También tenía que intimidarle verse de pronto rodeado de tantos y tan importantes dignatarios religiosos, algo a lo que no podía estar acostumbrado quien, hasta entonces, no había salido de su remoto monasterio más que, unos años atrás, para ser recibido en la capital china por su presidente, Jiang Zemin.

Tampoco el Dalai Lama había salido nunca del Tíbet, salvo su escapada frustrada a la frontera india, cuando apenas con unos años más, con diecinueve, recibió la invitación de Mao de reunirse con él en Pekín. Era al final del verano de 1954 y aquel viaje estuvo lleno de excitantes novedades para el joven monarca de un país que aún vivía por completo al margen del progreso. La primera parte del viaje fue en coche, por las carreteras que habían empezado a construir los soldados chinos en el Tíbet; en Chengdu, capital de Sichuán, embarcó en un avión y el último tramo, de Shingnan a Pekín, lo hizo viajando en un tren especial. En los tres casos, era la primera vez que aquel joven experimentaba tan novedosos medios de transporte, desconocidos en su país. Pekín, sin duda también debió impresionarle, capital de una nación antigua y poderosa que siempre se había considerado a sí misma el centro del mundo, y que ya habían visitado antes que él el V y el XIII Dalai Lama. Pero el Pekín al que él estaba viajando era un Pekín distinto, inmerso, como toda China, en un profundo proceso de transformación. Además del descubrimiento de los avances tecnológicos, aquel viaje le supuso también su primer contacto con una nueva ideología, una nueva fe ante la cual sus tradiciones culturales no podían ofrecerle referencias. Durante su estancia en Pekín, el Dalai Lama y su séquito, integrado por el aún más joven Panchen Lama (tenía entonces catorce) y curiosamente también por el XVI Karmapa (previa reencarnación del Buda Viviente fugitivo que actualmente tenía ante mis ojos) participaron activamente en las reuniones de la recién fundada Asamblea Nacional china, de la que el Dios-Rey del Tíbet acabaría siendo elegido vicepresidente (un alto honor, pero sin competencias efectivas, puramente simbólico). De aquellos debates, tan aburridos para alguien tan joven, lo que más le llamó la atención al Dalai Lama fue la pasión con que los comunistas chinos se pasaban hablando horas y horas. Pero quien de verdad le impresionó, según cuenta en sus memorias, fue el máximo líder comunista, Mao Zedong: “Daba la impresión de una gran sinceridad y simpatía... También me convencí de que no utilizaría jamás la fuerza para convertir al Tíbet en un país comunista...”

En 1954, Mao era ya un hombre maduro y se encontraba en el apogeo de su gloria tras haber culminado con éxito la proeza histórica de la Larga Marcha y la victoria sobre el *Kuomintang*. No debió serle difícil cautivar a un muchacho sin la menor experiencia del mundo, más aún cuando en la China de entonces se vivía un

período de reconstrucción y entusiasmo, todavía lejos de los terribles experimentos sociales del “Gran Salto Adelante” o la Revolución Cultural.

“Tengo que decir que el país entero daba la impresión de eficacia. Conocí a muchos funcionarios y debo decir también que guardo un feliz recuerdo de algunos de ellos... Los mejores eran gente bien preparada, corteses y buenos diplomáticos. Las oficinas del Gobierno estaban bien organizadas y trabajaban con rapidez. También debo decir que los ignorantes obreros parecían satisfechos y que las condiciones generales de vida, en aquella época, daban la impresión de ser suficientes... Nadie podía negar el enorme progreso hecho en China bajo el régimen comunista...”

“Mi Vida y Mi Pueblo”, las memorias del Dalai Lama sobre su vida en el Tíbet, están escritas en 1961, apenas dos años después de exiliarse, cuando tenía veintiséis años. Constituyen pues una mirada muy fresca y cercana a los hechos, sorprendentemente equilibrada, incluso en la crítica:

“... Pero el costo que China había pagado por ello era formidable: las gentes habían perdido su individualidad y se estaban convirtiendo en una sola masa homogénea... Esta es la impresión general que guardo de casi un año de estancia en China: eficiencia, progreso material y una masa gris y uniforme, desprovista de humor...”

Sin dejar de cantar, el Sakya Tridzin se había puesto una alargada tiara roja, emblema de su rango que sólo sus antepasados tenían el privilegio de llevar desde hacía nada menos que cuarenta y una reencarnaciones. El Dalai Lama a su vez se cubrió su cabeza con el bonete amarillo característico de los monjes Gelupgas. Y entonces, como si se tratase de una señal, empezaron a acercarse monjes al altar llevando toda clase de presentes: *katas* o bufandas blancas de saludo, preciosos tangkas, escrituras sagradas, antiguas imágenes de Budas hechas en oro y plata... - Son los regalos que el Sakya Tridzin le ha traído a Su Santidad – Nos explicó un joven monje tibetano que la oficina de Información de la Administración en el exilio había destinado para atenderlos.

- ¿Y qué hay de los invitados internacionales? – se quejó a nuestro lado una fotógrafa de Associated Press- Me dijeron en Delhi que se esperaba a Richard Gere...

- ¡Oh! *Mister Gere* tiene muchos compromisos –se escabulló con una sonrisa nuestro joven interlocutor, ante una pregunta más que esperada. Era verdad que no había estrellas de Hollywood. Tampoco, pese a la cantidad, la calidad de los periodistas presentes parecía estar a la altura del acontecimiento. Aparte de nosotros, que no lo éramos estrictamente, estaba la chica de A.P., un par de periodistas indios y un equipo de televisión de la BBC; el resto de los supuestos periodistas eran más bien *free-lance* o *supporters* internacionales de la causa tibetana. Incluso se veían muchas cámaras de vídeo de aficionados que no dejaban de interponerse en el campo de visión de las nuestras.

- La ceremonia a la que estamos asistiendo consiste en invocar a una deidad que se llama “Larga Vida”, el Buda Amithayu, a quien pedimos que el Dalai Lama tenga una sana y larga vida para beneficio de los tibetanos y del mundo entero... – Nos explicó nuestro informante. Yo me interesé por el contenido del discurso que el Sakya Tridzin llevaba dirigiendo al Dalai Lama desde hacía más de una hora.

No es un discurso –me corrigió- si no un poema. El mismo lo ha compuesto en su honor. Es muy profundo y emocionante, pero difícil de traducir.

Dentro, continuaba la procesión de oferentes en la que ahora participaban hombres y mujeres del pueblo, vestidos con trajes tradicionales: llevaban al Dalai Lama productos de la tierra como sacos de harina, arroz y frutas y también *Tormas*, ofrendas rituales hechas con mantequilla... El propio Sakya Tridzin se había levantado y presentaba él mismo los obsequios a Su Santidad. Sentado en su trono, este los recibía llevándoselos a la cabeza para agradecerlos, de uno en uno, y después sus monjes los recogían y los depositaban detrás de su trono. Me fijé en que cuando se acercaban a él, todos ellos se tapaban respetuosamente la boca con el manto, supongo que para no contaminarle con su aliento.

Fuera, por más que golpeaba con los pies en el suelo, era ya imposible quitarse el frío. A mi alrededor, cedros y rododendros se veían vestidos de blanco, como consecuencia de una reciente nevada. También las montañas del Dhauladhar ofrecían un aspecto por completo invernal, tal y como uno espera del Himalaya. Detrás de aquellas cimas cubiertas de nieve, estaba el Tíbet, no exactamente detrás,

porque más al norte aún había que atrevesar el valle de Chamba para alcanzar desde allí el verdadero altiplano. Dharamsala, aunque en una región montañosa, estaba todavía tan sólo a unos mil metros de altitud. Desde aquí al Tíbet, en línea recta, no debía haber más de cien kilómetros, pero sin pasos ni comunicación y mucho menos en invierno. No se habían facilitado detalles de su ruta, pero era imposible que el Karmapa hubiera cruzado por allí, seguramente debía de haberlo hecho por algún punto de la mucho más fácil frontera con Nepal.

Tan cerca y tan lejos. El Himalaya, cuyas últimas estribaciones se alzaban aquella mañana ante mí, resplandecientes de blancura, no es sólo la cordillera más alta del mundo: también es una formidable barrera que separa dos de las culturas más antiguas, complejas y a la vez diferentes, que ha alumbrado la Humanidad: la india y la china. Entre los mil quinientos millones de chinos y los mil de indios, el hecho de que apenas seis millones de tibetanos hayan sido capaces de crear una cosmovisión igualmente antigua, compleja y única que las de sus poderosos vecinos, constituye todo un milagro cultural. Un milagro atribuible al Himalaya y a la inaccesibilidad que durante siglos ha proporcionado a los tibetanos. Pero la civilización moderna, entre sus logros, tiene a gala haber acabado con las fronteras y haber hecho accesible el mundo entero. Es muy posible que en el pasado el Tíbet perteneciera políticamente al viejo Imperio chino, pero a una distancia tan remota que no pudo hablarse de verdadera apropiación hasta que los avances técnicos la hicieron posible. Cuando el aislamiento se acabó, el Tíbet descubrió su vulnerabilidad: China se propuso hacerlo definitivamente suyo, geográfica y políticamente y la religión tibetana buscó refugio en la tierra natal de donde le llegara el budismo mil años atrás: en la India.

A la vuelta de su estancia en Pekín, también los ojos del Dalai Lama se volvieron muchas veces hacia el otro lado del Himalaya. Ya habían estallado los conflictos en el Amdo y el Kham e incluso en el propio Tíbet los soldados chinos empezaban a dejar de comportarse como un “ejército de Budas”, como bautizaron los tibetanos al principio a aquellos soldados serviciales y pacíficos que se habían puesto a construir carreteras apenas se instalaron en el Techo del Mundo. De despedida en Pekín, Mao le había dicho al Dalai Lama aquello de que la “religión es el opio del pueblo”, frase de manual de iniciación marxista que no hacía más que

señalar la incompatibilidad evidente entre una visión del mundo basada en el materialismo histórico y otra sobrenatural. Pero el Dalai Lama era demasiado joven y quizás inocente y el hecho de encontrarse ante una contradicción que sólo podía resolverse mediante la imposición violenta de una sobre la otra, le produjo una gran depresión: “Estaba muy abatido... –escribió en sus memorias- Mi condición dual de Dalai Lama se estaba haciendo insostenible...” y también:

“Comencé a pensar que acaso fuera mejor para el Tíbet que yo me retirara de todas las actividades políticas, con el fin de mantener mi autoridad religiosa intacta... Pero para eso tenía que dejar el país... Cuando mi desconsuelo era más profundo, recibí una invitación para visitar la India...”

La invitación se la formuló en el invierno del 57 el Maharajá de Sikkim, con objeto de que participase en las celebraciones del 2.500 aniversario del nacimiento de Buda. No le impidieron asistir, pero tanto antes de salir como ya en el propio Benarés, los chinos hicieron todo lo posible para convencerle de que no abandonara su país, mientras la CIA norteamericana, entonces ya activa en el tablero de intereses estratégicos en Asia, en plena guerra fría, le ofrecía toda clase de apoyos si pedía asilo en la India y formaba un Gobierno en el exilio denunciando a los comunistas. Ni siquiera en Benarés, en una conmemoración de tanta trascendencia para un budista, pudo el Dalai Lama concentrarse en las actividades religiosas. Sabedor de que estaba en juego el prestigio internacional de la nueva China, el propio Chu Enlai viajó hasta allí para convencerle de que volviera a Lhasa, pero lo decisivo fue la intervención del primer ministro indio, Nehru, invitándole a confiar en su homólogo chino. El joven Buda aceptó volver, pese a que había perdido ya toda esperanza: “Estaba hastiado de política... con gusto me hubiera retirado de ella por completo, de no tener un deber para con mi pueblo...”

Tardaría aún dos años más en dejar definitivamente el Tíbet, cuando la rebelión del 59 le empujara a escapar. Muchos otros grandes lamas le habían precedido en la huida, como el XVI Karmapa, que se dedicó a preparar con la suficiente antelación su exilio. Desde entonces, llevaba cuarenta años viviendo en la India, pero no se puede decir que la pérdida del trono y el poder temporal le

hubiesen permitido al Dalai Lama poner en práctica aquel temprano sueño de retirarse de la política.

En el interior del templo, cuando acabaron las ofrendas, los jóvenes novicios comenzaron a repartir entre los asistentes bolsas de comida con frutas, pan y galletas, bendecidas durante la ceremonia. También té, en unas grandes teteras semejantes a las que ya había podido ver en los monasterios del Tíbet. El té en cambio, aunque reconfortantemente caliente, no se parecía nada: este era mucho más un té con leche estándar y ni siquiera llevaba sal. Tampoco claro, la característica manteca de yak, un animal inencontrable en la India. Estábamos muy cerca, pero el Himalaya imponía una flora y también una fauna diferente a cada lado de la cordillera. En Dharamsala no había yaks, pero sus bosques estaban llenos de monos que en los inviernos fríos como aquel se volvían de lo más atrevidos, obligados a buscarse la vida con las basuras de las poblaciones.

Al final de la ceremonia de “Larga Vida” todos los asistentes arrojaron puñados de arroz al aire como si de una boda occidental se tratase. También centenares de bufandas blancas de seda que se quedaron enganchadas en las columnas y altares. Hubo gritos, vivas y expresiones de buenos deseos para el líder político y espiritual de los tibetanos. Terminado el ritual, más de tres horas después de su comienzo, el Dalai Lama descendió del trono y precedido de sus cuatro heraldos trompeteros abandonó el templo por la misma puerta por la que entrara. Al pasar, volvió a sonreírnos a los periodistas. Nosotros no lo éramos, pero nuestras cámaras eran las más profesionales y llamativas de todas. Me fijé en él. Sesenta años después de su entronización, vistiendo pese al intenso frío nada más que un simple hábito y con el brazo derecho desnudo a la manera de los monjes budistas, al Dalai Lama se le veía lleno de vigor. Tenía sesenta y cinco años y era perfectamente comprensible que todos los allí reunidos desearan de todo corazón que aún viviera todavía muchos años, no sólo por su personalidad excepcional: también por la enorme vulnerabilidad que, como en todos los Budas Vivientes, ofrece el proceso sucesorio de los dioses-reyes del Tíbet. Fuente de toda clase de intrigas y conflictos, con la complicación añadida de un largo interregno hasta la mayoría de edad del niño elegido y con el precedente de Pekín dispuesto a intervenir, invocando discutidos derechos históricos, como en el caso del Panchen Lama.

III.-

PRÍNCIPES DEL DHARMA

El hotel Bhagsu era un oasis de tranquilidad y buen gusto con su jardín-cenador, un restaurante de cocina vegetariana, su tienda de sofisticadas artesanías tibetanas y sus salones decorados a la manera tradicional. No entré en ninguna, pero no me costó suponer que todas sus habitaciones disponían de calefacción. A su lado, el hotel Tíbet donde nosotros nos hospedábamos parecía poco más que un tugurio y eso que los dos pertenecían por igual a la Administración tibetana en el exilio. La diferencia estaba en que mientras el segundo dependía, digamos, de la parte civil, el hotel Bhagsu estaba regentado por el Departamento de Asuntos Religiosos. Servía además de residencia a los grandes lamas de paso en Dharamsala, como era el caso del Sakya Tridzin, cuyo monasterio, el *Sakya College*, aunque también en India, estaba en Dhera-dun.

Mi trabajo en el equipo de rodaje, además de adaptar y reescribir el guión sobre la marcha, consistía en preparar las entrevistas que habrían de realizarse ante las cámaras. Una tarea más difícil de lo que parece, sobre todo porque, como siempre en el cine, tenía que hacerlo contra reloj. La oficina de Información de los refugiados nos había dado toda clase de facilidades para entrevistar a los grandes lamas reunidos, pero el problema estaba en que casi todos habían acudido a Dharamsala por muy poco tiempo y tenían muchos otros compromisos. Por ejemplo, en el caso del Sakya Tridzin, el de atender a la gran cantidad de fieles tibetanos que aprovechando su presencia, ansiaban obtener su bendición.

Era mi primer entrevistado, así que, mientras mis compañeros preparaban cámaras y micros, no pude reprimir la curiosidad de asomarme a la habitación de la planta baja del Hotel Bhagsu, donde el gran lama atendía a sus seguidores, conforme a un ritual más o menos idéntico, según pude comprobar: los fieles entregaban una bufanda blanca de seda a uno de sus ayudantes y después se arrojaban al suelo a sus pies sin que la escasa luz reinante me permitiese distinguir si se los besaban o si se limitaban a tocar tierra con la cabeza. La expresión del gran lama de los Sakyas ante semejantes homenajes era de un augusto distanciamiento, como de quien sabe estar cumpliendo con un deber, a la vez aburrido y necesario. Cuando me vio a mí, en cambio, se le alegró la cara ante la perspectiva de encontrarse con un extranjero y no con uno más de sus adoradores. Yo también me sentía feliz del privilegio de poder empezar por él nuestra ronda de conversaciones con los grandes lamas tibetanos. No sólo por su rango religioso, equiparable al del Dalai, sino por descender del linaje más antiguo del Tíbet.

“... En realidad el linaje de Sakya proviene del monasterio del mismo nombre, fundado en el sur del Tíbet en el año 1063 – me explicó él mismo a manera de introducción-... A partir de entonces hasta el presente ha habido cuarenta y un Sakya Tridzin, todos en un linaje ininterrumpido. El propio Atisha, el maestro indio difusor del budismo en el Tíbet, dijo que los Grandes Lamas Sakyas son reencarnación a la vez de tres Budas: de Manjushri, el Buda de la Sabiduría, de Chénrezi el Buda de la Compasión y de Vjarapani, el del Poder...”

“ Los *Tulkus* (“Budas Vivientes” en tibetano) constituyen la mayor singularidad del lamaísmo y lo que lo distingue de las demás escuelas búdicas”, escribió Alexandra David-Néel en su libro “Magos y Místicos del Tíbet”. Desde luego es impensable encontrar una institución así en el resto de las tradiciones budistas. Una declaración como la que hizo ante nuestras cámaras el Sakya Tridzin proclamándose reencarnación nada menos que de tres Budas, sería tomada como una herejía o cuando menos como un fantasía delirante por la mayor parte de los budistas de Asia; para los seguidores de la escuela Hinayana, la más cercana en el tiempo al fundador, porque un Buda, por definición, es un ser que ha escapado de la Rueda de Reencarnaciones o *Samsara* y por tanto no puede volver a renacer en ella; los seguidores del budismo Mahayana, en cambio, sí consideran posible que, a

semejanza del cristianismo, un Buda se reencarne para cumplir la tarea “mesiánica” de ayudar a salvarse al resto de los seres humanos, pero es algo que muy raramente sucede. Según la corriente mayoritaria en el budismo, existieron otros Budas en épocas muy remotas, pero a partir del Buda histórico, Gautama Sakyamuni, no nacerá ninguno hasta la llegada de Maitreya, el Buda Futuro. ¿Y los tibetanos? Los tibetanos son los más generosos en cuestiones de “Budeidad”. A diferencia del resto de los budistas del mundo, los tibetanos no se limitan a creer que en teoría todo ser humano puede alcanzar el estado de Buda. Están seguros de que muchos lo consiguen en la práctica... y que los Budas se reencarnan y viven entre nosotros para ayudarnos a alcanzar la Iluminación.

Una tradición que empezó precisamente con los lamas Sakyas. Cerca de la frontera del Nepal, Sakya es uno de los monasterios más antiguos del País de las Nieves. Construido en el siglo XI, dio nombre a la orden Sakyapa, una secta no reformada que aunque hoy no cuenta con muchos adeptos, tuvo gran importancia histórica por su relación con los mongoles: Uno de sus primeros abades, Sakya Pandita, el gran erudito, fue ni más ni menos que preceptor del hijo de Gengis Khan. Su sucesor, Pakpha, fue maestro de Kublai Khan y convirtió a los mongoles al budismo. En agradecimiento, los conversos mongoles le hicieron a él y sus descendientes reyes del Tíbet (Tridzin significa “rey” en tibetano) y no contentos con ello, tan dados como eran a otorgar a los lamas tibetanos títulos honoríficos (como harían varios siglos después con el de “Dalai”) les llamaron también “Budas del Paraíso del Oeste”, primera vez que un mortal recibía un título hasta entonces reservado al fundador del budismo. Desde entonces, empezó a popularizarse entre los tibetanos llamar “Budas” a los grandes maestros de cada linaje.

El heredero de tan noble y milenaria estirpe, seiscientos años anterior a la de los Dalai Lama, estaba sentado frente a mi en uno de los salones del hotel Bhagsu. Era un hombre tranquilo y amable que usaba gafas, tendría unos cincuenta y tantos años y había escapado del Tíbet un mes después que el XIV Dalai, cuando apenas tenía catorce años. Siete años antes, a la muerte de su padre, había heredado la condición de *Tulku* o Buda Viviente. Heredero directo, de la misma carne y sangre y no del simple espíritu de su predecesor, como él mismo se encargó de aclararnos: “En Occidente se piensa que los Budas Vivientes se transmiten por reencarnación,

pero no es así en el caso de las órdenes más antiguas. El linaje Sakyapa se transmite de padres a hijos...” Hubiera tenido que darme cuenta, aunque sólo fuera por lo diferente de su aspecto del resto de los lamas que había podido ver en la ceremonia de “Larga Vida”. En un mar de hábitos azafranes y cabezas rapadas, él era el único en lucir vestiduras blancas, una espléndida coleta negra y enormes pendientes de oro y turquesas como usaban en el pasado los aristócratas tibetanos. Su Santidad el 41^a Sakya Tridzin era, pues, alguien que no había renunciado al mundo, un hombre casado y consciente de encontrarse en minoría en un clero lamaísta predominantemente célibe se apresuró a dejar claro que si lo estaba era por cumplir con un sagrado deber: “El que yo esté casado, no quiere decir que todos los sakyapas tengan que tener hijos... Muchos de nuestros monjes practican el celibato. En mi caso, dada mi obligación de transmitir el linaje tengo que ser casado y mi hijo mayor herederá mi puesto cuando muera...”

La expresión de satisfacción con que lo dijo era la de quien consideraba cumplida la principal misión para la que había venido al mundo. Ya había tenido un hijo varón y le había dado al linaje Sakya un heredero, un futuro 42^o Sakya Tridzin. Alguien a cuyos pies podrían seguir arrojándose los creyentes tibetanos como yo les había visto hacer ante los de su padre, como venían haciendo desde hacía la increíble inmensidad de mil años ; el tiempo que los lamas de Sakya, emanaciones de tres Budas, llevaban renaciendo en los varones de una misma familia para ayudar a encontrar el camino de la salvación al resto de sus compatriotas. Y no sólo a sus compatriotas, porque según la Guía de Budismo Tibetano, editada en francés por *Le Livre de Poche*, Su Santidad el Sakya Tridzin viajaba con mucha frecuencia a Europa y Estados Unidos donde impartía sus enseñanzas en los numerosos centros budistas que en tan lejanos continentes había ido abriendo su orden. Precisamente sus palabras de despedida en la entrevista tuvieron el sabor de quien maneja a la perfección los mensajes *mediáticos*:

“... Quisiera para terminar, darles las gracias, estoy muy contento de esta entrevista: en todo el mundo, incluida España, cada vez hay más gente interesada en el budismo. En cualquier caso, todas las religiones son buenas, hay muchas religiones y todas intentan hacer mejor a la humanidad... Creyentes o no

creyentes, todos somos humanos, estamos viviendo cada día y cada día debemos buscar más paz y vivir mejor...”

Para llegar a la siguiente entrevista tuvimos que atravesar todo Mcleod Ganj. Las tiendas de artesanía, los talleres de alfombras tibetanas, las pequeñas librerías y cafés, los numerosos restaurantes de cocina india y tibetana y los no menos numerosos centros de Internet que habían proliferado como hongos en los últimos años para atender a la demanda de los visitantes occidentales. Según el cálculo del monje tibetano que nos acompañaba, dos tercios de la población actual del alto Dharamsala estaba formado por tibetanos; el resto, indios, entre los que se contaban comerciantes de Cachemira llegados al olor del turismo internacional, hoteleros y empleados de hostelería aterrizados por el mismo motivo y también mendigos, igualmente en busca de las propinas de los turistas. Pero entre los tibetanos, con diferencia, lo que más se veían eran mujeres y monjes. “Una ciudad de monjes, mujeres y perros” recordé que había definido Austine Waddel, el médico de la expedición Younghusband, a la Lhasa de 1904. En el exilio, casi un siglo después, los tibetanos parecían haberse empeñado en reproducir la misma combinación de elementos. Los perros también abundaban en Dharamsala, pero parecían mucho más pacíficos que sus congéneres del otro lado del Himalaya, quizás porque los exiliados habían abandonado la vieja costumbre de descuartizar sus muertos al aire libre como seguían haciendo en el Techo del Mundo.

Por el camino, embutidos en nuestros forros polares, abrigo, bufandas y guantes, nos sorprendió una nevada. Dejé que se adelantara el resto del equipo a realizar sus preparativos y yo me detuve en uno de los cafetines a tomar un té y preparar en solitario las preguntas de la próxima entrevista. Incluso despedí al joven monje, disfrutando del placer de poder moverme a mi antojo, como hacen todos los viajeros en la India, sin dificultades de idioma, pero tampoco de movimientos. Tan diferente de mi experiencia en el Tíbet. Mientras intentaba entrar en calor, intenté poner orden también en uno de los hilos argumentales que me había propuesto investigar durante mi estancia en Dharamsala y que tan fundamental me parecía para lograr entender la mentalidad tibetana: el de los Tulkus o Budas Vivientes. Robert Thurman, el tibetólogo neoyorquino, sostiene que tal institución, inédita en el budismo, nació con una finalidad ejemplarizante, para poner en valor ante los

tibetanos la importancia de las prácticas tántricas. Pero también puede irse más allá a la hora de buscarle un motivo a su origen: corría el siglo X, tiempos en que las doctrinas de Buda iban perdiendo alarmantemente peso en la propia India, precisamente por su carácter abstracto, dirigidas a una comunidad budista de monjes estudiosos (la “Shanga”) pero incomprensibles para el pueblo llano. Cuando llevaron el budismo a los tibetanos, los predicadores indios aplicaron una original solución: a la vez que difundían entre los espíritus más elevados las complejas enseñanzas tántricas, a la gran masa de los tibetanos les ofrecieron Budas de carne y hueso a quienes adorar. ¿Cómo no creer en el poder de salvación del budismo si los Budas se reencarnaban ante los propios ojos de la gente, podían tocarse y venerarse, incluso residían en el monasterio de al lado?

Los primeros Budas Vivientes, como los Sakya Tridzin, heredaban su condición sagrada conforme a las formas de sucesión dinástica tradicional, de padres a hijos. Algo muy fácil de entender por el pueblo llano, propio de una teocracia convencional, pero difícil de practicar para unos monjes budistas que según las enseñanzas de su fundador, hacían voto de renunciar al mundo, vivían en comunidades de sexos separados y atribuían al celibato el más alto valor. ¿Como podían en estas condiciones seguir reproduciéndose los Budas Vivientes, para que los tibetanos no perdieran su fe en ellos? La solución a este nuevo dilema la encontró el que sería el 1º Lama Karmapa cuando antes de morir célibe en el año 1283, dejó instrucciones de cómo buscar al niño en el que habría de reencarnarse su espíritu. Con él se iniciaba la tradición de la reencarnación en los “pequeños Budas”, un sistema único en el mundo de sucesión en el poder, por el que una casta sacerdotal –abrumadoramente masculina- lograba reproducirse sin renunciar al celibato e incluso, puesto que los niños seleccionados eran educados desde su tierna infancia en los monasterios, experimentaban una paternidad, sino biológica, adoptiva, como ya hubieran soñado para si, por poner un ejemplo, los prelados católicos.

Los emperadores de la dinastía Ming honraron a los sucesores del Karmapa con el título de “Príncipes del Dharma” (Dharma es el nombre que dio su fundador a la religión por él predicada) Siendo el heredero de tales príncipes, hubiera debido continuar mis entrevistas por el joven XVII Karmapa, pero según nos advirtió nuestro asistente, se trataba de algo por completo imposible. Mientras el Gobierno

indio decidía si concederle o no asilo político, los dirigentes del exilio le habían prohibido que realizara declaraciones públicas. Para sustituirle, conseguimos a cambio a otro Buda Viviente de la misma edad, catorce años, e igualmente de antiguo y elevado linaje; Ling Rimpoché, nada menos que la reencarnación del que fuera maestro del actual Dalai Lama. Como todos los grandes lamas, había acudido a Dharamsala especialmente para la ceremonia porque su monasterio estaba en el sur de la India, a varios miles de kilómetros de allí. Pero la familia de Ling Rimpoché disponía de casa propia en la localidad y allí nos recibió el joven Buda, atendido obsequiosamente por su padre carnal, que se desvivía todo el tiempo con desmedida veneración por quien conforme a las más elementales normas de relación paterno-filial, hubiera debido venerarle a él.

“...Los Tulkus somos reencarnaciones: todos los seres vivientes, creyentes o no, nos reencarnamos al morir...” –empezó aquel adolescente ilustrándome sobre una de las creencias básicas del Budismo. Hasta aquí, me fue fácil seguirle; puesto que para los budistas –y también para los hindúes- todos los seres vivos se reencarnan, podía perfectamente aceptar que aquel muchacho que tenía ante mí creyese ser la reencarnación de un lama difunto, el anterior Ling Rimpoché. Lo que ya me resultaba más difícil de aceptar es que a sus catorce años estuviese convencido de ser el mismo un Buda.

“Los “Tulkus” son seres ya liberados de la Rueda de Reencarnaciones (Samsara)... Budas que habiendo alcanzado la realización, deciden renacer una y otra vez para ayudar a los demás seres vivos a alcanzar el Nirvana. Son seres tan elevados que ellos pueden elegir por si mismos donde y en quien nacer y cuál es el sentido de esa reencarnación...”

Nos lo contó como si tal cosa, sentado sobre el trono que ocupaba el lugar central del espacioso salón de la casa, lleno de tangkas e imágenes de Buda, convertido en capilla donde el todavía impúber Ling Rimpoché recibía la adoración de sus seguidores. Era gordito, tenía pinta de adolescente despistado y llevaba gafas. Según pude saber había sido descubierto como “pequeño Buda” cuando tenía apenas un año y medio y el Dalai Lama en persona había confirmado su reencarnación. A los seis años había entrado como novicio en un monasterio y

desde entonces se dedicaba a los estudios religiosos. Puesto que pertenecía a la escuela Gelupga su destino era el de ser de por vida un monje célibe. El hecho de tratarse de la reencarnación del maestro espiritual del Dalai Lama (más o menos “su padre”, en el *sui generis* sistema de paternidad monástica tibetana) le colocaba en uno de los más elevados lugares en la jerarquía religiosa exiliada pero a la vez planteaba una situación paradójica: el que fuera discípulo era ahora un hombre maduro y versado en cuestiones religiosas, mientras que la reencarnación de su maestro era un adolescente. Algo que no parecía plantear problemas en el exclusivo y endogámico círculo de los Budas Vivientes tibetanos:

“... Desde hace cuatro generaciones los Dalai Lamas y Ling Rimpochés han sido sucesivamente tutores y discípulos unos de otros. El Dalai Lama recibió muchas transmisiones de mi reencarnación anterior y yo he recibido ya algunas de él, pero todavía tengo que recibir muchas más. Mi reencarnación anterior, Ling Rimpoché lo fue de él y ahora el Dalai Lama es mi gurú o maestro principal...”

Antes de terminar la entrevista no pude evitar volver a preguntarle si de verdad se creía un Buda: “Mucha gente dice que ha visto en mí la sabiduría y la compasión de mi reencarnación anterior, pero claro, yo no puedo decirlo... Estoy continuando la tarea del anterior Ling Rimpoché que hizo una gran labor en este mundo en el campo espiritual y yo estoy preparándome para continuarla...” Una pregunta me llevó a la otra: ¿Cómo se sentía alguien que desde la misma infancia venía siendo objeto de la veneración de sus familiares, de sus compañeros de noviciado y hasta de lamas de mucha más edad y experiencia? Su respuesta me pareció entrañable, desde la anormalidad de una infancia que al fin y al cabo él no había elegido:

“...Es muy normal que todos tengamos orgullo cuando alguien nos adora. Yo recuerdo que cuando era niño sentía este orgullo, pero ahora conforme crezco, gracias a las enseñanzas del Dalai Lama intento cortar mi orgullo y mi arrogancia. Ahora no tengo mucho orgullo...”

Al día siguiente tuvimos que levantarnos muy temprano para estar en el templo a las siete de la mañana. Cuando llegamos, una verdadera multitud de tibetanos se agolpaba para acceder a la explanada que rodeaba el santuario, casi ya por completo llena. Sólo con la ayuda de los expeditivos responsables del servicio de orden logramos salvar el valioso equipo de ser destrozado por la muchedumbre y después tuvimos que pasar un minucioso cacheo que no tenía sólo por objeto buscar armas o utensilios potencialmente agresivos, sino también paquetes de tabaco, que fueron todos confiscados. Fumar es uno de los peores intoxicantes para los monjes budistas. Una vez dentro, mientras mis compañeros ocupaban sus puestos, mi credencial de periodista me permitió moverme a mi antojo por aquella segunda ceremonia, esta vez de naturaleza civil, con la que seguía celebrándose el 60^a Aniversario de la Entronización del Dalai Lama. En esta ocasión, además de los centenares de monjes, había muchos más tibetanos laicos, vestidos muchos de ellos con sus trajes folklóricos tradicionales. También había bastantes policías indios armados con sus largos bastones de bambú y con fusiles y pistolas, para proteger no ya la seguridad del ilustre exiliado sino la del gobernador de Himachal Pradesh que en representación del Gobierno indio copresidía la ceremonia.

La indudable hospitalidad india para con los refugiados tibetanos, demostrada con creces en los últimos cuarenta años, fuese quien fuese el partido que gobernase, se ha mantenido siempre dentro de unos estrictos y prudentes límites. India fue uno de los primeros países en reconocer la soberanía china sobre el Tíbet, en Abril de 1954, cuando todavía el Dalai Lama gobernaba nominalmente en Lhasa. Desde entonces tal reconocimiento se ha mantenido invariable. Cuando Nehru dio asilo al Dalai Lama no fue como un Jefe de Estado exiliado sino como un dirigente religioso perseguido por sus ideas. Igualmente como refugiados fueron recibidos los más de cien mil tibetanos instalados en el subcontinente. Para el Gobierno indio, lo que los tibetanos llaman Gobierno en el exilio no es más que la Administración central de los refugiados. La presencia del gobernador de Himachal Pradesh en aquella ceremonia de aniversario era una muestra de deferencia del Gobierno indio para con su ilustre huésped, pero no podía sacarse de ella ninguna lectura política. A la bandera del País de las Nieves no le estaba permitido ondear en Dharamsala ni en el complejo de las oficinas de la Administración tibetana, ni sobre el palacio del Dalai Lama. Pero en aquel día de fiesta, la enseña multicolor

del sol y los dos leones, símbolo del sueño de un Tíbet independiente, podía verse por todas partes, en manos de los exiliados tibetanos.

Hubo un breve ritual en el interior del templo, pero la mayor parte de esta segunda ceremonia se desarrolló al aire libre en la amplia explanada abarrotada de gente. Por suerte, la temperatura había subido un poco en aquel primer día de sol desde nuestra llegada a Dharamsala. A la entrada del templo, el gran trono del *Dharma* desde el que sólo el Dalai Lama podía dictar sus enseñanzas religiosas, permaneció vacío y tanto él como el Gobernador de Himachal Pradesh se sentaron en otros dos sillones, situados a la misma altura. Ante ellos comenzaron a desfilar grupos de danzas regionales, músicos y compañías de ópera tibetana... El colorido de las ropas y peinados, especialmente de las bellísimas muchachas que participaban en las danzas, nacidas todas ellas en el exilio, producían la impresión de estar asistiendo a un viaje en el tiempo: como si el Viejo Tíbet estuviera todavía vivo allí en las faldas del Himalaya indio, con un esplendor ya imposible de encontrar en el Tíbet actual. En la tribuna, a ambos lados del Gobernador y el Dalai Lama, se sentaban las personalidades. Y como yo estaba allí para documentar todo lo que veía y como además el protocolo, pese a su aparente superfluidad, siempre me ha parecido el mejor indicador para medir cómo se distribuye el poder en cualquier organización humana, le pedí al monje tibetano que se ocupaba de atendernos que me facilitase el *Who,s Who* de los allí sentados. La primera observación fue que prácticamente todos eran hombres. Los asientos de la segunda fila y tercera fila los ocupaban el presidente del Gobierno tibetano en el exilio y sus ministros, además de altos funcionarios y militares indios y otros invitados destacados. Pero a mi me interesaba la primera fila, en la que podía reconocer caras ya conocidas. Anoté los nombres en mis cuaderno conforme me los fue dictando, con las consiguientes lagunas e imagino también que con considerables errores:

A la derecha del Dalai Lama se sentaban de más cerca a más lejos:

- El Sakya Tridzin
- El XVII Karmapa
- Chogye Tridzin
- Trushik Rimpoché

A su izquierda, lo hacían, en el mismo orden:

- El Ganden Tripa
- Penor Rimpoché
- Sangye Tenzin
- Kanthul Rimpoché
- Ritzong Rimpoché
- Ling Rimpoché
- Karak Tcheuchung Dampa
- *Serkong Rimpoché*
- Jadho Rimpoché

¿Qué tenían todos ellos en común? Que todos eran lamas. El hecho de que se sentasen en un lugar más destacado que los ministros civiles del Gobierno, daba una clara idea de quién ostentaba la primacía entre los exiliados tibetanos. Pero había algo más que todos aquellos lamas compartían: todos ellos, excepto el Ganden Tripa de quien ya tendré ocasión de hablar más adelante, eran *Tulkus* o Budas Vivientes; todos habían sido seleccionados cuando apenas tenían dos o tres años como reencarnación de anteriores grandes lamas fallecidos; todos habían sido separados de sus familias y educados en monasterios exclusivamente para hombres; todos habían sido en su infancia “pequeños Budas”, venerados casi desde la cuna y a la vez adiestrados para convertirse en los futuros príncipes de la Iglesia budista; y también, al menos en el Viejo Tíbet, donde la religión y la política estaban inseparablemente unidas, para constituir, por encima de los aristócratas seculares, la aristocracia eclesiástica gobernante.

Una vez puesta en marcha en el siglo XIII por el primer lama Karmapa, la institución de los *Tulkus* alcanzó una enorme expansión; cuando tres siglos más tarde el III Dalai Lama se proclamó Buda Viviente no estaba haciendo más que seguir lo que era ya una práctica habitual en todas las escuelas y órdenes monásticas tibetanas. En el siglo XVIII, el emperador Qianlong mandó abrir un registro de grandes Budas Vivientes tibetanos en el que llegaron a inscribirse 148. En 1911, al final del Imperio chino, en el registro de Budas Vivientes de Pekín figuraban inscritos 160. Pero eran muchos más. Durante sus viajes por el Tíbet, Alexandra David-Néel observó que en los más grandes monasterios podía haber

hasta cincuenta o cien *Tulkus*. Claro que no todos con el mismo rango: había *Tulkus* que eran reencarnaciones de santos o grandes sabios difuntos, pero los más importantes eran los considerados reencarnación de una divinidad. Tanto el Dalai, como el Panchen Lama, el Karmapa o el Sakya Tridzin eran reencarnaciones de seres no humanos, de Budas míticos. Incluso varios de ellos podían compartir la condición de Budas reencarnados de una misma deidad, como en el caso del Dalai Lama y el Karmapa, ambos considerados reencarnación del Buda Avalokiteshvara, el santo patrón del Tíbet.

La presencia de tantos *Rimpochés* reunidos en Dharamsala (como respetuosamente llaman los tibetanos a sus Budas Vivientes) constituía una ocasión excepcional que no podía ser desperdiciada y aquella misma tarde, al término de la ceremonia, pese a nuestro cansancio, regresamos al templo. Cuando un *Tulku* decide reencarnarse es para traer su bendición al resto de los seres, así que allí a donde van hay siempre largas colas de fieles tibetanos esperando obtenerla. Para atender a esa grey, la dirección del monasterio había habilitado unas pequeñas capillas adjuntas al templo, donde los Budas Vivientes de visita podían impartir sus bendiciones. La primera en la que entramos, correspondía a Trushik Rimpoché, un gran lama de la escuela Nyngmapa, la más antigua de las órdenes tibetanas. La cola de hombres y mujeres que esperaban a visitarle superaba el medio centenar de personas.

- Trushik Rimpoché es uno de los más importantes maestros tántricos. Por eso es tan venerado...- Me explicó el joven monje que nos acompañaba a todas partes. A estas alturas, todavía no le he presentado. Se llamaba Tenzin, tenía unos veinticinco años y había nacido ya en el exilio, en Katmandú. Sus padres le habían llevado con once años al monasterio, una edad tardía para los canones del Viejo Tíbet donde los novicios solían tomar los hábitos a los siete años. “Cuando ya tienen edad de molestar a los cuervos...”, aconsejaba Buda en el *Vinaya*, el canon budista de la vida monástica. Tenzin se sentía a gusto siendo monje, a sus veinticinco años había pasado más tiempo de su vida dentro del monasterio que fuera. Ya había sido ordenado, había tomado sus votos completos, era un *gelong*, un monje de la orden de los “Sombreros Amarillos” y se sentía orgulloso de pertenecer al monasterio Namgyal, el mismo que durante trescientos años había tenido su sede en el Potala, dedicado al servicio personal de los Dalai Lamas.

Integrado siempre por un número fijo de quinientos monjes, constituían la guardia pretoriana espiritual de los Dioses-Reyes del Tíbet. La mayoría de ellos habían seguido a su líder al exilio y habían construido un nuevo monasterio en torno al nuevo templo y a su palacio-residencia en Dharamsala.

- Como Jefe de Estado, Su Santidad cuenta con ministros y funcionarios, pero para vivir como monje necesita tener su monasterio – Me había explicado Tenzin sobre el importantísimo papel que cumplía su cenobio. Mientras esperábamos en la estrecha antesala a ser recibidos por el *Tulku*, me fijé en que sus ayudantes recibían de los fieles billetes de banco, antes de franquearles el paso.

- ¿Hay que pagar por verle? –Me interesé.

- Claro que no – me explicó Tenzin- Son donaciones voluntarias. A un ser tan elevado como Trushik Rimpoché no le interesa el dinero. Si lo acepta es por compasión, para darles oportunidad de acumular *karma* positivo.

Desde la perspectiva de un no creyente, el argumento podría parecer cínico, pero desde la suya, el joven monje no dejaba de tener razón. El *Karma*, la inexorable ley que para los budistas rige el entero universo, parte de un axioma científicamente inobjetable: todas las causas producen efectos, todos los efectos tienen causa. El odio genera odio, las buenas acciones, buenos efectos. El *Karma* acumulado en nuestra vida actual, según sea positivo o negativo, condiciona nuestra siguiente reencarnación, en un estadio inferior o superior de la Rueda de la Existencia. Y para los tibetanos, entre todas las buenas acciones que pueden hacerse, no hay ninguna que permita acumular tanto *karma* positivo como las que se hacen con un Buda Viviente. De ahí la veneración. Aparte de que, según pude comprobar, el sistema estaba muy reglamentado y cada donante recibía el correspondiente recibo por la cantidad entregada.

En la capilla contigua, no había ninguna cola. Y eso que quien despachaba en ella era otro importante Buda Viviente, nada menos que Keutsang Rimpoché, la reencarnación del lama que presidiera la Comisión de Búsqueda del XIV Dalai Lama. Su antecesor, el IV Lama Keutsang, fue quien localizó al niño en una pequeña localidad de Amdo-Qinghai y, tras disfrazarse de criado, le realizó las pruebas tradicionales: “Mi anterior reencarnación –nos explicó el lama Keutsang- llevaba un bastón, un rosario y un tambor ritual que habían pertenecido al

decimotercer Dalai Lama y que fueron inmediatamente reconocidos por el niño. Iba disfrazado de criado, pero el niño fue corriendo enseguida hacia él muy contento...”

Proviniente de tan ilustre linaje, cuál era la razón de que los fieles tibetanos no acudieran a él en busca de bendición? Su mala suerte estaba en no haber logrado escapar a tiempo. Cuando solo tenía dos años, había sido reconocido como Buda Viviente nada menos que por el Regente del Tíbet, pero en 1960, sin haber cumplido los quince, fue detenido por los chinos en su monasterio de Sera, acusado de participar en las revueltas del 59. Le condenaron a veinte años de cárcel. “En aquel momento, yo era el más joven prisionero político. De los veinte años, cumplí diecisiete en la cárcel y los otros tres en un campamento de trabajo, por buen comportamiento”. Hasta 1985 no logró cruzar los Himalayas y escapar del Tíbet. Consiguió así la libertad y el respeto debido a su condición de *Tulku*, pero en cambio otras cosas resultaron irrecuperables. Durante el tiempo que pasó en la cárcel vió interrumpidos sus estudios monásticos... “Aún no sé mucho todavía de filosofía budista y por eso no estoy considerado como un lama, porque no puedo enseñar totalmente a la gente...”

En la soledad de su capilla, sin nadie que viniera a visitarle, sentí que a Keutsang Rimpoché sus carceleros le habían arrebatado mucho más que veinte años de libertad. Le habían quitado la razón de ser de todo Buda Viviente, el motivo por el que, siendo seres ya realizados, renuncian a la paz del Nirvana para seguir reencarnándose una y otra vez. Por culpa de su falta de preparación, no podía transmitir su bendición a los fieles. ¿Y qué es un *Tulku* sin fieles a quien bendecir?

“...Yo no he tenido tiempo para estudiar el Dharma por estar en la cárcel, por eso cuando alguien viene a pedirme la bendición, yo mismo siento que no estoy cualificado y que no puedo darle mucho. Por eso no suelo recibir gente. Cuando vemos a un lama muy solicitado por la gente, es porque seguro está cualificado y puede dar mucho más que yo...”

Con Keutsang Rimpoché dimos por terminada la ronda de entrevistas a los Budas Vivientes del Tíbet. Un recorrido espero que tranquilizador para todos aquellos que temen por la supervivencia de la religión tibetana si llegara a faltar el Dalai Lama. En contra de lo que suele pensarse, el poder eclesiástico en el Tíbet aunque estructurado piramidalmente, no es unipersonal y en su vértice existe todo

un Olimpo de dioses reencarnados. Tampoco el Dalai Lama es comparable al Sumo Pontífice romano ni siquiera en cuanto cabeza de su orden, la de “los Sombreros Amarillos”, porque incluso en ella existen otros *Tulkus* de similar rango espiritual, como el Panchen Lama. Para no hablar del Karmapa o del Sakya Tridzin, igualmente divinizados como cabezas de sus respectivas escuelas. Mientras los tibetanos sigan creyéndose el pueblo elegido del budismo, el único en el mundo en el que los Budas se reencarnan y habitan en carne y hueso entre los humanos, su fe, como es lógico, perdurará. A pesar de las persecuciones padecidas, los príncipes del *Dharma* no escasean. Incluso últimamente han empezado a reencarnarse en Occidente como el lama Osel, nacido en España, o el pequeño Buda norteamericano en quien se inspirara Bertolucci para su película. Al margen de estos primeros extranjeros, se calcula que hoy día siguen existiendo más de mil Budas Vivientes en el Tíbet, entre los del interior y los exiliados.

IV.-

EN BUSCA DEL SOMBRERO NEGRO

“... El XVII Karmapa está en Dharamsala, llegó aquí en la mañana del día 5 de enero. Debo añadir, sin embargo, que su llegada cogió por sorpresa a toda la Administración en el exilio. No tuvimos conocimiento de la partida del Karmapa del Tíbet ni de su llegada a Dharamsala hasta la mañana del 5 de Enero cuando ya estaba aquí. Su llegada incluso me cogió a mi, el ministro del Departamento de Asuntos Religiosos, por sorpresa... Aparte de confirmarles esta noticia, no tengo otros comentarios que añadir sobre la llegada del Karmapa. Nuestra principal preocupación en este momento es su salud... Ha realizado un largo y difícil viaje para un niño de catorce años... Lo único que puede decir es que llegó acompañado de su hermana de 24 años y de dos lamas de su monasterio... y que realizó caminando la mayor parte de su viaje...”

Estas fueron las declaraciones de Thasi Wangdi, ministro de Asuntos Religiosos de la Administración tibetana en el exilio, a propósito de la fuga del Karmapa, en la rueda de prensa celebrada el 8 de enero de 2000, un mes antes de nuestra llegada. Unas declaraciones que suscitaron numerosos interrogantes entre los periodistas allí presentes: ¿por qué había elegido el Karmapa cruzar los Himalayas en pleno invierno, la estación más rigurosa? Más aún, ¿era posible cruzar los Himalayas en invierno en compañía de sólo tres personas y “caminando en su mayor parte”, como el ministro acababa de decir? ¿Qué ayudas había recibido en su fuga? Y sobre todo, ¿cómo era posible que los chinos no tuvieran

estrechamente vigilado a quien era el lama de mayor alto rango residente en el Tíbet y constituía su mayor baza política?

Como sucede con el Vaticano, Dharamsala no se caracteriza por su transparencia informativa. Ambas instituciones parecen coincidir en que los asuntos de la curia son asuntos de la curia y a nadie más le interesan. Así que todas estas preguntas quedaron sin respuesta. Aunque por lo que más tarde me contaron hubo una cuestión que el ministro de Asuntos Religiosos consideró que no podía dejar sin resolver: “¿Tiene algo que ver la fuga del Karmapa con la existencia en el extranjero de un segundo Karmapa?”, había preguntado a bocajarro uno de los periodistas.

- Una cosa que debe quedar clara –respondió el ministro- es que existe un solo Karmapa reconocido por el Dalai Lama y que es el aceptado por la inmensa mayoría de los seguidores budistas del mundo, extranjeros y tibetanos. No tenemos nada que decir sobre ningún otro candidato...

Del lado chino, la reacción ante la fuga pareció en principio tan parca en explicaciones como la de los exiliados tibetanos, pero mucho más disparatada. Mientras tantos medios de comunicación internacionales señalaban el ridículo en que había quedado Pekín, la agencia de noticias “Nueva China” se limitó a comunicar que el Karmapa no se había fugado sino que había viajado a la India “a buscar ciertos objetos rituales importantes para su orden y en especial su sombrero negro”. ¿Un sombrero negro? ¿A quién podía habersele ocurrido un pretexto tan delirante? El descrédito de la versión china fue total, sin que la mayor parte de los periodistas, que como es lógico no tenían por qué ser tibetólogos, se tomaran la molestia de contrastar semejante información.

En Dharamsala, no hubo nuevas ruedas de prensa ni declaraciones. Tampoco los periodistas tuvieron ocasión de entrevistar al ilustre fugitivo que con el pretexto de su recuperación había sido alojado en un lugar desconocido, según todos los rumores en el Instituto Norbulingka, un conjunto cultural dependiente del Gobierno tibetano en el exilio, discretamente aislado, a unos treinta kilómetros de Dharamsala. Desde entonces, salvo participar en las dos ceremonias de

homenaje al Dalai Lama en las que tuvimos ocasión de filmarle, no había realizado ninguna otra aparición pública.

- ¡El Karmapa va a presidir el festival de danzas en el T.I.P.A.! – nos sacó de nuestras habitaciones nuestro siempre entusiasta productor. Se trataba de una aparición fuera de programa de la que acababa de enterarse. El T.I.P.A. era el “Tibetan Institute of Performing Arts” donde estaban teniendo lugar una serie de festivales de música, danza y ópera tibetanas como parte de las celebraciones oficiales. Para entonces ya nos habíamos cambiado al hotel donde residían la mayor parte de los periodistas, con vistas sobre el Dhauladhar y la montaña-templo del Dalai Lama, pero sobre todo con unos modestos calefactores de una sola resistencia eléctrica que manteníamos permanentemente encendidos en las habitaciones. Salimos todos disparados para allá. Nuestro equipo y el resto de los reporteros. En mi caso, reconozco que sin excesivo entusiasmo porque no veía claro como un asunto como el del Karmapa podía encajar en nuestro proyecto: nosotros estábamos allí para hacer un documental, no un reportaje informativo. La fuga del ilustre lama había ocupado páginas enteras en la prensa internacional, pero tenía pinta de ser la clásica noticia efímera, que para cuando los espectadores pudieran tener acceso a nuestro trabajo, seguramente ya se habría olvidado. Aunque había cosas en aquel caso que empezaban a interesarme: como por ejemplo, que existiese un Karmapa alternativo del que ni Dharamsala ni Pekín pareciesen querer hablar. Dos Karmapas, igual que existían dos Panchen Lamas, significaba un nuevo y peligroso cisma entre los grandes Budas Vivientes del Tíbet.

Los periódicos habían dicho del fugitivo que era el tercero más importante en el ranking, después del Dalai y el Panchen Lama, menospreciando a la prochina Dordjé Pagmo, la única mujer Buda Viviente, a quien tanto Heinrich Harrer como Charles Bell atribuyeran en el Viejo Tíbet ese mismo tercer lugar. En cualquier caso, se trataba de una simplificación: mientras los otros tres pertenecían a la misma escuela budista, el Karmapa era el líder absoluto de una orden diferente, la de los Kagyupas, segunda en importancia histórica tras la que presidía el Dalai Lama y también mucho más antigua. Creo haber dicho ya que fue el primero de los Karmapas quien instituyó el sistema de reencarnación de los Budas Vivientes allá en el lejano siglo XIII. Pero lo que no creo haber dicho es que, como prueba de esa

reencarnación, el primer Karmapa le dejó en herencia al segundo un sombrero negro a manera de símbolo de su poder espiritual, con el que desde entonces hasta hoy han venido siendo solemnemente coronados todos los grandes lamas Karmapas al cumplir los veintiún años.

Así que el sombrero negro existía, no era un simple pretexto de los chinos. Y tampoco era un simple sombrero sino una especie de tiara pontificia o corona real, el símbolo del poder de los Karmapas. Entre los budistas tibetanos, los sombreros son muy importantes como emblema de la antigüedad de cada linaje, sobre todo entre las órdenes de un origen más remoto. El Sakya Tridzin tenía su tiara roja que yo le había visto ceñir durante las ceremonias. Pero el más célebre y sagrado de todos los tocados rituales era el del Karmapa, de setecientos años de antigüedad, de color negro y oro. Un regalo divino además, ofrecido a los cabezas de la orden Kagyupa por más de mil Budas y tejido “con el cabello de cien mil ángeles”, según contaba la tradición. Una valiosísima reliquia que, por lo que parecía, no estaba en el Tíbet. Mi interés por el caso se multiplicó: dos Karmapas y una sola corona... ¿Quién tenía el sombrero negro? ¿El Karmapa rival?

Tratándose de reencarnaciones, el comienzo de esta historia, más que en el pasado, había que ir a buscarla a su vida anterior. El XVI Karmapa fue uno de los más destacados lamas del exilio, además de un Buda Viviente dotado de un extraordinario sentido práctico. Supo salir del Tíbet justo antes del 59, llevándose todas las riquezas de su monasterio, incluido el famoso “Sombrero Negro” heredado de sus reencarnaciones anteriores. Vivió primero en Bután y luego en Sikkim donde el maharajá le invitó a fundar un nuevo monasterio, el de Rumtek, para alojar los tesoros y reliquias de la orden Kagyupa. Desde allí, en 1974, realizó su primer viaje a Europa, Estados Unidos y Canadá, donde tuvo tal éxito que creó numerosos monasterios y centros de meditación. Murió en Chicago en noviembre de 1981, según sus seguidores dando una última y definitiva prueba de su santidad. Tal y como lo recoge la Guía del Budismo tibetano, editada por *Le Livre de Poche*:

“Se murió en postura de meditación, permaneciendo así cinco días , con su cuerpo todavía caliente, ante la estupefacción del cuerpo médico del hospital. Después, se produjo un fenómeno todavía más sorprendente: su

cuerpo se puso a perder volumen y el 20 de diciembre, día de su cremación en Rumtek, no medía más cincuenta centímetros...”

Su reencarnación, o al menos una de las dos, la tenía ante mis ojos en el T.I.P.A. Hubo un oleada de excitación entre los periodistas cuando saltó la noticia de que al final de las danzas el Karmapa iba a romper su silencio por primera vez y a hacer unas declaraciones. Como todos, nuestros cámaras corrieron a buscar posiciones desde donde mejor filmar el acontecimiento. Yo también saqué mi grabadora, sin demasiadas expectativas sobre el contenido de su discurso. Igual que no le dejaban conceder entrevistas hasta que el Gobierno indio no le concediera el asilo político, tampoco aquel muchacho podía permitirse hacer declaraciones comprometedoras ni sobre su fuga ni sobre la situación política en el Tíbet; todo lo más ofrecer unas palabras de agradecimiento. Fue lo que hizo. Sólo en el escenario, vestido con su hábito pardo y amarillo, con un sorprendente aplomo para su edad, el Buda Viviente de catorce años agradeció a los exiliados presentes la cálida acogida que le habían prestado. Citó, eso sí, varias veces al Dalai Lama, reconociendo su liderazgo político y espiritual, algo que antes de él no había hecho nunca ningún Karmapa. Con todos sus intentos de intromisión en las cuestiones religiosas, los chinos estaban consiguiendo el hecho inédito de que todas las diferentes y anárquicas escuelas budistas tibetanas cerrasen filas en torno a su Dios-Rey exiliado.

Ya no había tantos periodistas en Dharamsala como los había habido cuando su llegada, pero todavía aquel muchacho seguía constituyendo un foco de atención de la prensa internacional. Su historia había ocupado crónicas en la televisión y los periódicos, la mayor parte dedicadas a exaltar las implicaciones políticas de su fuga, aunque otras no le habían sido nada favorables. Como el extenso reportaje, publicado en el Sunday Times Magazine apenas dos semanas atrás bajo el título: “LOS SINIESTROS SECRETOS DE SHANGRI-LA”. En la portada del semanario, aparecía su fotografía, pero bajo el siguiente epígrafe:

“Este joven que vemos, ¿ es un Buda Viviente, cuyo épico vuelo a la libertad a través del Techo del Mundo ha asombrado a todos... o es un engaño, cuya fuga esconde una estela de falsificaciones,

fraudes y monjes peleándose por el control de un imperio financiero?”

Según el Sunday Times el imperio financiero fundado por el XVI Karmapa, incluía, además de los tesoros de la orden, más de doscientos centros de meditación repartidos por todo el mundo, especialmente por Europa y Estados Unidos, valorados en setecientos millones de libras esterlinas. En apenas unas décadas de exilio, la escuela Kagyupa se había convertido en la más poderosa y con mejor tesorería de todas las órdenes tibetanas.

“...Hoy día, las ricas tradiciones y la cultura tibetana están corriendo un grave peligro de extinción, pero afortunadamente el liderazgo del Dalai Lama y el de los otros grandes líderes religiosos y el mérito colectivo del pueblo tibetano están presionando por el futuro del Tíbet.

Yo he venido como un simple refugiado para gracias a la amabilidad del Dalai Lama y del Gobierno indio y del Gobierno tibetano en el exilio y de los grandes lamas tibetanos, me he convertido en un refugiado célebre... Y también estoy muy agradecido a los medios de comunicación por la cobertura de mi viaje a India...”

Fue lo más significativo que dijo. El propio ministro de Asuntos Religiosos, Thasi Wangdi, tradujo para los periodistas las palabras del Karmapa en una rueda de prensa improvisada al final de su discurso. Antes, escoltado por policías indios, el flamante exiliado había desaparecido en un coche con rumbo a su residencia desconocida. Pero de sus palabras, por más que discretas, quedaba meridianamente claro que se consideraba a si mismo un refugiado político, alguien que había cruzado los Himalayas en busca de una libertad religiosa que no existía en el Tíbet.

En busca de la libertad, pero también de un sombrero negro, como decían los chinos, y de un imperio financiero valorado en setecientos millones de libras al decir del Sunday Times Magazine... ¿Cuál de las tres cosas había ido a buscar? ¿o quizás las tres eran compatibles? Según las cláusulas establecidas en el Trust que fundara el difunto XVI Karmapa, su siguiente reencarnación heredaría el control de los negocios de la orden al cumplir los veintiún años, pero entre tanto, dos

destacados Budas Vivientes, Tai Situ Rimpoché y Shamar Rimpoché actuarían como albaceas y administradores plenipotenciarios. También quedaba a su cargo seguir las instrucciones que conforme a la tradición, el difunto Karmapa había dejado por escrito para encontrar a su sucesor. Pero el problema fue que tales instrucciones no aparecieron, al menos por un período de diez años durante los cuáles Tai Situ y Shamar administraron a su antojo la orden. Hasta que de repente, de común acuerdo, ambos dijeron haber encontrada una primera carta del difunto y después Tai Situ Rimpoché se sacó de la manga una segunda misiva, según la cuál el Karmapa fallecido decía que, a pesar de haber muerto en el exilio, su siguiente reencarnación había de ser encontrada en el interior del Tíbet.

Conforme a la carta encontrada por Tai Situ Rimpoché, el niño Urgyen Thinley fue hallado y entronizado en el Tíbet como el XVII Karmapa en 1992, con el reconocimiento conjunto del Gobierno chino y del Dalai Lama. Todo un hito de acercamiento entre Pekín y los exiliados que paradójicamente se tradujo en un cisma en la propia orden que los Karmapas encabezan. Shamar Rimpoché, el otro Regente de la orden, se sintió absolutamente postergado. Mucho más cuando, una vez impuesto su candidato, Tai Situ Rimpoché lanzó a sus monjes a la reconquista del monasterio de Rumtek, entonces en manos de Shamar, donde se guardaba el Sombrero Negro. Más de ochenta monjes resultaron heridos en aquella batalla, que terminó con la victoria de los partidarios de Tai Situ Rimpoché. Ante el cariz que tomaban los enfrentamientos, el Maharajá de Sikkim tomó cartas en el asunto y envió a sus soldados para custodiar el Sombrero y, entre tanto no se dirimiera la cuestión, mantenerlo bajo siete llaves. No se dirimió. Incluso hubo muertos entre los monjes de uno u otro bando. En 1994, Shamar Rimpoché anunció que había encontrado al verdadero Karmapa en un niño de Lhasa llamado Thaye Dorje. El niño fue sacado a escondidas del Tíbet y recibido en la India por miles de partidarios como el verdadero Karmapa. Desde entonces, Tai Situ Rimpoché y Shamar Rimpoché han estado enzarzados en una verdadera batalla para ganarse a los distintos centros kagyupas en el extranjero para uno u otro candidato. Está en juego la herencia multimillonaria de la orden. Ultimamente, parecía que el candidato de Shamar Rimpoché estaba ganando posiciones, debido a que al estar exiliado podía moverse libremente. Al Karmapa del Tíbet, en cambio, por mucho que los chinos le favorecieran, le estaba vedado salir al extranjero. ¿Suficientes

motivos para escapar, para cruzar los Himalayas en invierno? Para no hablar del Sombrero negro que sigue en el monasterio de Rumtek, en Sikkim, custodiado por los soldados del maharajá. Según el Sunday Times Magazine, ahora que los dos están fuera del Tíbet, el Gobierno de Sikkim ha decretado la máxima alerta, ante el temor de que los partidarios de uno u otro Karmapa intenten hacerse por la fuerza con el símbolo de su linaje. ¿Cuál lo conseguirá? En todo caso, ya que los dos tienen la misma edad, hasta el momento de la coronación y de hacerse con el control del tesoro de los Kagyupas, cuando los dos cumplan los veintiuno, todavía faltan siete años.

Para llegar al monasterio de Tai Situ Rimpoché tuvimos que recorrer ochenta kilómetros, de Dharamsala a Bir, sin separarnos de los Himalayas. La cordillera blanca acompañó todo el tiempo nuestro viaje por un paisaje de pequeñas aldeas indias y campos de té. Apacible y caótico a la vez, con ese abigarramiento y esa infinita calma de los hindúes. Es en el campo donde más puras se mantienen las milenarias tradiciones, el fascinante colorido de la vieja India. Había pasado una enormidad de tiempo, nada menos que dieciocho años desde mi anterior viaje al país de los Vedas pero, fuera de las ciudades, poco parecía haber cambiado. Las carreteras seguían siendo una pesadilla en la que las vacas y toda clase de carros y vehículos de edades inimaginables pero también la multitud de gente y los sadhus errantes que se echaban a dormir en la calzada, nos obligaron, en tan pocos kilómetros, a emplear casi tres horas. No me importó, Dharamsala era tan el Tíbet que le hacía olvidarse a uno que en realidad estábamos en la India.

Sherab Ling era un enorme monasterio, mucho mayor que el del Dalai Lama, recién construido en una inmensa finca de bosque de pinos. Junto a las habitaciones de los monjes había también otras destinadas a los seguidores extranjeros que realizaban allí estadías espirituales. El nuevo templo, todavía sin terminar de pintar, estaba dedicado a Maitreya, el Buda Futuro. Por todas partes se notaba el poder económico de la orden, pero también un mal gusto chocante como el de quien intenta combinar de forma apresurada la estética tibetana y la occidental. “Parece un restaurante chino”, criticó Tenzin, que nos acompañaba como siempre en la visita, el estilo de aquel moderno santuario. Aparte de lo venenoso de la comparación, tratándose todos de nacionalistas exiliados, me

interesó por cuanto revelaba que, pese a la aparente armonía, entre las órdenes tibetanas también existía rivalidad. Especialmente entre Gelupgas y Kagyupas, los seguidores del Dalai Lama y los del Karmapa. ¿Envidiaban los primeros el éxito en Occidente de los segundos? ¿Su mayor poderío económico? Me dió la impresión de que Tenzin, un “Sombrero Amarillo”, no valoraba demasiado la espiritualidad de los seguidores del “Sombrero Negro”.

-Aquí todos se llaman “lamas”. Incluso aunque estén casados, incluso los que ni siquiera son monjes...

Cuestiones de tratamiento. Entre los Gelupgas, el título de “lamas” sólo pueden usarlo las dos máximas cabezas de la orden: el Dalai y el Panchen. Los demás Budas Vivientes son considerados “Rimpochés”. Entre los Kagyupas es justo al revés: todos son lamas y sólo los más importantes Budas Vivientes reciben el título de Rimpochés. Desde el rigor de su orden monástica, la más estricta de todas, Tenzin criticaba además el relajamiento de los monjes Kagyupas en cuestiones de vestuario. Según la tradición, el monje budista ha de vestir, tanto en invierno como en verano, nada más que una falda y un manto de color burdeos, sobre una ligera camisa amarilla sin mangas. Pero en aquel monasterio se veían muchos monjes con anoraks y jerseys de estilo occidental, con el único requisito de que fueran de color rojo.

También el XII Tai Situ Rimpoché, un hombre joven, de unos cuarenta años, me pareció, pese a llevar hábitos tradicionales, completamente occidentalizado. El propio anterior Karmapa le habían descubierto como reencarnación en el Kham cuando sólo tenía dieciocho meses y a los seis años había salido del Tíbet. Desde entonces, se había criado en los centros Kagyupas de Europa y Estados Unidos. Hablaba un perfecto inglés y participaba constantemente en conferencias internacionales sobre espiritualidad y budismo. Cuando nos recibió, en su trono de Buda Viviente, nos advirtió que tenía poco tiempo porque por culpa del infernal tráfico de las carreteras indias, nos habíamos retrasado demasiado. Aunque avisó de antemano que no pensaba hablar de la fuga del Karmapa ni de su conflicto con Shamar Rimpoché (justo las dos cosas sobre las que habíamos ido a preguntarle), en realidad se explayó sobre ellas. Para empezar nos dejó claro que él tampoco sabía nada de la fuga (pero entonces, ¿quién sabía?) y que el joven Karmapa era ahora un huésped del Gobierno tibetano en el exilio, tanto que le tenían alojado en un monasterio Gelupga, de la orden del Dalai Lama y no en uno

de sus propios monasterios (Creí apreciar un tono de queja, pese a la sonrisa con que lo dijo: él era el Regente de la orden Kagyupa y sin embargo Dharamsala parecía querer mantenerle al margen) Respecto de la tardanza en la aparición de las cartas que supuestamente dejara el fallecido XVI Karmapa (y que según Shamar Rimpoché él mismo habría falsificado) quitó toda importancia al retraso: “Se tardaron diez años en encontrar a la reencarnación del Karmapa. Esto no es raro, a veces se tarda más tiempo que ese. El anterior Karmapa murió en el 81 y en el 82 nació su reencarnación. O sea que no tardó en reencarnarse diez años sino que tardamos diez años en averiguar en quien se había reencarnado”. Sobre las razones de la fuga: “ Hoy el XVII Karmapa se ha exiliado. ¿Por qué? Porque está buscando una mayor libertad de expresión que no existe en el Tíbet...” Esta fue su respuesta cuando le preguntamos sobre el Karmapa rival y sobre su enfrentamiento con Shamar Rimpoché:

“...Hoy día todo el mundo reclama libertad de expresión y de opinión. Mucha gente escribe historias y novelas, en las que se mezcla ficción y verdad. También hay muchas ficciones o rumores en torno a la reencarnación de los Karmapas, pero a mi me da pena toda esta gente que está haciendo daño al verdadero Karmapa con su ignorancia, creándose un gran karma negativo para ellos en el futuro...

No debemos sorprendernos mucho porque siempre en la historia hubo este tipo de confusiones: el que digan que hay dos Karmapas es algo que no tenemos que tomarnos muy en serio; cada uno tiene su opinión y los que hablan mal del verdadero, sólo nos dan pena...”

Y por último sobre la importancia de conseguir el Sombrero Negro, encerrado bajo siete llaves en Sikkim:

“... Respecto del Sombrero, muchos Budas dieron sus bendiciones al Karmapa al entregárselo... La gente que entra en conexión kármica con el Karmapa le ven siempre con el Sombrero puesto. Pero el Sombrero no hace al Karmapa... aunque es muy valioso: incluso nosotros decimos que sólo con mirar el Sombrero Negro ya puede entrarse en conexión con el Karmapa aunque él no esté...”

A Shamar Rimpoché no pudimos entrevistarle porque, tratándose de un territorio enemigo, no se hallaba en la zona. Pero en la versión del Sunday Times Magazine, Tai Situ Rimpoché es el villano de una historia que dista mucho de estar acabada. Quizás porque es el que tiene más posibilidades de ganar con un candidato a la vez bendecido por Pekín y por el Dalai Lama y además ya instalado en el extranjero, con plena libertad de movimientos. Shamar Rimpoché y su candidato tienen el encanto del perdedor, pero muy pocas posibilidades. En cuanto a mí, como es lógico, ni tengo favorito ni soy partidario. Me faltan datos. Y si he de sacar alguna conclusión de todo este enrevesado conflicto que divide actualmente a la segunda en importancia de las órdenes budistas del País de las Nieves, sería la de que, por si no había quedado ya suficientemente claro, el fascinante reino espiritual de los lamas del Tíbet es también un fascinante reino de este mundo. Con sus tramas de literatura fantástica, pero también de novela negra.

V.-

LAMAS Y MISIONEROS

Todos aquellos jóvenes occidentales que emprenden el camino del Oriente, y del Tíbet o de Dharamsala en particular, en busca de una espiritualidad diferente, puede que terminen llevándose una sorpresa. Incluso puede que se encuentren con una religión, pese a su aparente exotismo, con muchas cosas en común con la que estaban tratando de dejar atrás. Al menos esa fue la impresión que sacaron casi todos los misioneros que llegaron al Tíbet, es decir, sus descubridores, porque fue a través de los misioneros católicos como el Tíbet entró a figurar en la cartografía medieval de Occidente, bajo el que sería su primer nombre mítico: “El reino del Preste Juan”. A mediados del siglo XIII, en una Europa inmersa en el fervor de las Cruzadas, empezó a correr el rumor de la existencia de un remoto reino cristiano en el Asia Central. Tanto el Papa como los reyes europeos se propusieron inmediatamente entrar en contacto con el rey de este lejano país, el “Preste Juan”, un aliado providencial para combatir al enemigo musulmán. En su busca, Inocencio IV envió al Oriente a Jean de Plan Carpin, que no pasaría de entrar en contacto con los mongoles. Diez años más tarde fue San Luis, rey de Francia, quien envió al franciscano Guillermo de Rubrouk que sin llegar al Tíbet, recogió numerosas leyendas, fantásticamente deformadas, sobre las costumbres de sus habitantes. Poco después, el comerciante Marco Polo elevaría aún más el grado de fantasía con sus maravillas sobre el Tíbet, todas ellas de oídas, especialmente sobre sus mujeres. Ya en el siglo XIV, el franciscano Odorico da Pordenone fue durante mucho tiempo considerado el primer occidental que visitó el Tíbet, pero hoy se piensa que se limitó a llegar a Pekín y tomó nota allí de lo que los viajeros chinos le contaron.

Respecto del reino cristiano del Preste Juan, pasaría la fiebre de las cruzadas sin que nadie, pese a que rumores y leyendas continuaban, lograra encontrarlo, por lo menos en Asia. Cuando los viajeros portugueses iniciaron sus exploraciones por la costa africana, el reino mítico cambió de continente, esta vez con mayor fundamento: se le localizó en Abisinia donde, sin contacto con el resto de la cristiandad, florecía desde hacía muchos siglos la iglesia copta etíope.

¿Fue aquel el fin del interés de la Iglesia católica por un Tíbet imaginariamente cristiano? Ni mucho menos. Pasaron los siglos y a las misiones que los portugueses fundaran en la India, seguían llegando persistentes rumores sobre olvidadas comunidades cristianas que habían logrado mantener su fe más allá de las montañas del Himalaya. Se decía que se trataba de un pueblo convertido por evangelizadores caldeos o nestorianos, en los albores del cristianismo. Tras algún intento previo frustrado, a principios del siglo XVII, dos padres jesuitas portugueses, Antonio de Andrade y Manuel Marques partieron de Agra, en la India, dispuestos a entrar en contacto con tales comunidades. De las penalidades que pasaron en su viaje ya he dejado constancia en el primer capítulo de este libro, gracias a las cuáles lograrían pasar a la Historia como los primeros occidentales que entraron en el Tíbet. Eso sí, movidos por la fe no sólo en Cristo sino en una vieja leyenda medieval que la tradición popular aún seguía manteniendo viva. Una vez en el País de las Nieves, cuando lograron ser recibidos por el que ellos creían rey del Tíbet (en realidad, rey de un pequeño reino en el Tíbet occidental), lo primero que le dijeron era que habían emprendido aquel penoso viaje para averiguar si era o no un monarca cristiano. Querían saber si descendía del Preste Juan y dando por hecho que con el paso del tiempo y el aislamiento, su fe tenía que haber degenerado, se ofrecieron gustosos a predicársela de nuevo. El rey de Tsaparang (que así se llamaba aquel principado) no entendió nada de lo que aquellos extranjeros, merced a un intérprete de Cachemira, estaban tratando de decirle, pero se mostró en extremo hospitalario, permitiéndoles predicar el evangelio en su reino y hasta incluso construir una pequeña Iglesia.

El padre Andrade y su compañero fueron los primeros misioneros en llegar al Tíbet y también los primeros en ponerse a buscar similitudes entre el cristianismo y la religión de los lamas. Creyeron interpretar que los tibetanos compartían el misterio de la Encarnación y que afirmaban como los cristianos que el hijo de su Dios se hizo hombre; Les pareció también que creían en el misterio de la Trinidad,

ya que aseguraban que su Dios eran tres personas en una. Comprobaron con satisfacción que los tibetanos sentían tan poca simpatía como los cristianos hacia los musulmanes (el reino de Tsaparang limitaba con Cachemira y los estados del norte de la India, por entonces ya islamizados) pero también observaron que veneraban ídolos de oro y se entregaban a numerosas idolatrías y supersticiones.

Tras los jesuitas portugueses, llegó el aluvión de misioneros. Al año siguiente, otros dos portugueses, Cabral y Cacella, llegaron hasta Shigatsé. En 1662, los jesuitas Johanes Gruber y Albert d'Orville fueron los primeros en entrar en Lhasa pero no dejaron relación de su viaje. A partir de 1707, la Misión de los Capuchinos en la India enviaría varios sacerdotes que lograron abrir una misión en la capital del Tíbet y mantenerla hasta 1745. En esa época, el Papa y el Dalai Lama llegaron incluso a intercambiar cartas por intermedio del capuchino Horacio de la Penna. Pero al final la intolerancia se impuso y los misioneros fueron expulsados, cerrada la misión y prohibida la entrada al País de las Nieves de nuevos sacerdotes. No, desde luego, porque sus intentos de evangelización supusieran ningún peligro para la religión oficial del Tíbet. Durante todos esos años y tras el paso de tantos misioneros, no se obtuvieron más de veinte conversiones, todas ellas entre residentes chinos y nepalíes.

Muchos años después, durante mi estancia en Dharamsala, la capital espiritual de los tibetanos exiliados, hacia donde quiera que caminara, en todas partes me encontraba monjes. En las tiendas, en los cafés, en las calles, en las carreteras y caminos que llegaban al pequeño pueblo desde todas las direcciones. Incluso si paseaba por el bosque me encontraba con un grupo de novicios disfrutando como yo de la naturaleza; y si bajaba al río me encontraba también a una docena de monjes lavando sus hábitos azafranados. Centenares de monjes. El motivo de tal afluencia no eran las ceremonias de aniversario del Dalai Lama ni tampoco la presencia allí del Karmapa fugitivo. Además de tan importantes eventos, nuestro paso por Dharamsala coincidía también con el gran acontecimiento monástico anual, la magna asamblea de monjes, el Meunlan o “la Gran Plegaria”. Fue en 1409 cuando el Lama Tsongkapa, el fundador de “los Sombreros Amarillos” instituyó que todos los monjes de su orden celebraran una reunión anual en Lhasa, frente al sagrado templo del Jokhang, al comienzo de cada nuevo año. En tal asamblea, durante dos semanas, los novicios y monjes llegados de todos los

monasterios del Tíbet eran examinados para ser promovidos a grados religiosos superiores en función de sus conocimientos de las escrituras budistas. Era como un masivo examen de religión al aire libre, con la capital convertida, más que nunca, en un gran monasterio. En esos días, incluso la policía de la ciudad quedaba en manos de los monjes, los famosos Dobs Dobs armados con sus grandes bastones. Alexandra David-Néel tuvo la fortuna de coincidir con uno de estos Meunlan en la Lhasa del Viejo Tíbet, igual que el padre Huc, igual que Heinrich Harrer. Ahora se nos ofrecía a nosotros la oportunidad de filmar uno, pero este no se celebraba en Lhasa sino en el exilio. Al amanecer y al atardecer, en el hotel o en la calle, a todas horas y en todas partes podía escucharse en Dharamsala, como una música de fondo, el canto de los lamas. Terminadas las ceremonias del aniversario, los monjes se habían quedado en el templo del Dalai Lama y se pasaban allí el día entero entonando sus oraciones, con los característicos cambios de voz de las salmodias tántricas. En un pequeño templo adjunto, estrictamente separados, celebraban su Meunlan las monjas.

Ippolito Desideri encarna a la perfección la audacia y a la vez la soberbia espiritual de los jesuitas de su tiempo. No hubiera debido ir, ya que por entonces el Papa había encargado la quimérica evangelización del Tíbet a la misión de los capuchinos, pero en 1716 se presentó en Lhasa donde habría de permanecer más de cuatro años. Fue el primero en dar una descripción completa del Tíbet, desde su fauna hasta sus paisajes, pasando por las costumbres de los tibetanos y por supuesto de su religión. Como el padre Andrade, también él encontró muchos sorprendentes parecidos con la suya propia. Sacó la conclusión de que los tibetanos creían en un Dios y que además tenían cierta noción de la Santísima Trinidad; que creían que el Hijo de Dios se había hecho hombre para traerles su religión (seguramente, Padmasambhava o Guru Rimpoché); y se fijó también en que, como los católicos, utilizaban un rosario para rezar y sus religiosos vestían hábito, llevaban tonsura y practicaban el celibato. Pero como pese a tales semejanzas encontró el lamaísmo una religión plenamente pagana, se dispuso como todos sus antecesores, a llevar a los tibetanos a la verdadera fe. No mediante catequesis infantiles ni simplificaciones de misionero sino, como buen jesuita, mediante una refutación en toda regla. Pero para que los tibetanos le comprendiesen, lo primero que necesitaba era aprender su idioma. Dispuesto a ello se encerró un año entero, estudiando

tibetano de la mañana a la noche y en cuanto alcanzó los necesarios conocimientos, comenzó a escribir una obra en tibetano para explicar “los fundamentos de nuestra Santa Fe y refutar la falsa religión lamaísta”. Cuando el que llamaba rey del Tíbet (seguramente el Regente) supo de la tarea que se había impuesto el misionero, mostró el más vivo interés, instándole a que una vez terminase acudiese a exponer públicamente sus argumentos en defensa de aquella nueva Fe, en una reunión con los lamas y dignatarios religiosos más versados de la religión tibetana.

Contemplando a los monjes reunidos en el Meunlan, aún maravillaba más la osadía de aquel jesuíta capaz de meterse él solo a enmendarle la plana a toda una asamblea de lamas y en una lengua que no era la suya. Por descontado que no tuvo éxito pero los monjes tibetanos, tan aficionados como los cristianos a las disquisiciones escolásticas, le escucharon durante horas y durante más horas aún discutieron con él, sin escandalizarse en absoluto de las creencias religiosas del “Lama de la Ley de Jesucristo”, como Desideri se hacía llamar. Según el jesuíta relatará, lo que más les sorprendió fue que un hombre tan aparentemente cultivado pudiese negar la metempsicosis o reencarnación de las almas.

Al Meunlan o la “Gran Plegaria”, sólo asisten los monjes de la orden Gelupga, los llamados “Sombreros Amarillos”, que encabezan los Dalai Lamas. Fundada por el lama Tsongkapa a caballo de los siglos XIV y XV, para cuando empezaron a llegar los misioneros ya se había convertido en la orden dominante en el Tíbet. Probablemente fue siempre con monjes Gelupgas con quienes entraron en contacto y fue sólo con ellos con quienes establecieron ese sorprendente paralelismo entre el culto lamaísta y católico. Si los misioneros hubieran llegado antes o bien contactado con lamas de las órdenes más antiguas, las llamadas “no reformadas”, como Nyngmapas, Sakyapas o Kagyupas, quizás no hubieran llegado a esas conclusiones, porque se hubieran encontrado con una religión mucho más exótica, llena de prácticas mágicas, adivinaciones y rituales esotéricos, practicada por yoguis y maestros tántricos muchas veces casados. Las reformas litúrgicas y monásticas introducidas en el siglo XIV por el lama Tsongkapa para poner fin a ese estado de cosas tenían tantos parecidos con el catolicismo que llamaron la atención de los misioneros, en especial del padre Huc, que viajó por el Tíbet más de un siglo después que Desideri:.

“...A poco que se examinan las reformas e innovaciones introducidas por Tsongkapa en el culto lamaísta, sus semejanzas con el catolicismo impresionan: el báculo, la mitra, la dalmática y la capa que los grandes lamas llevan cuando van de viaje; la salmodia y el coro a dos voces, los exorcismos, los incensarios; las bendiciones que dan los lamas imponiendo la mano derecha sobre la cabeza de los fieles; el rosario, el celibato eclesiástico, los retiros espirituales, el culto de los santos, el ayuno, las procesiones, las letanías, las ofrendas con agua bendita...”

¿De dónde salían todos estos parecidos? El padre Huc apuntó varias hipótesis: en el siglo XIV, los tártaros ya habían entrado en contacto con misioneros católicos y fascinados por el ritual, pudieron transmitir lo que sabían de él a sus vecinos tibetanos. Pero el sacerdote francés fue más allá: recogiendo una tradición según la cuál Tsongkapa fue instruido en su tierra natal por un desconocido maestro llegado del oeste, concluyó que tuvo que ser un misionero europeo extraviado, entre los que por entonces hacían la Ruta de la Seda, quien le transmitiera de niño al gran reformador sus nociones sobre el cristianismo. Otros misioneros posteriores barajaron diferentes hipótesis como la de que Tsongkapa pudo ser él mismo un sacerdote maniqueo o, la que hoy se tiene por más probable, de que todos los parecidos arrancan del contacto entre cristianos nestorianos establecidos en Asia Central en los primeros siglos del cristianismo y los budistas tibetanos.

No sólo hoy. Incluso cuando los viajes se hacían a pie, expuestos a mil inclemencias y peligros, el mundo ya era un pañuelo. Entre las sorprendentes analogías con el culto católico, el padre Huc señala otras que tienen que ver con el paralelismo entre Roma y Lhasa y entre el Papa y el Dalai Lama: el doble poder del Dios-Rey del Tíbet, a la vez espiritual y temporal, le pareció calcado del sistema imperante en los Estados Pontificios. Pero también la búsqueda de la reencarnación del Dalai Lama difunto, en la que participaba la asamblea de Tulkus o Budas reencarnados, le recordaba las funciones similares que ejercía en tales casos el Colegio Cardenalicio.

El Meunlan no es una asamblea de Tulkus. En una religión cuya jerarquía parece monopolizada por la aristocracia de los Budas Vivientes, la “Gran Plegaria”

constituye una reunión de monjes corrientes, como lo era el lama Tsongkapa, por más que a su muerte fuera divinizado. Cualquier monje puede aquí aspirar a los distintos grados de la carrera eclesiástica lamaísta, una vez superados los correspondientes exámenes: llegar a Gelong (sacerdote), Gueshé (maestro) Khempo (abad) o incluso a lo más alto, al puesto de Ganden Tripa, después del Dalai Lama la autoridad monástica entre los “Sombreros Amarillos” y quien preside la “Gran Plegaria”. Elegido por un período de siete años entre los más versados abades, el Ganden Tripa es el único de los grandes lamas tibetanos que no es Buda Viviente, conforme a las disposiciones que dejara Tsongkapa. Como Tenzin, nuestro guía-monje, me contara orgullosamente, el fundador de su orden había dejado establecido que el “Trono de los Gelupgas no tenía dueño”, es decir, que no estaba reservado desde la infancia para ningún “pequeño Buda” sino para el de mayor mérito entre sus seguidores (Pero si el gran reformador del budismo se propuso acabar de ese modo con una institución de tanta raigambre entre los tibetanos como la de los Tulkus, fracasó en el intento: la orden que fundara sólo alcanzó el éxito y la hegemonía cuando, muchos años después de su muerte, aparecieron en su seno los dos linajes de Budas Vivientes hoy más importantes: Panchen y Dalai Lamas)

Igual que en Dharamsala, el Meunlan hoy día también sigue celebrándose en Lhasa. Incluso existe allí un Ganden Tripa que lo preside, diferente del Ganden Tripa exiliado. Pero la asamblea anual de los monjes de Lhasa, celebrada en muy distintas condiciones, rara vez suele ser una pacífica reunión monástica. Durante la “Gran Plegaria” de 1959, aquella en la que el XIV Dalai Lama obtuvo su grado de maestro en metafísica budista, el aluvión de monjes llegados a la capital junto con el de refugiados khambas provocaron el estallido social y la consiguiente rebelión antichina. Fue mientras presidía el Meunlan de 1964, cuando el Panchen Lama deseó “larga vida al Dalai Lama”, tras lo cuál sería detenido y permanecería diecisiete años encarcelado. A partir de entonces la celebración de la “Gran Plegaria” fue prohibida y no volvió a ser autorizada hasta 1987, como un símbolo de la apertura política promovida por el entonces secretario general del PCCh, Hu Yaobang. Breve apertura, ya que en el verano de ese año empezaron las manifestaciones independentistas promovidas por monjes Gelupgas en su inmensa mayoría. En el Meunlan de marzo de 1988, las manifestaciones se convirtieron en

enfrentamientos violentos, contabilizándose una cincuentena de muertos, entre ellos varios policías chinos. Después vendría la ley marcial y la “Gran Plegaria” volvió a prohibirse durante varios años. Hoy día, vuelve a celebrarse sin que, por ahora, hayan trascendido noticias de nuevos choques o incidentes. Una “normalidad” que forzosamente tiene que seguir siendo tensa mientras siga celebrándose bajo la prohibición de que los miles de monjes allí reunidos expresen su devoción y ni siquiera puedan exhibir una fotografía de quien, aparte de ser el Dalai Lama, es la máxima autoridad de su orden.

(Para los apasionados del mito del Tíbet, un último apunte sobre lamas y misioneros, señal de que la sorprendente conexión cristianismo-lamaísmo y las elucubraciones del padre Huc han alcanzado también reflejo en la literatura de masas: como sus muchos lectores recordarán, la gran sorpresa de “Horizontes Perdidos”, la novela de James Hilton, surge cuando el protagonista descubre que el Gran Lama de Shangri-La es en realidad el padre Perrault, un misionero francés devenido inmortal tras haberse extraviado un siglo antes en el “Valle de la Luna Azul”)

VI.-

LOS SECRETOS DEL TANTRA

Creo haber dicho ya que las mujeres, que al decir del caústico Austine Waddel constituían junto con los monjes y los perros los elementos más visibles en la antigua Lhasa, también abundaban en Dharamsala. Aún más que entre los tibetanos, entre los viajeros occidentales. No es que no hubiera hombres, pero entre los extranjeros el sexo femenino era mucho más visible, especialmente en el Green Hotel, un hotel de precios asequibles, con habitaciones dobles y triples y un restaurante vegetariano en el que estaba prohibido fumar y consumir bebidas alcohólicas. Mujeres de todas las edades y nacionalidades coincidían allí, intrépidas viajeras por la India que habían elegido recorrer en solitario el país de los viajes iniciáticos por excelencia. Aunque la India, al parecer, ya no era lo que era.

- No había hecho más que llegar a Delhi y en el primer día me acosaron por dos veces. Primero fue en una tienda y luego un hombre intentó meterse en la habitación de mi hotel. Fue muy desagradable...

Laia era una joven catalana, de apenas veinte años. Frágil, menuda y de buena familia. Se había embarcado en la aventura de la India sin saber muy bien por qué, sólo sabiendo que quería viajar sola, una decisión que le había costado romper una relación sentimental. Fugitiva de los acosadores de Delhi, llevaba dos semanas en Dharamsala, pero era consciente de que alguna vez tendría que salir de allí para iniciar de una vez su verdadero viaje. Había pensado en viajar directamente a

Nepal, pero según le habían dicho, los nepalíes estaban poniéndose últimamente tan pesados como los indios.

- Aquí, en cambio, nadie te molesta. Dharamsala es un paraíso...

Kate era una inglesa pelirroja, alta y grande, de veintisiete. Acababa de terminar su especialidad en Fisioterapia y estaba realizando por su cuenta un viaje fin de carrera de casi seis meses antes de empezar a trabajar. En realidad estaba ya al final de su viaje y aunque reconocía que los indios podían ponerse verdaderamente molestos, ella sabía cómo defenderse. Incluso una vez había tenido que pegar a uno.

- ¿Qué pasó? ¿No se puso todavía más violento? –le pregunté.

- Oh, no!... Están acostumbrados. Las mujeres indias también les pegan...

Luciana era hija de madre italiana y padre sueco y vivía en Nueva York. Andaba cerca de los cuarenta y era una viajera experimentada. Una crisis vital la había empujado a viajar a la India y llevaba ya un mes en Dharamsala intentando decidir qué hacer con su vida. También ella había tenido algún incidente como mujer que viajaba sola, pero sin mayor importancia.

Ninguna de las tres era budista ni sabían demasiado sobre el Tíbet y su cultura, pero se sentían muy a gusto allí, rodeadas de monjes y montañas; y por supuesto, cerca del Dalai Lama a quien admiraban, aún sin compartir su religión, como un gran líder espiritual. ¿Qué se podía hacer un mes en Dharamsala sin ser budista? Muchas cosas, algunas útiles, como hacía por ejemplo Kate, que acudía cada tarde al monasterio del Dalai Lama a enseñar inglés gratuitamente a un monje célibe de su misma edad, como una manera de colaborar con la causa tibetana. Practicaban en su misma celda sin que nadie en el monasterio se escandalizase. Ni mucho menos Tenzin que, según me contó, debía sus conocimientos de inglés a haberse beneficiado igualmente del altruismo de otros viajeros y viajeras angloparlantes. Tampoco Kate se sentía incómoda por estar en un convento exclusivamente para hombres. A final de su largo periplo por la India, su conclusión era que Dharamsala constituía un mundo aparte, un oasis de espiritualidad, donde dominar el deseo era una práctica cotidiana a la que, conforme a las enseñanzas de Buda, todos se entregaban, en especial los monjes. Y sin embargo... ¿quién no ha oído hablar de Tantra y sexualidad, de las famosas prácticas de sexo tántrico?

El propio Dalai Lama, en su libro *“El Mundo del Budismo Tibetano”*, a la hora de explicar cómo podemos despertar los niveles sutiles de nuestra mente, menciona ciertos momentos de nuestra vida en que vivimos la experiencia de un estado no-conceptual, que los budistas tibetanos llaman “Clara Luz”: durante el sueño, cuando sufrimos un desmayo y sobre todo durante el clímax sexual... De todas estas ocasiones, el orgasmo constituye para los budistas tántricos la mejor oportunidad de experimentar un estado mental diferente y acercarnos a la “Clara Luz”... No a través de una unión sexual convencional –matiza el Dalai Lama- sino a través de la unión con un consorte de sexo opuesto suficientemente preparado, mediante la cual los elementos vitales situados en la coronilla se funden y luego, por el poder de la meditación, invierten su flujo hacia abajo, hasta el centro de la energía sexual. Eso sí, para practicar la sexualidad tántrica es fundamental saber abstenerse de la emisión. Orgasmo sí, pero sin eyaculación. Un practicante del tantra debe ser capaz de protegerse de la emisión de esperma incluso cuando sueña.

Resulta curioso que ninguno de los misioneros que tanto escribieron sobre la religión del Tíbet mencionen dichas prácticas. No porque hubieran podido tener ocasión de experimentarlas ellos mismos ni porque los lamas les hablaran de ellas, ya que se trataba y se trata de experiencias secretas, sólo accesibles a los iniciados. Pero la importancia de la sexualidad en el budismo tibetano es muy evidente e inocultable. En cualquier templo del Tíbet, puede verse en los frescos que cubren las paredes y en los tangkas e imágenes que llenan los altares. Una iconografía chocante para un occidental acostumbrado a la imaginería católica, porque las divinidades tibetanas suelen representarse en parejas, desnudas y en pleno acto sexual. Son las “deidades de unión” o parajes tántricos, en las que cada Buda o deidad es presentado en unión de una Diosa en un arrebatador trance, enroscados el uno en el otro, abrazados, los labios entreabiertos de deseo y la mirada perdida en el momento justo del orgasmo. La representación es tan vívida que a menudo se representan los testículos del Dios y su pene en erección adentrándose en la vagina de su consorte.

“...Todas estas imágenes en los templos no quieren decir que uno tenga que practicar esa unión de sexo... Es más bien un símbolo... Las parejas tántricas simbolizan la unión, la unión del “gran gozo” y de la naturaleza de la vacuidad. Eso

es lo que simbolizan las uniones de Dioses o Budas. Nosotros debemos aprender a través de ellos que la naturaleza de todos nuestros gozos y placeres es la vacuidad, es nada...”

El sexo como vía para descubrir y experimentar el vacío... El deseo como un arma para combatir el deseo, por contradictorio que sonase. Quién así nos lo explicaba era Kanthul Rimpoché, gran yogui de la escuela Nyngmapa, exiliado en la India desde 1961 y considerado en la actualidad uno de los principales maestros tántricos. Su respuesta, al menos en esta cuestión, pecó de excesivamente discreta: parecía querer indicar que el sexo en el Tantra era una mera representación, un símbolo que no exigía de sus adeptos una experiencia sexual real. Pero por lo que pude averiguar de otros lamas, quizás fuera así para la inmensa mayoría de los monjes, pero no para todos. En el nivel de los altos iniciados, las prácticas sexuales con un/a consorte no sólo eran recomendables sino absolutamente necesarias. Fueran o no lamas, hubieran hecho o no voto de celibato. “Como meditadores debemos despertar y engendrar los sentimientos de deseo que experimentamos normalmente en relación con una persona sexualmente atractiva”... “En el Tantra Yoga Superior, recibir una iniciación sólo es posible sobre la base de una profunda experiencia de la unión sexual”... “Al llegar a los niveles más altos, se recomienda al practicante que se busque una consorte que le sirva de estímulo...” Todos estos son fragmentos extraídos del libro “El Mundo del Budismo Tibetano” escrito por el Dalai Lama que en esta como en otras cuestiones, suele ser siempre bastante más claro y explícito que el resto de sus colegas. Jeffrey Hopkins, en otro libro precisamente escrito en colaboración con él, llega todavía más lejos al detallar la importancia del sexo en el Tantra. Las cuatro clases de Tantras se diferencian por la forma distinta en que se usa en ellos el deseo como instrumento para alcanzar la Iluminación: en el Tantra de la Acción, el más sencillo de todos, el practicante ha de experimentar el deseo que existe en las miradas entre un hombre y una mujer; en el Tantra de la Ejecución, la sonrisa entre dos personas de distinto sexo que se atraen; en el Tantra del Yoga, el deseo implícito en el tocarse y abrazarse; y en la práctica más elevada, el Tantra Yoga Superior, se recurre a la unión sexual. Pero Jeffrey Hopkins también precisa a continuación el paradójico sentido en que utilizan estas cuatro formas de deseo los iniciados tántricos : “Cuando el deseo que surge de mirarse, sonreírse, tocarse y abrazarse y por último de la unión sexual se

usan conjuntamente con la percepción de la vacuidad... el deseo mismo se extingue”.

¿Qué es el Tantra? Una palabra llena de misterio, que evoca ritos iniciáticos, inverosímiles prácticas de yoga y también mucha magia. Buena parte de las mistificaciones que circulan en torno a él, especialmente en Occidente, son responsabilidad de sus adeptos. El Tantra es muy discreto, poco dado a presentarse a la luz pública y el secretismo del que siempre ha estado rodeado ha dado lugar a toda clase de fantasías y deformaciones.

“... Se habla mucho del Tantra, pero la gente no sabe lo qué es. El Tantra no puede practicarlo cualquier persona. Se necesita un tipo de conocimiento muy alto. Primero hay que conocer bien las escrituras budistas, después hay que practicar mucho. Se dice que el Tantra es muy efectivo pero que sólo pueden acceder a a él las personas muy inteligentes y de máxima sabiduría. Si no es así, intentar practicar Tantra puede traer más complicaciones que beneficio...”

La escuela Nyngmapa a la que pertenecía Kanthul Rimpoché es también conocida como la de “los antiguos”, porque fue la primera en fundarse en el Tíbet, según su seguidores, directamente por el primer difusor del budismo, Guru Rimpoché o Padmasambhava. Siendo la más cercana a los orígenes es la que más descuida el rigor y la disciplina monástica y también la más individualista y desestructurada jerárquicamente. Los lamas Nyngmapas pueden casarse, vivir o no en los monasterios, llevar el cabello largo o la cabeza afeitada, porque lo único que les importa son las prácticas tántricas. Creo haber explicado ya que así como la mayoría de los budistas del mundo siguen las escrituras ortodoxas de Buda, conocidas como Sutas, los tibetanos creen que Buda enseñó también a unos pocos discípulos una serie de técnicas poderosas, una especie de “atajo” hacia la Iluminación: los Tantras.

“Los Tantras fueron enseñados por Buda mismo. Desde Buda hasta ahora mucha gente ha ido practicándolo pero pocos han llegado a alcanzar el máximo adiestramiento en ellos: se habla de 80 grandes yoguis en toda la historia de Tíbet.. Aunque hoy día hay muchos sabios con conocimiento de

Tantra, reales practicantes tántricos hay muy pocos. Es algo secreto, no es para todos... Las enseñanzas de Buda son muy profundas... Yo mismo tengo ya 73 años y aunque he dedicado toda mi vida al estudio y la práctica del budismo, hay muchas cosas que aún ignoro... Por eso, una vida no es suficiente para conocer todo. Se necesita más tiempo, más vidas para conocer el budismo tibetano en profundidad...”

Carecía de datos para saberlo, pero de todos los grandes lamas que entrevisté en Dharamsala tuve la sensación de que Kanthul Rimpoché era uno de los que más cerca estaba de merecer figurar en esa escueta lista de grandes iniciados. Sentado en su pequeño templo, en la postura del “Buda Vairocana”, según él mismo nos explicara, transmitía una impresión de serena tranquilidad, de quietud apacible, mientras iba contándonos, con palabras sencillas y a la vez discretas, en que consistían las prácticas tántricas. Para empezar, la meditación.

“La meditación tiene diferentes niveles: hay una meditación analítica y una meditación estática. Por ejemplo, meditar es pensar. Las enseñanzas de Buda contienen incontables meditaciones, incontables doctrinas. Meditar una por una gradualmente, pensar en el significado de cada una de sus enseñanzas, investigando, razonando... es lo que se llama meditación analítica...

Después de haber progresado en esta meditación analítica, puede darse un paso más: fijando la atención en un santo lama, en un Buda o una deidad o incluso en cualquier cosa y sin necesidad de razonar mucho, ni analizar mucho, sólo fijando la mente en esa persona u objeto, conseguir meditar... Esto es lo que llamamos meditación estática... meditación tántrica...”

Junto a las parejas tántricas o “Deidades de Unión” otro elemento característico del arte sagrado tibetano es la representación de “Mandalas”. Un Mandala, en sánscrito “Palacio”, es una especie de laberinto lleno de símbolos y complejos dibujos geométricos que en el budismo tibetano representa la casa o mansión en la que habita un Buda o una divinidad. En Tíbet se ven por todas partes, de muy diferentes formas: algunos se pintan en las paredes de los templos, otras sobre las telas de los tangkas; y también se hacen muchas veces ex-profeso para

ciertas ceremonias de iniciación, utilizando polvo de colores, todo un difícil arte, que sólo saben realizar monjes especialmente adiestrados.

Hay muchos Mandalas diferentes, tantos como deidades en el Tantra. Pero por muy bellos que sean, los Mandalas no se realizan con finalidades artísticas ni decorativas. Entre las prácticas tántricas tibetanas, la meditación en los Mandalas constituye uno de los adiestramientos superiores dirigidos a alcanzar el estado de Buda. Los Mandalas son un poderoso instrumento, la herramienta imprescindible mediante la cuál los iniciados practican uno de sus ejercicios más secretos y fascinantes: la “Visualización de Deidades”. Sin haber sido iniciado en ellas, no es posible entender y todavía menos explicar en qué consisten tales prácticas. Como mera aproximación a la dificultad que implican, basta hacerse a la idea de que en todo Mandala está siempre representada en su centro la Deidad que lo habita, junto con su Consorte femenina con la que aparece unido en cópula sexual. Alrededor de ellos pueden estar representadas setecientas u ochocientas deidades menores, muchas veces con sus consortes y además miles de símbolos, colores y figuras geométricas, cada una con un significado ritual preciso. Pues bien, el meditador tántrico, mediante varias horas de práctica diaria, ha de ser capaz de memorizar todo el Mandala hasta el punto de ser capaz de representárselo mentalmente hasta sus más pequeños detalles, recorriéndolo de fuera hacia dentro por cada una de sus puertas, estancias y corredores. Una vez en el centro, el practicante ha de fundirse con la deidad, convirtiéndose él mismo en el Dios del Mandala: visualizándose a sí mismo como deidad en el momento de unirse sexualmente con su Diosa-consorte para experimentar así la dicha de la unión del vacío con el “Gran Gozo” tántrico. Después, tras haber experimentado su aspecto “divino”, ha de recorrer el camino inverso. El practicante tiene que deshacer detalle por detalle el Mandala que ha construido mentalmente, cada uno de sus centenares de dioses, sus millares de símbolos, estancias y corredores, hasta hacerlos desaparecer por completo. Aprende así, en su propia experiencia, la verdad última del budismo: la vacuidad. Nada existe, ni siquiera los Dioses. Personas, fenómenos y cosas son impermanentes. O en las propias últimas palabras que dijo Buda antes de morir y ascender al Nirvana: que “el vacío es forma y la forma es vacío”.

¿Cuánto se tarda en aprender una práctica así? Muchos años, de arduo y diario adiestramiento. El novicio que aspira a iniciarse en el Tantra recibe de su lama-maestro un “Yidam” o Deidad particular, con cuyo Mandala habrá de

practicar por su cuenta durante toda su vida. De día y de noche. Despierto y dormido. Al final, ya no necesitará ni siquiera el Mandala “físico” para practicar sobre él. Lo tendrá por completo en su mente. Se dice que un maestro tántrico es capaz de visualizar su Mandala con todos sus partículas y elementos y deshacerlo mentalmente otra vez en apenas tres horas. Sin que se note, sin que el no iniciado lo perciba. Como podía estar perfectamente haciendo mientras hablaba con nosotros Kanthul Rimpoché:

“La práctica con los Mandalas persigue a largo plazo cortar nuestro apego a nuestra apariencia ordinaria. Normalmente tenemos mucho apego a nuestra existencia material, mi casa, mis cosas, mi familia o mi dinero... Pensamos que nuestras cosas son verdaderas y olvidamos su verdadera falta de naturaleza... A través del Mandala intentamos superar nuestra apariencia ordinaria concentrándonos en nuestra naturaleza divina... Ese es el objetivo último del Tantra: transformar nuestra casa en Mandala y nuestro aspecto ordinario en nuestro aspecto superior de dioses...”

Junto a la meditación y la visualización de Mandalas, prácticas “ortodoxas” del Tantra, existen otras mucho más exóticas, difíciles de aceptar desde el racionalismo occidental. Alexandra David-Néel escribió sobre ellas en su libro “Magos y Místicos del Tíbet”, ganándose los calificativos de poco rigurosa y fantástica, sobre todo cuando declaraba haber sido ella misma adiestrada en tales prácticas, gracias a lo cuál pudo llevar a término su prodigiosa odisea de llegar caminando y en solitario a Lhasa en 1924. En varias ocasiones durante su viaje, sin leña ni pedernal con que encender fuego, Alexandra David-Néel decía haber sobrevivido gracias a la práctica del *Tumo* o el “Yoga del Fuego Interior”, provocando mediante ciertos ejercicios “la ignición de su calor interno”. Un método para calentarse sin fuego ni ropas de abrigo que en los gélidos inviernos del Tíbet, en las montañas siempre heladas, se dice que practican desde hace muchos siglos los ermitaños. Algo en lo que, según Alexandra David-Néel, todos los tibetanos creían, aunque sólo unos pocos iniciados fuesen capaces de experimentarlo, para empezar porque el período de adiestramiento era muy largo y se practicaba siempre en lugares apartados y al aire libre, bajo la dirección de un maestro. Durante ese tiempo, al iniciado no se le permitía vestir ropas de lana y sólo podía llevar una

ligera túnica de algodón. Milarepa, el famoso poeta ermitaño, era un consumado practicante de *Tumo*. De ahí le viene precisamente su nombre: Mila el “Respa”, el que viste con algodón. Una práctica tántrica en la que el iniciado tenía que aprender a visualizar cada día determinadas “sílabas simientes” hasta encender su fuego interno... y después avivarlo en su ombligo y hacerlo circular por todo el cuerpo hasta llegar a la cabeza. El examen final con que los candidatos a “Respa” lograban acreditar su maestría en el *Tumo*, debía dejar más de un muerto de neumonía por el camino: una noche de invierno en los Himalayas, al raso, desnudos y sentados en postura de meditación, a los aspirantes se les echaban por encima sábanas empapadas y heladas que debían lograr secar con su calor interno.

¿Fantasías? ¿Desvaríos de una viajera demasiado inclinada a creer en fenómenos sobrenaturales? Lo que yo puedo confirmar, lo que descubrí con sorpresa durante mi estancia en Dharamsala, es que los tibetanos de hoy siguen practicando y creyendo en la eficacia del *Tumo*, el “yoga del fuego interno”. Y no sólo los tibetanos... Según me contó Tenzin, nuestro acompañante, en la década de los ochenta los norteamericanos mostraron un vivo interés en conocer cómo funcionaba tal práctica. Le pidieron al Dalai Lama que les enviara a un experto y este seleccionó a un yogui, Lobsang Tenzin, que vivía desde hacía muchos años retirado como ermitaño en las montañas que rodeaban Dharamsala. El ermitaño jamás había viajado en avión ni sabía una palabra de inglés y llegó al aeropuerto de Nueva York con un cartel al cuello en el que estaba escrito su nombre. Los especialistas norteamericanos (¿De qué organismo? ¿De la CIA?, ¿del Pentágono? Tenzin no supo precisarme), siempre tan prácticos, metieron a Lobsang en una cámara frigorífica industrial y le mantuvieron encerrado dos días a temperatura de congelación. Cuando abrieron para comprobar el resultado del “experimento”, encontraron que estaba perfectamente porque gracias a su “fuego interior” había fundido el hielo a su alrededor y regulado su temperatura.

Me hubiera gustado entrevistarle, pero el ermitaño había fallecido unos años después de aquel viaje, en 1988. Según Tenzin, su cuerpo fue encontrado en su cueva del Himalaya cuando llevaba más de una semana muerto en postura de meditación, tal y como se había sentado para morir. Una señal de que había alcanzado la Iluminación, algo que Tenzin, un monje joven, culto y angloparlante, nacido y criado fuera del Tíbet, creía a pies juntillas, con la misma naturalidad con

que creía en su capacidad de fundir el hielo. Hoy como ayer, lo maravilloso sigue formando parte de la religión tibetana, no sólo entre el pueblo llano e ignorante, también entre los lamas más versados. Como la credulidad con que aceptan los fenómenos más extraordinarios. Cuando le entrevistamos, Trushik Rimpoché nos enseñó la foto de un practicante tántrico que en agosto de 1988, cuando llevaba siete días muerto, había desaparecido por completo, dejando sólo sus hábitos amarillos. Se había transformado en “arco iris”, según se dice que logran los más grandes iniciados. En nuestra visita al monasterio Kagyupa de Sherab Ling, pasamos frente a unas estancias cerradas donde unos novicios estaban adiestrándose en ejercicios tántricos. Del interior provenían unos ruidos sordos, como golpes que se sucedían rítmicamente. “ Están practicando *Lung*”, nos dijo como si tal cosa el lama que nos acompañaba.

De todos los adiestramientos tántricos que describe Alexandra David-Néel en “Magos y Místicos del Tíbet” el de los practicantes de *Lung* es uno de los más increíbles. En el Viejo Tíbet no estaba permitido usar la rueda porque razones religiosas lo impedían. Dada la extensión y lo escarpado del país, los viajes a pie resultaban muy largos y penosos y quizás por eso la imaginación y la fe tibetanas inventaron sus propios métodos mágicos de viajar. Es la tradición de los *Lung-Gompas* o “Viajeros en trance”, personas capaces de recorrer el Tíbet en estado hipnótico sin detenerse nunca, de día y de noche, sin alimentarse ni descansar, recorriendo enormes distancias. La propia viajera francesa describe el encuentro con uno de ellos: en un paisaje desolado, vio venir a un monje caminando a paso rápido, con los ojos muy abiertos y empuñando un puñal ritual. Pasó a su lado como si no la viera y su criado le advirtió que no se le ocurriera hablarle porque a los “viajeros en trance” no podía sacárseles de su meditación, so pena de provocar su muerte. Durante su viaje, los *Lung-Gompas* no hablaban ni pensaban en nada. Mantenían sus ojos fijos en un punto del horizonte, repitiendo todo el tiempo una fórmula mística a la que adaptaban su respiración y sus zancadas. Se decía que algunos tenían que atarse cadenas para lastrar su cuerpo porque su práctica les hacía tan ligeros que podrían flotar en el aire. Durante mi viaje por el Tíbet, camino de Shigatsé, me contaron que aún podían verse por allí las ruinas de un monasterio especializado en el pasado en adiestrar *Lung-Gompas*. Un arte difícil que requería, como todo en el Tantra, muchos años de práctica y que curiosamente no se

realizaba al aire libre ni mediante un programa de ejercicios físicos, sino en unas pequeñas celdas cerradas donde los practicantes permanecían sentados en postura de meditación durante años. El entrenamiento de los *Lung-Gompas* era sólo mental, como la energía que les hacía moverse. Difícil de creer tal y como lo contaba Alexandra David-Néel, pero mucho más increíble cuando tantos años después en Dharamsala, fui a encontrarme yo con unos novicios que tras la puerta cerrada de una habitación se estaban entrenando como *Lung-Gompas*. Me interesé por aquellos ruidos sordos y rítmicos que se escuchaban tras la puerta y el lama de Sherab Ling me explicó que eran producidos por los practicantes que sentados en postura de meditación aprendían a elevar sus cuerpos en el aire unos centímetros y a dejarlos luego caer al suelo, provocando aquel ruido. Por si faltaba algo, aquellos monjes tibetanos, en pleno año dos mil, estaban practicando levitación.

Más allá de lo que puedan cautivar nuestra imaginación las prácticas más extremas y fantásticas a las que se entregan los iniciados tántricos, profundizar en la espiritualidad de la religión tibetana queda fuera del alcance de este libro y probablemente de cualquier otro. El Tantra no se estudia y el que desee aprender sobre él ha de buscarse quien le enseñe, un practicante superior que a través de una serie escalonada de iniciaciones y transmisiones de “poder” esté dispuesto a compartir sus conocimientos. “De todos los que han alcanzado la Iluminación, ni uno sólo lo consiguió sin contar con un maestro...”, dice Buda en uno de los Tantras. El budismo tibetano es una religión de discípulos y maestros, en la que “el culto al Lama”, la “devoción por el Guru” o maestro espiritual de cada practicante constituye un requisito esencial. Un maestro como sin duda lo era Kanthul Rimpoché, el lama que estábamos entrevistando, expresión de un misterio aún más insondable y apasionante que el de los levitadores, yoguis del “fuego interior” o “viajeros en trance”.

“Sería un error imaginarse a los monjes tibetanos como unos místicos piadosos, sumergidos en sus meditaciones y practicando un riguroso ascetismo. La mayoría son toscos, ignorantes y pendencieros...”, escribió Heinrich Harrer sobre la vida monástica en el Viejo Tíbet. Quizás seguramente hoy seguía siendo igual, pero junto a ellos, en la actualidad como en el pasado, existía también una minoría de monjes que sí alcanzaban un elevado nivel intelectual, capaces de dar a la religión y

al pensamiento tibetano una dimensión muy superior a la que del aislamiento y la miseria generalizada del Tíbet pudiera esperarse. Aquel era uno de los grandes enigmas del País de las Nieves: cómo un pueblo tan atrasado en lo material podía alumbrar en su seno a individualidades espiritualmente tan desarrolladas. Aunque quizás se trataba de una condición necesaria y sólo con el esfuerzo de todo un pueblo volcado por completo a su religión, de toda aquella nación de monjes “toscos, ignorantes y pendencieros...” se obtenía como resultado, como el precioso elixir alquímico que describen los Tantras, un centenar de maestros verdaderamente versados, sabios y clarividentes. Capaces de medirse y manejarse, con el sólo instrumento de sus conocimientos budistas, con absoluta soltura en los centros más desarrollados de la civilización occidental, en Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña o Alemania... Poco más de cien lamas o incluso menos, puede que un par de docenas, que se habían lanzado a la conquista espiritual del mundo y de paso llevaban, en lo político, más de cuarenta años logrando mantener en primera plana la causa del Tíbet frente a una de las superpotencias mundiales, la nación más poblada del planeta. ¿Cuál era el secreto? Quizás el que no aportaran ninguna novedad, quizás el que, como hizo Khantul Rimpoché durante nuestra entrevista, sólo hablasen de los grandes y viejos temas inherentes a la condición humana:

“Todos los seres sufren cuatro cosas: nacimiento, vejez, enfermedad y la muerte. De estos cuatro sufrimientos nadie puede librarse. De estos cuatro, la muerte es el más grave. Hoy en Occidente no gusta nada hablar o pensar en la muerte, pero esta actitud no es muy sabia, aunque no nos guste la muerte tenemos que pensar en ella, preparar la muerte bien... Si lo hacemos, cuando llega la muerte, tarde o temprano, entonces no tendremos miedo; si no nos preparamos cuando llega la muerte es demasiado tarde... ¿Quién existe en este mundo que no tenga miedo de morir?”

Incluso Buda murió: su muerte, según sus seguidores, fue una enseñanza de que la muerte es una realidad inevitable de la vida. Pero para los budistas, que creen en la reencarnación, la muerte no es un final sino un tránsito hacia una nueva vida. No siendo una extinción, la forma en que uno muere tiene mucha importancia. Igual que nuestras acciones, el modo de morir pesa de forma decisiva en nuestro *Karma* y en nuestra reencarnación posterior. También es una oportunidad única, la

última que se nos presenta, de escapar de la “Rueda de la Existencia” o *Samsara*, alcanzando la Iluminación. Por eso, la preparación para el momento de la muerte es una preocupación constante entre los tibetanos, especialmente entre los de edad avanzada. En el Tíbet o en el exilio, aún sigue siendo corriente que cuando ya tienen los hijos crecidos y ven acercarse el fin de sus vidas, los tibetanos emprendan peregrinaciones y busquen un maestro para empezar a practicar *Phowa*, el “yoga del buen morir”. Mediante estas prácticas, aprenden a orientar su conciencia para que, llegado el momento, abandone su cuerpo con perfecta facilidad y por el sitio adecuado: por la coronilla. Pero sobre todo para que no se pierda durante el viaje que ha de emprender a continuación; lo que los tibetanos llaman el *Bardo* o “estado intermedio” ese trayecto que ha de recorrer nuestro espíritu desde el momento de la muerte hasta la próxima reencarnación. En palabras de Kanthul Rimpoché:

“Cuando llega la muerte comienza el Bardo, el “estado intermedio”.

Generalmente se distinguen tres niveles de Bardo:

- 1.- El primero es el “Bardo del momento de la muerte”. En el mismo momento de la muerte se producen visiones de color blanco, de color rojo y por último de color negro, la oscuridad, que es la absorción de todos los elementos y energías. Cuando se ve todo negro es cuando el cuerpo abandona el alma y se pierde la consciencia. La muerte ha tenido lugar.
- 2.- Entonces comienza el “Bardo de la Búsqueda de la Reencarnación”. Según haya sido su karma en esta y en las anteriores vidas, la mente busca reencarnarse...
- 3.- Una vez encontrada la siguiente existencia, viene el momento de la reencarnación: el ser busca el ombligo de su nueva madre y así comienza el “Bardo de la Concepción”...

El “*Libro Tibetano de los Muertos*” escrito por otro Buda Viviente de la escuela Nyngmapa, Sogyal Rimpoché, y uno de los mayores éxitos editoriales en Europa y Estados Unidos de los últimos años, está dedicado íntegramente a enseñar a los occidentales cuál es el sentido de la muerte para el budismo y cómo se aprende a “bien morir”. Un libro profundo y sugestivo que toma su nombre de uno de los textos sagrados tibetanos más conocidos desde hace casi un siglo en

Occidente: el *Bardo Todhöl*, incorrectamente traducido como “Libro Tibetano de los Muertos”, buscando establecer un paralelismo comercial con el, por entonces de moda, “Libro Egipcio de los Muertos”. Pero el *Bardo Thodöl*, un texto aparecido en el Tíbet del siglo XIII, aunque supuestamente “desenterrado” y proveniente de una época más antigua, no es un libro *de* los muertos sino un libro *para* los muertos. Su traducción correcta, plenamente indicativa de su condición de manual práctico, debería ser: “Palabras para guiar al difunto durante el tránsito por el ‘Estado Intermedio’”

La muerte es para los tibetanos el comienzo de un arduo y azaroso viaje. Según cuenta Sogyal Rimpoché, los grandes iniciados, preparados para la muerte mediante prácticas tántricas, saben pasar por los espejismos del *Bardo* sin perderse. Se dice de ellos que saben morir como “un recién nacido”. Los practicantes medianos mueren “como un mendigo en la calle, sin molestar a nadie”. Pero los tibetanos del común, el fervoroso pueblo llano, sólo aspira a contar en su lecho de muerte con un lama que les vaya guiando, recitándoles el *Bardo Todhöl*:

“¡ No te abandones, permanece alerta...
Conserva firmemente tu espíritu lúcido!
... te estás despertando de un sueño,
sabe que has abandonado tu cuerpo...”

No importa que esté muerto, porque los tibetanos creen que el difunto aún conserva la capacidad de escuchar. Las palabras del *Bardo* son una exhortación constante para que el alma del fallecido ni se confunda ni se pierda durante el viaje. También se le amonesta para que se decida a partir y se desprenda del apego a la vida pasada, del deseo de quedarse con sus familiares: “Escucha bien, estás muerto. No tienes nada que hacer aquí. No te necesitamos, sigue tu camino... Es inútil que sigas viniendo a rondar a tu casa...” Pero si el muerto sigue sin querer irse, aferrado a sus viejos apegos, entonces el lama pasa a leerle argumentos más contundentes, incluso inventándose catástrofes, ruinas y traiciones: “Tus acreedores han venido y se han quedado con tu silla de montar y tus caballos... Se han llevado a tus hijos para convertirlos en sus esclavos... Tu mujer no está, ha abandonado tu casa y te ha deshonrado... Si vieras todo esto te afligirías, pero tú no puedes evitarlo. Vete de una vez a donde tienes que ir...”

En otro de sus libros, “Inmortalidad y Reencarnación”, Alexandra David-Néel sostiene que el *Bardo Todhöl* no puede ser considerado un libro budista ni tampoco parece responder a las concepciones hindúes sobre la muerte. Su origen ha de buscarse, según la viajera francesa, en la primitiva religión tibetana, el *Bön*, con claras influencias de las creencias taoístas sobre la inmortalidad. Fuese cuál fuese su origen, con el transcurso de los siglos el *Bardo Todhöl* se fue convirtiendo en una de las referencias fundamentales de la religiosidad tibetana, un texto que todos los tibetanos ansían escuchar en el momento de la muerte, por más que ni el moribundo y ni siquiera el lama que recita sus versículos, sepan la mayoría de las veces el significado de lo que están diciendo. Según Alexandra David-Néel, la distancia entre muerte y funerales se prolongaba mucho en el Viejo Tíbet, ya que había de durar lo que durase el viaje del alma del difunto por el “estado intermedio” (Aunque también había otro motivo: dadas las enormes distancias, la prolongación del velorio perseguía también permitir que los parientes que vivían lejos llegasen a tiempo de participar en él). Oficialmente el *Bardo* tenía que durar cuarenta y nueve días, pero se trataba de una fecha simbólica como los siete días de la Creación para los cristianos. Lo normal es que el velorio durase una semana, durante la cual, el cuerpo del difunto se sujetaba sentado y atado con correas dentro de una marmita que se instalaba en el centro de la casa. La gran olla se llenaba de paja para absorber los líquidos de la putrefacción, pero a menudo, pese al clima tan seco del Tíbet, el olor se volvía insoportable, lo que no impedía que los parientes y amigos del difunto comiesen y cenasen con buen apetito en su presencia. Los tibetanos, al menos los del pasado, eran muy poco escrupulosos: tras los funerales, sin ni siquiera limpiarla, volvían a cocinar tranquilamente en la misma marmita . “Es en esta atmósfera de superstición que es leído el *Bardo* en la mayoría de los hogares tibetanos...” – concluía la viajera francesa- “y sin embargo el *Bardo Todhöl* es un poema simbólico y filosófico de muy difícil comprensión” . Otra vez los “dos niveles” de la religiosidad tibetana que tantas veces ha ido manifestándose a lo largo de este libro...

Terminado el *Bardo*, también es bien visible la diferencia de tratamiento: los cuerpos de los grandes lamas y Budas Vivientes son embalsamados, mediante un procedimiento de salazón y cocimiento en manteca y conservados en el interior

de valiosas *stupas* funerarias, donde serán objeto de la veneración de los fieles. El resto de los cadáveres son arrojados a los ríos o bien descuartizados, en las llamadas “exequias aéreas”, para servir de alimento a los buitres. Una ceremonia para nada agradable, no apta para espíritus sensibles, a la que los tibetanos no le atribuyen ninguna solemnidad, porque constituye un simple trámite. En el momento de descuartizarlos, la vida ya ha abandonado esos despojos, ya ha atravesado el *Bardo* para renacer según sus méritos en alguno de los seis mundos sensibles: el de los dioses, el de los semidioses, el de los humanos, en el Yi Dag (el mundo de los seres ávidos y torturados), en el mundo de los animales o en el de los infiernos. Descartada la escasísima posibilidad de haber acumulado mérito para renacer como Dios o Semidiós – y no digamos para escapar de la Rueda de las Reencarnaciones convirtiéndose en Buda- , si alcanza la inmensa suerte de encarnarse en una vida humana otra vez, el espíritu del difunto se encuentra al final de su viaje ante un escena bien singular: viendo a los que serán sus nuevos padres en el momento en que hacen el amor para concebirlo. Así llega a su fin el último de los *Bardos*, el “*Bardo* de la Concepción”. Un momento en el cuál, según una preciosa tradición tibetana recogida por Sogyal Rimpoché, si al contemplar tan íntima escena nuestro espíritu siente celos del padre y deseo hacia la madre, naceremos en forma de niño; si celos de la madre y deseo hacia el padre, como una niña.

VII.-

EL ORÁCULO DEL ESTADO

“Nací en Tíbet, cerca de Gartok, en un pequeño pueblo. Durante 10 años fui monje allá y luego fui al monasterio de Drepung a estudiar durante ocho o nueve años. Tendría unos veinte años cuando la revuelta en Tíbet de marzo del 59. Yo tenía que ir ese día a Lhasa para una gestión y allí me encontré una gran manifestación contra los chinos; como era joven me sumé a esa manifestación y al día siguiente escuché que pedían voluntarios para proteger al Dalai Lama y me apunté. Aquel día, los chinos empezaron a buscar quienes estaban en esa manifestación, alguien me delató y al día siguiente fueron a buscarme y me condenaron a siete años de prisión...

Durante esos siete años, yo pensaba siempre en escapar. Hicimos un agujero en la pared y logramos escaparnos, pero volvieron a detenerme otra vez y me condenaron a 8 años más de cárcel. Así pasaron 15 años sin saber si iba a vivir o a morir. Al salir, publiqué un pequeño librito diciendo que el Tíbet no era parte de China y volvieron a detenerme y me condenaron a otros 9 años. Pero yo seguía sin hacer caso a lo que querían que dijera los chinos y cuando cumplí esta nueva condena, tras solo un año de libertad, volvieron a acusarme de que todavía era un seguidor del Dalai Lama y me condenaron a 9 años más...

El 25 de agosto del 92 cumplí los 33 años de prisión y me dejaron libre tras cumplir todas mis condenas. Mis amigos y mi familia me aconsejaban escapar y al final unos comerciantes nepalíes a cambio de dinero me

llevaron escondido al Nepal. En septiembre del 92, llegué a Dharamsala desde el Tíbet...”

Quién así hablaba era Palden Gyatso, el monje tibetano que ostentaba el penoso récord de haber pasado más años en las cárceles del Tíbet como prisionero de conciencia. Autor de varios libros sobre su experiencia carcelaria, la precisión con que fue capaz de resumirnos su vida aquel anciano pequeño y encorvado demostraba cuán acostumbrado estaba a las entrevistas ante las cámaras de televisión internacionales, algo que no le quitaba validez a su testimonio. Y también venía a recordarnos a mi y a los lectores de este libro que Dharamsala no era sólo un foco de irradiación espiritual del budismo tibetano, sino el centro desde donde los refugiados intentaban mantener viva la atención mundial sobre su condición de pueblo sin patria y sobre las violaciones de los Derechos Humanos cometidas del otro lado del Himalaya. Por más que, como el mismo Palden Gyatso reconocía, experto como era en cárceles de todos los períodos, había habido épocas peores:

“ Durante la Revolución Cultural era imposible llevar hábito de monje e incluso el color rojo y amarillo estaban prohibidos. Muchos de mis compañeros fueron torturados con descargas eléctricas. En 1960 había casi 6000 prisioneros en Tíbet justo antes de la Revolución Cultural y a muchos de ellos los mandaron a otras prisiones en el interior de China. Podría hablar días y días de las torturas que padecimos... Vi morir a monjes durante las sesiones de autocrítica revolucionaria (los famosos *Tamdzing*) por negarse a decir que el Tíbet era parte de China... En comparación con la Revolución Cultural, las cosas están ahora un poco mejor. Durante la Revolución Cultural no se podía rezar o tener un objeto de culto, con esto sólo ya eras detenido. Hoy día ya hay otra vez monasterios y monjes y se pueden hacer prácticas religiosas... No muy libremente como antes, pero mucho mejor que durante la Revolución Cultural, cuando nos obligaban a memorizar las consignas de Mao Zedong... Pero es absurdo que los chinos quieran vender al mundo que hoy hay libertad religiosa en el Tíbet, cuando no la hay en la propia China...”

Según el “Centro Tibetano para los Derechos Humanos y la Democracia” con sede en Dharamsala, las torturas en las cárceles continúan y también los prisioneros políticos. De acuerdo con las cifras facilitadas por el exilio, existen hoy 625 prisioneros políticos en el Tíbet, de los cuáles 156 son mujeres y 62 están condenados a penas superiores a diez años. De ellos, el 79% son monjes y monjas. Un dato que venía a confirmar hasta qué punto la oposición política en el Tíbet estaba integrada por religiosos. En los motines de finales de los ochenta fueron monjes de Sera y Drepung quienes encabezaron las manifestaciones. Hoy día, los principales focos de protesta parecen seguir localizándose en los monasterios y es allí donde se hace sentir la represión. Según el mismo Centro de Derechos Humanos, en 1999, 1.432 monjes y monjas fueron expulsados de sus monasterios por resistirse a la campaña de “reeducación patriótica”. Desde el comienzo de dicha campaña, en 1996, había habido 11.409 expulsiones y 541 arrestos de monjes y monjas. Cuando entrevistamos a Thasi Wangdi, el ministro responsable del Departamento de Asuntos Religiosos y Relaciones Culturales (por este orden) de la Administración en el exilio, su valoración de la situación religiosa en el Tíbet actual fue muy pesimista:

“Cada año llegan a Dharamsala entre tres mil y cuatro mil monjes escapando de allá, porque allí carecen de un sistema de educación libre, hay muchos controles. Y además es imposible profundizar en ningún conocimiento sobre el budismo y en general sobre el arte y la cultura del Tíbet. Por eso, todas las prácticas religiosas que se hacen hoy en Tíbet son superficiales, no se puede profundizar en ellas...”

No siempre fue así, no siempre la causa del nacionalismo tibetano fue monopolizada por los monasterios. Ni tampoco fue siempre “no-violenta” conforme a los principios que le han granjeado reconocimiento universal al Dalai Lama. En su libro, “Los Khambas, Guerrilleros del Tíbet” Michel Peissel registra la epopeya del único movimiento civil tibetano que, a mediados de los cincuenta, se alzó en armas contra los chinos. Integrado fundamentalmente por Khambas, los belicosos habitantes del Kham, en cuya región empezaron a aplicarse primero las reformas comunistas, el EVDN (Ejército Voluntario de Defensa Nacional), cuyos miembros se autodenominaban a sí mismos “Soldados de la Fortaleza de la Fé”, mantuvo en

jaque durante muchos años al Ejército de Liberación Popular chino, utilizando técnicas de guerrilla y aprovechándose de su adaptación al difícil terreno del Techo del Mundo. En 1959, varios meses antes de las revueltas en Lhasa, los guerrilleros habían logrado tomar Tsetang, una de las principales ciudades del Tíbet central (y la que durante mi visita me pareció hoy la más sinizada) manteniéndola en su poder durante seis meses. Para entonces, según Peissel, disponían de ocho mil hombres en armas y ya habían empezado a recibir ayuda de la CIA que incluso entrenó a cerca de quinientos khambas como paracaidistas en centros de Formosa y del propio Estados Unidos. Desde el exilio, trasladando sus campamentos al remoto reino de Mustang, en la frontera con Nepal, los guerrilleros del EDVN continuaron con sus acciones. Una lucha armada que se interrumpiría para siempre en 1972 cuando en vísperas de la histórica visita de Nixon a Pekín, la CIA presionó al Nepal para que desmantelase los campamentos de la guerrilla.

Según él mismo nos informó durante su entrevista, Kalon Sonam Topgyal, presidente del *Kashag* o Gobierno tibetano en el exilio, había sido monje antes que político. Tras dejar los hábitos, fue uno de los fundadores del Congreso de la Juventud Tibetana, la más activa de las instituciones laicas entre los refugiados. Hoy, como máximo representante no eclesiástico del exilio, su opinión sobre la situación en el Tíbet era aún más negativa que la de su ministro de Asuntos Religiosos:

“En el Tíbet no hay Derechos Humanos. Incluso cada vez están peor. Tíbet no tiene libertad, ni independencia; ni siquiera tiene libertad religiosa ni para practicar su cultura; incluso en la mayoría de las escuelas está prohibido enseñar la lengua propia del Tíbet. Es decir que los Derechos Humanos tanto en China como en Tíbet son puramente nominales...”

Teniendo en cuenta que el sistema político y social en el Viejo Tíbet tampoco era un modelo de respeto por los Derechos Humanos, me interesé por cuál era el proyecto de su Gobierno en caso de un regreso al Tíbet:

“Nosotros somos refugiados tibetanos exiliados en India, pero nuestro deseo es volver lo antes posible al Tíbet. El Dalai Lama ha promulgado una Constitución

democrática que ya aplicamos y que pondremos en vigor cuando volvamos al Tíbet. Nuestro regreso no sólo es un sueño; cuando volvamos al Tíbet aplicaremos un sistema de democracia total, algo que repite siempre el Dalai Lama. Serán los tibetanos de dentro del Tíbet los que tomen decisiones por mayoría...”

La curiosidad me llevó a hojear aquella Constitución, promulgada efectivamente en 1963, en plena época de la Guerra Fría, cuando la democracia era un arma arrojadiza que el llamado “mundo libre” exhibía frente a sus enemigos comunistas. Según me explicó Tenzin había sido reformada en profundidad en los años noventa, pero el texto que yo conseguí era el de la primera época. De su lectura saqué la impresión de que, pese a sus buenas intenciones, lo tibetanos, al menos en aquellos años, no entendían demasiado lo que significaba la “democracia a la occidental” ni mucho menos la monarquía parlamentaria. Aparte de establecer en su título preliminar que la Constitución entraría en vigor cuando lo decidiera el Dalai Lama, en su capítulo V, al hablar del Poder Ejecutivo decía así: “El Poder Ejecutivo del Estado se investirá en Su Santidad el Dalai Lama en cuanto llegue a la edad de 18 años, quien lo ejercerá *directamente* o a través de sus oficiales subordinados...” Aún más revelador era el apartado 3º del artículo 29: “Nada en este artículo podrá alterar o afectar de ninguna manera al poder ni a la autoridad de Su Santidad el Dalai Lama como Jefe Supremo del Estado y Líder Espiritual”. La verdad es que tampoco podía esperarme otra cosa; por muchas vueltas que se le diera, una “Teocracia democrática” era un experimento demasiado *sui géneris*. Aparte de que en los epígrafes de aquella Constitución no se decía una palabra sobre ciertos órganos de Gobierno del Viejo Tíbet que aún seguían plenamente vigentes, completamente extraños a la ciencia política.

Los oráculos son una institución escasamente budista, pero muy arraigada entre los tibetanos, seguramente desde los tiempos de la vieja religión prebúdica. En el Viejo Tíbet había bastantes oráculos, hombres o mujeres capaces de realizar predicciones en trance; pero el más importante de todos, el Oráculo de Netchung, se dice que fue instituido en el monasterio de Samye por el propio Guru Rimpoché, como protector el Tíbet, hace ni más ni menos que mil doscientos años. En el siglo XVII, el V Dalai Lama se llevó a Lhasa al Oráculo de Netchung, construyéndole un templo y transformándolo en el Oráculo oficial del Estado, una de las principales

jerarquías en el viejo Estado lamaísta. Desde entonces, todas las principales decisiones del Gobierno eran consultadas con él, entre ellas las que tenían que ver con la reencarnación de cada Dalai Lama. Lobsang Chimé era el Oráculo del Estado que participó en la búsqueda del decimocuarto, quien fijó la fecha de su entronización y quien, cuando tenía quince años, gritó en trance aquel “¡Hacedle Rey!” que adelantó tres años su asunción del poder. En aquellos tiempos difíciles, las consultas al Oráculo eran constantes, especialmente para preguntarle si el joven Dalai Lama debía o no exiliarse a la India. Cuando el Oráculo dijo que había que irse, el Dalai Lama se lo llevó con él.

“Yo soy el decimocuarto Oráculo de Netchung. El anterior oráculo, Lobsang Chimé murió en el 84. A partir de entonces más que buscar, todo el mundo estaba esperando a que se manifestase un nuevo oráculo. Pasaron tres años... Fue en el 87, mientras se celebraban ritos en Dharamsala para que se manifestase el nuevo oráculo, cuando el espíritu de Netchung me escogió a mi, un simple monje que participaba en la ceremonia... A partir de entonces, me sometieron a diferentes pruebas y señales. Al final, oficialmente, el 4 de septiembre de 1989 fui declarado nuevo Oráculo de Netchung...”

Thupten Ngodub era un hombre joven, demasiado joven para haber conocido el Viejo Tíbet en el que su antecesor jugaba un papel primordial; también me pareció muy extrovertido, alguien que llevaba su exótico y misterioso oficio con total naturalidad. Nos recibió en su celda, sentado en una silla y no sobre el habitual sitio de dignatario religioso porque, como él mismo me explicó, él no era un Buda Viviente ni se le consideraba reencarnación del anterior oráculo. Sólo era un monje normal en quien, tras numerosas pruebas, se habían detectado las condiciones necesarias para convertirse en médium de la deidad protectora del Tíbet, el dios Netchung.

Como es de imaginar, su plaza en Lhasa estaba ahora vacante. No había sitio para un Oráculo del Estado en el nuevo Tíbet chino, aconfesional y comunista. Pero en Dharamsala, sí. En Dharamsala, nada más llegar, la Administración tibetana en el exilio se había apresurado a construirle un nuevo templo al Oráculo. Hoy como ayer, sus servicios seguían siendo muy requeridos, tanto en consultas

religiosas como políticas. Precisamente al día siguiente iba a tener que entrar en trance para averiguar sobre el futuro de alguien que nosotros ya conocíamos: el joven *Tulku* Ling Rimpoché, la reencarnación del maestro del Dalai Lama. Ahora que habían concluido las ceremonias, antes de que regresase a su monasterio en el sur de la India, sus preceptores querían saber cómo debían orientar su educación. Ni siquiera tuvimos que pedirselo. Con la mayor naturalidad, Thupten Ngodub nos invitó no sólo a asistir, incluso a filmar aquel trance, algo que se había permitido muy rara vez a televisiones extranjeras. Con dos semanas de estancia en Dharamsala, siempre con las cámaras auestas, nos habíamos convertido en un elemento tan familiar que todo el mundo nos daba facilidades para que realizásemos nuestro trabajo.

Casi al amanecer, nos acercamos a su templo. Anunciando el acontecimiento, sobre una azotea, contra las cimas blancas del Dhauladhar, en una bellísima imagen, dos jóvenes monjes hicieron sonar las largas trompas de cuatro metros como si quisiesen despertar a las mismas montañas. Thupten Ngodub, escoltado por sus acólitos, cruzó entonces caminando desde su celda hasta el santuario, todavía siendo un monje normal, sin sufrir ninguna metamorfosis. Nos saludó sonriente, como quien acude temprano al trabajo. Según me había contado la víspera, para provocar el trance no necesitaba ingerir ningún tipo de droga o sustancia alucinatoria.

“El trance no tiene ninguna preparación especial. Aunque sí que, como en general todos los budistas, intento alimentarme mejor: con menos carne, menos pescado, menos cerdo y huevos, alimentos todos ellos que tienen muchas contaminaciones... Tampoco debo comer cebolla cruda y ajos que son de digestión pesada y fuertes de olor. Pero esto no lo hago como una preparación específica del trance, sino que como lo haría cualquier budista...”

Pensábamos que no se trataba de una convocatoria pública, pero cuando entramos al templo estaba ya lleno de tibetanos de los alrededores. Mientras el oficiante se preparaba, el joven Ling Rimpoché llegó acompañado de una escolta de monjes. Se sentó junto al altar en un sitio especialmente preparado, pese a ser

un Buda reencarnado, con el miedo bien visible en sus facciones. Lo sobrenatural impone y más cuando se tienen catorce años y es el propio destino de uno el que está en juego. Frente al altar, un grupo de monjes tocaba los instrumentos rituales, trompetas, tambores y címbalos, entonando una salmodia monótona que fue creciendo en intensidad cuando apareció el oráculo y allí mismo, de cara al público, comenzó a ser vestido por sus acólitos con las ropas ceremoniales. Pesados trajes de brocado que iban sujetándole al cuerpo con cintas cada vez más apretadas, hasta cortarle la respiración. Su antecesor había logrado traerse del Tíbet sus antiguas vestimentas rituales: una curiosa armadura medieval, pero sobre todo un enorme sombrero corona cuyo peso, a simple vista, parecía superar los treinta kilos. Se lo sujetaron con mil cintas, apretándolas tanto como para disminuir el riesgo sanguíneo en la cabeza, algo que sin duda, debía de favorecer el trance. Pero aunque congestionado, todavía el rostro del monje, revestido de todos sus atributos, parecía normal. También el día anterior nos había advertido, desde la tranquilidad de la experiencia, sobre la transformación que iba a sufrir:

“Antes de entrar en trance, mientras me visto y escucho la música ritual, soy plenamente consciente. Luego mientras rezo y me concentro noto que pierdo suavemente la consciencia y después me siento como dormido. La sensación es parecida a cuando vamos viajando en avión y se experimenta una caída súbita, se siente miedo, pero es una sensación muy corta. Después de esto, mi ser está ya anulado y quien habla es otro ser, el Oráculo y mi conciencia está totalmente aparte...”

Sentado en su trono, con los ojos cerrados, mecido por la música ritual y el canto de sus sacerdotes, el Oráculo esperaba el comienzo del trance. Los primeros síntomas fueron nerviosos movimientos de cabeza, la boca abierta y el babeo... Luego comenzó a arrojar adelante y atrás la cabeza embutida en la enorme corona que sus acólitos tenían que sujetar para que no se rompiera el cuello. Cuando se puso en pie, sus ojos se habían puesto en blanco y su rostro se había deformado como si estuviera preso de un ataque epiléptico. Algo por lo que yo también me había interesado la víspera y que había negado rotundamente: “Nada tiene que ver mi trance con los llamados trances epilépticos. Durante el trance trabaja más el

corazón y los nervios y lo único que se siente es un aumento de las pulsaciones, pero ningún otro síntoma...”

La música subió de tono y también la agitación del público que aborrotaba el templo. Aquella persona que se contorsionaba frente a nosotros ya no era el monje Thupten Ngodub sino el dios Netchung. Aún pareciendo fuera de sí, lo primero que hizo la furiosa deidad fue inclinarse respetuosamente ante el retrato del Dalai Lama... y luego ante el *Tulku* adolescente a quien iba destinada la consulta. Después, sentado en su trono, con la expresión ida, bufando y revolviéndose, recibió el homenaje de los tibetanos que se apelotonaban junto al altar. Sus patadas violentas contra el suelo, sus babeos y contorsiones no parecían impresionar demasiado a un público que nacía ya acostumbrado a convivir con lo sobrenatural. Algo que al fin y al cabo también formaba parte de las tradiciones culturales de Occidente, como el famoso oráculo de Apolo en Delfos, cuya destrucción, al decir de muchos estudiosos, supuso el fin del mundo antiguo. Un tesoro de épocas pasadas, que como tantos otros, los tibetanos seguían conservando, no como una excentricidad cultural, sino, por lo que estaba viendo, como una institución bien viva.

Cuando terminó de bendecir a los fieles, el dios Netchung volvió a dirigirse hacia Ling Rimpoché. Había llegado el momento de la profecía. La voz del Oráculo sonó entre hipidos y respiraciones entrecortadas: aguda como la de un niño, extraña, pero sobre todo incomprensible. Aquellos gritos como de rata no parecían corresponder a ningún idioma humano, pero los sacerdotes del Oráculo tomaron nota de ellos, para más tarde descifrarlos. Seguramente, como es tradición en los oráculos, podrían interpretarse de mil modos, porque la ambigüedad, en todas las culturas, es consustancial a las profecías.

El final fue muy rápido. Thupten Ngodub cayó hacia atrás y sus sacerdotes le sujetaron mientras le desataban rápidamente el sombrero. Había cerrado los ojos y parecía haber perdido el sentido. Después, en volandas, tumbado boca arriba, sus asistentes le sacaron del templo. Ya le había abandonado el Dios, ya iba camino de volver a ser otra vez un simple monje. Viéndole desmayado, temí que toda aquella locura pudiera haber afectado a su salud, pero en nuestra entrevista de la víspera, el oráculo de Netchung nos había anticipado también como iba a terminar aquel proceso:

“El trance puede durar veinte o treinta minutos, incluso una hora. Después, poco a poco, voy recobrando mi conocimiento... Lo único es que después del trance yo me noto cansado, siento dolores nerviosos y algo de dolor en el pecho debido a la tensión. Pero a los quince minutos estas sensaciones desaparecen...”

Salí fuera, mientras mis compañeros terminaban de recoger sus equipos. Apenas había pasado una hora, pero tenía la sensación de haber realizado un larguísimo viaje a los albores de la Historia de la humanidad. Había terminado con aquel trance mi recorrido por la forma de gobernarse de los tibetanos exiliados y la única conclusión que podía sacar es que seguía siendo tan diferente y peculiar como en el pasado. Me costaba imaginar cómo podía funcionar un Estado del siglo XXI recurriendo a médiums y clarividentes, pero también me fascinaba que los habitantes del Techo del Mundo se mantuviesen tan sorprendentemente fieles a sus anacrónicas instituciones, incluso cuando sus dirigentes anunciaban promover una “democratización total”. ¿Podían llegar a ser democráticos los oráculos? La consulta a la que yo había asistido tenía un significado religioso pero, como el propio Oráculo del Estado me recordó, su papel también consistía en resolver otro tipo de cuestiones:

“Al oráculo también se le hacen preguntas políticas, cuando el Gobierno quiere una respuesta a alguna cuestión importante... Sé que esto suena un poco raro a los occidentales porque no están acostumbrados, pero el Tíbet es diferente. En nuestro Gobierno, religión y política están unidos... Nuestro Dalai Lama es a la vez líder político y religioso; ante cualquier cuestión, él mismo pensará cuál es la mejor solución. Sólo si por si mismo no la encuentra, entonces puede consultar al Gobierno tibetano y al Parlamento. Pero si todos juntos tampoco encuentran la solución, entonces procede ir más allá, consultando al Oráculo del Estado...”

VIII.-

KUNDUN

“Tantos extranjeros quieren ver al Dalai Lama, que quedan pocos huecos para los tibetanos. Ellos me preguntan si se necesita un pasaporte extranjero para obtener una audiencia con Su Santidad”. Estas fueron las palabras con que su secretario privado, Tenzin Thetong, respondía a la solicitud de entrevista de Andrew Powell en 1989; y eso que el británico, un incondicional de la causa, había recorrido todos y cada uno de los campamentos de los refugiados porque estaba escribiendo un libro sobre los exiliados tibetanos en la India. Desde entonces hasta el momento de nuestro viaje, once años después, las dificultades no habían hecho sino crecer. Especialmente en unas fechas como aquellas, en pleno aniversario de su entronización, con tantos grandes lamas de visita y con el Karmapa fugitivo recién llegado a Dharamsala. Nos lo repitieron mil veces: la agenda de Su Santidad estaba repleta. Pero nuestro productor no era un hombre fácil de desanimar. Organizó cenas y reuniones, persiguió a los funcionarios de la Administración para los exiliados, se comprometió a escribir las preguntas y entregarlas por adelantado y al final, cuando ya había llegado el momento de irnos, consiguió la entrevista.

Los controles de acceso fueron muy estrictos. Yo ya me había fijado en que la verja de entrada a Thekchen Choeling, el palacio-residencia del Dalai Lama, situada en la explanada frente al templo, permanecía siempre cerrada y bajo vigilancia de soldados indios armados. Allí nos cachearon minuciosamente y examinaron todo el material de grabación antes de permitirnos acceder al pabellón de audiencias. Una pequeña sala decorada con tangkas e imágenes de Budas, con el

preceptivo trono del Dharma presidiéndola pero también con sofás a la occidental, en un ambiente sencillo y despejado que en nada se parecía a las abigarradas y tenebrosas estancias de sus palacios en el Tíbet. Mientras mis compañeros montaban el set de rodaje, con toda la imprescindible parafernalia de cámaras, trípodes y micrófonos, yo me entretuve echando una rápida ojeada a los alrededores, de los que poco se podía ver. Creo haber dicho ya que el palacio del Dalai Lama en el exilio está emplazado sobre una colina boscosa, en el lugar más alto de Dharamsala. Toda la colina está vallada y los distintos pabellones que componen el palacio se hallan tan escondidos entre los árboles que es imposible distinguir sus verdaderas dimensiones ni siquiera desde el interior. Alrededor de la sala de audiencias, cedros, pinos, bambúes y toda clase de flores formaban un alegre jardín, discretamente vigilado por policías de paisano con unas bien poco discretas pistolas en bandolera. Y monjes, claro, monjes que iban y venían supervisándolo todo, dando instrucciones sobre cómo debíamos comportarnos durante la entrevista y acuciando a nuestros técnicos con sus preparativos ya que inmediatamente después de la nuestra, Su Santidad tenía una cita con unos corresponsales de Newsweek.

No se hizo esperar. Esta vez entró solo, sin los habituales cuatro jóvenes monjes heraldos trompeteros que habíamos visto precederle siempre, anunciando solemnemente su llegada a las ceremonias. Alguien abrió una pequeña puerta lateral y el Dalai Lama nos saludó con una sonrisa, juntó las manos sobre su pecho para nosotros y despreciando el trono fue a sentarse en uno de los sofás. Con su aspecto de siempre, su hábito de simple monje budista y unas botas baratas y cómodas que calzaban sus pies. Sonriente, amable y tan acostumbrado a las cámaras de televisión, como a conversar con occidentales. Cuando no estaba de viaje entrevistándose con los principales líderes del mundo, también en Dharamsala el Dalai Lama no paraba de recibir gente: concedía diez o doce audiencias públicas al año, en las que centenares de europeos y norteamericanos se amontonaban para verle, escuchar sus palabras y recibir su bendición. Los más afortunados –entre los que se contaban celebridades internacionales de la política, la ciencia o la cultura– esperaban pacientemente durante meses, incluso años, para conseguir una audiencia privada.

La entrevista duró casi dos horas y dejando de lado los temas de espiritualidad o budismo, giró principalmente, conforme al objetivo del documental, sobre cuestiones políticas. De todo lo hablado, pienso que lo que más puede sorprender a un lector no especialista es el descubrimiento de que, en contra de las apariencias, chinos y tibetanos llevan ya muchos años de conversaciones más o menos oficiosas. Unas conversaciones que comenzaron a la muerte de Mao, cuando en 1979, Gyalo Thondup, el hermano mayor del Dalai Lama fue recibido en Pekín por Deng Xiaoping, quien le planteó que China estaba dispuesta a considerar todas las soluciones que no llegaran a una completa independencia del Tíbet. Entre ese año y 1985, cuatro delegaciones de exiliados al más alto nivel visitaron el Tíbet, constatando el nivel de destrucción causado durante el maoísmo, pero también los nuevos vientos de libertad religiosa y el comienzo de la reconstrucción de los monasterios. Ya en 1981, el entonces Secretario General del PCCh, el reformista Hu Yaobang, presentó una propuesta para permitir el regreso del Dalai Lama garantizándole un “status político similar al que disfrutaba antes de 1959”. La respuesta del monarca exiliado llegó en 1987 en un escenario que no podía sino ser considerado una provocación por la otra parte negociadora: nada menos que ante el Congreso de los Estados Unidos frente a cuyos representantes hizo público el Dalai Lama su propuesta de abrir negociaciones directas con Pekín para solucionar la cuestión tibetana. Una propuesta que explicitó al año siguiente en otro escenario “incómodo” para los chinos: el Parlamento Europeo de Estrasburgo. Pese a ello, el contenido de una oferta que implicaba renunciar a la independencia total del Tíbet, conformándose con una “genuina autonomía” que dejaba la defensa y la política exterior en manos chinas, fue bien recibida y Pekín se mostró dispuesto a abrir negociaciones sobre tales bases, dejando incluso al Dalai Lama fijar la fecha y el lugar de las mismas.

Fue el momento de mayor acercamiento. Después aunque los canales de comunicación continuaron abiertos, las cosas empezaron a complicarse... primero, para los chinos. En Lhasa comenzaron los motines independentistas y en Pekín, las ansias democratizadoras desembocaron en Tiananmen. Los reformistas perdieron la partida cuando Deng Xiaoping apostó por la mano dura y sacó al ejército a la calle. Mientras la masacre de los indefensos estudiantes pekineses ocupaba las primeras planas de los medios de comunicación de todo el mundo provocando una unánime condena internacional, el Dalai Lama vivía su momento de más alta

popularidad: obtuvo el Premio Nobel de la Paz y además el apoyo y la solidaridad de buen número de personalidades y dirigentes occidentales. La posibilidad de que el Tíbet pudiera conseguir la independencia incluso pudo parecer más cerca que nunca cuando la descomposición de la Unión Soviética permitió el nacimiento de un buen número de pequeños Estados soberanos, algunos de los cuáles ni siquiera habían soñado con llegar a serlo algún día. Pero el Partido Comunista chino aguantó el tirón a base de endurecer sus posiciones, cerrar el paso al liberalismo político y apostar fuerte por el económico. Durante unos años, todavía siguió habiendo conversaciones secretas y Gyalo Thondup, el hermano negociador de Su Santidad, fue de nuevo enviado a Pekín en Junio de 1992. Un año después, una nueva delegación de Dharamsala visitó la capital china. Fue la última, al menos oficial. Por lo que se sabe, aquel mismo año, el Comité Central del PCCh celebró una reunión a puerta cerrada dedicada monográficamente al Tíbet. La línea dura se impuso o si se prefiere la de dejar de insistir en el regreso del Dalai Lama y apostar por el desarrollismo económico. Todas las negociaciones con los exiliados quedaron suspendidas. En Dharamsala nadie supo o quiso darme una razón de ese cambio de conducta, pero un pequeño paseo por la habitación anexa a aquella donde celebramos la entrevista, me permitió sacar mis propias conclusiones. Allí se exhibían los diplomas, condecoraciones y homenajes recibidos por el Dalai Lama, provenientes del mundo entero. Alrededor de cincuenta y siete, según enumeraba orgullosamente un folleto del Gobierno en el exilio, incluyendo doctorados Honoris Causa, premios y toda clase de reconocimientos, como la medalla Roosevelt del Congreso de los Estados Unidos y las más altas condecoraciones de los Gobiernos francés e italiano. Y por supuesto, el Premio Nobel de la Paz. Había también diplomas en alemán, japonés, ruso... (por cierto, por más que busqué, el único reconocimiento español a la vista era una humilde placa del Cuerpo Nacional de Policía de Barcelona en recuerdo de su visita a la ciudad en 1994)

En los últimos veinte años el Dalai Lama se ha convertido en una celebridad mundial, invitado en cincuenta países, entre ellos la mayoría de los europeos, por presidentes, primeros ministros e incluso por monarcas de las más importantes naciones. Nada tiene que ver ya con aquel inexperto Dios-Rey a quien Mao fascinara con diecinueve años y que cinco años después huyó del Tíbet. Devolverle su *status* anterior a esa fecha no representa hoy nada para él, porque incluso como exiliado tiene una consideración internacional muy superior a la que pudiera tener

entonces. Si al principio en Pekín se pensó que consiguiendo su retorno podría tenerse más controlado, hoy las cosas parecen verse del lado opuesto. ¿De qué sirve que el Dalai Lama hable de ceder las competencias de política exterior si le basta con descolgar el teléfono para comunicar directamente con el presidente de Estados Unidos o con el Papa de Roma? Debido a su enorme popularidad internacional, acepte o no su soberanía, el XIV Dalai Lama es hoy una personalidad bien incómoda para los chinos, mucho más dentro que fuera. Sobre todo, cuando los dirigentes de Pekín ya están empezando a acostumbrarse a que los apoyos y adhesiones internacionales, por molestos que resulten, no se traducen jamás en sanciones políticas o económicas ni en apoyo efectivo a los tibetanos.

Entre tanto, en el exterior, la popularidad del Dalai Lama no ha parado de crecer. No sólo entre las estrellas y directores de Hollywood; en Junio de 1997, un gran concierto de apoyo a la causa tibetana reunió en Nueva York a muchas de las principales figuras del Pop internacional: Patti Smith, Radiohead, U2, Porno for Pyros, Sonic Youth, Blur, Alanis Morissette, Björk, Beastie Boys... Fue el “Tibetan Freedom Concert”, todo un hito entre los macrofestivales fin de siglo en el que rockeros occidentales –muchos de ellos de estética radical y “anti-sistema”, partidarios del consumo de toda clase de drogas y de la libre promiscuidad sexual- compartieron escenario con monjes castos, moderados y abstemios que entonaban antiguas plegarias tántricas.

“¿Por qué fascina tanto el Tíbet?” se preguntaba Heinrich Harrer en su libro “Reencuentro con el Tíbet”: “Ningún otro pueblo ha sido objeto de tanto interés. Por ejemplo, cuando la independencia de la India hubo diez millones de fugitivos propios, pero el mundo se preocupó menos de ellos que de los cien mil tibetanos exiliados tras la ocupación china. Krishna Menon, el representante de la India en la ONU exclamó: “¡Siempre el Tíbet! ¡Siempre el Tíbet! ¿Por qué?”

Como pueblo que se siente elegido, el genuino “País de Buda”, los tibetanos también tienen una visión mítica de su destino y una explicación religiosa para su tragedia histórica. Según esta, la destrucción sistemática de su religión y su cultura emprendida por los comunistas chinos puede haber respondido a unos propósitos espirituales elevados e incluso benéficos para los tibetanos y para el resto de la Humanidad. Para muchos iniciados tántricos, Mao habría sido una reencarnación de

Vajrapani, el Buda del Poder, que asumió el atroz pecado de destruir las instituciones budistas en el Tíbet y causar tanto daño a los tibetanos, en primer lugar, por compasión, para salvar a otros seres y naciones de un sufrimiento semejante; en segundo lugar, como una prueba para que los tibetanos reforzaran su Fé budista; y en tercer lugar, en palabras de Robert Thurman, el budista tántrico de Nueva York, “para dispersar a los maestros budistas tibetanos a fin de que difundieran sus enseñanzas por todo el planeta, entre la gente, religiosa o seglar, en un momento apocalíptico en que la Humanidad debe plantearse un salto espectacular, pasar de la violencia a la paz a fin de preservar la vida en Tierra”

No resulta posible comprender la mentalidad tibetana y su proyección en el mundo de hoy, sin una aproximación, aunque somera, al componente mesiánico profundamente anidado en ella. Los tibetanos, más exactamente sus lamas, están convencidos de que tienen una misión universal que cumplir, nada menos que la de salvar al mundo. Si en estos últimos cincuenta años, por seguir buscando paralelismos con el pueblo elegido por antonomasia, han visto destruido su “Templo de Jerusalén” representado por esos seis mil monasterios y lugares de culto dinamitados o incendiados durante la Revolución Cultural y han experimentado una dolorosa “diáspora”, a donde quiera que vayan, los refugiados del País de las Nieves llevan consigo como consuelo una profunda fe en su destino de pueblo elegido: el de contribuir al advenimiento de la Era de Shambala, la nueva Edad de Oro que tras un apocalipsis universal, habrá de reinar sobre la Tierra, según la profecía del Tantra de Kalachakra.

Faltaba hablar del Tantra de Kalachakra en este libro, más que una práctica espiritual, un elemento básico del culto nacional tibetano. Junto con el resto de los Tantras, los predicadores indios lo introdujeron en el Tíbet en el siglo XI, pero no fue hasta el siglo XVII coincidiendo con el comienzo de la Era de los Dalai Lamas, cuando las profecías en él contenidas adquirieron una enorme popularidad. En su estricto sentido religioso, el Kalachakra también llamado “Tantra de la Rueda del Tiempo” constituye una de las prácticas de Tantra Yoga Superior, mediante las cuales los iniciados tántricos de más alto nivel realizan sus ejercicios de meditación y visualización de deidades. En este Tantra, Buda se presenta bajo la apariencia de Kalachakra, rey de un mítico país llamado Shambala. Hasta aquí, nada muy

diferente, puesto que en todos los Tantras las deidades se presentan reinando en sus paraísos o reinos místicos imaginarios (no otra cosa son los Mandalas) Pero a partir del siglo XVII, el reino de Shambala empezó a cobrar entre el vulgo entidad real y a ser considerado por los tibetanos como un país existente aunque “escondido”, situado en algún lugar al norte del Tíbet. Según la profecía, Shambala era el “país de los puros”, un reino de Iluminados, el último refugio de la espiritualidad en el mundo. Desde entonces, cada vez que el País de las Nieves se veía amenazado o sacudido por alguna hambruna o desgracia, los ojos de sus habitantes se volvían hacia el misterioso país del norte. Cuando a finales del siglo XVIII, los gurkhas nepalíes invadieron el Tíbet, la llegada de un ejército enviado en auxilio de los tibetanos por el emperador Qianlong, que había sido iniciado en el Tantra de Kalachakra por el Panchen Lama, fue considerada por muchos budistas como una providencial ayuda llegada del mítico Shambala, a cuyo rey encarnaba en sentido esotérico el emperador chino. Más tarde, en la época del XIII Dalai Lama, el “país de los Iluminados” llegó a localizarse en Rusia, más en concreto en algunas regiones perdidas de Siberia, donde existen pueblos convertidos al budismo hace muchos siglos, como los mongoles buriatos.

¿Qué dice exactamente la profecía del Kalachakra? Que unos tres mil años después de la muerte de Buda, cuando el mundo se encuentre por completo dominado por una sola dictadura materialista, el país de Shambala emergerá por detrás de una barrera invisible. Las fuerzas del dictador mundial serán destruidas al intentar conquistar el nuevo territorio y los “guerreros iluminados” de Shambala se harán con el control del planeta, dando comienzo a una época dorada que habrá de durar ochocientos años. Muchos budistas tibetanos creen que la era de Shambala está a sólo unos siglos del presente y que los daños causados en el Tíbet por la ocupación comunista son un primer paso necesario, preludio del holocausto que sacudirá a todo el planeta, antes de que el reino de Shambala se haga visible. Entre tanto llega esa época bienaventurada, la enorme devoción que los tibetanos de hoy —monjes o seglares— sienten por el Tantra de Kalachakra se explica, al margen de su significado religioso profundo, en la creencia de que sólo los iniciados en este Tantra podrán nacer otra vez en la Era de Shambala, la cada vez más próxima Edad de Oro.

El culto al Tantra de Kalachakra ha estado tradicionalmente vinculado a los Dalai lamas, algunos de los cuáles han impartido iniciaciones a grandes masas de seguidores. Pero ninguno tantas como el XIV Dalai Lama que, al margen de sus ocupaciones políticas, ha convertido el Tantra de Kalachakra en una especie de cruzada espiritual personal. A lo largo de su vida ha impartido la iniciación al Kalachakra nada menos que diecisiete veces con asistencias multitudinarias. Las dos primeras, en 1954 y 1956, todavía en el Tíbet ante cien mil personas cada vez. Once más en la India, entre las que destaca la Iniciación al Kalachakra celebrada en Bodh Gaya en 1985, junto al árbol en el que Buda alcanzó la Iluminación, a la que asistieron doscientos mil seguidores. Pero también en Occidente, el Dalai Lama ha celebrado iniciaciones al Kalachakra: la primera en 1981, en Madison (Wisconsin) ante tres mil personas; y luego en Suiza, Los Angeles y Nueva York. Tibetanos u occidentales, todos aquellos que han recibido la iniciación se transforman en “guerreros espirituales” de Shambala, con la misión de conservar la espiritualidad en nuestro mundo materialista hasta tanto llega el holocausto y el posterior renacer de la Humanidad.

Entre tanto se cumple o no se cumple la profecía del Kalachakra, mucho más difícil resulta pronosticar qué pasará con el Tíbet y cuando se resolverá la llamada “cuestión tibetana”. Depende como es lógico de muchos factores, entre ellos y sobre todo, de cómo avance la democracia en China. Pero si se trata de solucionar el problema en vida del XIV Dalai Lama, conviene empezar a darse prisa, abandonando la tradicional morosidad oriental cuando de negociaciones se trata. En los últimos veinte años, según el Dalai Lama nos contó, doce veces había enviado a Pekín a su hermano mayor, Gyalo Thondup, en misión negociadora; y al final de nuestra entrevista, reiteró su ofrecimiento de reiniciar cuanto antes las conversaciones interrumpidas en 1993, incluso conduciéndolas personalmente: “En cualquier momento que quieran hablar conmigo directamente, en cualquier momento, en cualquier lugar, estoy dispuesto a hablar y a dialogar con los chinos...”

Con la despedida, llegó el momento del intercambio de Katas o bufandas de seda, un ritual clásico en la etiqueta tibetana. Siempre que se visita a una persona la tradición impone entregarle una Kata y recibir de él otra, algo que no puede hacerse

de cualquier manera. El protocolo es muy estricto, como observara Charles Bell, al fin y al cabo un diplomático, en sus viajes por el Tíbet de los años veinte. Para empezar existen ocho clases distintas de *Katas* y, como es lógico, el Dalai Lama debe recibir siempre una de calidad máxima. Y luego está la manera en que se intercambian: si el que la recibe es de más alto rango que el que la da, permanece sentado y el otro ha de dejarla a sus pies. Si sólo es un poco superior, la deja en una mesa frente a él. Si los dos son iguales, se la ponen el uno al otro sobre los hombros. Cuando el que la da es de más alta posición la deja sobre el cuello del otro, que agacha la cabeza respetuosamente para recibirla.

Nos hicimos un lío, a pesar de que Tenzin, en aquella última misión que le tocó desempeñar, nos había aleccionado cuidadosamente. Todos los miembros del equipo llevábamos nuestra *Kata* para entregársela, pero ninguno llegó a dejarla a sus pies, ni él se mantuvo sentado, ni nosotros bajamos respetuosamente la cabeza a la hora de recibir la suya. Tampoco es que pareciera importarle, porque en el mundo de hoy la etiqueta es un valor en desuso y además tratándose de extranjeros probablemente nos consideraba exceptuados de ella. Puestos a ser estrictos, en el Viejo Tíbet, nadie, ni los embajadores ni el primer ministro, tenían derecho a presentarle directamente una *Kata* al Dalai Lama sino que tenían que entregársela siempre a través de su secretario privado. Charles Bell, el más curioso y observador de los viajeros al Tíbet del pasado, también dejó anotado que para ser elegido como reencarnación del Dalai Lama, además de superar numerosas pruebas, el niño candidato tenía que mostrar en su cuerpo, las marcas que distinguen a una sagrada reencarnación de Chenrezi:

- Marcas rayadas como de piel de tigre, en las piernas
- Grandes ojos y cejas curvadas hacia arriba en el extremo exterior
- Largas orejas
- Dos marcas cerca del omóplato: indicando los dos brazos adicionales de Chenrezi.
- Un lunar, parecido a una concha en una de las palmas de sus manos.

Algunas de esas marcas, como es lógico, no pude apreciárselas, pero visto de cerca no me pareció que tuviese los ojos especialmente grandes ni las orejas marcadamente largas. Y sin embargo, me atrevo a asegurar que de todos los Dalai

Lamas que han existido no ha habido ningún otro tan excepcional, incluidos el Gran V y el XIII. De una manera bien paradójica, además: mientras reinó, fue un monarca decorativo y débil ; y sólo en el exilio logró transformarse en una personalidad política, en un poderoso icono mediático y en un líder espiritual mundial.

“Somos tus más fieles servidores, ¡Oh Gran Lama!, concédenos, otórganos tu Iluminación en un lenguaje que nuestros espíritus contaminados de europeos puedan comprender y, si es preciso para ello, cambia nuestros mentes...”

El mito del Tíbet es un mito muy viejo y ha atravesado muchas épocas. Tampoco la fascinación de los occidentales por el Dalai Lama es nueva. Esta oración aparentemente tan contemporánea, tan apropiada para los tiempos que corren de desconcierto y crisis espiritual, fue sin embargo escrita hace muchos años, nada menos que en 1925, diez años antes de que naciese el actual Kundun. Y ni siquiera es una oración... Bajo el título, “Carta de los surrealistas al Dalai Lama”, el texto completo fue publicado en París en el número tres de la revista “Révolution Surréaliste”, dirigida a su Decimotercera reencarnación, aquel a quien Charles Bell calificara de mayor autócrata de su época. Se trataba de un manifiesto colectivo y sin firma, aunque más tarde llegaría a saberse que su autor había sido Antonin Artaud. Por supuesto que con aquella carta abierta que su destinatario nunca llegó a conocer, lo que perseguían los surrealistas no era tender puentes hacia una exótica cultura sino provocar y hablar de la suya. Un propósito que podría extenderse a tantas otras miradas occidentales sobre el País de las Nieves, incluida la mía. ¿De qué hablamos cuando hablamos del Tíbet? ¿ De un país real, habitado por personas reales, con problemas reales o de nuestros propios sueños y anhelos, como se respondía a si mismo Heinrich Harrer? Lo dejo aquí. El viaje más largo y lejano termina conduciéndonos a nosotros mismos.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

AVEDON, John, *"In Exile from the Land of Snows"*, London, Vintage, 1986

BELL, Charles, *"The People of Tibet"*, Delhi, Book Faith India, reed, 1998

BELL, Charles, *"The Religion of Tibet"*, Delhi, Motilal Banarsidass Publishers, reed. 1992

BOOTHROYD Ninette & DÉTRIE Muriel *"LE VOYAGE EN CHINE (Anthologie de voyageurs occidentaux du Moyen Age a la Chute de L'Empire chinois)"*
Paris, Robert Laffont, 1.992

BUFFETRILLE, Katia, DREYFUSS Georges, BARNETT Robbie *"Tibetains, 1.959-99: 40 ans de Colonisation"*, Paris, ed. Autrement, 1998

CANDLER, Edmund, *"The Unveiling of Lhasa"*; Berkeley-Hong Kong, Snow Lion Graphics, reed. 1987

CORNU Philippe, *"Guide du Bouddhisme Tibétain"* París, Le Livre de Poche, 1998

COXALL, Michelle & Greenway, Paul, *"Indian Himalaya, a Travel Survival Kit"*, Australia, Lonely Planet, 1996

CHAN, Victor, *"Tibet Handbook, a Pilgrimage guide"*, Moon, 1994

CHOEDRAK, Tenzin, *"Introduction à la Médecine Tibétaine"*, St. Jean de Braye, France, ed. Dangles, 1996

DALAI LAMA, *"El Mundo del Budismo Tibetano- Visión General de su Filosofía y su Práctica"*, Olarieta editor, 1997

DALAI LAMA & HOPKINS, Jeffrey, *"El Tantra de Kalachakra, Rito de Iniciación"*, Alicante, Ediciones Dharma, 1994

- DALAI LAMA, “*Mi Vida y Mi Pueblo*”, *Autobiografía*, Editorial Noguer, reed. 1989
- DAVID-NÉEL, Alexandra, “*Magos y Místicos del Tíbet*”, Ediciones Indigo, 1994
- DAVID-NÉEL, Alexandra, “*Viaje a Lhasa*” Barcelona, Península, reed. 1998
- DAVID-NÉEL, Alexandra, “*Inmortalité et Reencarnation*”, Paris, ed. Du Rocher, Pocket, reed. 1978
- DAVID-NÉEL, Alexandra, “*Gargantua au Pays des Neiges - Cuisine, Traditions & Images*”, Saumane, France, ed Dharma, 1993
- DAVID-NÉEL, Alexandra, “*Tibetan Journey*”, Delhi, Book Faith India, reed. 1992
- DESHAYES Laurent, “*Histoire du Tibet*”, Paris, Éditions Fayards, 1997
- DONDEN, Yeshi, “*Introducción a la Medicina Tibetana*”, Barcelona, ed. Ibis, 1992
- FISHER, Robert, “*L’Art du Tibet*”, Paris, Ed. Thames&Hudson, 1998
- GOLDSTEIN, Melvyn C., “*THE SNOW LION AND THE DRAGON China, Tibet and the Dalai Lama*”, Berkeley, University of California Press, 1997
- GOLDSTEIN, Melvyn C. & KAPSTEIN, Matthew, “*Buddhism in Contemporary Tibet*”, Berkeley, University of California Press, 1998
- GOLDSTEIN, Melvyn C. & TSERING, Sandup, “*Tibetan Phrasebook*”, Australia, Lonely Planet, 1996
- GOVINDA, Lama Anagarika, “*El Camino de las Nubes Blancas*”, Valencia, Fundación Tres Joyas, reed. 1995
- GRASDORFF, Gilles Van, “*Panchen Lama: Otage de Pékin*”, Paris, Ed. Ramsay, 1998
- HARRER, Heinrich, “*Siete Años en el Tíbet*”, Barcelona, Ed. B., reed. 1998
- HARRER, Heinrich, “*Reencuentro con el Tíbet*”, Barcelona, ed. Juventud, reed. 1998
- HARRER, Heinrich, “*Lost Lhasa*”, New York, Harry. N. Abrams Publishers. 1997
- HEDIN, Sven, “*A Conquest of Tibet*”, Delhi, Book Faith India, reed. 1994
- HILTON, James, “*Horizontes Perdidos*”, Barcelona, Plaza y Janés, reed. 1997

- HOPKIRK Peter, *"Trespassers on the Roof of the World"*, London, John Murray Publishers, 1.982
- HOPKIRK Peter, *"The Great Game- On Secret Service in High Asia"*, Oxford, Oxford University Press, 1990
- HUC, R.-E., *"Souvenirs d'un Voyage dans le Thibet"*, Paris, Le Livre de Poche, 1962
- HUNT, JOHN, *"The Conquest of Everest"*, New York, E.P. Dutton & company. 1954
- JAN, Michel, *"LE VOYAGE EN ASIE CENTRALE ET AU TIBET"*
(*Anthologie de Voyageurs occidentaux du Moyen Age a la Première moitié du XXe Siècle*) Paris, ed. Robert Laffont, 1.992
- LANDON, Perceval, *"The Opening of Tibet"*, New York, Doubleday Page and Co, 1905
- LE SUEUR, Alec, *"El Mejor Hotel del Himalaya o cómo sobrevivir cinco años en Lasa"*, Barcelona. Ediciones B., 2000
- LEARY, Timothy & otros, *"La Experiencia Psicodélica. Ensayos sobre el Libro Tibetano de los Muertos"*, Barcelona, Pastanaga ed, 1978
- LHEMAN, Steve & BARNETT Robbie, *"The Tibetans, a Struggle to Survive"*, New York, Umbrage Editions, 1998
- OVCHINNIKOV, Vsevolod, *"The Road to Shambala"*, Beijing, New World Press, 1995
- PEISSEL, Michel, *"Los Últimos Bárbaros - En busca de las fuentes del Mékong"* Barcelona, Península, 1997
- PEISSEL, Michel, *"Los Khambas, Guerrilleros del Tibet"*, Barcelona, ed. Juventud, 1972
- POWELL Andrew, *"Heirs of Tibet, Travels among the exiles in India"*, New Delhi, Bluejay Books, 1998
- PRECIADO, Iñaki, *"Vida de Milarepa"*, Barcelona, Anagrama, 1994
- RAMPA, Lobsang, *"El Tercer Ojo"*, Barcelona, Ed. Destino, reed. 1999
- SÈNGUÉ, Tcheuky (JACQUEMART, François) *"Le Temple Tibétain et son Symbolisme"*, Vernègues, France, ed. Claire Lumière, 1998
- SETH, Vikram, *"Desde el Lago del Cielo. Viajes por Sinkiang, Tibet y Nepal"* 1983, Barcelona, Ediciones B. , 1998

- SHAKABPA, Tsepon W.D., *“Tibet, a Political History”*, New York, Potala Publications, 1984
- SNELLGROVE, David & RICHARDSON, Hugh, *“A Cultural History of Tibet”*, Boston, Shambala Publications, 1968
- SOGYAL RIMPOCHÉ, *“El Libro Tibetano de la Vida y de la Muerte”* Ediciones Urano, 1994
- STRASBOURG, Catalogue Exhibition, *“Tibet, les Formes du Vide”*, Strasbourg, ed. Indigènes, 1996
- SUYIN, Han, *“Lhasa, the Open City”*, New Delhi, New Editions Publishing House, 1977
- TAYLOR, Chris, *“Tibet, a Travel Survival Kit”*, Australia, Lonely Planet, 1995
- THURMAN Robert A.F, *“El Budismo Tibetano Esencial (Una introducción a los conocimientos básicos del Budismo)”*, Barcelona, RobinBook, 1995
- THURMAN Robert A.F & otros, *“El Arte Sagrado del Tíbet”*, Barcelona, Catálogo exposición Fundación La Caixa, 1997
- WANG Jiawei y NYIMA Gyancaín, *“The Historical Status of China’s Tibet”* 1997, Beijing, China Intercontinental Press, 1995
- YOUNGHUSBAND, Francis, *“India and Tibet”*; Oxford, Oxford University Press, reed. 1984
- ZOPA, Lama Rimpoché, *“La Puerta de la Satisfacción”*, Alicante, Ediciones Dharma, 1995

GLOSARIO

*Las palabras no tibetanas se indican con la siguiente abreviatura: Ch.: Chino.
Man.: Manchú. Mong.: Mongol. Sans.: sánscrito.*

Amban: (man.) Comisarios imperiales manchúes con sede en Lhasa y Shigatsé, creados a partir de 1728.

Avalokithesvara: (sans.) Bodhisatva de la Compasión, considerado el santo patrón del Tíbet y de quien son reencarnación los Dalai Lamas. En tibetano, *Chenrezi*.

Bardo: literalmente: “Estado Intermedio”. Viaje que hacen las almas desde la muerte hasta la siguiente reencarnación.

Barkor: Uno de los tres círculos sagrados que los peregrinos recorren en Lhasa. Conocido como “anillo intermedio”, rodea el templo del Jokhang.

Bodhisattvas: (sans) literalm. “Que podrían ser Buda”. Seres que habiendo alcanzado la Iluminación deciden seguir reencarnándose para ayudar al resto de los seres vivos a alcanzarla. En el panteón del budismo Mahayana están un grado por debajo de los Budas.

Bön: religión autóctona tibetana, anterior al budismo.

Chuba: prenda de abrigo tradicional de los tibetanos. Cuando es de piel, se lleva el pelo hacia dentro, directamente contra el cuerpo

Dalai (mong): “Océano”: Título honorífico que ostentan desde 1528, los jefes temporales y espirituales del Tíbet.

Dharma: (sans) La religión, el “camino hacia la Iluminación” predicado por Buda.

Dakini: (sans) Deidad femenina

Dobs dobs: Monjes policías, que guardaban el orden en las festividades religiosas y en los monasterios.

Dzong: fortaleza y también administración territorial en el antiguo Tíbet.

Feng Shui: (ch) Antiguas prácticas chinas de adivinación mediante geomancia.

Gelupgas: “Los Virtuosos”. Orden budista tibetana fundada por el Lama Tsongkapa a la que pertenecen los Dalai Lamas

Gompa: monasterio budista.

Guésé: en la orden Gelupga, grado equivalente a doctor en Metafísica budista.

Han: (ch) nombre con que se conoce a si misma la etnia mayoritaria en China.

Hinayana: (sans) “Pequeño Vehículo” o Theravada. Primera forma que adoptó el budismo, hoy dominante en Ceilán e Indochina.

Kagyupas: Orden budista tibetana no reformada fundada en el siglo XII

Kalachakra: (sans) Tantra de la “Rueda del Tiempo”, introducido en Tíbet desde la India en el siglo XI.

Karma: (sans) literalmente “acción”. Ley universal de Causa y Efecto por la que se rigen todos los seres sensibles. Existe Karma positivo y Karma negativo.

Karmapa: Jerarca de la orden Kagyupa

Kashag: Gobierno ejecutivo en el antiguo Tíbet.

Katas: pañuelos de seda blanca que los tibetanos entregan como cortesía.

Khambas: habitantes del Kham, región del este del Tíbet, la mitad de cuyo territorio está integrado en la provincia china de Sichuán.

Lha Kangs: “Casas de Dioses”. Templos tibetanos

Lingkor: “Anillo exterior”. El más amplio de los tres circuitos sagrados de Lhasa que recorren los peregrinos.

Mah jong: (ch) juego tradicional chino con fichas en el que se realizaban apuestas.

Mahayana (sans): “Gran Vehículo”. Forma que adoptó el budismo a partir del siglo I y de la que deriva el budismo dominante en China, Japón y Tíbet. Tanto el Zen como el Tantra arrancan del budismo mahayana.

Mandala: (sans) en tibetano “Kylkor”. Representación simbólica del mundo o del cosmos. Palacio o paraíso en el que habita un Buda o deidad tántrica.

Mani (sans): abreviatura del Mantra de Avalokiteshvara: OM MANI PADME HUM, la oración más frecuente en el Tíbet.

Manjushri (sans) : Bodhistattva de la sabiduría, del que es reencarnación el Panchen Lama.

Mantras: (sans) fórmulas rituales iniciáticas, empleadas como oración tanto en el hinduismo como en el budismo.

Meunlan: La “Gran Plegaria”. Asamblea anual de los monjes Gelupgas que se celebra cada año nuevo frente al Jokhang, en Lhasa, según dejó estipulado el lama Tsongkapa.

Nangkor: “Anillo interior”. Otro de los circuitos sagrados de circunvalación de Lhasa. En este caso el más corto, transcurre por el interior del Jokhang.

Nardjopas: Yoguis, practicantes del “Sendero directo” que se retiran como ermitaños a las montañas.

Ngak-Pas: “Hombres-granizo”. Adivinos capaces de actuar sobre el tiempo atmosférico en el Viejo Tíbet.

Nyngmapas: “Los Antiguos” Primera escuela budista fundada en el Tíbet, que se proclama heredera del primer difusor indio del budismo, Padmasambhava

Panchen Lama: “Gran Erudito”. Título que recibe el segundo en importancia de los grandes lamas de la escuela Gelupga. Tiene su sede en el monasterio de Thasilungpo, en Shigatsé.

Phowa: “Yoga del Buen Morir”. Prácticas tántricas que permiten transferir la conciencia en el momento de la muerte.

Rimpoché: “Precioso”. Tratamiento honorífico que reciben en Tíbet los grandes lamas.

Sadhus: (sans) En el hinduismo, yoguis errantes que han renunciado al mundo para dedicarse a la peregrinación y a la vida mendicante.

Sakyapas: Escuela budista tibetana cuyo origen está en el monasterio budista de Sakya, al sur del Tíbet

Shambala: (sans) reino mítico del Norte que juega un papel principal en los rituales del Tantra de Kalachakra.

Singdongmos: Demonios mujeres con cabeza de león que se alimentan del aliento vital de los muertos.

Stupa: (sans) En tibetano, “*Chorten*”. Ermita, monumento budista donde se guardan reliquias.

Sutra: (sans) Escrituras budistas

Tamzing: (ch) Juicio popular basado en la autoinculpación pública, frecuente durante la Revolución Cultural.

Tangkas: Pinturas tibetanas sobre tela, de tema religioso, inspiradas en el antiguo arte sacro hindú.

Tantra: (sans) En tibetano, “*Gyu*”, forma de budismo esotérico que constituye la religión oficial del Tíbet. Enseñanzas de Buda que siguen, además de los sutras, los seguidores del Vajrayana.

Tashi Delai: saludo tibetano

Tchang: cerveza tibetana elaborado con granos de cebada fermentada.

Tormas: Ofrendas rituales que se hacen en los templos, realizadas con harina y manteca de Yak.

Tsampa: Harina de cebada tostada. Alimento básico de los tibetanos.

Tsuma: “cuento”, ilusión.

Tulkus: Budas Vivientes. Seres que habiendo alcanzado la Iluminación siguen reencarnándose para ayudar al resto de los seres vivos. Un Tulku es una emanación del espíritu de un gran lama difunto que se manifiesta en un niño normalmente nacido un año después de su muerte.

Vajrayana: (sans) “Vehículo del Diamante” o religión tántrica. Forma tardía que adoptó el budismo en la India y que a partir del siglo VIII comenzó a difundirse en el Tíbet.

Yidam: Deidad con que practican los iniciados tántricos, habitante de un mandala determinado.

Yig Dag: Seres ávidos o insaciables. Uno de los reinos inferiores de la Rueda de la Existencia a donde van las personas que durante su vida se han dejado llevar por el ansia del deseo.